







ANT
XIX
263

we

under



~~Car. alv.~~

Supra



Pero lo que puedo aseguraros es que
fui besado.

15 cms.

R.43.545

AVENTURAS

DEL BARONCITO

DE FOBLAS

ESCRITAS EN FRANCES

POR

M. Louvet de Couvray,

Diputado del departamento del *Alto Viena* en
el consejo de *Los Quinientos* de la repú-
blica francesa.

TRADUCIDAS

LIBREMENTE AL ESPAÑOL.

TOMO SEGUNDO.

SEVILLA.

IMPRENTA NACIONAL.

1836.





AVENTURAS

DEL BARRIO



DE ROSALES

INSCRITAS EN FRANCÉS

1802

Mr. Louis de...

Exemplar del departamento del Sr. D. Juan de...
el Consejo de los Diputados de la república
para imprimir.

TRADUCIDAS

AL ESPAÑOL

1802

SEVILLA

IMPRESA NACIONAL

1802

AVENTURAS

DEL BARONCITO

DE FOBLAS.

CAPÍTULO XXII.

Declaracion importante de Sofia;

Apenas llegué á casa pregunté á Jazmin la causa de su equivocacion, y me confesó haber tenido tal teutacion de probar el aguardiente de Audaya, que habia bebido en muchos tragos como una cuarta parte, y supliendolo con agua. No me admiré del cambio, y le perdoné su infidelidad por su ingenua confesion.

Tuve presente lo que habia ofrecido á Sofia, y previendo que la marquesa enviase algun recado para saber el motivo de mi falta, volví á llamar á Jazmin y le dije:

Foblas. No dejarás entrar á nadie sino á mi padre, al conde de Rosamber, ó á mi ayo.

Jazmin. ¿ Y si viene Justina?

Foblas. Dile que no estoy.

Jazmin. ¿ Y que diré si viene la señora

Datura ó el señor vizconde de Florvilla?

Foblas. Que no estoy en casa.

Jazmin. Está muy bien.

Foblas. No te vayas de la antesala, para que nadie entre, y haz que vayan á casa de mi pintor á decirle que venga pronto.

Este artista vino despues de comer, comenzó mi retrato, al dia siguiente bosquejó el de mi hermosa prima; concluyó primero el mio, de modo que al cuarto dia tuve la satisfaccion de presentarlo á Sofia. El de esta tardó cinco dias.

En todos venian á preguntar Justina y madama Datura, y solo se les decia: *No está en casa*; respuesta que les daba cuidado. El conde de Rosamber, despues de iustruido, me dijo:

Rosamber. Tu conversacion es repentina; no durará.

Foblas. Rosamber, creedme: no veré jamas á la marquesa; lo he ofrecido á fe de hombre de bien.

Rosamber. Bravo. ¿Pero creéis que la marquesa estará sin hacer nada? Hasta hoy obra sin resolver definitivamente; no os fieis de calmas aparentes: gato hay encerrado. La marquesa de Babia medita mucho en su gabinete los golpes grandes, pero despues es un rayo para ejecutar.

Una de las mañanas que yo fui al colegio segun mi costumbre, me pareció que un hombre bien vestido me seguia, manteniéndose á cierta distancia de mi, caminando segun yo andaba, y como que temia perderme de vista.

Al salir del colegio volví á notar que me seguía el mismo que antes. Lo conté á Rosamber; esta me envió dos criados suyos para que me acompañasen: mandé al uno ponerse á una esquina de la calle del colegio, y puse al otro en la otra.

Un cierto presentimiento interior me anunciaba desdicha en mis amores. Este dia insté á Sofía mas que lo habia hecho hasta entonces, para que me dijese cuáles eran los asuntos importantes que hacian que el señor Pontis estuviese ausente; cuándo volveria; y de qué medios tendria entonces que valerme, para que me concediese la mano de mi hermosa prima. Sofía, despues de vacilar un momento, cogió la mano de Adelaida y la mia.

Sofía. Adelaida, tú en quien yo hallo una hermana, una amiga verdadera: y vos, mi querido primo, que me habeis hecho amar el destierro en que tanto sufria, ya es tiempo que sepais un secreto importante que debe quedar entre nosotros, y que nadie mas le sabe que la señora Munich, mi aya. Yo no soy francesa, el apellido mio es supuesto. Mi padre es el *baron de Gorlitz*, que tiene bienes cuantiosos en Alemania, su patria, donde su familia es poderosa y de grande reputacion. Ignoro las causas que me han privado del gusto de vivir en el seno de mi familia; solo sé que me trajeron á Francia hace ocho años. No me trajo el mismo baron, sino un criado frances muy antiguo en la casa que tomando el carácter de una persona distinguida y el nombre de *Pontis*, dijo ser mi

padre y me dejó encargada á la señora Munich en este colegio. Viene cada seis meses con puntualidad á saber de mi persona, y pagar el colegio. En ocho años solo dos veces he tenido el gusto de abrazar á mi padre. Cuando pregunto á mi aya por qué me han educado en Francia, por qué el baron de Gortitz no quiere que me llamen con mi apellido, y por qué viene tan pocas veces á verme, me responde con mucha llema que por precauciones necesarias, que yo bendiciré algun dia la prudencia de un padre que me ama con ternura. De algunos meses á esta parte me suele decir que se acerca el momento de mi regreso en Alemania. ¡ Ay! ahora ya no sé si deseo que llegué tal dia! ¡ Que gusto seria para mi ver mi patria, mi familia y mi padre! Pero ¡ que cruel seria para mi separarme de vosotros!

Foblas. ¡ Separaros de mi! ¡ oh, jamas! jamas os separareis. Si mañana salis para Alemania, mañana mismo iré siguiéndoos. Iré á pedirlos al baron, y si él ama á su hija, no impedirá nuestra felicidad.

¡ Como se alargaba la conversacion con motivo del importante secreto que Sofia nos acababa de confiar. Adelaida, cansada ya de decirnos que habian dado las diez, y viendo que no hacíamos caso, y que la señora Munich podia sorprendernos, obligó á mi hermosa prima á que se fuera. Sentí que mi corazon se me apretaba cuando abrase á mi hermana, pero que se estremecia al decir *adios* á mi Sofia.

Al salir del colegio vi á mi Argos de dia anterior que estaba de centinela en una calle cercana de árboles. Cuando me atisbó salió de su agujero, sin duda para seguirme hasta mi casa. Le dejé acercarse á mí, y de repente me encaro con él. Sorprendido echó á correr, yo tambien corrí tras él. A la vuelta de una calle, le cojo por una pierna y uno de mis hombres apostados le cogió por los cabezones. El hombre cayó en tierra, comenzó á dar gritos, acudieron muchos de la plebe, y procuró tenerlos de su parte. Algunos sediciosos esclababan ya: ¡que picardia! y se disponian á tratarme mal, cuando grité diciendo: *Señores, que es un espia.* A esta palabra de proscricion, mi enemigo fué abandonado de todos sus defensores; conoció no haber otro remedio para librarse de palos que declararme quien le pagaba para seguirme, y me dijo que era la señora Datura. Entouces le dije amenazándole que *cuidado con volver á las andadas.*

CAPÍTULO XXIII.

Prision y libertad de Foblas.

El dia siguiente muy temprano me llevó padre á ver una casa de campo que habia comprado un mes habia, distante ocho leguas de Paris. Recorrimos el jardin que me pareció muy hermoso, y anduvimos por la casa que tenia piezas muy cómodas y muy alegres.

Escitó mi atencion un cuarto alegre y bonito, pero con rejas, Dije á mi padre:

Foblas. ¿Pieza con rejas en esta casa?

El baron, con frialdad. Está destinado para ti.

Foblas. ¿Para mí?

El baron. Sí señor, para usted. Yo habia comprado esta casa para venir á pasar el verano; pero usted me ha obligado á convertir esta casa de recreo en una cárcel.

Foblas. ¿En una cárcel?

El baron. Si señor, usted me ha engañado. No voy á encerrar en ella el cortejo de la marquesa ni el de Coralia, sino el seductor de Sofia. Cuando me estaba lisongeando de que usted me habia obedecido, se estaba usted burlando de mi credulidad, é iba usted diariamente al colegio. Una persona interesada sin duda en vuestro modo de portaros, me ha dado aviso secreto de todo. Lea usted, caballero, lea usted ese aviso anónimo.

Foblas. «Se pone en noticia del señor «baron de Foblas que su hijo va todos los «dias desde ocho á diez de la mañana al colegio á visitar á su hermanita y á la señora «de Pontis.»

El baron. Sé muy bien despreciar escritos anónimos; pero en asuntos de esta naturaleza, nada se debe omitir, y por mí mismo sé ya la verdad, Si no amais á Sofia, sois un vil seductor, y esta prision doméstica es un castigo bien suave para lo que mereceis; si la amais, debo por el contrario trabajar cuanto puedo

para curaros de una pasion que no apruebo; y así no saldreis de este cuarto. Aquí dejaré tres hombres que seráu vuestros criados y vuestros carceleros: ya les he designado las personas que deben dejar entrar.

La sorpresa que me causó este discurso, no tiene comparacion sino con la pesadumbre que me dió. Al principio escuché sin poder hablar ni una sola palabra, despues me esforcé inútilmente para responder con moderacion.

Foblas. ¿Podre saber padre mio, porque no aprobais mi amor á Sofia?

El baron. Porque el padre de esta señorita lo ignora; porque puede muy bien suceder que no quiera darte su hija por muger, y porque yo te tengo destinada otra esposa.

Foblas. ¿Y quien es esa infeliz que me habeis destinado padre mio?

El baron. El señor Duportal es mi íntimo amigo, te estima...

Foblas. ¡Ay! ¡Quiere usted casarme con Dorliska! ¿Una niña que no se sabe de ella, y que tal vez ha muerto?

El baron. ¿Porque ha de haber muerto? Yo estoy creido que la encontrará. El cielo querrá que tenga este consuelo el padre mas desdichado de todos los padres. Louzinski hace nuevas diligencias, y tú, hijo mio, cuando el tiempo y la ausencia que acaban con todas las pasiones locas, habrán destruido la tuya, comenzarás á viajar, irás á Polonia...

Foblas. ¡Ah! sí, allí como caballero errante iré de puerta en puerta buscando una jóven para casarme con ella.

El baron. ¿Como es eso? ¿Es ese modo de responder? No miras....

Foblas. ¡Ah! pido á usted perdon. Perdóneme usted, padre mio. Mi escesivo sentimiento....

El baron. Hijo mio, no tengo que decir mas. Prepárate á reparar las desgracias é infortunios de un hombre á quien no quiero que sea inútil mi amistad.

Foblas. Padre mio, yo prometo ir al fin del mundo, si es menester, á buscar á Dorliska.

El baron. Y renunciarás á la señorita de Pontis....

Foblas. Antes moriré mil veces.

El baron. ¡Muchacho!

Foblas. No me iré á Polonia hasta que haya conseguido la mano de Sofía. Lo juro por usted, por ella, y por lo mas sagrado que hay.

El baron. No me faltes al respeto.... Mira, si no....

Foblas. ¿Que me hará usted? Me separará de Sofía? ¿Que otro mal mayor me puede usted hacer? ¿Quitarme la vida? Quitemela usted y me hará favor.

El baron furioso ó enternecido se marchó corriendo, cerró la puerta y me dejó preso. ¡Cuantas y cuan terribles reflexiones me asaltaron en aquel terrible momento!

Foblas. Perder la libertad seria nada, pero ¡perder á Sofía!... á Sofía!... ¡Mi ausencia escitará sus zelos! ¡Me creerá infiel y perjuro! ¿Y si su padre viniese á buscarla? ¿si llegase

¿irse de un país que mi perfidia le hiciese detestar? Si la señorita *Gorlitz*, presentándose en la corte de Viena con todo el esplendor de su belleza, escogiera esposo entre tantos señores jóvenes que al instante se enamorarán de ella? ¿Si me hiciese traicion por venganza...? ¿Sofía en los brazos de otro!... ¡Oh! no: nunca. ¡Sofía desesperada me guardaría fidelidad!... Su padre no la pondría en términos de contraer un himeneo infeliz; pero el mio, menos compasivo, tendría preso en un pueblo desconocido á su hijo, dejándole morir de inquietud y de pena.

¡Marquesa cruel! Por tí sin duda ninguna, por tí es por quien mi padre ha sabido la fortuna que yo disfrutaba en mi amor. Los zelos rabiosos dictaron ese pérfido escrito. ¡Que caros me han costado los fugaces placeres que tú me has proporcionado! ¡Ah! si á lo menos tu venganza no hubiese alcanzado mas que á mí!

Es cierto que he sacrificado la marquesa de Babia. Si mi conducta no justifica enteramente su modo de portarse conmigo, á lo menos hace que yo no la estrañe. Pero lo que no puedo concebir es la injusticia de mi padre. ¡Exigir que sacrifique mi bienestar á su amistad con el señor *Duportal*! Castigar como el mayor crimen una inclinacion legitima y virtuosa! ¡Separarme de lo que mas quiero! ¡Quitarme á Sofía! ¡Tenerme preso como si fuera un reo! ¡Querermé dar la muerte! Está bien, no tardaré en darle gusto. Sin duda para prolongar mis trabajos han quitado de aquí lo

que podia servirme contra la pesada carga de mi existencia, pero no podrán obligarme á cuidar de su conservacion. Que me traigan de comer, que me traigan... Tiraré todo por la ventana; arrojaré al jardin los platos y cuanto haya.

En esta violenta resolucion persisti hasta que un grandísimo apetito posterior á cinco horas de ayuno me hizo mirar las cosas mejor. No hay que tomar esto á bufonada. En toda edad, en todo tiempo, en todos los lugares y en cualquiera situacion, el estómago influye en el cerebro. Un desdichado en ayunas, no habla de las cosas como el que acaba de comer opiparamente.

Tomé, sin necesidad de instancias, los platos que me trajeron, y decia entre mí. Ciertamente mi proyecto seria grandísima necedad. ¿Quien consolaria á mi hermosa prima si yo moria? ¿Quien le diria que mi último aliento habia sido testimonio de la vehemencia de mi amor? Es necesario comer para vivir; es menester vivir para ver otra vez, para adorar, para casarme con Sofia.

A los tres dias de mi prision, mi padre me envió mis libros, mis instrumentos de matemáticas y mi fortepiano. Lo primero que hice fué darle gracias por la molestia que se habia tomado de enviármelos, y de proporcionarme con esto los medios de hacerme mas llevadera mi prision; pero cuando caí en que todo esto indicaba ser muy larga, tuve vivísimos deseos de que se acabase cuanto antes. Mientras entraban en mi curia-

to todas estas cosas hice una tentativa para escaparme; el cuidado de mis guardias la inutilizó. Examinando mi prision y el método adoptado para guardarme, me convencí de que lejos de descuidar las precauciones necesarias, se habian tomado aun las inútiles. Conservaba en mi bolsillo tres piezas del precioso metal que abre las puertas y rompe rejas; ofrecí doce duros á mis carceleros, esforzándome á persuadirlos con las palabras mas cariñosas que pude hallar, pero despreciaron mi oro, y no hicieron caso de mis promesas. No sé como se habia manejado mi padre, pero encontró criados incorruptibles.

A poco tiempo me honraron con su visita las personas que mi padre permitia recibir. ¿Que diré de un mercader retirado que á cada paso citaba su conciencia? ¿Que de un hidalgo de aquel pueblo que me repitió cien veces el nombre de sus perros y la edad de su yegua, mucho antes de decirme que tenia muger é hijos? ¿Que de un monge rechoncho y de color de pimiento, gran bebedor de vino mediano, aunque preferia el mejor? ¿Que de su gordo compañero, célebre por su destreza en trinchar un ave para servir á todos de suerte que, sin saber como, el mejor bocado quedara siempre olvidado en su plato? Dejemos estas gentes, pues las hay en todas partes; pero distingamos cuatro personajes muy particulares que por una casualidad se hallaron reunidos en este pueblecito. Un cura párroco que tenia talento; un regente de colegio que no era pedante sino para divertirse, ni

incivil sino por capricho ; un militar viejo que no siempre juraba , y un antiguo abogado que decia verdad algunas veces.

¡ Que tertulia esta para el amigo de Rosamber ; para el discípulo de la marquesa de Babia ; para el amante de Sofía ! Mas contento estaba solo , porque hablaba con mi hermosa prima. Si , amada Sofía , con los ojos fijos en vuestro retrato creía hablaros admirando vuestra imágen. Imagen consoladora y adorada ; cuantas veces te bañé con mis lagrimas ! Cuantas veces te besé ! ¡ Cuantas veces aplicada sobre mi corazon le sentiste palpitar de impaciencia y de amor.

A los ocho dias me pareció ya insoportable mi prision , no comunicaba con nadie de los de á fuera , no recibia carta ninguna , ni me permitian escribir á nadie. Mi padre vino á verme , hizo lo posible para que cediese ; no hubo remedio , estuvo inexorable.

Pasaron cuatro dias despues de la visita de mi padre sin que nada ocurriera. A la quinta noche me despertó un ruido lento que hacian acia el jardin. Voy corriendo á abrir la ventana , y me veo una escalera debajo de ella. Me pareció distinguir cuatro hombres hablando entre sí. Uno de ellos subió al instante por la escalera con mucha osadía y con un pico en la mano , y me dijo :

Primer hombre. Es usted el baroncito de Foblas.

Foblas. Si señor.

Primer hombre. Vístase usted pronto ; despáchese ; mientras tanto yo trabajaré con el

mayor cuidado haciendo el menor ruido posible para arrancar este hierro. Por si los guardias oyen, ahí van esas dos pistolas, amenácelas usted con ellas, y eso bastará para que no se muevan. Su amigo de usted espera en una silla de posta en la puertecita del jardín.

Foblas. ¡Mi amigo!

Primer hombre. Sí señor; el señor de Rosamber.

Foblas. ¡Oh que servicio!

Primer hombre. ¡Chiton!... Vístase usted. No tuvo necesidad de repetirlo. No se veía nada, pero á tientas busqué mis vestidos: aseguro que jamas se vistió nadie mas pronto. Mientras tanto mi libertador estaba dando continuos golpes, y cuando vi el barrote arrancado, me pareció ver el cielo abierto. Pasé primero una pierna, luego la otra, me agarré á la reja y puse la punta de los pies en la escalera, y aunque era bien delgado, tuve mucho trabajo en poder pasar por la abertura de la reja; lo conseguí al fin. Cuando me vi ya fuera y á mitad de la escalera, no me entretuve en contar cuantos escalones me faltaban ni si eran muchos, sino que de un brinco me eché en tierra que estaba recien removida. Corriendo nos fuimos por la puertecita del jardín, que no sé como la habian abierto mis libertadores; habia que pasar una zanja; la atravesé de un salto, y me entré corriendo en la silla de posta. Iba persuadido de echarme en los brazos de Rosamber, y fué el vizconde de Florvilla quien me abrazó. Estaba sin poder decir una palabra por la sorpresa, cuan-

do el postillon sacudió á los caballos para echar á correr. Mis cuatro libertadores á caballo seguian á escape la silla que nos llevaba corriendo como el viento.

No contestaba nada á las infinitas preguntas que me hacia la marquesa.

La marquesa. Ese silencio que me tiene impaciente, viene por ventura de agradecimiento.

Foblas. Señora...

La marquesa. Ya lo sé que para vos no soy mas que señora, y sin embargo lo arrostró todo para sacaros de vuestro cautiverio.

Foblas. ¡Mi cautiverio! Vos teneis la culpa de él.

La marquesa. Si es que me amais aun, lo que hago actualmente me justificará con vos; pero escuchadme, pues no quiero dejaros el mas pequeño pretexto para ser ingrato. He llorado vuestra inconstancia, he querido atraer á mi amante, y por eso he hecho seguirle los pasos: este es mi crimen. Datura, á quien encargué todo esto, ha escedido mis órdenes. Supe, cuando ya no podia evitarlo, que habia enviado una carta anónima al baron para darle noticia de vuestros crueles amores. A poco supe que vuestra ausencia no era fingida, sino que estabais preso y no podia acertar donde. Los mismos que espionaron los pasos del hijo, á su vez han ido siguiendo al padre los suyos. En cuatro dias no ha dado paso el baron que yo no lo supiese al instante. El lunes pasado vino á veros. Reconocieron mis hombres todo lo de

al rededor de esa casa, la casa misma y el jardin, y han marcado las ventanas de vuestra habitacion. Yo he aprovechado el primer viage que ha hecho el marques para esta expedicion. Con el traje del vizconde de Florvilla, y con el nombre de conde de Rosamber he arrojado por todos los riesgos para libertaros. Foblas, si me haceis responsable de los yerros de las personas que vos mismo me obligáis á emplear, confesareis á lo menos que la osadia del vizconde de Florlla vicompensa bien la fatal imprudencia de Datura.

Foblas. Creed, señora, que no olvidaré jamas el servicio.

La marquesa. ¡Cruel! esas frias promesas, hechas por cumplimiento, me hacen ver que absolutamente me habeis sacrificado. Con que habré ejecutado lo que ninguna muger se hubiera atrevido á imaginar, para poner en brazos de mi rival el hombre mas amable, pero al mismo tiempo mas ingrato que puede hallarse!... ¡Bien está! Si no hay otro medio de conservar su amistad, es preciso hacerse justicia á sí misma, será preciso inmolarse.... Foblas, yo tendré bastante resolucion para ello.... Caballero, os renuncio, y os cedo y entrego á Sofia.... Privada de todo lo que mas he querido, seré feliz viendoos acaso dichoso; tal vez la pena que me causará el perderos, se mitigará con esta idea consoladora de que he contribuido á vuestra felicidad..... Caballero..... donde quereis que os lleve?

Estaba esperando que le respondiese á es-

ta pregunta, la cual no dejaba de ser un apuro para mí. Despues de un corto silencio, prosiguió:

La marquesa. Volver á casa de vuestro padre seria ir á buscar una ueva prision.... El señor ¿Duportal está en Rusia.. No podriais ir mas que á casa de Rosamber, pero dicen haberse ido á una de sus haciendas. Presumo que os anda buscando. ¿Donde quereis que os lleve?

Penetrado de la generosidad de la marquesa, agradecido á su efecto, al mismo tiempo tan noble y tan tierno, apenas pude resistir al deseo de consolarla. Sentí su mano que llegaba á mis labios, y se la besé ligeramente.

La marquesa. Respondedme. (*Casi sin poder hablar*) ; Ah! mi ternura os habia dispuesto un asilo tan seguro como hermoso, y ¿no vendreis á él? ¿Nó vendreis? (*Tomando mas animo*) ; Os he de perder para siempre? ¿Vivireis para otra, y lo veré tranquilamente? ; Oh! no, Foblas, mi pena me ha desconcertado y me lo ha hecho decir; pero jamas, jamas consentiré. ¿Yo cederos á una rival? No; no lo espereis, amigo mio. Ese es un esfuerzo superior á toda criatura, es superior á mí.

Los débiles rayos del crepúsculo comenzaban á dejar percibir los objetos. Habia casi quince dias que solo habia visto aldeanas toscas, cuyas grandes caras abrasadas por el calor del sol, y marchitas con la fatiga continua del trabajo eran poco á propósito para tentarme, ni habia podido verlas sino por entre la reja, y á mas de cincuenta pasos de distan-

cia. Ahora estaba yo con el vizconde de Florvillla. La aurora me le presentó mas bello que Adónis á los ojos de Vénus encantada. La marquesa lloraba, ¡y una muger que llora, interesa tanto!... Quise enjugar sus lágrimas, pero no sé como lo hice que nuestros ojos se encontraron; mi boca tocó la suya, una casualidad fatal llevó mis manos... ¡Oh! prima mia hermosa! soy perjuro sin querer, y debo confesarte ahora que si tu culpable amante no consumó al instante tin sacrificio, es porque tu rival con cuidado no le permitió aquello que en un coche estrecho, incómodo, de mal movimiento y en camino lleno de piedras, no sale nunca ni medio bien.

Foblas. Mamá, ¿con que volvemos á Paris?

La marquesa. Sí, amiguito mio, porque nunca se figurará nadie que hayais venido aqui, y además he tomado tales precauciones que no os podrán descubrir. Mientras se compraba el servicio de los cuatro pillos, que no me conocen mas que con el nombre de conde de Rosamber, me ocupaba en buscar un cuarto cómodo para una viuda jóven, amiga mia, que viene en seguimiento de un pleito muy importante. Esta señora se llama *De Canga*, y esta sois vos. Pero como no habria parecido bien que vinieseis sola á Paris, la *Datura*, ansiosa de reparar la falta cometida, ha cuatro dias que se ensaya en el papel de madama *Verburgo*; así será el nombre, si os parece, de la respetable madre de la señora *De Canga*, vestida á la francesa de tela de seda de Tours,

con flores y listas muy arrimadas unas á otras, flores muy grandes y muchos colorines. La señora Verburgo hace todos los ademanes de muger de alta clase, de modo que os morireis de risa al verla. Por último, no hará mal su papel si puede suavizar algunas espresiones enérgicas que se escapan frecuentemente á su grosera franquesa. Ella tiene naturalmente los modales groseros y afectados de las señoras de aldea que jamas han salido de su lugar. Vuestro lacayo será el sobrino de vuestra madre. Fácilmente se os encontrará un cocinero y una doncella. La fonda de Bolonia está como á doscientos pasos de mi casa, en ella os he alquilado un cuarto con muebles que será mas bello con nuestros amores. Si quereis creerme, nunca debeis bajar al jardin de que me he reservado el uso. Por el lado de los Campos Eliseos tiene una puerta que me servirá todos los dias para ir á vuestra habitacion. Mi médico, que ya sabe que este año no voy á la casa de campo, me ha mandado que salga todas las mañanas á coger el aire muy temprano.

Las personas que nos escoltaban, nos dejaron y se marcharon al llegar á la barrera del Trono. El vizconde de Florvilla y yo fuimos á apearnos á casa de la modista, donde nos esperaban mi madre, Justina y el nuevo lacayo. La Datura empezó confesándome el yerro que habia cometido, y pidiendo se lo perdonase, y Justina, contenta de haberme vuelto á ver, no acabó de vestirme sin haberme hecho muchas morisquetas. El vizconde de Florvilla habia dispuesto cuánto yo podia necesitar. Me

puso un vestido sencillo de señorita viagera. Pusieron mis cofres detrás de la silla de posta, y se sentó á mi lado la señora Verburgo. Apeamos en la fonda consabida, calle del forburgo de San Honoré.

Al cabo de dos horas la señora marquesa de Babia vino acompañada de su camarera por saber si habia llegado ya la señora *De Canga*. Nos abrazamos como dos señoras que se quieren mucho, cuando se ven despues de ausencia larga. Mi madre, que sabia vivir, nos dejó solos. El amor entró en mi alcoba, en el mismo momento que salió la señora Verburgo. Este pequeño Dios estuvo dos horas con nosotros.

La marquesa. Ya son cerca de las doce: es preciso irme porque en casa saben que debia cenar y dormir en el campo; pero me esperan á comer... Ahora que me acuerdo; sois muy galan. ¿Que significa la botella que me enviasteis?

Foblas. ¡Ay, mamá mia! Una tontería de Jazmin.

La marquesa. ¿Cuando me dareis el retrato de la señorita Duportal?

Foblas. Ahora mismo. Ahí está en la faltriquera del caballero de Foblas. (*Le saca de la faltriquera.*) ¿Tomadle aquí está.

La marquesa. Mañana os traeré el del vizconde de Florvilla.

Foblas. Mamá, y el marques ¿no os ha hablado de la señorita Duportal?

La marquesa. Si por cierto, amigo mio, vos vivis con el baroncito de Foblas: vues-

«tros parientes os buscan cuando estais tan cerca de aquí. Además está escandalizado del modo con que habeis tratado á su lacayo *La Jeunesse*: » ¡Como! señora, me dijo, sabed que le ha dado un latigazo con la mayor fuerza. » ¿Y se hace una cosa como esta? ¿Se trata de tal modo á las gentes? Acordaos del día que me hice el chichon en la frente, y que me aplicó una moneda, pues me apretó de tal modo que me hizo chillar. Vos habeis creído que yo era delicado, que hacia mendres; pues no señora, al contrario, aguantaba como un perro. Tiene unos puños como un gañau. Es un diablillo la tal señorita; pero su fisonomía misma lo dice. »

Apenas se marchó la marquesa, entró la señora Verburgo. La supliqué que enviase á *Laflor* á casa del conde de Rosamber.

Datura. Hija mia, creo que el conde de Rosamber no está en Paris.

Foblas. Madre mia, yo creo que sí; pero en todo caso quisiera saberlo de cierto.

Datura. Pero señor, la señora marquesa nos ha mandado...

Foblas. La señora marquesa ha mandado...

Pero, querida mia, ¿estais loca? ¿Os figurais que yo soy criado de la marquesa como vos? Madama *Datura*, es preciso que sepais, y no lo olvidéis, que aquí estoy en mi casa propia. Si *Laflor* no va al instante á casa de Rosamber, yo mismo iré... Madama *Datura*, escuchad; veis ahí esos tres doblones, esos son para vos, si Rosamber viene hoy mismo.

Datura. ¿Pero si acaso está en el campo?

Foblas. ¡Ah! lo sentiré mucho, pero tendré tres doblones mas. Querida, vos sabeis escribir; tomad papel y pluma. (*Escribe la señora Verburgo dictando Foblas.*)

» La señora *De Canga* desea hablar al señor conde de Rosamber aunque no sea mas que cuatro minutos. Si el señor de Rosamber tiene la bondad de venir á comer conmigo, aunque no le ofrezco un gran banquete, tendré mucho gusto en que me acompañe. Lo que deseo decirle es mas urgente.

Foblas. (*Llama al lacayo y entra.*) *Lafior*, ve, lleva esta carta al señor conde de Rosamber; y si te pregunta algo, no le dirás sino que tu ama es jóven y bonita, que está en la fonda de *Bolonia*, soburgo de *San Honoré*. Si acaso el conde no se hallase en *Paris*, pregunta á cual de sus haciendas ha ido.... Señora *Datura*, acordaos de los tres doblones.

Cuando volvió el criado me dijo que el conde venia al instante. Un momento despues entra *Rosamber* con un aire muy marcial y muy galan.

Rosamber. Bella señora.... (*Se detiene y da una carcajada.*) El diablo me lleve si no he venido creyendo haber gauado algun triunfo; pero no siento no haber tenido aquella fortuna, ya que abrazo á mi amigo.

Foblas, á la señora *Verburgo*. Mi señora madre, ¿quereis dejarnos solos?

Rosamber. ¿Mi señora madre? Veamos pues á mi señora madre. (*Haciendo cabriolas, y haciendole dar vueltas.*) ¡Mi señora madre! ¡sois muy guapa! teneis figura muy

noble, buen aire, vestido magestuoso; pero dice muy bien vuestra hija, *dejadnos solos*, (*Se va la Verburgo.*) Mi querido Foblas ¿que farsa es esta?

Rosamber no pudo escuchar el pormenor de como me habian sacado de la prision y como me habia disfrazado, sin interrumpirme muchas veces con sus bufonadas; y luego que acabé me dijo:

Rosamber. En fin la marquesa lo ha dispuesto tambien que ya estais otra vez en su poder.

Foblas. Sí, Rosamber, y mi Sofia, mi Sofia...

Rosamber. Ya estamos... Está bien. ¿Y que quereis hacer á vuestra Sofia? La pobrecita estará en su colegio siempre...

Foblas. ¿Lo sabeis?

Rosamber. Sí lo sé, y sé tambien que vuestra hermanita ya no está con ella.

Foblas. Mi padre...

Rosamber. La ha sacado del colegio para ponerla en otro, y ha despedido al honrado Person.

Foblas. Rosamber, si me quedo aquí ¿como haré para ver á mi hermosa prima?

Rosamber. Mi querido Foblas, yo bien os ofreceria mi casa, pero tal asilo no respetaria la marquesa de Babia, y os perseguiria allí mismo.

Foblas. Amigo mio, si me abandonais, soy perdido.

Rosamber. ¿Dudais de mi amistad?

Foblas. No, pero temo exigir demasiada.

Rosamber. ¡Como! si estuvierais en mi lugar y yo en el vuestro ¿dudariais en hacerme el favor que vos tenéis la bondad de pedirme?

Foblas. Seguramente no.

Rosamber. Pues en tal caso decid sin miedo.

Foblas. Rosamber, aunque aquí estoy incomparablemente mejor que en el pueblecito de campaña en el país de la Bria... aunque tengo el gusto de ver con libertad á mi hermosa corteja (al cual confieso tener aun cariño), aseguro sin embargo que solo habre cambiado de cárcel sino veo á mi Sofia... ¿No me podriais hallar al rededor del colegio en que vive...

Rosamber. Os entiendo, la marquesa os ha robado el baron, ahora es menester que os robe yo á la marquesa. No hallo ningun reparo. No pude impedirle que me robase la señorita Duportal, pero le robaré la señorita *De Canga*. Esto es justo, y consuela. No me pesará ver como la que me condenó al celibato, soporta las privaciones de la viudez: contad conmigo.

Ya era hora de sentarnos á la mesa, y durante la comida, que fué larga, el conde se divirtió mucho á costa de la señora Verburgo. Estábamos en los postres cuando el dueño de la fonda, el señor Villarturo, rentista de nuevo cuño, curioso de ver sus nuevos huéspedes, entró sin mirar si su visita nos agradaria ó no. Figuraos la ignorancia y la bestialidad personificadas, y aun tendreis una idea demasiado ventajosa del señor Villarturo. Ha-

lló que no le habian engañado diciéndole ser yo bonita. Es claro que tal personage me habria fastidiado, si el touo galante que pretendió tomar conmigo no me hubiese dejado el recurso de burlarme de él. Mi maligno compañero me ayudó caritativamente al escarnio que hicimos del pobre hombre, quien al irse me ofreció que no tardaria en volver á verme. Rosamber tenia que hacer, y me dijo:

Rosamber. Mientras hallo, amigo mio, lo que deseais espero que acepteis algun dinero, pues no me hace falta por hoy, y en otra ocasion me gustará encontrarle junto.

Por la noche me envió trescientos doblones. La señora Datura me dió la cuenta del coste que habia tenido el sacarme de mi prision, y los gastos de la fonda. En el siguiente cuando vino la marquesa, le supliqué se sirviese tomar su importe.

La marquesa. Muchas mugeres pretenden que un asunto de intereres se debe olvidar entre amantes; yo, amigo mio, tomo mi dinero sin hacerme de rogar, y aun me parece que debo justificarme del silencio guardado sobre artículo de tanta delicadeza. No creia que pudieseis volverme tan presto la suma, y así no me atreví á hablaros de esto, temiendo que podria mortificaros. Callaudo tambien ofendia vuestra delicadeza; pero al fin mas quiero merecer las reconvençiones del caballero que disgustar á mi amigo... Tomad, mi querido Foblas, guardad esta cosita, que si me quereis tanto como yo os amo, será un tesoro para vos (*Dándole una cosa envuelta*).

Era el retrato del vizconde de Florvilla. Dí á la marquesa espresivas gracias : ella participó del enagenamiento de mi gratitud ; pero al instante creyó que debia moderar su exceso. En aquel momento avisan que el señor de Villarturo está allí. La señora marquesa tuvo gusto de conocer este original. El repartió su necio homenaje entre la marquesa y mi persona, echándonos flores á su modo. Por su conversacion, que fué una comedia por las muchas tonterías con que la mezcló el rentista, observamos que creia en la astrología, conocia mágicos, habia visto duendes y personas venidas del otro mundo, y concluyó diciendo que nos traeria un amigo suyo medio hechicero que nos diria nuestras aventuras presentes, pasadas, y por venir, con solo que le enseñásemos las manos, ó le dejásemos ver la cara.

Datura. ; Caramba ! ¿ creéis que mi señora hija os mostrará?....

Foblas aprieta con el pie á Datura que no puede con esto continuar. La marquesa se rie á carcajadas, y Villarturo al irse dice.

Villarturo. Mañana traeré al astrólogo.

CAPÍTULO XXIV.

Aventura estravagante.

Durante todo aquel dia no volvió Rosamber. Al dia siguiente muy temprano vino la marquesa para asistir á mi tocador, y yo me

compuse mucho á causa de la venida del astrólogo, á costa de que nos proponíamos divertirnos. Poco antes de medio dia llega el señor Villarturo, y gritando nos dijo que venia con el astrólogo. Creí reventar de risa cuando detras del rentista ví al marques de Babia. Este vió á su muger, y se admiró; reconoció á la señorita Duportal y quedó como fuera de sí.

El marques. ¿Que veo? Es esta la señora De Canga?

Villarturo. Sí señor.

El marques de Babia con los brazos caidos, los ojos fijos, y la boca entreabierta, parecia que no le bastaban sus ojos para considerarme.

Villarturo. ¡Ay! ¡como os mira! vuestra fisonomia le ha chocado. Ved como ya discurre.

La marquesa, que en las ocasiones urgentes conserva una sangre fria bien admirable, se fué ácia su marido, le cogió por el brazo, y le llevó al balcon bastante arrimado á mí. Villarturo lo nota y me dice:

Villarturo. Vuestra amiga tiene mas prisa que vos; pero con ella no va nada. Vos sois á quien él ha mirado con particularidad. Vuestra fisonomia le ha chocado; sí, le ha chocado..... ¡Oh! le ha chocado (*Riendose á carcajadas*).

Mientras tanto yo estaba con el oido alerta por oir lo que se hablaba detras de mí, pues si la marquesa no se hubiera propuesto que yo le escuchase, habria encargado á su

marido hablar en voz baja.

El marques. ¿No lo dije yo? ¡Ah! ¿con que está embarazada?

La marquesa. ¿No lo habeis conocido?

El marques. Al instante. No estará de muchos meses.... á lo mas de cuatro á cinco.

La marquesa. Eso á lo mas.

El marques. Ya lo veo ¡Como voy á vengarme!

La marquesa. Pero cuidado con disgustarla.

El marques. ¡Oh! no le haré mal.

El señor Villarturo, que habiendo concluido ya sus risotadas me hablaba de nuevo, impidió escuchar lo demas.

El marques. ¿Sabeis que os hallo algo demudada?

Villarturo. ¡Ah! ¡ah! ¿con que la conociais?

El marques. Cuando conocí á esta señora, estaba aun soltera.... ¡Ah! sin duda os casateis al instante, ¿no?

Foblas. Si señor.

El marques. ¿Y ya estais viuda?

Foblas. ¡Ay! si señor.

El marques. ¡Y todo en tres ó cuatro meses! A lo menos es bien pronto. No necesito preguntar si el difunto era amable.... pero ¿como no llevais luto?

La marquesa. Ya os lo diré yo.

El marques. Me temo que el pobre marido ya está olvidado.

Foblas. ¿Por que?

El marques. Porque la pena no os ha es-

torbado hacer algunos dias de campo.

Foblas. ¿A mí?

El marques. Quereis negarlo; pero yo os he hallado en el camino de Versailles en el puente de Sevres.

Foblas. ¡Ah! sí.... pero vos....

La marquesa, en voz baja. No habléis de eso, que la mortificais.

El marques, manifestando gusto de verme como cortado. ¿Sabeis que no es prudente montar á caballo en el estado en que os hallais? Cuidado con abortar.

Foblas. ¿Con que creéis que estoy en cinta?

El marques. ¡Oh! lo sé de cierto. Pero, ved que en el carnaval noté.... Apostemos que ya estaba hecho el matrimonio. Estaba en secreto, ¿no es así?

Foblas. Pero, caballero....

El marques. Lo que quieren decir es que ya en aquel tiempo vuestros ojos.... No os he dicho nada de mis conocimientos de astrologia, porque estudiaba aun y no sabia bastante, pero vos no ignorais cuán buen fisonomista soy.... Ahora bien: en el último carnaval ya noté en vuestros ojos cierta cosa que denotaba una sangre.... Preguntádselo á la marquesa; os aseguro bajo mi palabra de honor que conocí el matrimonio. Por lo que hace al embarazo, no podia determinarlo de cierto, mas.... Ved ahí, todo ello era bien reciente aun.... ¡Pero! ahora es diferente; no es posible equivocarse.... Hermosa señora, vuestra persona siempre es bella, vuestra talla gra-

ciosa, pero esa cara se ha mejorado algo, y despues..... ¿Veis aquí? Parece que va á engordar por acá; á ponerse mas cariredonda; todo comienza á apuntar.

Alentado el marques al ver que su muger no podia disimular ni contener la risa, sin embargo de taparse con el abanico, me dijo:

El marques. ¿Quién será el padrino de lo que nazca? Sin duda vuestro padre...

Foblas, hace por ponerse colorado, y muy humilde le dice. Mi padre ignora mi casamiento...

El marques. ¡Ah! razon tenia yo...

Foblas. Si por casualidad encontrais á mi padre ó á mi hermano, os suplico no digais haberme visto.

El marques. ¡Oh! no tengais cuidado.

Foblas. Pero el señor Villarturo...

El marques. Villarturo no sabe como os llamabais de soltera, y vuestros padres no os conocen por el apellido de vuestro marido. Ademas el señor Villarturo es un hombre silencioso.

Villarturo. ¡Oh! seguramente; ni yo me meto nunca en hablar lo que no sé..... Pero vamos, señor marques, yo os habia traído para que dijerais á estas señoras la buena ventura. El conocer una de ellas no es obstáculo.

El marques. No lo es, teneis razon. Voy á ello. (*Se arrima á su muger*) Señora, vamos, comenzemos por vos.

La marquesa le dió su mano de la que él

contó las líneas largas; y cortas, directas y transversales; despues axaminó la cara, y despues de haberla mirado con ternura, dijo en tono que manifestaba su satisfaccion propia:

El marques. Señora, teneis un marido que os divierte mucho con sus gracias, y que os ama en extremo.

La marquesa. Muy bien (*Retirando la mano*). No quiero saber mas; veo que sois un grande adivino.

El marques. Ahora os diré á vos, hermosa dama *La considera con atencion y despues prosigue*). Vuestro marido tiene acaso dos apellidos?

Foblas. Uno solo, y era el *De Canga*.

El marques. Eso es muy singular.

Foblas. ¿Por qué?

El marques. Porque parece que el pobre difunto ha sido...

Foblas. ¿Que ha sido?

El marques. No habeis de enfadaros; ¿Que no? ¿Como lo diré? Vamos, hermosa, voy á servirme de una figura: parece que el fruto que está actualmente en el árbol de vuestros amores ha sido ingertado en él por... por uno que se llama... *Foblas*, puesto que sea preciso decirlo.

Foblas. Caballero, vos me insultais.

Villarturo. ¡Oh! ¡que graciosa es cuando está colérica!

Dijo esto gritando y riendo de modo que parecia que tenia una convulsion general en todo su cuerpo, lo que producía tales movimientos que los polvos de la peluca le caian á puñados.

El marques. Parece que esto ha sucedido en un gabinete de casa de una modista de la calle de...

Foblas. Todo lo que me estais diciendo es una sarta de tonterías.

Entonces entró la señora Verburgo que acababa de ponerse su vestido guapo. Al ver al marques de Babia se quedó fuera de sí. Hizo una cortesía cómica; se arrimó á mí, y en voz baja le dije lo que se trataba. No sé qué preguntaba el marques en aquel momento á su muger, pero oí que esta le respondia: *es una madre supuesta.* El marques saludó á la señora Verburgo y la miró mucho.

El marques. ¿Esta señora es vuestra madre? Me parece, señora, que he tenido el honor de veros en algun otro parage.

Datura, aturdida no sabia ya que responder, y dijo: Puede ser muy bien... puede ser... Yo voy allá algunas veces.

El marques. ¿A donde, señora?

Datura. ¿Donde deciais?

El marques. ¡Como es eso! ¿acaso me habeis oido á mí hablar del gabinete? Eso era chanza...

Datura. ¿Que? ¿Del gabinete? Aunque me querais citar el gabinete?...

El marques. ¡Ah! nada de eso, señora, nada de eso. No nos entendemos.

Villarturo. Ni yo tampoco comprendo nada de lo que decis.

Mi corteja reia á mas no poder, y yo que estaba ya fatigado de reprimir la risa, me aproveché de la ocasion para darle un libre curso.

El marques. ; Ved pues como se ríe! Señora, vuestra hija es algo loquita, cuidado no aborte.

Datura. ¿Que aborte? ¿Que aborte?..... ¿Ella?.. ; Caramba! Yo querría ver tal hazafia.

El marques. Lo que os digo es que toméis las precauciones necesarias para evitarlo: vuestra hija monta á caballo, y esto es muy espuesto.

Villarturo. No hay duda, puede caerse, eomo me sucedió á mí el otro dia.

El marques. ; Oh! ¿caerse? No es eso lo que yo temo por esta señora.

Villarturo. ¿Y por que ha de caer? Yo mismo he caído.

El marques. Monta mejor que vos. No podeis figuraros la diestra que es esta señorita y la fuerza que tiene, sin embargo de ser tan jóven como veis. Yo, amigo Villarturo, por gordo y redondo que seais, no os aconsejaria que os peleaseis con esta señora.

Villarturo. ; Ah! pues vamos á verlo (*Viniendose á Foblas*).

Foblas. Caballero ¿estais loco? (*Queriendo coger á Foblas por el cuerpo, y Foblas le coge por un brazo*).

Datura. ¿Que hombre es este que se viene aquí á juegos con mi hija?

Datura tomó á Villarturo por el brazo. El lector se acordará de haber hecho bailar cuando niño un juguete compuesto de una hormilla atravesada de un palito delgado (1): el

(1) Los muchachos la llaman *perinola*.

señor Villarturo con las sacudidas de una y otra dió como una perinola muchas vueltas y concluyó cayendo en tierra. Los criados acudieron al ruido. El rentista, picado y avergonzado se levantó y se fué sin hablar palabra. El marqués se fué tras él para consolarle, y la marquesa, que aquel dia tenia convidados, no tardó en marcharse.

CAPÍTULO XXV.

Entrada peligrosa en un colegio.

Estaba yo admirado de no haber oido una palabra en dos dias sobre si el conde vendria ó no, cuando le veo llegar aquella misma tarde casi al anocheecer; abrázame y dice:

Rosamber. Amigo, sea enhorabuena: todo sale á medida de vuestro deseo, todo está pronto, seguidme.

Foblas. ¿Como! ¿ahora mismo?

Rosamber. En este instante.

Foblas, corriendo á abrazarle. ¡Cuan agradecido estoy! ¡Cuántas gracias debo daros! Pero, Rosamber, contadme...

Rosamber. Os contaré todo: mi coche os espera: no hay que perder tiempo, seguidme.

Foblas. Con que, amigo mio, ¿voy á abandonar á la marquesa?

Rosamber. Si por cierto, pero para volver á ver á Sofia.

Foblas. ¡Para volver á ver Sofia! Vamos, Rosamber, vamos al instante; esperad-

me que tome el retrato de mi hermosa prima (*Llamando para que venga Datura, y entra esta*). Querida, haced que preparen la cena, mientras tanto el señor conde y yo vamos al jardín.

En vez de bajar al jardín, nos metimos en el coche del conde.

Rosamber al cochero. Vete por el Bulevar corriendo hasta la puerta de San Antonio; de allí poco á poco á la plaza de Mober.

Luego que corrimos las cortinillas me dijo:

Rosamber. Desde que nos vimos hálle, alquilé y mueblé para mi un cuartito cerca del colegio de Sofia; desde vuestras ventanas podreis ver todo lo que pasa en él. Pero advierto que la señorita *Duportal*, actualmente señora *De Canga*, desde este momento se llamará y será la señora *Fermin*.

De repente el coche que durante cinco minutos fué echando chispas iba muy poco á poco.

Rosamber. Ya estamos cerca de la *Bastilla*; vamos, hermosa robada; ese magnífico prendido que está bien á una señora, no cae bien á una muger vulgar. Es preciso vestiros de otro modo. Primero quitemos ese brillante sombrero; de esos pelos que estan aquí caidos, hagamos lo mejor que podamos un moño modesto; cubramos esos grandes bucles con esta *escofieta de baño*: en vez del hermoso vestido, pongamos este *corsaco* blanco (1); hermosa, vamos; ponéos con

(1) Especie de vestido llamado así.

alma ese zagalejo : no seré atrevido ; os amo mucho , y por tanto os respeto. Muy bien : cubrios el pecho con este pañuelo de muselina ; poneos encima bien puesta esa manteleta negra ; y ocultad la cara bajo esta grande *teresianiana* (1). Ya está todo concluido , y estais tan hermosa que vais diciendo *comedme*. Por lo que á mí toca , Foblas mio , está mas pronto concluido. Ved aquí. (*Se quita el vestido y se pone un redingot.*)

Nos apeamos en la plaza de Mober , y nos fuimos por la calle que dirige al colegio. Cuando llegamos á la casa preparada , atravesamos un gran patio y un jardin , y al fin de él ví una habitacion cuya pared era medianera con el propietario vecino , y su altura sería como de unos diez piés. Advertí que desde las ventanas del cuarto principal se podia bajar facilmente á un jardin contiguo por medio de una cuerda. Rosamber me llevó de gozo cuando me dijo que este era el jardin del colegio : despues me hizo ver que aunque habia cuidado de lo útil no por eso habia descuidado lo agradable. Me habia hecho poner pegado á la ventana un fortepiano de modo que pudiese tocar y ver al mismo tiempo todo lo que pasaba en el jardin. Rosamber me affigió mucho al despedirse diciendo que mientras estuviera yo en esta casa no nos podiamos ver , porque la marquesa no dejaría de poner espías para que le sigan los pasos , y si él concurríese , me descubriría pronto. Cou-

(1) Corra llamada así.

venimos en que yo le escribiría por el correo interior del pueblo, y que para evitar que nos cogieran las cartas yo pondría el *sobre* al señor *Saint Albino*, uno de sus mas íntimos amigos.

Los que adivinen que no dormí en toda la noche se engañarán mucho si no atribuyen mi vigilia únicamente á mi impaciencia, la cual era penosa y dulce al mismo tiempo por tener en la vecindad á Sofia. Pensé tambien en mi querida Adelaida que, separada de su amada amiga mas de un mes, no habia tenido el consuelo de ver á su hermano.... Pensé asimismo en mi padre, á quien mi fuga debia causar una inquietud mortal; en mi padre, que me acusaria de indiferencia y de crueldad.... Pero el amor, el amor, mas fuerte que la naturaleza, ahogó mis remordimientos nacientes. ¿Acaso podia yo esponer á mi amante á una separacion eterna, volviendo á casa de mi padre?

Al amanecer me puse de centinela en mi ventana, y dispuse la zelosia de modo que pudiese ver sin ser visto. Debia temer que me viese madama Munich, pues habiéndome visto ya vestido con mi amazona, podria tal vez conocerme en este nuevo disfraz, aunque tan diverso. Habia en frente de mi ventana un grande edificio, como á cincuenta pasos. ¿Habia tantos cuartos!.... ¿cual será el de Sofia? Mis ojos, que le recorrian continuamente de un extremo á otro, no sabian donde fijarse.

A las siete de la mañana me vi precisado á desamparar mi puesto. Los dueños de

la casa venian á visitar á su nueva inquilina, y me traian la jardinera que se encargaba de servir en todo lo necesario á la señora *Fermin*. En punto de cocina un *figon* inmediato, que con orgullo tomaba el nombre de *hosteria*, se obligó por seis pesetas diarias á enviarme con puntualidad las tres comidas.

El señor *Fromon*, dueño del cuartito que yo habitaba, se pasmó de las disposiciones que daba para estar siempre sola. Me hizo con mucho modo y con galantería la reflexion de que no convenia que una jóven hermosa pasase lo mejor de su vida en un retiro; que una criada me serviría mejor que el *figonero*, no me costaría mas y tendría quien me acompañase. A estas reflexiones prudentísimas, que apoyaba tambien su muger, respondí que disgustada del mundo habia escogido habitacion aislada en barrio solitario, á propósito para vivir retirada. Los amos de la casa sentian, segun me dijeron, que una persona tan amable hubiese tomado la resolucion violenta de enterrarse así en vida. Mientras tanto mi asistenta, muger del jardinero, no acababa de barrer y limpiar, le supliqué que despachara cuanto antes y se fuese.

Cuando me vi solo fuí otra vez á tomar mi puesto detras de la zelosía. Bajaron muchas colegiatas al jardin; pero ¡ay de mí! ¡Sofía no estaba entre ellas! Las ví correr, bailar y divertirse con los juegos de la tranquila inocencia; Que hermosas eran estas niñas! Pero, ¡ay de mí! no estaba Sofía. Si consiguiese atraerla ácia donde yo estoy, se

juntaria tal vez con sus compañeras. ; Hace la música tierna tal impresion en los corazones enamorados ! Sofía vendria sin duda.... ; Yo la vería ! Al instante conoceria la voz de su amante. Me senté á mi fortepiano , y con la música de una aria ya conocida , canté éstas coplas que me iuspiró el amor :

Niñas hermosas, dejad
 Vuestros inocentes juegos;
 Venid á oír, y traed
 Con vosotras la que quiero.
 Traedme la mas hermosa,
 La que de amor lleva el fuego,
 La que me ha dado su fe,
 La que conseguir espero;
 Si está entre vosotras, venga;
 Si no, de dolor me muero.

Decidle, inocentes niñas,
 Que sufro cruel tormento
 De no verla entre vosotras,
 Pues ya todo me da miedo.
 ¿Conocereis de quien hablo?
 ¿Quien es de mi amor objeto?
 La mas modesta y mas bella
 Que ha dado á la tierra el cielo.
 Si está entre vosotras, venga;
 Si no, de dolor me muero.

Apenas comencé á tocar y cantar , todas las colegialitas vinieron corriendo ácia donde sonaba la música ; y cuando comenzaba la segunda copla , advertí que se habian arrimado

dos señoras que por su trage me asustaron. La una de ellas era vieja, y gruñía á las jóvenes que estaban escuchando la música. Vámonos, dejemos á estas muchachas que se diviertan, dijo la otra que me pareció jóven y bonita. Ved ahí, la música ha cesado apenas hemos llegado nosotras, parece que nuestra cara espanta los placeres. Vámonos, hermana mia, dejemos á las niñas que se diviertan. ¡Es tan corta la hora de recreo! A mas que no todos los dias tienen el gusto de oir tales cosas. Cuando estas dos señoras estuvieron lejos continué:

La inclinacion amorosa
 Que mi amada y yo tenemos,
 Tendreis tambien algun dia
 Con igual pena y deseo.
 Traedme la mas hermosa,
 La que de amor lleva el fuego,
 La que me ha dado su fe,
 La que conseguir espero.
 Si está entre vosotras, venga;
 Si no, de dolor me muero.

Si no está decidle, niñas,
 Que ausencias me tienen muerto,
 Y si no me ama como antes,
 Que haga preparar mi entierro.
 ¿Conocereis de quien hablo?
 ¿Quien es de mi amor objeto?
 La mas modesta y mas bella
 Que ha dado á la tierra el cielo.
 Si está entre vosotras, venga;
 Si no, de dolor me muero.

Me escuchaban con atencion, me aplaudian con entusiasmo; pero ¡ay! Sofía, mi querida Sofía no estaba con ellas. Desesperado de no verla dejé el instrumento; triste y pensativo me quedé tras de la zelosía; por último distinguí.... me pareció ver.... una jóven que se paseaba sola por un camino de árboles que llegaba hasta debajo de mis ventanas. Entonces canté esta última copla.

Allá en la calle de mirtos

Alcanzo á ver á lo lejos

Pasearse una beldad

Con señas de sentimiento.

Parece una tortolilla

Viuda, triste, sin consuelo.

Mirad si es la mas hermosa,

Y traedla en el momento.

Traedmela, bellas niñas;

Si no, de dolor me muero.

Yo no veia á esta señorita sino por la espalda. Esa hermosa talla es la de ella.... Este camino cubierto es aquel al cual, segun Adelaida me contaba, venia mi hermosa prima á llorar su amor naciente y desgraciado.... ¡Ay, Sofía! tú eres.... tú eres sin duda.... arrimate un poco.... ¿Tú te alejas?... Vuelve, vuelve por aquí.... Vuélvete de cara á tu amante, déjale ver tu rostro adorado....

Una maldita campana hizo señal de retirarse y me quitó mis esperanzas. Todas las colegialas se fueron del jardin.

El dia siguiente á las siete de la tarde la

misma persona volvió al mismo parage. Puesto detras de la zelosia la seguí con mis inquietos ojos cuantos pasos dió. Su modo de andar pausado y compasado manifestaba una profunda melancolía; parecia que tenia la luz, y andaba buscando en este mismo paseo el sitio mas sombrío. ¡Oh vos que me inspirais un sentimiento tierno, mi corazon me dice que sois la que él adora! Pero si mis presentimientos me engañan, si fuese posible que no fueseis mi Sofia, estoy bien seguro que amais como ella, y como ella estais separada de quien os ama.

Canté la última copla de mi romance: todas las colegialas vinieron corriendo; la que yo llamaba no me oia. ¿Que haré para atraer á Sofia y alejar á sus compañeras? Si continuó cantando todas estas niñas se estarán bajo mi ventana, y mi hermosa prima, demasiado preocupada, nunca vendrá. Es preciso callar, seguir con la vista los pasos de la hermosa tristemente pensativa, y esperar.

Cuando vieron que yo no cantaba, todas las colegialas se dispersaron por el jardin. Escondido tras mi zelosia, y arrodillado en el balcon, no perdía de vista la interesante señorita que se paseaba siempre muy despacio... Por último dió algunos pasos ácia mi... era ella... la ví. Un poco pálida, algo demudada; sin embargo hermosa. Distaba mucho de mí para que pudiese yo atreverme á hacerle ninguna seña, pero estaba loco con el gusto de haberla visto. La maldita campana hizo la fatal seña de retirarse.

Todas las colegiales se habian ido ya del jardin cuando Sofia se vuelve atras, y se aleja tristemente. Desesperado de ver que se alejaba la ocasion de hablarla, no pude contener mi impaciencia. Abrí con una mano la zelosia, y con la otra le tiré su retrato que le dió en el hombro. Sofia reconoce la miniatura, y en el esceso de su sorpresa se para mirando á todas partes; el momento me pareció decisivo. Demasiado enamorado para tener bastante prudencia, abrí la zelosia. Sofia vió á una muger cuyas facciones le chocaron; da algunos pasos ácia adelante, me nombra y cae desmayada.

En este momento crítico, el hosterero llamaba á mi puerta; le respondí gritando que no tenia ganas: y sin reflexionar las terribles consecuencias que podia tener mi estremada imprudencia, impelido de un movimiento involuntario me arrojé por mi ventana al jardin del colegio. Por mi fortuna no habia nadie mas que mi Sofia. Aunque algo atolondrado con el salto que habia dado, fui corriendo á la calle de árboles en que se hallaba Sofia, y me arrojé á sus pies. Mis besos la volvieron en si.

Sofia. ¡Ay, mi querido Foblas! ¡que momento! Pero ¡ay! que habeis hecho! ¿Habeis saltado desde esa ventana? ¿Os habeis hecho daño?

Foblas. No, Sofia mia, no.

Sofia. ¡Pero si alguien os ha visto!... ¡Como hareis para volver á subir á ese cuarto! ¡Ay! somos perdidos uno y otro... Foblas,

decidme la verdad, ¿no os habeis hecho mal ninguno?

Foblas. No, Sofia mia, no. Yo hallaré algun medio de volver á subir á mi cuarto.

Sofia. ¡Que! ¿me quereis ya dejar?

Foblas. Hermosa prima mia, ¡si supierais cuanto he padecido!

Sofia. ¡Y yo, Foblas! ¡Ay! figuráoslo.

Cuando me decia esto, oimos resonar el aire con el nombre de *Pontis* que un grandísimo número de voces de muger estaban gritando. Confieso que me asusté, y me tendí detras de unas ramas. Sofia, á quien el sobresalto mismo le habia dado fuerzas, se fué volando á encontrar á las que venian buscándola.

Madama Munich, con la voz seca y en tono agrio. ¿No habeis oido el toque de la campana? ¿será menester que todos los dias os váyamos buscando?

Algunas de las maestras que habian acompañado á madama Munich, tambien regañaron á mi hermosa prima. Salieron todas juntas del jardin, y cerraron la reja. Me ví solo, pero en mil apuros.

Cuando ya no estaba Sofia, senti una desazon en todo mi cuerpo, diminada de la violenta sacudida de la caída. No era lo que me apuraba mas este dolor pasajero, sino que tenia que volver á subir á mi cuarto. No podia intentar el escalar la tapia hasta que fuera bien de noche y se hubiese recostado todo el mundo en el colegio, y las circunstancias exigian que mientras llegaba la hora

de poderme escapar, tomase á lo menos lá precaucion de mantenerme escondido en algun parage. Un castaño de indias viejo, que tenia ramas bajas y las hojas muy espesas, me ofreció un asilo mas seguro que cómodo; pero estando vestido de muger ¿como habia de subir al árbol? Tomé el partido de quitarme los zagalejos, los arrollé perfectamente todos juntos; é introduciéndome por detras de los árboles á lo largo de la muralla hasta mi habitacion, tiré el paquetito dentro de mi cuarto por la ventana que estaba entreabierta. Me volvi á mi castaño y me encaramé en él muy ligero; las desigualdades de su corteza hicieron en mis calzoncillos finos tales girones, que mis muslos mas bien se quedaron incomodados con ellos que cubiertos.

Estuve alli tres horas esperando que la luna, de la cual algunas nubes esparcidas quitaban la luz de cuando en cuando, se ocultara enteramente. A las once de la noche el profundo silencio que reinaba en todas partes me alentó á salir de mi asilo y bajar al suelo. En vano intenté volver á subir á mi cuarto; y fué inútil cuanto hice para hallar en toda la pared un paso fácil porque estaba revosada de nuevó. Subia un poco y con dificultad; me sostenia en la pared con las manos; pero al querer subir mas arriba, quedaban los pies colgando, no hallaba donde afianzarlos, y caia otra vez.

Estuve luchando así mas de una hora, y me faltó el valor al paso que mis fuerzas se ha-

haban abatidas con la fatiga. Los dedos me chorreaban sangre; tenia el cuerpo molido; en fin estaba tal que me tendí en el suelo, y me entregué á mil reflexiones tristes. ¿Que haré cuando amanezca, que no tardará mucho, y las colegialas vean un hombre cerrado en el jardin? Si, un hombre, porque ya no tenia zagalejo ninguno, y mis calzoncillos desgarrados por mil partes manifestarian bien que lo era; estas mugeres asustadas correrán á pedir socorro. Madama Munich me conocerá. Volveré á caer entre las manos de un padre severo y zeloso de su autoridad, me volverá á cerrar y me quitará para siempre á mi Sofia, á mi Sofia cruelmente comprometida y tal vez deshonorada.... ¡deshonorada!... Esta idea redobló mi desesperacion; entonces oí un ruido agudo y prolongado como el de una reja cuando se abre con cuidado de que no haga ruido.

Me fui precipitadamente á mi castaño protector, pero no llegué arriba sin que me costase nuevos girones en mis pobres calzoncillos que ya se caian á pedazos. Al cabo de pocos minutos de calma, comencé ó oír un ruidito que hacía una muger, pues la luz de la luna me permitió ver al trage particular en que venía, y que se arrimaba con mucho tiento por la calle de árboles, é iba mirando con mucho cuidado á todas partes. En aquel mismo instante vi presentarse sobre el caballete de la pared un hombre que bajó al jardin con una agilidad que me dejó sorprendido: se metió por debajo de los árboles, y

vino el camino cubierto á encontrar la que le esperaba. Se sentaron ambos debajo del castaño en que yo estaba, y me estuve inmóvil muy atento. Les oí celebrar el buen éxito de su temeridad, hacerse las protestas mas tiernas, confundir sus suspiros, y acompañar sus nombres mil veces repetidos con los dulces epitetos consagrados por el amor. Conocí que el amante era el vástago único de una casa ilustre. A su nombre verdadero, que debo callar, se me permitirá sustituir el de *Derneval*. A la amante llamaré *Dorotea*..... Esta no era colegiala..... No era tampoco una directora... ¡ Amor! ¡ Que nobles familias reunias en estas dos personas! Pero, ¡ que tiempo! ¡ que lugar habias escogido! ¡ Luego es cierto que tú penetras en esas casas de paz donde le tienen jurado un odio eterno! ¡ Luego es verdad que tienes altares en todas partes! Yo ví á las dos personas que en medio de sus dichas y del fuego con que los inflamabas, te hacian el mas dulce, pero el menos costoso de los sacrificios bajo un árbol que ellos tenian por ciego y mudo.

Ya que *Derneval* habia entrado voluntariamente en el jardin, y que no manifestaba ninguna inquietud sobre el modo de salir, tendrá un lugar seguro en que retirarse, y yo le obligaré á que me lo diga y me deje salir con él. Este pensamiento me ocurrió de repente, y no me detuve en ver si me venia otro. Cogí el extremo de la rama que me pareció mas larga y mas flexible, y me arrojé; y aunque por esto medio llegué á cierta distancia del

suelo, con todo caí de golpe. Al ruido del porrazo que me di, y al ver la estraña figura en que me presentaba, *Dorotea* se estremeció, *Derneval* se levantó precipitadamente, me cogió por el brazo y me puso una pistola al pecho.

Dorotea, con voz alterada. ¡Oh! no le mateis.

Foblas, mirando á su enemigo y con calma. No tengo miedo: sé que *Derneval* no me asesinará; pero estad seguros que no haré traición á vuestros felices amores.

Mientras le decia esto, *Derneval* me estaba mirando y reconociendo de piés á cabeza. Primero le engañaba mi peinado de muger, despues su *corsaco* blanco, pero tambien le llamaron mi atencion los calzoncillos de finisimo lienzo, pues sus girones daban motivos de sospechar que yo fuera un pillo delator.

Derneval. ¿Es muger? (Con un golpe de mano desvanece sus dudas y se asegura de mi sexo.) Decidme, criatura anfibia, ¿quien sois?

Foblas. *Derneval*, soy amante como vos.

Derneval. ¡Amante! ¿y de quien?

Foblas. De la jóven mas bella y virtuosa de este colegio.

Derneval. ¿Como se llama, caballero? ¿Y vos como os llamais?

Foblas, mirando á los dos. Yo sé vuestros nombres, pero no los he preguntado. *Derneval*, basteos saber que soy un caballero.

Derneval. ¿Sois caballero? Esperaos un instante.

Se metió la pistola en el bolsillo, y mientras arreglaba ciertas partes del vestido que lo necesitaba mucho, Dorotea, que ante todas cosas se habia ocupado en componer el suyo, me miró con una atencion que me pareció demasiado atrevida.

Derneval. Caballero, sea la que quiera vuestra corteja, vos la amais al parecer tanto como yo adoro la mia, y así es preciso que la muerte de uno de los dos asegure al otro un eterno secreto.

Foblas. Derneval, salgamos juntos, pues estoy pronto á daros satisfaccion.

Dorotea. ¿Y creéis que yo lo permitiré (*Precipitándose en los brazos de su amante*), mi querido Derneval? y vos, señor de Foblas...

Foblas. ¡Foblas! ¿y quien os ha dicho que?...

Dorotea. Os he conocido: sois un vivo retrato de Adelaida, os he visto algunas veces en el locutorio. Habcis preguntado por vuestra hermana, y esta jamas iba allá sin la hermosa señorita de Pontis... ¡Ah! vos sois el que amais á la señorita de Pontis, y vos el que cantabais ayer un romance con el estribillo que decia:

La mas modesta y mas bella
Que á la tierra ha dado el cielo,
Si está entre vosotras venga,
Si no, de dolor me muero.

Acordaos de que ayer una de nuestras directoras vino conmigo hasta ahí, bajo vuestras ventanas, y sin duda la habreis oído que re-

gañaba á las colegialas , y que yo las disculpaba.... Vos erais el que cantabais aquel romance , y era por la señorita de Pontis. ¿ No es así?... Derneval , uniendo nuestras manos á las de Foblas , la semejanza de nuestras aventuras os debe inspirar una recíproca confianza. Cada uno de vosotros debe hallar en el otro un compañero discreto , un amigo fiel ; y ¿ sería posible que fueseis á mataros ? ¿ Y Sofía ó Dorotea tendria que llorar por su amante ? Caballero Foblas , juradme que no direis jamas nada á nadie.

Foblas. Yo lo juro por Sofía.

Derneval. Y yo por Dorotea.

Nos precipitamos el uno en los brazos del otro , y este abrazo fué la prenda de la fraternidad que nos prometimos.

Los dos amantes tuvieron la paciencia de oír la narracion de los hechos que me habian puesto en el parage en que los sorprendi.

Derneval. La luna se oscurece cada vez mas , podremos salir cuando comience la tempestad que nos amenaza , permitid que Dorotea y yo os dejemos solo un instante.

El momento fué largo , y yo me quedé dormido bajo del árbol de que me habia echado. Cuando me desperté , habia frecuentes relámpagos que atravesaban por todas direcciones las negras nubes : de su centro salia el espantoso ruido de los truenos , la lluvia era de inundacion. Me levanté admirado de que Derneval no pareciese. Fui un poco adelante por el camino cubierto por donde se habian ido. Pero ¡ que distraidos son los amantes ! ¡ que preocu-

pados! Mientras el cielo parecia desgajarse, Derneval y Dorotea se divertian en bagatelas.

Derneval. El cielo echa fuego por todas partes, nos descubrirán tal vez á la luz de los relámpagos: es preciso que nos esperemos un poco.

Foblas. Derneval, vos hablais muy bien de esperar, pero yo estoy casi desnudo.

Derneval. Querido compañero, ¿creeis que esta lluvia no me moja tambien á mí?

Foblas. ¡Ay! Dorotea está con vos.

Me retiré triste y pensativo, y al cabo de media hora fué preciso volver á Derneval y decirle que ya no relampagueaba, y que la oscuridad favorecia nuestra evasion. Por fin se despidió de Dorotea.

Foblas. An.antes felices, compadeceos de otros dos amantes, ¡Ay, Dorotea! vos que sabeis cuan dulce es ver lo que uno ama, no podeis ignorar cuán terrible será estar separado de la que se quiere. ¡Ah! mostradme á mi Sofía, vos podeis hacerlo....

Derneval, cogiendo á Foblas por la mano. Dorotea os estima, quiere á la señorita de Pontis, somos hermanos; vereis á Sofia la vereis.

Foblas. ¿Mañana por la noche, mi querido compañero?

Derneval. No: nuestra imprudencia, que ha tenido buen éxito esta noche, podria no tenerle siempre. Yo tiemblo de esponer á Dorotea, y vos no querriais comprometer á Sofia. Caballeró, nosotros no nos vemos aquí sino dos veces por semana, poco mas ó menos, y la noche

de la cita es siempre de lluvia ú oscura. Una señal de que estamos convenidos no me engaña jamas, y por lo que hace á vos no será difícil avisaros, puesto que vivis ahí. No tengais cuidado, dentro de tres dias á mas tardar vereis á la señorita de Pontis. Vámonos.

Me llevó hácia el lado de la muralla donde estaba atada una escala de cuerda. Vimos que desde allí podia muy bien llegar á mi cuarto, pero que no podia alcanzar á la ventana.

Volvimos y nos pusimos debajo de esta, y Derneval, que era muy alto, me hizo subir sobre sus hombros, y despues me empujó por los piés con fuerza; cogí entonces las cuerdas de mi zelosía, y acabé de subir á mi cuarto.

Cuando Derneval me dejó ya dentro, volvió á buscar su escala, y se escapó al instante.

Yo estaba fatigado y hambriento, dormi luego tan profundamente que no desperté hasta las diez cuando me trajeron el desayuno.

CAPÍTULO XXVI.

Reconciliacion.

Me dieron con el almuerzo una carta del correo de Paris que acababa de llegar. Era de Rosamber, quien me decia que la noche misma de mi robo mi querida madre madama *Verburgo* habia ido á su casa para preguntarle que se habia hecho de la señora *De Canga*. Para consolar á esta madre desesperada, y para hacerle creer al mismo tiempo que nunca ha-

bia conocido á su hija, me decia que habia empleado uno de esos argumentos victoriosos que nunca faltan cuando se emplean con *Datura*. Le encargaba que no saliese absolutamente ni me descubriese á nadie. La marquesa de Babia me hacia buscar por todas partes, gentes apostadas por ella estaban todo el dia dando vueltas al rededor del colegio; mi padre no daba un paso sin que se lo espiasen, y la casa del conde estaba de dia y de noche sitiada por los espías de la marquesa.

Foblas. ¡Desdichada marquesa! ¡como os he burlado! ¡Con que ingratitud he pagado vuestros cuidados generosos y tiernos! ¿Os podré culpar de las diligencias tan grandes que haceis para descubrir donde estoy acogido? ¡Ah! ¡si no me amaseis, no dariais tantos pasos para buscarme!

Saqué de mi faltriquera el retrato del vizconde de Florvilla y le besé. No me meteré en querer disculpar estas reflexiones que, aunque justas, no venian al caso, ni tampoco esta accion vituperable pero involuntaria. Lo que puedo asegurar al lector, para que me continúe su indulgencia, es que al cabo de un instante ya no pensé sino en Sofia.

La ví venir á las siete de la noche, acompañada de una muger cuyo traje me asustó al principio, pero luego conocí ser Dorotea. Las dos pasaron por debajo de mi ventana. ¿Dorotea podia ser hermosa junto á Sofia que se distinguia entre sus compañeras como la rosa en medio de las otras flores? No pude contenerme al verla tan cerca de mí. Ambas oye-

ron el ruido de la zelosia que quise abrir: su fuga precipitada me hizo conocer mi imprudencia, y arrepentirme. Tuvieron cuidado de sentarse en el camino cubierto, no lejos y frente por frente de mi cuarto. Hablaban de mí sin duda, porque mi hermosa prima se espresaba con mucho fuego, y miraba siempre á mi ventana. Por los ademanes de Dorotea conocí que mostraba á Sofia el lado del muro por donde Derneval entraba en el jardin. Mi corazón estaba penetrado de la mas dulce alegría.

En el siguiente dia hubo el mismo paseo, la misma imprudencia, el mismo castigo, el mismo gusto. Mientras tanto el cielo estaba en calma y muy sereno, pero yo mas impaciente que un labrador á quien la sequia de dos meses abraza la tierra inútilmente sembrada, clamaba por viento de medio dia, é iba continuamente de la veleta al barómetro. Al tercero dia por fin habia grandes nubarrones que ocultaban el sol al ponerse.

Dorotea, pasando debajo de la ventana.
La noche será de lluvia.

Sofia. Yo creo que será muy hermosa.

Foblas, levantando la voz. ¡Ah! si, bien hermosa.

Las dos amigas, que temian siempre mi viveza, se fueron al instante.

A las doce de la noche en punto, Derneval estuvo al pié de mi cuarto, me tiró una escalera de cuerdas, que ató á la ventana, y al instante abracé á mi hermauo. Nos fuimos por el camino cubierto; ya mi hermosa prima y su tierna amiga nos esperaban.

Dorotea. Ahí va os la entrego con confianza, señor de Foblas; no os amaria ella tanto sino fuérais digno de ella. ¡Ay! creedme, tened respeto á su tímida juventud; prolongad esta época deliciosa del amor virtuoso y puro. ¡Que vuestra union sea inocente, puesto que aun puede serlo! que un dia el feliz himeneo... ¡Ah! esta esperanza os es permitida, hermosa Sofia: estos muros no os encerrarán siempre... ¡Terribles juramentos!...

Su llanto no la dejó hablar. Derneval impaciente de consolarla la llevó tras sí, yo me quedé con mi Sofia.

Permitaseme repetir aqui aunque se haya dicho mil veces que el amor verdadero es tímido y respetuoso. Pasar horas enteras con un objeto adorado, tener sobre sus muslos la mas hermosa de las jóvenes doncellas, respirar su aliento, sentir palpitar su corazon, contentarse solo con apretarle suavemente la mano, no dar sino temblando un beso á sus labios, no atreverse á pedir favores mas preciosos que parecen reservados para el amante amado, he aqui lo que el jóven Foblas no habria creído jamas que fuese posible; he aqui la inverosimil verdad de que le convenció su hermosa prima en la primera cita. Yo me acercaba á Sofia, su alma purificaba la mia.

He aquí el gran ardor y los votos sagrados

Con que los dioses quieren siempre ser adorados (1)

(1) Voltaire, en la tragedia de *Semirámis*.

Derneval, á quien la ternura de Dorotea no dejaba tal vez nada que desear, no era tan dichoso como yo. El fué quien esta vez vino á decirme que era preciso marcharnos; que no tardaria ya en amanecer, pues iba á comenzar la aurora.

Foblas. ¡La aurora! si no hace aun una hora que estamos aqui!

Dorotea. Caballero, vamos: volveremos dentro de tres dias.

Foblas. ¡Ah, Sofia! tiemblo siempre que madama Munich...

Sofia. Querido primo, cuando ha bebido mi aya despues de cenar algunos vasos de ratafia, no piensa sino en dormir, y yo quedo con el cuidado de cerrar la puerta de nuestro cuartito.

Dorotea. Vámonos, que se pasa el tiempo, y no es cosa que el crepúsculo nos coja aun aqui.

Derneval. Hasta dentro de tres dias, ó tal vez antes.

Dorotea. ¡Ah! ó tal vez algo despues.

Foblas. Adios, mi Sofia; hasta dentro de tres dias.

Sofia. Un poco antes si puede ser, pero te pido que nunca pase de los tres dias.

Foblas. Adios, Sofia mia, adios.

Esta vez el cielo tomó interes en los deseos de un amante. Un tiempo cubierto me hizo esperar en el segundo dia que la cita se adelanteria. Mi hermosa prima me lo confirmó al pasar á la hora ordinaria por debajo de mi ventana.

Sofia. La noche será lluviosa.

Foblas. ¡Ah! *Sofía* mia...

No esperó que concluyese mi respuesta. Una hora despues el figonero llamó á mi puerta. Estaba cenando cuando una persona que no conocia me entregó una carta, y me dijo que le habian encargado llevar la respuesta. Rosamber me escribió lo que sigue.

«Temo caer malo, amigo mio; esta tarde
 «tengo tal tristeza!... Mas de dos horas ha
 «que no he podido reirme. Tan afligida está
 «mi alma de lo que he visto esta tarde fui
 «á dar un paseo por Luxemburgo mientras
 «llegaba la hora de la comedia. Una muger
 «que no tenia mala facha paseaba por una
 «calle de árboles algo separada de la gente. Yo
 «por distraccion, ó por otra causa, fui siguien-
 «do á esta solitaria hermosa; y pasé por de-
 «tras de dos hombres que estaban sentados
 «en un banco aislado. Uno tenia en la mano
 «un pañuelo, y exclamaba con mucho senti-
 «miento: ¡Ay! ¡yo creia que me amaba!
 «¡cruel! ¡y voluntariamente me da pesa-
 «dumbres mortales! Amigo mio, la vos de
 «este hombre me dió que hacer. Dejé por un
 «momento la muchacha á cuyos alcances iba,
 «vuelvo atras, y miro con mucha atencion
 «á estos dos hombres absortos en su conver-
 «sacion. Foblas, el que oí quejarse y llorar
 «amargamente era vuestro padre: el otro me
 «parece que le conozco de haberle visto algu-
 «na vez en vuestra casa, y si no es el señor
 «Daportal se le parece mucho. Amigo mio,
 «el baron lloraba; esto me afligió de modo que

«no he podido seguir la hermosa cara que se
 «me habia presentado, y vine á casa para es-
 «cribiros. Foblas, tengo naturalmente mucho
 «cariño á las mugeres hermosas, sacrificaré
 «cuando llega el caso mil escrupulillos al de-
 «seo de lograr la que me gusta, pero hay
 «ciertos deberes... Convengo en que Sofía me-
 «rece que por ella se hagan algunas travesu-
 «ras, pero al cabo vuestro padre lloraba, ca-
 «ballero mio, reflexionad en esto.»

Me recogí un momento; despues llamé al desconocido y le dije; al sujeto que os envia direis que mañaua por la mañaua le responderé.

No esperé que fueran las doce para bajar al jardin, pero mi impeciencia no podia adelantar el reloj del colegio. Las dos bellas encerradas no vinieron hasta la hora dada. Al instante que oyeron á Derneval Dorotea se fué á él, y me admiré de verlos venir media hora despues.

Dorotea. Caballero, teneis el secreto de mi vida: mas os debo la historia circunstanciada de mis amores desgraciados durante mucho tiempo.

Comenzó (1) la interesante narracion de ellos, que no pudo concluir sin derramar un torrente de lágrimas.

Derneval. No te aflijas, querida Dorotea, no te aflijas, ya no te queda mucho tiempo que gemir en tu prision; dentro de poco te

(1) En el momento que escribo no puedo revelar las trágicas aventuras de estos dos amantes. Dia vendrá en que las sabrá el lector, y entonces le diré las razones que me obligan á callarlas ahora.

sacaré por fuerza de esta esclavitud, y no tardarán mucho tiempo tus parientes á ver con rabia tu dicha, de que no te podrán privar; y vos caballero (*con calor*), que os habeis compadecido de nuestras desgracias, vos mismo contribuireis á terminarlás, ayudándome. Doy muchas gracias á la casualidad que me ha proporcionado un amigo, un hermano de armas y un compañero tal como vos. Animados de los riesgos mismos, en nuestra union íntima haremos nuestra propia seguridad. Los enemigos de Dorotea son los vuestros, yo juro odio eterno á los de Sofía; é infeliz de aquel que desde ahora en adelante perturbe nuestros amores mutuamente protegidos.

Foblas. ; Ah! Derneval, ¡ah! consiento en ello con mucho gusto (*Abraza á Dorotea y el abraza á sofia.*)

No eran las cuatro de la mañana cuando entré en mi cuarto. Sin embargo me fui á llamar á la puerta de la habitacion del amo de la casa; le pedí un picaporte y le dije que un asunto interesante me ponía en precision de volver al campo, que tal vez estaria mucho tiempo ausente, pero que sin embargo conservaria mi cuarto para tener donde apear-me cuando viniese á Paris.

Aun no eran las cinco cuando ya estaba yo á la puerta de Rosamber. Los criados no querian despertar á su amo que acababa de acostarse. Grité tanto que el mas osado entró diciendo al conde:

El criado. Una muger que está ahí quiere hablar á usía.

El conde. ¡A esta hora! que se vaya con mil diablos... Oyes, oyes ¿es bonita?

El criado. Sí señor.

El conde. ¡Ah! eso es otra cosa; no es demasiado temprano: dile que entre.... ¡Oh! es la señora *Fermin*; este golpe es tan bueno como el otro. (Se tiró á mí para darme un abrazo) Me parece que mi carta...

Foblas. Rosamber, haced que me den un vestido de hombre, y de un salto me voy á casa del señor Duportal.

Rosamber. Creo, amigo mio, que le hallaréis. Ha vuelto seguramente. El que ví ayer en Luxemburgo es él sin duda. En realidad el baron me ha dado lástima. ¿Sabeis que el baron ha venido acá lo menos diez veces? Jamas me ha encontrado: yo habia dado órdenes tan precisas...

Foblas. Haced que me den un vestido.

Escogieron de los suyos los mas cortos, y me fui volando á casa del señor Duportal que tuvo tanto gusto en verme como sorpresa con mi visita.

Foblas. Señor Louzinski, vengo á entregaros el hijo de vuestro amigo: me pongo en vuestras manos sin condicion ni reserva. Dignaos de ser el mediador entre mi padre y su hijo: ¿querreis llevarme á casa del baron?

Duportal. Ahora mismo, amigo mio. ¡Que gusto vamos á darle! Mi querido baron, ¡que momento tan dulce vais á tener!

En el camino Louzinski me dijo que en virtud de unas noticias que habian salido fat-

sas, habia hecho inútilmente un viaje á Petersburgo. Sintiendo su disgusto no pude menos de hacer para mi capote esta reflexion; mientras esté perdida *Dorliska* no podrán hacer que me case con ella.

Llegamos á casa. El señor Duportal me suplicó que me esperase en la sala, y que le dejase á él entrar solo en la alcoba.

Duportal. Es una precaucion indispensable; no porque tenga necesidad de rogar á vuestro padre que os perdone, sino para prepararle poco á poco á la alegria de que hayais vuelto.

Al instante me cercaron todos los de casa contentos de volver á ver su señorito. Sobre todo Jazmin no podia disimular su gozo.

No habia dos minutos que Duportal hablaba con mi padre cuando oí que decia:

El baron. ¿Está ahí, amigo mio? Vamos, sí, estoy seguro de que está ahí: vaya pues, que entre.

Me abalancé á la puerta, se abrió con violencia; mi padre casi desnudo se precipita al salon; y los criados por respeto se marchan. El baron me coge entre sus brazos y me llena de besos. No tenia fuerza para decir ni una sola palabra. De repente mi padre como pesaroso de haberme manifestado toda su ternura, me aparta de sí, como siu resolverse. Me arrojo á sus pies, enseñándole un bolsillo lleno aun de oro...

Foblas. Padre mio, veis que no es la falta de dinero la que me hace volver.

Volvió á abrazarme, me estrechó en sus brazos, me volvió á abrazar veinte veces, y me bañó la cara con sus lágrimas.

El baron. ¡Ah! era lo único que temia. ¡Hijo mio querido! ¡Amigo mio! ¿Es cierto que me amas? Mucho me costaba creer lo contrario. ¡Foblas! ¡Hijo mio querido! ¡tú no puedes conocer cuanto compensa este momento los malos ratos que yo he tenido! No obstante, amigo mio, algun dia vendrá en que serás padre. ¡Ay! ¡quiera Dios que tus hijos no te causen las pesadumbres que tu me has dado!

Mi padre conoció que mi corazón estaba oprimido, y que el llanto ahogaba mi voz. Enjugó mis lágrimas que en mi misma cara se confundieron con las suyas, y me dijo:

El baron. Consuélate, hijo mio, consuélate, está bien persuadido que no estoy enfadado contigo, no lo estoy. Te has escapado, es cierto: pero las circunstancias te excusan. Es verdad que durante muchos dias me has tenido inquieto, pero por fin has venido por tu voluntad. Mira, yo estaba mas inquieto que desconfiado, porque jamas dudé de la bondad de tu corazón.... Tal vez ahora te amaré mas que antes. ¡Ay! ¿quién es el que no yerra en tu edad? ¿Que joven reparó jamas sus faltas mejor que tú?..... ¿Qué padre mas feliz que el tuyo podrá lisonjearse de tener un hijo mejor que tú? Vamos; lo pasado pasado, vuelvete á tu cuarto y recobra todos tus derechos.

El señor Duportal estaba recostado en un

camapé y nos miraba con un placer mezclado de dolor: y oí que entre dientes pronunciaba el nombre de su hija. El baron, dejándose llevar de su gozo, se levanta de repente, se va á su amigo, le coge de la mano y le dice:

El baron. Se hallará vuestra hija, se hallará, y mi hijo...

No acabó, y dirigiéndose á mi hijo:

El baron. Foblas, ¿renunciarás á Sofía?

Foblas. ¡A Sofía, padre mio!

El baron. ¡Oh! sí, sí, lo exijo; sobre este punto nunca cederé; es preciso que me des palabra de no volver jamas al colegio.

Foblas. ¿De no volver al colegio?

El baron. Hijo mio, te repito que es preciso que me des palabra de hacerlo.

Foblas. Está bien. Puesto que lo exiges absolutamente, os doy palabra que no volveré al locutorio.

El baron. Anda querido, vete á descansar.

Foblas. Pero, ¿Adelaida?

El baron. ¡Ay! sí, está con mucho cuidado. (*Se pone á escribir y despues le da un papel.*) Toma, ahí tienes el nombre y las señas del colegio en que está ahora. Vete allá corriendo; tu no puedes figurarte cuánto gusto le darás.

Me fui á mi cuarto, mudé de vestido y fui corriendo á ver á mi hermana que tenia mucha lástima de su amiga, cuya suerte ignoraba.

Despues, al salir del colegio, fui á casa de Derueval para decirle que me habia mudado

y el motivo que me habia obligado á hacerlo. Aplaudió la prudente precaucion de haber observado la habitacion para tener un asilo en caso necesario; y me ofreció que aquel mismo dia lo sabia todo Dorotea, y que no dejaria de decirlo al instante á Sofia. Convenimos en que dentro de dos dias iriamos al colegio si el tiempo era hermoso. Ya se sabe que las noches oscuras y de lluvia eran las mas hermosas para nosotros; en este punto jamas estuvieron conformes los caminantes y los enamorados.

CAPÍTULO XXVII.

Reincidencia.

Aquella misma noche vino á casa Justina.

Foblas. ¡Ola! Justinita, buenas noches. Ha mucho tiempo que no hemos estado solos.

Justina. ¡Oh! aunque haya cincuenta años, lo que os pido es que primero escucheis lo que os digo. La señora marquesa...

Foblas. Muchacha, ¡tú cada dia mas hermosa!...

Justina. Señor, mi ama, me envia...

Foblas. ¿Tu ama sabe ya que estoy aqui?

Justina. Si señor; esta mañana habeis entrado por la puerta principal, y al instante vinieron á decirselo..... Pero estaos quieto, acordaos de nuestros pactos.

Foblas. ¿Que pactos son esos?

Justina. Todo se os olvida. Hace algún tiempo que decidimos que cuando yo viniese de parte de mi ama, comenzaria siempre por mi comision.

Foblas. Pues bien está. Despáchate, di á lo que vienes, Justinita mia.

Justina. Mi ama se quedó sorprendida y afligida de vuestra fuga..... Estaos quieto, vamos.

Foblas. ¡Eh! pues acaba tú, haces unos prefacios tan largos como los de un autor que ha sido silvado. Tu ama se quedó sorprendida; y bien ¿piensas tú que yo no adiviné que sucederia eso?

Justina. Esperaos un instante.

Foblas. Anda, que los exordios siempre me enfadan, y en este momento mucho mas... Al grano, Justinita, al grano.

Justina. Mi ama me ha encargado que os anuncie que vuestros amores secretos.....

Foblas. Mis amores secretos... ¿Que quiere decir con esos.

Justina. Me parece que vuestros amores con ella no son públicos.

Foblas. ¡Ah! si, si, tienes razon.

Justina. Dicen que á vuestros amores amenaza una gran desgracia, y que prevé un acontecimiento desagradable capaz de hacer saber al marques el secreto de vuestro disfraz.

Foblas. ¡El secreto de mi disfraz! Pero en tal caso mi hermosa corteja estaria perdida.

Justina. Por eso está tan desconsolada,

llora, gime y dice algunas veces: *a lo menos si yo pudiese hablarle?*...

Foblas. Pues bien ¿donde está? ¿donde debo ir?

Justina. Allá. Ved aquí hace un momento que os quejais de que no acababa bastante pronto, y ahora quereis dejarme.

Foblas. ¡Ay Justina! perdona; pero me dices que tu ama está sin consuelo: ¿de que tiene tanto miedo?

Justina. No lo sé. Mañana á las diez de la mañana ella os lo dirá en casa de la modista; ireis allá, ¿no es así?

Foblas. ¡Ah! si: no abandonaré á la marquesa en situacion tan crítica. Bien, muchacha, tu comision está ya concluida.

Habia tanto tiempo que yo estaba privado del gusto de ver á la hermosa doncella de la marquesa, que nadie se admirará de que estuviese ahora conmigo un cuarto de hora.

La situacion del ama era tan triste que nadie se sorprenderá tampoco de que yo me diese tanta prisa para ir á la cita del dia siguiente á las diez de la mañana.

Al entrar en el gabinete, la marquesa procuró ocultar el pañuelo que tenia en la mano para enjugarse los ojos.

La marquesa. Os suplico que perdoneis mis impertinencias: no abusaré de vuestra bondad; solo pido que me oigais un momento. No haré mencion del servicio importante que os hice poco tiempo ha, ni de la grandísima ingratitud con que le habeis recompensado; tampoco preguntaré donde habeis estado des-

de que os escapasteis hasta que habeis vuelto á casa del baron: conozco que ya no me conviene averiguar vuestra conducta: conozco que mis quejas, mis reconvenciones y mis preguntas serian igualmente inútiles. He perdido todos mis derechos sobre vuestro corazon; quiero conservar á lo menos vuestro aprecio; un peligro nos amenaza, quiero manifestaroslo para que lo eviteis. Mirad á lo pasado: yo quisiera disculparme con vos mismo de mi ternura; y con tal que continúeis en ser mi amigo, y que vuestra vida no corra riesgo, veré sin susto el peligro en que se halla mi honor y tal vez mi vida.

Os acordareis sin duda de que la suerte que tanto favoreció vuestra maña, os puso en mi lecho... ¡Ah! no habreis echado en olvido el premio de vuestra audacia, pero perdonareis mi debilidad si pensais que ninguna otra muger hubiera sido mas fuerte que yo en iguales circunstancias. (*Cuidado que es ella quien lo dice.*) Sin embargo al dia siguiente, cuando reflexioné que un jóven á quien apenas conocia poseia mi corazon y mi persona, me atemorice. Este jóven brillaba con mil calidades reunidas. Su belleza me habia hechizado; yo estaba encantada de su talento; él me parecia sensible, y aun no tenia diez y seis años. Me lisonjeaba de cautivar su juventud; de formar su corazon dócil, y aun me atreví á esperar que amaria siempre. No perdóné ningun medio para estrechar un lazo formado con demasiada precipitacion, pero que yo queria fuera indisoluble. Todas mis esperanzas

han sido cruelmente frustradas. Tenia una rival; pero por desgracia lo descubrí tarde, y fueron vanos mis esfuerzos para reducir al infiel. No obstante gemia él en la esclavitud; osé formar un plan para librarle de ella. El exceso de mi imprudencia le hará ver el de mi amor. Mi temeridad, decia ya me hará recobrar á mi amante. No examiné nada mas; ejecuté la empresa mas atrevida que jamas intentó ninguna muger... ¡Ay! la ejecuté para bien y dicha de mi rival, á la que ha visto sin duda el pérfido, y por quien este ingrato me ha hecho traicion... ¡Ah! perdonad si mi dolor me enagena: no sou estas las espresiones... no es esto lo que querria decir... Me habeis dejado; tal vez otra os aborreceria, yo solo pido que me apreciéis y seais mi amigo.

Foblas se arroja á sus pies, quiere cogerle la mano, ella se retira. ¡Ay! amiga mia!

La marquesa. Vuestra amistad me es bien necesaria. Hacedme favor de levantaros, tened la bondad de oirme hasta que concluya. Vuestro antiguo disfraz ha exigido nuevos disfraces, y á la primera imprudencia se han seguido mil. Algunas precauciones nos han bastado hasta hoy para salvarnos, pero no se puede tener engañado por mucho tiempo á un público curioso y maligno; la suerte misma que nos ha favorecido podrá perdernos: no se necesita más que una ligereza de nuestros criados, un encuentro inesperado, una palabra escapada sin querer. Estas son las reflexiones que deberia yo haber hecho antes;

pero no he sido prudente, porque me habia creido dichosa; mientras que una dulce esperanza me ha podido alucinar he procedido ciega sin ver el riesgo, solo he abierto los ojos cuando pasmada de la fuga de la señora *De Canga* se penetró mi corazon de la cruel verdad de no ser amada... ¡Ay! si hubiese permanecido en el error, aun estaria en el borde del precipicio sin haberlo notado.

La marquesa derramaba un torrente de lágrimas; yo me arrojé otra vez á sus pies.

Foblas. ¡O mi tierna amiga! os amo, os amo.

La marquesa. No, no, no lo creo: no puedo creerlo. Levantaos: os suplico que os levanteis y me oigais. Estoy viendo que tarde ó temprano nuestro trato ha de saberse. La gente calificará mi amor como aventura de galanteria, y aun podrá llegar á ser ruidosa como parezca que sus pormenores tienen gracia. Ella será el objeto de las conversaciones. El marques llegará verosimilmente á saber su afrenta; sí, llegará... Por eso únicamente os pido un favor: este solo favor: que desde ahora tomeis las medidas necesarias para libertaros de la cólera del marques, yo arrostraré con valor el peligro cuando me haya quedado espuesta sola. Idos, *Foblas*, idos. Llevaos á mi rival, sed tan feliz cuanto me sois querido, y tanto, cuanto yo soy desdichada.

Foblas. ¿Quien, yo? ¡Y haré yo una doble baja! ¿Huir del marques, y dejar en

el peligro á la muger mas generosa? Pero, querida mamá mia, ¿de que viene todo ese miedo?

La marquesa. Tiene demasiado fundamento. Sabed el apuro en que me hallo. Un acontecimiento muy sencillo va dentro de poco á despertar todas las sospechas del marques y á ponerlo en caso de hacer averiguaciones cuyo resultado será funesto. No habreis olvidado, ni podré jamas olvidar, la fatal aventura de la otomana, la escena extravagante que nos ha producido pesadumbres al uno y al otro: me veiais entonces con pena en brazos de otro, y yo misma padecia de verme precisada á partir con otro lo que me parecia debido solo á mi amado amante. Tomé por eso el partido de reusar al marques el ejercicio de sus derechos incontestables. Mi marido exigia demasiado, y me daba continuas quejas que yo toleraba por vuestra causa. En esta época nuestras citas eran mas frecuentes, y no he conservado en vuestros brazos. (*Al decir eso se puso colorada*) siempre la presencia de espíritu tan necesaria á una muger que no cohabita con su marido. Por último ha mas de tres meses que el marques no duerme en mi cuarto, y sin embargo estoy.... estoy embarazada.

Foblas, lleno de gozo. ¡Embarazada! ¡Soy padre! ¡y os abandonaría! ¡Ay, mamá! mi querida mamá, siempre os he amado, y ahora os querré mas que nunca.

La marquesa, con tanto sentimiento que despedazaba el corazon. ¡Estoy embarazada!

¡ Madre desdichada ! ¡ Hijo mil veces mas desdichado !

Al decir estas palabras mas bien se tendió que se dejó caer en el camapé en que me habia sentado. Sus ojos se cerraron con mucha suavidad, y cayó blandamente su cabeza sobre su pecho ; pero el movimiento igual de este pecho dulcemente agitado, sus labios siempre rojos, el color de rosa en su cútis (que algun descuido del tocador de por la mañana me permitia ver, y que lejos de marchitarse brillaba mucho mas y con mas delicadeza) todo me manifestó que el desmayo de la marquesa no tendria malas consecuencias. Me pareció que mis besos le volvian la vida, me precipité á sus brazos, ella se conmovió, y produciéndose gradualmente las sensaciones mas vivas, la sacaron por fin del letargo. Al pronto sus brazos quisieron separarme, pero al instante me atrajeron á ella ; mi amante gozó de mi enagenamiento, y me prodigó los nombres mas dulces.

La marquesa, cuando volvió en si. Vedme ya espuesta á nuevas perfidias.

La tranquilizé haciéndole repetidas protestas de mi afecto siempre constante. Sin embargo manifestó alguna desconfianza cuando le conté que la señora *De Canga* se habia refugiado en casa del conde de Rosamber ; pero al fin pareció que me creía. Me hizo saber, llenándome de las mas tiernas caricias, que creía hallarse en el segundo mes de su embarazo, y no salió del gabinete sin haber convenido sobre el dia en que volveria yo á verla.

Dos horas antes me creía un hombre totalmente distinto; ¡que noticia acababa de darme la marquesa! La idea de paternidad ¡cuanto lisongea el amor propio de un jóven! Foblas no es ya ese atolondrado que hacia silvar el viento con el bastoncito en su mano; que va por la calle cantando en voz baja un aria nueva; dando codazos á los hombres; mirando cara á cara á las mugeres; corriendo mas que un ligero birlocho; pasando como un rayo en medio de dos comadres que hablan en la esquina de una calle; pisando á los necios que estan con la boca abierta mirando á un charlatan jugador de manos; haciendo caer sobre un guardaruedas al otro tonto que lee un cartel; y siempre riéndose como un loco de los burlescos accidentes dimanados de su vivacidad. No: su aire de caballero, su modo de andar grave y mesurado, anuncian un hombre de razon; la noble audacia que brilla en su cara está templada con la dulce alegría que se muestra en su frente; su modo altivo de mirar advierte á los que pasan el respeto que le deben; en toda su persona se ve un aire de dignidad que parece decirles: *honrad á un padre de familias* (1).

(1) *Honrad á un padre de familias.* ¡Ay jóven atolondrado! ¿Que te atreves á pensar? ¡Foblas! mi querido Foblas, guárdate. Aquí es donde te vituperaran mas amargamente, si no se compadecen de tu edad. Aquí es donde te acusarán de tener mas alegría que delicadeza, mas fuego que sensibilidad, y mas talento que juicio. Ante todas cosas te dirán que de todos los sentimientos el mas fuerte, el mas

CAPITULO XXVIII.

Cadena de aventuras desagradables.

Esperaba encontrar á Rosamber en mi casa, y deseaba con ansia poder contarle mi dicha. En efecto habia venido; pero, segun me dijo Jazmin, no pudo detenerse mucho. Uno de sus tios, de quien era único heredero, habia caido enfermo, y Rosamber se veia forzado á retirarse á Normandía en un pueblo del señorío de aquel. El conde no pudo decir á Jazmin si volvería pronto; pero le dijo que en caso de que su destierro se prolongase me suplicaba que fuese á pasar algunos dias con él, si me hallaba con bastante ánimo, y si mis amores me lo permitian.

altivo, el mas esclusivo, el amor, el verdadero amor no sufre ni distraccion ni particion. Sostendrán que el voluble amante de la marquesa de Babilonia no tuvo el afecto debido á la señorita de Pontis.

Tú que adoras á Sofia, y que no cesas de darle á cada momento nuevas rivales ¿sostendrás con la inocencia de tu corazon que el amante dichoso de una hermosa dama, puede ser el amante tierno de una doncellita? Ellos responderán, tu querrás disputar, y tendremos un combate polémico. Tal vez (segun co tumbre de la gente de letras en todos los tiempos) el primer dia te harán muchos cumplimientos, y al siguiente te llenarán de improprios. Si tú no eres mas moderado, mas urbano, ó menos malicioso que ellos, los ociosos de los cafés se divertirán, y la cuestion quedará indecisa; pero un artículo mas delicado les dará las armas victoriosas.

¡Oh prima mia hermosa! Tú ocupaste todo este dia mi memoria, y al dia siguiente un cielo cubierto de nubes me anunció la noche de la cita. Cené con mi padre, y despues de la cena, en vez de subir á mi cuarto, bajé á la puerta cochera. El portero ganado con mis dádivas no me vió salir. Me fui á una callejuela escusada detras del colegio, donde Derrneval, acompañado de dos criados suyos fieles, me esperaba. En un instante se ataron las escalas de cuerda, y al momento abracé á la que adoraba. Es preciso confesar que esta noche hubo terribles combates que sostener. No tenia valor de aspirar á la entera posesion de amante tan honrada como querida: pero deseaba obtener favores mas preciosos que los que se me habian concedido hasta entonces. Bien fué menester toda la virtud de Sofía para contener mis tentativas mil ve-

contra tí. Te dirán que la obligacion sagrada, recomendada por la religion y apoyada por las leyes, es el lazo mas respetable, aunque el menos respetado: que solo merecen ser *honrados* aquellos que en union pacífica y casta besan los hijos cuyo nacimiento no da ninguna sospecha al esposo, ni cuesta ningun remordimiento á la esposa: te dirán que nunca el padre culpado de un hijo *adulterino* ha podido ser llamado *padre de familias*; que violar un juramento hecho al pié de los altares es una transgresion de las leyes divinas; que introducir en una familia engañada herederos ilegítimos es perturbar el orden de la sociedad en la manera mas inexcusable. Joven atolondrado, ellos te harán otras reflexiones y argumentos que no te apretarán menos, y cuando llegues á otra edad y otro estado, convendrás en que tenían razon.

ces renovadas. A las cuatro de las mañana nos dimos el beso de despedida. Jazmin, armado de una gran llave me esperaba, y me abrió la puerta de casa con mucho tiento al instante que oyó la seña convenida.

Así burlé por tres meses la vigilancia del baron que dormía tranquilamente, mientras Sofía, teniendo que luchar con su propia debilidad y con mis deseos que siempre renacian, me admiraba con su larga resistencia. Y con los felices esfuerzos de su virtud siempre combatida me despedia cada noche mas enamorado, y aumentaba mi tormento confesándome que tantas privaciones no le parecerian menos penosas que á mi, si ella no hallase su recompensa en el testimonio de su conciencia pura y en la estinacion de su amante.

Así engañé tambien los zelos de la marquesa de Babia, á quien consagraba el dia. La marquesa me recibia con frecuencia en casa de su modista, algunas veces en la de San Clu y otras en la propia suya. Rara vez era yo el último en llegar á la cita. Mi hermosa corteja, prendada de mi diligencia, y tal vez admirada de mi constancia, parecia temer sobre todo el agotar mi amor. Su estado, que era acreedor á tantas consideraciones, daba ocasiones frecuentes á reusarse á mis deseos y aguijarlos. Debilidades de estómago, jaquecas, histéricos y otras mil indisposiciones que me recordaban que era madre, la hacian cada vez mas apreciable á mis ojos. Sin embargo, admirado de ver que su her-

moso talle no perdía sus proporciones, estaba impaciente de que se retardase tanto un *estado de redondez* que me asegurase de la paternidad. Cuando mis preguntas apuraban alguna vez á la marquesa, respondía que tal vez se había engañado en un mes, que muchas mugeres llegaban al cuarto y aun al quinto sin que el talle se les pusiese redondo de modo que descubriese su embarazo, y por último los males que sufría y otras varias señales no le dejaban duda en el asunto.

Rosamber volvió á principios de octubre. Su tío, habiendo muerto, le había dejado los enredos que tienen los ricos. Los normandos, naturalmente litigiosos, le habían hecho mil tramoyas; pero las hermosas muchachas de *Caux* le habían consolado. A la noticia del embarazo de la marquesa me dió la enhorabuena en el principio; pero cuando le conté las circunstancias singulares que habían acompañado la tardía declaración que me había confiado de este secreto, se sonrió, y meneó la cabeza como de desconfianza.

Rosamber. Amigo mio, eso no está claro: creo que el sobresalto de la marquesa no os debe dar mucho cuidado, y me parece que su estado, cuando menos es problemático; porque si fuera verdad que cuando sucedió la aventura de la otomana renunció al marques de Babia, de cuyo esfuerzo la creo bien capaz, sería también mucho más cierto que al primer indicio de fecundidad de contrabando se hubiese amañado de modo que su dichoso esposo se pudiese atribuir todo el honor de

la obra maestra que habria salido á luz al cabo de ocho meses; y así se ve que ella ha hecho el papel de que estaba inquieta para enternecer más vuestro compasivo corazón. Pero hay más: creo que no os ha ocurrido hasta ahora ser padre. ¿Que preñez es esa de que no se os dijo palabra en dos meses? Este accidente bueno ó malo ¿no era sombrero importante para que os lo dijese desde la luna primera? Era menester esperar treinta días más para que faltara el segundo correo, y advertirlo? Notad que han pasado tres meses desde que os lo comunicó: tres y dos son cinco. Han pasado cinco meses y no se le nota señal ninguna, y según decís, no hay todavía vientre abultado. ¡Que diablo! esas no son cosas sobre que se pueda engañar á un amante. ¡Ay, mi querido Foblas! os aseguro que ese tal caballero ha abortado..... Amigo mío, esta preñez se ha inventado para atraeros, reteneros é interesaros. En fin su astucia no es mala, yo necesito más prueba que los afectos.

Las observaciones de Rosambert no tenían respuesta; pero era duro renunciar á la esperanza con que me lisonjeaba desde algunos meses antes. Y así me propuse no dejar nada que hacer para salir de dudas aquella misma noche.

Justina habia estado á decirme que al anochechar podia ir á casa de su ama, y que no hiciese falta. No tuve que llamar á las puertas de la casa pues todas estaban abiertas; pero el portero me vió, nombré á Justina, y

metiéndome por detras de un coche, que sin duda acababa de llegar, me entré por la escalera secreta, llegué al gabinete, abrí la puerta, entré pronto, y no me sorprendió poco el oír al marques hablando á voces en la alcoba de la marquesa. Al instante mismo Justina, asustada sin duda del ruido que yo habia hecho al abrir la puerta, sale de la alcoba al gabinete con mucha precipitacion y dice:

Justina. El marques acaba de entrar..... Váyase usted (*Empujándome ácia fuera.*)

Al momento bajé algunos escalones.

El marques. Ved ahí esa tonta que echa á correr cuando le estoy hablando. (*Siguiendo á Justina.*)

Entró el marques en el gabinete cuando Justina tenia en una mano la vela con que me alumbraba, y con la otra la puerta entreabierta. La taimada camarera, sin responder á su amo una palabra, cierra la puerta, da dos vueltas á la llave, y despues me hace señña de que la espere.

Justina, estando ya cerca de Foblas. Ya no tenga usted miedo; no puede cogernos; pero señor, ese maldito gabinete os es fatal.

Al decir esto Justina dió una carcajada de risa y el marques la oyó.

El marques. ¡Bribona! ¿Pues no se está riendo de su misma tontería! Ha cerrado la puerta en mis bigotes.

No entendí lo demas, porque Justina, que quería contener la risa, dió una carcajada

mas fuerte que la otra. La cogí en mis brazos y le dije:

Foblas ; Picarona! Tu vas á pagar por tu ama.

Al decir esto apagué la luz, dí un beso á la que reia, y la senté con mucho cuidado en la escalera.

Justina. Pero ¡ ay, señor! ¿ Que es lo que usted hace?... ¿ En una escalera!

En vez de contestar me preparé á satisfacer un deseo, pero Justina inquieta hizo un movimiento de pronto y tan desgraciado que el candelero puesto á su lado fué rodando por la escalera con mucho estrépito.

El marques, detras de la puerta. Que es eso?... Justina?... Te has caido?

Justina, con voz tremula. No es nada dada.

El marques. Sí, nada, y no puede hablar.

Durante este corto diálogo Justina hacia por echarme del puesto en que estaba; yo no queria dejarle. Aunque me pareció muy duro desamparar el campo de batalla antes de alcanzar una victoria completa, fué preciso decidir. El marques acababa de llamar á los criados, y le oímos mandar *que socorriesen á Justina, que se habia caido por la escalera secreta*. No podia yo perder un instante. Con riesgo de romperme mil veces las piernas bajé la escalerita en un desórden que no se puede ponderar. Vi en el patio un coche, corrí á él con mucho trabajo, me oculté y compuse mi vestido lo mejor que pude. Al salir de mi escondido y atravesar el

patio, los criados llegaban al pié de la escalera principal. Venian con luces, y no me dieron mas tiempo que de abrir la puertezuela de otro coche y eucajarme dentro.

Desde allí vi que Justina habia ahorrado la mitad del camino á los que venian á socorrerla; fué llevada por los lacayos como en triunfo, admirados de hallarla buena y sana despues de haber dado tan terrible caida. Ya todos estos criados subian la escalera haciendo mil exclamaciones de gozo; ya me disponia tambien yo por aprovechar este momento para escaparme; pero mi caprichosa suerte me preparaba en esta noche los mas ridiculos contratiempos. Del grueso de la tropa se destacó de repente un gran demonio de palafrenero que, viniendo derechamente al *coche de recados*, comenzó por poner su luz en el estribo, y yo estaba lleno de angustia. Registró despues otro coche al lado del en que yo estaba, en el cual habia traído al marques; dió algunas vueltas por debajo del coche, y se vino á sentar en el estribo del mio despues de haber apagado la luz.

El palafrenero. No puede tardar en venir, aguardémosla.

Cuando apagó la luz que tanto me incomodaba estuve algo mas tranquilo. Era tan oscura la noche y habia tanta niebla que no se distinguia nada en la distancia de cuatro pasos. Corrió mas de un cuarto de hora sin que la persona pareciese, aunque tan deseada; yo estaba tan impaciente en mi prision como mi carcelero, que entre dientes estaba

haciendo mil juramentos sentado en el estribo.

Por último oí un ruido en el patio. El palafrenero le oyó tambien, porque se levantó tosiendo ligeramente, á lo que contestaron en el mismo tono. Se arrimaron y le hablaron en voz baja, que yo pude oír y entender sin embargo.

El palafrenero. Bien está: en éste. (*Dando un golpecito en el coche de Foblas*).

Al decir esto dejaron al inteligente criado; el cual vino por la puertezuela, de mi coche, la cerró con llave, fué á la otra puertezuela, echó tambien su llave, é hizo otro tanto en el otro coche que estaba al lado, y se dijo á sí mismo. *Ahora ya puedo encender este reverbero*; y como se hubiese propuesto hacer lo posible para incomodarme, se fué precisamente á encender frente por frente de mi coche un farolón que estaba al fin de un patio mas largo que ancho, y que á pesar de la niebla iluminaba lo bastante para poder ver todo lo que pasaba en él. Hecha esta operacion se fué silvando.

¡Oh vosotros que leéis esta aventura! si amais á Foblas tenedle lástima. Lo echan de un gabinete; le incomodan en la escalera; le persiguen bajo de un coche; le meten preso en otro: está inquieto, abatido, y para colmo de su desgracia está sin cenar.

El olor de los platos que guisaban en la cocina me llegaba á las narices, y me hacia conocer cuan penoso es algunas veces tener buen apetito. Pero mi situacion era tan triste que no era el hambre lo que mas me atormen-

taba. Las palabras *en este* me hacian hacer reflexiones terribles. ¿Me habrán visto? ¿Lo habrá sabido el marques y querrá vengarse?

¡Oh, ángel mio tutelar! Oh, Sofía mia! á ti, á ti me encomendé en este momento crítico. No puedo negar que seducido siempre por un objeto presente, te habia olvidado durante algunas horas; verdad es que estaba en la desgracia cuando te dirigí mi tardío homenaje; pero ¿acaso honra uno menos en el fondo de su corazon al Dios de cuyo culto se desentiende alguna vez? Y ¿acaso los hombres en sus desgracias no imploran las divinidades?

Tuve todo el tiempo necesario para pensar en mi hermosa prima. Tal vez habria podido escaparme; pero no me atreví á intentarlo, porque los criados continuamente entraban y salian del patio; porque el fatal reverbero habria hecho que todos viesen mis movimientos; en fin porque temiendo que me descubriesen y que me atisbasen al paso, quise mas esperar al enemigo que irlo á buscar. El enemigo no vino, y yo al fin dormí en mi puesto.

A media noche me despertó el chillido de la puerta cochera que abrieron. El portero, con un manajo de llaves en la mano, cerraba todas las puertas, y aseguraba todas las salidas. Yo decia entre mí: este era el momento que temia, y el que sin duda se esperaba para venir á sitiarme. Pero no fué mas que susto. El portero se fué tranquilamente á su cuarto, otro criado apagó el farol, todo el

mundo se fué á recoger.

El silencio que habia en toda la casa me tranquilizó enteramente. Era ya de dia, y no se habian acordado de mí; aquellas palabras *en este*, que tanto me habian inquietado, indicaban solo una aventura nocturna de que habia de ser yo á pesar mio un testigo. Así es que sali de un apuro para verme pronto en otro. El lugar de la escena parecia que debia ser el coche mismo en que yo estaba. En un parage tan limitado un terciéro no podia menos de estorbar á los actores, y tenia demasiado interes en que no me descubriesen, fuesen los actores los que quisiesen. Debia pues salirme cuanto antes del coche. Veia luces en los cuartos, pero en el patio no las habia, y la niebla era muy densa. Podia sin miedo de que me viesen, intentar mi salida del coche, y lo hice perfectamente. ¡Que gusto tuve cuando llegué á poner los pies en el suelo! Un jóven parisien que por primera vez sale al mar á pasearse, no tiene al poner los pies en el puerto mas placer que yo entonces.

Volviendo despues en mí se calmó la afevescencia de mi alegria. Estando todo cerrado, solo conseguia tener una cárcel menos incómoda con hambre y frio; para colmo de fastidio un reloj que daba eternamente cuartos cuando creia que correspondian horas, me fatigaba con su ruido monotonó, y me hacia eterna la noche. Poco á poco se iban apagando las bujias de los cuartos, y por todas partes estaba oscurisimo. Sin embargo nadie

parecia: mi curiosidad y mi paciencia eran iguales.

Dieron por fin las tres de la mañana. Oí ruido en el patio. Un hombre que no pude distinguir vino con mucho tiento, me hice atrás con cuidado, abre la puertezuela del coche y entra en él al mismo tiempo que movido de la curiosidad me siento suavemente detras del mismo coche.

Al cabo de un cuarto de hora de silencio, el desconocido pateando, apostrofando á la noche y á la niebla y á una persona que llamaba *perra*, baja del coche, se pasea por la cochera, y sin duda para distraerse se pone como á dos pasos de mí á satisfacer una necesidad muy decente, que me dió un mal perfume; y luego que concluyó dió nuevas muestras de impaciencia.

Perra, exclamaba á cada instante; y acompañaba cada exclamacion con términos aun mas enérgicos. Por último añadió: « ¡que ma-
» jadería de citarme aquí y no querer que va-
» ya á su cuarto como las otras veces! Ha ve-
» nido con el cuento de que el otro dia su ama
» oyó ruido, y que esto perjudica á su honor.
» ¡Su honor!... Puede ser, pero ¿por esto me
» ha de dejar aquí dos horas papando la niebla
» y el frio? ¿Perra de muger como esta! ¿No
» sabe que cuando un hombre está helado?..

La queja del enamorado, pues habreis acertado ya que lo estaba, fué interrumpida por un ruido que llamó su atencion y la mia. Se levantó, fué al encuentro de su querida, la reconyino de su tardanza, y ella se disculpó

con un beso muy recalcado. Este modo de responder parece que debió gustar mucho á su amante, porque le habló del mismo modo, y la conversacion se animó en términos que el choque igual y sostenido de sus labios amorosamente oprimidos, formó al instante un dulce concierto, cuya armonía no puede gustar mucho á un tercero que observa.

Al miedo que yo tenia de que me descubriesen se añadía el deseo de saber cual era la beldad fácil cuyo language tenia á un mismo tiempo tanta dulzura y tanta energía; pero las espesas tinieblas que me habian protegido contra el amante, protegian á ella contra mi vista curiosa. Los dos que se entendian bien sin hablar, montaron en el coche. Al instante salieron suspiros casi ahogados, gemidos tiernos, y en la caja estaba en tal movimiento que dió en un momento veinte vaivenes, indicando la especie de ejercicio en que estaban empleados los de dentro. Incomodado de los golpes que me daba la caja quise dejar mi puesto, cuando el coche poco á poco volvió á su perfecto equilibrio, y conocí que los atletas tomaban aliento. Querido mio La Jeunesse (*dijo entonces una voz que reconocí al acento dulce y engañoso*) ; Querido mio La Jeunesse! ; Ay mi querida Justina! (*respondió al instante el avestruz*) y noto que la caja vuelve á su pérfido movimiento.

Hago por dejarme caer con mucho tiento, pero al poner los pies en el suelo encuentro un granito de arena que hizo ruido al desmenuzarse. « ; Ay, Dios mio! oigo ruido. ¿ Que es

« esto? (dijo Justina.) Mira en el patio.... nos
 » han cogido. »

La Jeunesse aturdido se apea, pasa por junto á mi sin verme, anda por el patio á tientas, y tose afectadamente. Justina, mas muerta que viva queda inmóvil en el coche. Yo me presento á la puertezuela.

Foblas. Yo soy, hermosa: todo lo he oido; despide á *La Jeunesse* al instante, piensa que necesito acogerme y que no he cenado.

Justina. ¿ Como es eso, señor Foblas, ahí estais?

Foblas. Sí, aquí êstoy; despide á *La Jeunesse*; dame un cuarto, dame que cenar. Yo te diré lo que me ha sucedido, lo que he oido, y lo que tú has hecho.

Despues de dicho esto me volví á mi puesto á tientas. Se acerca *La Jeunesse*: asegura que se ha engañado, pues no hay un alma. Justina sostiene que ha oido ruido, que hay alguno levantado en la casa. Tiene la crueldad de despedir á su amante quien no la deja sino despues de haberle dado muchos besos, y recibido la promesa de que al dia siguiente le dará el desquite á mejor hora en parage mas cómodo.

Cuando ya estaba lejos, Justina me declaró que no sabia donde llavarme.

Justina. El marques duerme con mi ama.

Foblas. ¿ Como es eso? ¿ El marques?.....

Justina. Lo ha querido absolutamente.

Foblas. ¡ Ah! ¡ ah! Pero á bien que tú tienes tu cuarto.

Justina. Sí señor, al lado del de mi ama.

Foblas. Pues bien está, hermosa, llévame allá. Ha siete horas mortales que estoy cogiendo frío y muerto de hambre; ¿quieres que me quede helado?

Justina. ¡Oh! eso no: seguramente; pero es que.... ¿si mi ama oye el ruido?

Foblas. ¡Bueno! Yo no haré tanto como hizo *La Jeunesse*.

Justina me cogió por la mano, y los dos fuimos de puntillas alargando el cuello, y aplicaudo el oído hasta que á tientas llegamos al cuartito. Justina encendió al instante un velon y la lumbre. No se atrevia á mirarme cara á cara, pero su modo de mirar, como con miedo y de lado, parecia que manifestaba que me pedia perdon: yo veia sobre el ajado rostro de esta picaruela un cierto no sé qué de enfadada y de confundida que la hacia mas interesante que los otros dias. ¡Oh! que tentaciones tenia de perdonarla! ¡Oh! que trabajo es para un jóven de diez y siete años el seguir con su cólera dentro del cuarto de una muchacha hermosa de la misma edad! No podia dudar que *La Jeunesse* fuese dichoso, pero tambien lo era yo; solo se trataba de saber á cual de los dos amaba mas. Sí, pero ¡tener un rival en las caballerizas mismas de la casa! ¡partir mis placeres con un criado! No se necesitaba menos que una idea tan irritante como esta para no hacer nueva infidelidad á la marquesa, y nueva injuria á Sofia.

Al momento que las reflexiones delicadas ahogaron los deseos nacies, sentí mucho mas el hambre.

Foblas. Dame de cenar, Justina.

Justina. No tengo que daros, señor Foblas.

Foblas. ¿Como! ¿nada absolutamente?

Justina. ¡Ah! si tal, en mi papelera hay dos botes de dulce.

Foblas. ¿Dos, Justina?

Justina. Si, ahí estan; y á fe que son de los que no doy sino á mis queridos.

Foblas. En tal caso, hermosa, este lo ha empezado *La Jeunesse*. Lo que siento es no haber sacudido bien á tu *La Jeunesse* el dia que corría tras mí por el puente de Sevres.

Justina. ¡Ah! le habeis dado un latigazo que tenia todo el brazo negro.

Foblas. No estraño el interes que tomaste en aquel encuentro.... Muchacha, dame pan.

Justina. No tengo.

Foblas. ¿Ni un bocado siquiera?

Justina. Ni una migaja.

Foblas. ¿Y que beber?

Justina. ¡Oh! si quereis agua, ese jarro está lleno.

Dos botes de dulce son la cena de una religiosa. Es sana, pero ligera. Mi estómago no estaba contento, y para conformarle fué preciso tragar un maldito vaso de agua que me heló el paladar y el estómago. ¡Que pena! Justina parecia que sentia mi incomodidad. La lumbre no ardía muy bien, ella meneaba los tizones y soplabá sin dejarlo. Yo me helaba; ella me abrochaba el vestido. El sombrero no bastaba para quitarme el frio; ella me encajó uno de sus gorros de dormir. Se sentia que entraba un viento colado por todas las rendi-

jas ; ella para evitarlo iba á encajar papel por todas las aberturas. Justina infatigable prevenia todas las necesidades que yo tenia , y aun las que no tenia ; por último me prodigaba con el mayor esmero las atenciones mas finas , y todas las caricias solícitas que hace una muger á quien engaña ó desea engañar.

Justina , curiosa de saber como me habia encontrado alli , espiándola á las tres de la mañana , dijo con mucha astucia.

Justina. Yo creia que habiais tenido tiempo de llegar á la puerta cochera , pues sois tan listo y tan ligero : no me acordé que del modo que estabais necesitariais algunos minutos para atacaros el vestido.

La interrumpi para contar punto por punto cuanto me habia sucedido desde que habia entrado en la casa. Tuvo que contenerse para no reirse cuando le hablé del gabinete : el recuerdo de su caída por la escalera casi la hizo poner colorada. Un cierto aire fingido de conmiseracion se manifestó en su semblante cuando le conté mi prision en el coche ; pero cuando llegué á la última parte de mi cuento , que me habia propuesto adornar con algunos epigramas , se hizo en su semblante una revolucion de las mas prontas que puedan imaginarse. La pobre muchacha bajó los ojos , se puso pálida , inclinó la cabeza , y contando con su mano derecha uno tras otro los cinco dedos de la izquierda , aventuró algunas palabras para disculpar lo que no podia.

Justina. Señor Foblas , no me digais lo que pasó en el coche , lo sé , yo estaba en él.

Foblas. ¿ Con que conviene en ello ?

Justina. Sí señor, pero en esto no os he sido infiel.

Foblas. ¿ Como ? ¿ Estás bien cierta en lo que dices, muchacha ?

Justina. Sí por cierto. No os he dejado por *La Jeunesse*, sino que al contrario él es á quien he engañado por vos.

Foblas. ¡ Ah ! ¡ ah !

Justina. Sí, señor Foblas: vos no me queréis, sino de unos meses acá.

Foblas. ¿ Y *Jeunesse* ?

Justina. ¡ Oh ! ha mas de dos años. Al instante que os he visto os he preferido, pero no he querido romper enteramente con él, porque lo entretengo para casarme.

Foblas, riendose. Pues es un buen modo.

Justina. ¿ Os reis ? Pues no dudeis que se casará conmigo.

Foblas. Sin duda, *Justina*, él se casaba contigo hace media hora.

Justina. ¡ Oh ! que desgraciada soy ! veo que estais enfadado conmigo, y tal vez mi ama me despedirá mañana.

Foblas. ¡ Como ! ¿ tú crees que se lo diré ?

Justina. No señor, no es eso ; sino que mi ama no está contenta de mi caída por la escalera : no la hemos engañado. Cuando entró el marques, él se vino á mí y manifestaba tenerme lástima ; pero la señora me miraba de reojo. Lo merece, dijo ella secamente, no tenia mas que bajar la escalera sin detenerse ni jugar. Despues no me ha dicho nada, porque el señor no la dejó un mo-

mento sola. Ella se ha dejado servir de mí, pero de mal humor: temo mucho que mañana...

Foblas. Si acaso te despide no tienes mas que venir á decirmelo: yo te buscaré casa, pero con una condicion. Ha ciuco meses que la marquesa dice que está embarazada.

Justina. ¡Ah, señor! os aseguro...

Foblas. Sí, lo que me has asegurado muchas veces; pero hoy no te des prisa en responderme, yo sabré tarde ó temprano la verdad, y si tú no me la has dicho te abandono.

Justina. Pero señor, si os la digo...

Foblas. No tengas miedo, no te comprometeré. Con que, Justina, la verdad es que tu ama no está preñada.

Justina. Os lo dijo entonces para que hicierais las paces con ella; luego ha conocido que os habia gustado mucho, y no se atreve á... por eso hariais mal de reñir con ella. Todo lo que hace es por daros gusto.

Foblas. Sí, sí, si te despidiese, yo te buscaré conveniencia, y entretanto toma eso.
(*Dos doblones que la obligó á tomar.*)

Justina. Hariais bien de echaros en mi cama.

Foblas. Muchacha, no estoy mal en esta silla.

Justina insistió, pero mi desgracia me perseguia. No quise aceptar, diciéndole que ella estaba mas fatigada que yo, y que necesitaba echarse; que á mi me bastaba un colchon, si queria privarse de él por el tiempo que faltaba.

Justina dócil á pesar suyo, echó en el

suelo su jergon, y puso encima un colchon. Vestida como estaba se echó en la cama muy debilitada con la particion; me dió las buenas noches; me miró con ternura y dió un gran suspiro. Yo no sé que es lo que me hizo tambien suspirar sin querer: mi imaginacion siempre viva descarriaba mi débil corazon, é iba á caer cuando de repente se me ocurre Sofia. Verdad es que me acordé tambien del meneo del coche. Sea lo que quiera, lo cierto es que en vez de tirarme á la cama de Justina me eché en la que esta acababa de hacer. Apoyé mi cabeza en el brazo que me servia de almoadá, dormí profundamente, y dejo al lector que decida si fué disgusto quien ahogó el deseo, ó si el tierno amor triunfó esta vez del amor libertino.

Habia mas de dos horas que disfrutaba de la dulzura de un reposo muy necesario, cuando desperté á los gritos de *fuego, fuego*.

Me levanté, me restregué los ojos, ví que era yo quien se quemaba, y Justina la que gritaba á mas no poder. Le dije que callase, y en un momento con mis manos ya terriblemente calientes ahogué el fuego que habia consumido el lado izquierdo de mi vestido; echo en la chimenea el tronco encendido que habia rodado hasta el jergon, y habia prendido fuego á este y al colchon; cojo del lado del tocador de Justina un cubo de porcelana que por fortuna se hallaba lleno de agua; empapo de agua casi helada el jergon y el colchon; arranco de un tiro la cubierta y las sábanas de Justina; tiro á un lado la

cama de plumas; el segundo colchon á otro; tumbo de una patada toda la armazon de la cama, y lo hago todo en menos tiempo que se necesita para leerlo.

Sin embargo á los gritos acudieron á su cuarto gentes, y le decian á voces que abriese la puerta. Faltó poco para que me volviese loco cuando distinguí la voz de mi corteja, y la de su esposo. ¿Donde me esconderé? No hay cama, ni armario, ni mas que la chimenea: me zampo dentro de ella: Justina arrima una silla para ayudarme á subir.

La marquesa. Vamos, Justina, abre.

Justina mientras tiene la silla. Ya se apagó el fuego.

La marquesa. Abre, ó voy á mandar que echen abajo la puerta.

Justina teniendo aun la silla. Déjeme usía vestir.

El marques furioso. Mañana te vestirás.

Vienen todos los criados, les mandan echar abajo la puerta. Al mismo tiempo me subo arriba y me agarro. Retira Justina la silla, abre y entran todos. El cuarto se llena de gente; todos á un tiempo preguntan, responden, comentan, se asustan, se tranquilizan, se felicitan, y no se entienden. Entre tantas voces distinguí la voz delgada del marques.

El marques. ¡Esta descuidada que prende fuego á la casa! ¡que nos da estos sustos! ¡Que quita el sueño á su ama y á mí!

La marquesa mientras el marques regaña hace arrojar por la ventana el jergon y el col-

chon que habia hecho todo el mal, registra el cuarto y ve que no hay ningun riesgo.

La marquesa. Váyanse ustedes todos.

Los hombres obedecieron al instante, pero algunas mugeres mas curiosas que zelosas ofrecien á su ama sus servicios; y esta les manda otra vez que se vayan.

El marques, colerico. ¿Como has prendido el fuego?

La marquesa. Esperad un instante; dejad que todos se vayan.

El marques. Vaya, muger, y que oigan ese gran misterio ¿que importa?

La marquesa. Pero no veis que esta muchacha está aun temblando? ¿Creeis que nadie se quema de intento?

El marques. Pues ve aquí, ve aquí lo que sucede. Tú siempre con tu Justina..... todo se lo disimulas.

La marquesa. Bien está si he dicho que es una tonta, una atolondrada que acabará mal...

El marques. Mira, siempre he notado en su fisonomía que era algo loca. Esa cara ¿no tiene algo de espantada? ¿No se nota bien?

La marquesa. Vamos, Justina, cuéntanos como ha sido eso.

Justina. Señora, leia...

El marques. Pues... á buena hora; vaya, es preciso estar loca.

Justina. Señora, me dormí, y la luz que estaba muy arrimada, y no habia yo apagado...

El marques. Prendió el fuego... ¡Que milagro!... Y ¿qué leías de bueno á esta hora?

Justina, con mucha malicia. Un libro que se llama *El fisonomista completo*.

El marques se sosiega de repente y se echa á reir. Lo que quiere decir es: *El fisonomista perfecto*.

Justina. Si señor, sí, *El fisonomista perfecto*.

El marques. Bien está, Justina ¿no es cierto que este libro es muy divertido?

Justina. ¡Oh! sí señor, muy divertido; y por eso...

La marquesa. ¿Donde está el libro?

Justina, despues de algunos instantes de silencio. No le hallo, sin duda se ha quemado.

El marques. ¡Como quemado! ¿Mi libro se ha quemado? ¿Tú has quemado mi libro?

Justina. Señor...

El marques. ¿Y por que tomas mis libros? ¿Quien te ha dado permiso de tomar mis libros y quemarlos?

La marquesa. Vamos, que me rompeis la cabeza con tanto grito.

El marques. ¿Como es eso? Me quema los libros, y aun...

La marquesa. ¿Como ha de ser? comprar otro.

El marques. ¡Comprar otro!... Sí, ¡comprar otro! ¿Tú crees que eso se halla como si fuera un romance! Tal vez no había en todo

el mundo mas ejemplar que ese. ¡ Y esta tonta lo quema !

La marquesa, con viveza. Pues está bien: si el libro se ha quemado y no se halla otro estareis sin él, que no es un gran mal.

El marques. Cierto. ¡ Lo que hace la ignorancia !.... Me voy, porque si no te diria... y así te repito (*A Justina*) que eres una necia, una atolondrada, una loca; ha mucho tiempo que lo he conocido en tu cara (*Se va*).

Atravesado en una chimenea estrecha y puerca; obligado á apoyar con la cabeza y con los hombros en un lado, tiasas las piernas en otro, y para asegurarme mas los brazos abiertos, estaba en la situacion mas incómoda. Comenzaba ya á estar muy fatigado; con todo era preciso tener paciencia, y ver como se acababa esto: me esforcé cuanto pude y apliqué el oido.

La marquesa. Ya se ha ido: eso queria yo. Ahora que estamos solas, cuéntame como fué que te caiste ayer; que ruido hubo dos horas despues en tu cuarto, y como se ha prendido el fuego; porque tu ya conoces que no creo nada de ese cuento del libro quemado....

Justina. Señora...

La marquesa. Dime: ¿ quien estaba contigo ?

Justina. Aseguro á usía....

La marquesa. Justina, no mientas.

Justina. Leia, como dije á usía.

La marquesa. Mientes, porque el libro

que dices está en mi gabinete.

Justina. Bien está.... trabajaba, cosía (*Tose la marquesa*). Usía tose, y va á resfriarse.

La marquesa. Me resfrio, es cierto: veo que esta noche no podré saber la verdad; me voy, mañana seré mas afortunada, pero si no.... (*Vuelve á entrar*). Es menester que apagues todo eso, no sea que vuelva otra vez á suceder algo.

Cogió el jarro que estaba á mano y echó agua á los tres ó cuatro tizonos que ardian en un rincon de la chimenea. Al instante se levantó un humo, que entrándome por boca y narices poco faltó para que me ahogase. Mis fuerzas me abandonaron y caí de pie. La marquesa espantada se retiró atras. Salí de pronto de la chimenea, y el terror reemplazó la admiracion. Nos quedamos los tres mirándonos sin hablar palabra.

La marquesa. Justina (*Mirándola colèrica*) ¿con que estabas sola?... (*con dulzura*). ¡Ah! Foblas, Foblas!

Justina, echándose á sus pies. Señora, os aseguro....

La marquesa. ¿Como te atreves aun....

Mientras que la pobre Justina procuraba calmar y persuadir á la marquesa, yo consideraba con cuidado el sencillo vestido de esta. Un zagalejo solo, mal atado, cubria peor ciertas bellezas que yo hubiera adivinado, que mis ojos habian visto, y que mi memoria me recordaba. Sus largos y negros cabellos caian sobre sus hombros, y flotaban esparcidos so-

bre su espalda de alabastro, y venian tambien en parte á cubrir su pecho todo descubierto... ¡Que hermosa estaba!.... Olvidé la ficcion del embarazo, y cogiendo una de sus manos que besé, dije:

Foblas. Mi querida mamá, algunas veces las apariencias engañan.

La marquesa. ¡Ay, Foblas! ¿á quien me habeis sacrificado?

Foblas. A nadie. Dejádme que os diga dos palabras, mi disculpa no será difícil (*Justina quiere apoyarle como testigo*).

La marquesa. Eres muy atrevida.

El marques, que venia á buscarla, cansado de esperar. Sí, muy atrevida, tienes razon.

La marquesa apaga la luz, me da un beso en la frente, y me dice callandito:

La marquesa. Ten un poco de paciencia, al instante vuelvo. (*Levantando la voz*) Justina, ven conmigo.

Justina que conoce á sus amos da un salto, la marquesa sale, empuja á su marido que iba á entrar, tira la puerta, da dos vueltas á la llave, se la guarda, y héteme aquí aun encarcelado.

Mi esclavitud me pareció soportable, porque á lo menos podia tener una dulce esperanza. Mis cómicas tribulaciones, tan estrañamente varias, prolongadas durante la noche iban á fenecer sin duda; y la marquesa no tardando en volver no podrá reusarme un medio de resarcirme tantos malos ratos sufridos por ella. Esta idea consoladora alentó

Justina, le dije:

mi espíritu, tomé una silla que puse de espaldas á la puerta, y como un cazador apostado esperé mi presa.

Oí ruido en el cuarto de los esposos: hablaban aprisa, alto, y disputaban con teson. Creí que la marquesa no pudiendo desprenderse de su marido le habia armado alguna quimera, y no dudé que no tardaria en impacientarle de modo que se fuese; pero no fué así. Despues de muchas disputas la marquesa echó á correr de su cuarto hácia el mio.

La marquesa, con calor. Es una escena bien escandalosa: no me sigais: cuidado con seguirme.

Ya estaba la marquesa en el fin del corredor muy cerca de mi prision. No sé si su ligero vestido se agarró en alguna cosa: lo cierto es que los pies le faltaron; que cayó y se dió un porrazo tan fuerte que se le escapó de la mano la llave de mi cuarto, la cual rebotó contra mi puerta. Mi amante desgraciada dió un grito terrible; su marido que la seguia la levantó; acudieron muchas mugeres y se la llevaron á su cuarto; al instante gritó el marques:

El marques. Se ha hecho mal, se ha herido: que se levanten los criados; que abra la puerta el portero, y que hagan venir el primer cirujano que hallen.

¡Oh! ¡como palpité mi corazon en aquel triste momento! ¡cuanta inquietud me causó la desgracia de la marquesa! ¡cuan doloroso me pareció entonces estar encerrado de este

modo; no poder saber si la herida era peligrosa, y si acaso la marquesa corria riesgo. La impaciencia se aumentó con mis reflexiones. En medio de los apuros en que me ponía tal accidente, en estos momentos de turbacion y de agitacion, ¿podrá Justina dejar á su ama? ¿pensará sacarme de aquí? El tiempo era precioso, ya comenzaba á amanecer. ¡Si consiguiera escaparme! ¡si llegase á verme en mi cuarto, Jazmin ó cualquiera que fuese me traeria noticias del estado de la marquesa! Era preciso buscar todos los medios de conseguir mi libertad. El ruido de la puerta cochera que abrieron me anunció que habia cesado uno de los mayores obstáculos, y me hizo concebir la esperanza de superar los restantes. Procuré coger por debajo de la puerta la llave que se habia quedado en el corredor. Despues pensé quitar la cerradura, deshaciendo los tornillos con que estaba sujeta, pero los habian remachado por fuera.

Examiné con cuidado la cerradura, y quise abrirla con mi navaja, cuando *La Jeunesse* me dijo muy quedito, pero no tanto que no conociese la voz:

La Jeunesse. ¿Eres tú, Justina? Yo creia que estabas con el ama. Abreme.

La ocasion era demasiado buena para dejarla escapar, y así tomé al instante mi partido; dí algo á la suerte y disimulé mi voz bajándola mucho. Fingí lo mejor que pude la voz de Justina, y, dirigiéndola por entre la cerradura, le dije:

Foblas. ¿Eres tú, *La Jeunesse*? Dime: ¿como está el ama?

La Jeunesse. Va bien: apenas se ha desollado un poco. El señor marques nos acaba de decir que el cirujano ha dicho que no es nada. ¿Como tú no lo sabes? Abreme.

Foblas. No puedo, querido; porque mi ama me ha encerrado.

La Jeunesse. ¡Va!

Foblas. Sí, mira; la llave está en el suelo ahí en el corredor: búscala.

La Jeunesse busca la llave, abre y se me queda mirando.

La Jeunesse. Ay Dios mio! este es el diablo!

Intento pasar, me da una puñada, le respondo con otra, y esta fué tan pronta y tan feliz que el tunante cae de espaldas con un chichon en el ojo. Salto por cima de él; me voy corriendo por la escalera; mientras tanto mi enemigo se levanta y me sigue. Mas ágil que él, y porque un motivo mas urgente me aguijaba, travesé el patio mas ligero que el viento y habia salido de la puerta cochera cuando *La Jeunesse*, tanto mas furioso cuanto desesperado de no poderme alcanzar, gritó con toda su fuerza: *detenedle; ladrones, ladrones.*

Me habia metido por una callejuela, y el miedo me daba alas. *La Jeunesse* seguido de otros criados gritaba; pero todos estaban muy lejos de mí. Me creí seguro, cuando al revolver la esquina tropiezo con una patrulla de la guardia de Paris. El sargento me detuvo por mi mala traza. En efecto, era imposible presen-

tar otro de una mas estraña. Habia tenido tantos cuidados toda la noche, que solo entonces noté el grotesco traje con que andaba por la calle. Un parte de mi vestida quemada, otra llena de hollin, toda mi cara tiznada de humo, en la cabeza una gorra de dormir de Justina; no me admiro que al verme, *La Jeunesse* esclamase: *este es el diablo*.

A pesar de la sorpresa que le causaba semejante traje, aseguré al sargento que yo era un hombre de bien. El no parecia muy dispuesto á creerme bajo mi palabra, y mientras tanto llega *La Jeunesse* con su acompañamiento sin poder resollar. Todos los criados me rodearon, y atolondraron á los soldados diciendo: *prendedle, es un picaro ladrón traedle á casa*. Les supliqué que me llevasen á casa del comisario del cuartel; mi petición pareció tan justa que al instante me la concedieron.

El comisario esperaba embargar algo; pero cuando supo que no se trataba mas que de oír una queja, no manifestó mucho gusto de que le hubiesen despertado tan temprano.

El comisario. ¿Quién sois?

Foblas. ¿El baroncito de Foblas, vuestro servidor.

El comisario. ¡Ah! perdonad. ¿Donde vivís?

Foblas. En casa de mi padre el baron de Foblas, en la calle de la Universidad.

El comisario. ¿En que os ocupais?

Foblas. En lo que otros muchos hijos de familia.

El comisario. ¿De donde venís?

Foblas. Permitidme que no responda á esta pregunta.

El comisario. No puedo. ¿De donde salís?

Foblas. De una chimenea.

El comisario. Esas son malas chanzas; os podran costar caras.

Foblas. Es verdad. Mi vestido lo dirá, servios de mirarle.

El comisario. ¿Donde ibais ahora?

Foblas. A acostarme.

El comisario. Donde está el querellante (*La Jeunesse se presentó entonces*). ¿Cómo os llamais, amigo mio?

Foblas. *La Jeunesse.*

El comisario. Caballero.... Hacedme favor... Yo pregunto al señor (*señalando á la Jeunesse*). ¿Donde vivís?

Foblas. En el corazon de una de las criadas de la señora marquesa de Babia.

El comisario. Yo no os pregunto á vos. (*á la Jeunesse*). ¿Qué oficio teneis?

Foblas. Retozar con las muchachas dentro de los coches.

El comisario dió una patada. *La Jeunesse* me miró sin saber que decirme. El pobre mozo no sabia que responder á las preguntas con que le abrumaba nuestro juez civil; pero declaró sin embargo que me habia encontrado cerrado en el cuarto de Justina, doncella de la marquesa de Babia; que estaba forzando una cerradura, y que al salir le habia apostrofado dándole un puñetazo en el ojo.

El juez que en todo eso veia cosa muy

grave, me suplicó me sentase un momento; habló entre dientes á su subalterno, y dentro de muy poco me veo entrar al marques de Babia.

El marques, alzando la voz. Acaban de decirme que un ladron.... ¡Ah! ¡ah! y es el señor *Duportal*.

El comisario. ¿El señor *Duportal*? El señor no ha dicho que se llamase así.

El marques, riéndose. Perdonadme señor *Duportal*, pero os veo en tal estado.... Como.... Por que....

Foblas, arrimándose al oido del marques. Me ha sucedido la cosa mas chistosa.... Ya os la contaré.... pero ahora no se puede.

El marques, mirándole mucho. Sí.... sí.... pero ¿como demonios os habeis encontrado en mi casa con este equipage?...

El comisario. Señor marques voy corriendo á leeros lo que ha declarado.

Foblas, en voz baja al marques. Es inútil.... yo os lo contaré todo.

El marques. Sí, sí.... (*Mirándose como dudoso*). pero veamos la declaracion.

El comisario iba á leerla; yo llevé al marques á un rincon del estudio, é hice como que le hablaba en voz baja y le dije:

Foblas. Sacadme de aqui cuanto antes. Ya sabeis cuanto me sujeta mi padre, y si alguna vez llega á saber.... Si el comisario le ocurre enviarlo á buscar....

El marques, en voz alta. ¿Con qué por fin vuestro padre ha vuelto de Rusia?

Foblas. Sí.

El marques. ¡Caramba! es un hombre bien particular: no se le halla jamas; ni tampoco á vos.... He estado mas de veinte veces en el arsenal!

El comisario. Pero, caballero, no vive en el arsenal.

El marques. ¿El señor *Duportal* no vive en el arsenal?

El comisario. Señor, que no se llama *Duportal*.

El marques. ¿No se llama *Duportal*? Esta es otra cosa.

El comisario. Sí, reios cuanto os dé la gana, pero el señor nos ha declarado que vive *calle de la Universidad*, y que se llama *Foblas*.

El marques, reculando todo asombrado. ¡Ay!... ¡Cómo es eso! ¡Qué! ¿Quien habla de *Foblas*?

Foblas, al oido del marques. ¡Chiton! ¡chiton! he dicho esto porque es muy desagradable decir su nombre ante un comisario.

El marques. ¡Ah! ya lo entiendo.... Como está vuestra hermanita?

Foblas, con tono triste. Bastante bien.

El marques. El dia que os hallé en la ópera me dijisteis que no conociais á ese *Foblas*.

Foblas. Es que me hablabais del hijo.... Es una mala cabeza.... pero el padre.... ¡Oh! es un buen caballero.

El marques. Vaya, decidme, y como ha sido que mis criados os han perseguido?

El comisario. Señor marques, oid la de-

posicion, que es cosa seria.

El marques. Bien está. Vamos, leed que ya atiendo.

Foblas al marques. Que se pasa el tiempo.

El marques. ¡Oh! eso no es largo.

Foblas. Pero yo os contaré todo.

El marques. Sí, lo creo, pero veamos lo que han declarado mis criados.... Podeis estar seguro, ya sé que no sois un ladron.

El comisario leyó toda entera la declaracion: el marques hizo entrar á *La Jeunesse* que se habia quedado en el patio con los demas criados. *La Jeunesse* se ratificó en todo lo que habia dicho, y aun aumentó otros pormenores para aclarar los hechos que yo no podia negar.

El marques. ¿El señor estaba encerrado en el cuarto de Justina?... Pero ¿como diablos puede ser eso? Yo he entrado y no le he visto.

Foblas. Prueba bien clara de que no estaba, señor marques.

El marques. Mi muger entró tambien, ha estado allí mucho tiempo.... Caballero, mi muger tampoco os ha visto.

Foblas. Otra prueba de que no estaba (*al comisario*): vos veis cuan vaga es la acusacion que me habia hecho; ¿me permitireis que me retire?

El comisario. No señor, no; centinela, cerrad la puerta.

Foblas. Como, señor, podreis acaso....

El comisario. Lo siento, vos habeis entrado en esa casa sin que se sepa como ni

por donde; se os encuentra encerrado en el cuarto de una criada.... Esto no está muy claro.... Yo veo que podrian acusaros de seduccion.

Foblas. Señor juez de paz, recibid las declaraciones, examinad los testigos, esperad las pruebas, y fiel siempre á lo que la ley quiere, despreciad las probabilidades pérfidas. Lo que llamais conjetura, nunca pasa de incertidumbre, especialmente cuando se interesa el honor, no digo de un noble, sino de un ciudadano, de un hombre cualquiera.

El marques. Con vuestro permiso.... ¿Donde habeis conocido á Justina?

Foblas. Caballero, podria muy bien escusarme de responderos sobre esto; sin embargo quiero daros pruebas de mi condescendencia. Conocí á Justina al mismo tiempo que otra muger llamada Datura, de quien era amiga y que servia á mi hermana.

El marques, con aire de satisfaccion. ¡Ah! sí.... Que servia á la señorita *Duportal*.

Foblas. Si señor.

El comisario, enfadado. Si vuestra hermana se llama *Duportal*, vos os llamais tambien *Duportal*. ¿Por que declarais en falso?

El marques. ¡Ah! no quiere decir nada: yo sé por que: ya lo sé. Dejad en vuestro proceso ese nombre de *Foblas*, dejadle (*arrimándose á Foblas*). No quiero comprometeros; pero decidme en amistad; á que veniais á mi casa?

Foblas. ¿A que iba? ¿No lo acertais? He

conocido á Justina á casa de mi hermana, esta muchacha es bonita....

El marques. ¡Ah, libertino! habeis pasado la noche con ella! La marquesa estaria bien contenta si supiera que el hermano de una de sus amigas venia á prostituir sus criadas!... Pero bien.... cuando se prendió el fuego en el cuarto de Justina....

Foblas. Estábamos fatigados y dormíamos.

El marques, riéndose. ¡Qué miedo habreis tenido cuando llamé á la puerta!

Foblas. ¡Oh! no lo podeis figurar.

El marques. Pero nosotros no os hemos visto. ¿Donde diablos os escondisteis?

Foblas. En la chimenea.

El marques. Pero mi muger cuando volvió al cuarto de Justina.... ¿Luego entonces os vió?

Foblas. Nada menos que eso; la oí, y me volví á subir en la chimenea.

El marques. Habeis hecho bien. Mi muger no tolera en su casa el mas pequeño desorden. No es por que no sea tan indulgente como cualquiera, sino porque ya os hareis cargo de que una señora no quiere comprometerse. Hágase lo que se quiera: con tal que no sea en su casa, no se le ofrece nada que decir. En este punto es tolerante, y á veces escusa en sus amigas las debilidades.... Caballero y vuestra hermanita ¿está aun en Soissons?

Foblas, manifestando dudarle. Sí señor.

El marques. ¡Qué! ¡de veras! está siempre en el colegio?

Foblas, haciendo el papel de no saber que decir. Si señor.... Sí.... ¿por que no?

El marques. Os lo pregunto por que me habian dicho que la habian visto en los alrededores de Paris.

Foblas. ¡En los alrededores de Paris! Se han equivocado, no seria mi hermana.... Pero, señor marques, creo que hemos concluido, vámonos.

El comisario. No se ha concluido aun.... Espero cierta persona.

Esta persona entró al momento, y era mi padre.

El comisario. ¿Con quien tengo el honor de hablar?

El baron. Señor, soy el baron de Foblas.

El comisario. En tal caso perdonad que os hayan incomodado. Os hice llamar por que este jóven acusado de una cosa grave, ha tomado vuestro nombre, y se ha supuesto vuestro hijo; pero su declaracion es falsa.

El marques, al comisario. ¿Cómo que su declaracion es falsa? No os supliqué que dejaseis en vuestro proceso el nombre de Foblas? (*á Foblas le dice bajo*) ¿no conocéis las consecuencias de esto? Si llega este comisario á escribir vuestro nombre, enviará al instante á buscar á vuestro padre y será un escándalo.... Pedid al señor de Foblas que os deje su nombre, y todo está acabado.

Foblas al marques. No me atrevo.

El marques al baron. Decid que es vuestro hijo.

No obstante el baron, pasmado de lo que veia, miraba ya al comisario, ya al marques, ya á mí.

El baron al comisario que estaba atento. Señor, el trabajo que habeis tomado no es inútil, ni mi venida infructuosa. En el estado en que veo á este jóven, tal vez deberia yo desconocerle, pero el parage mismo en que le hallo, solicita mi indulgencia para él. Sé que es sencible y orgulloso y si ha hecho alguna tontería, la declaracion sola que ha tenido que hacer aquí será para el bastante pena... Caballero, este jóven os ha dicho su verdadero nombre, es hijo mio.

El marques al baron. ¡Bueno! bravísimo!

El comisario. No entiendo eso; voy á enviar á buscar á este señor Duportal.

El marques á Foblas. ¿Que no lo entiende? Yo lo creo.

El baron al comisario, con seriedad. Caballero, cuando digo que es hijo mio...

El marques, tirándole del vestido al baron. Perfectamente (á Foblas). No puede hacer mejor su papel.

Foblas al marques. ¡Oh! el baron es hombre de talento, y á mis tios debe muchas atenciones para reparar los muchos agravios que nos ha hecho.

El comisario al baron. Todo eso está bien, caballero, pero hay una querrela.

El marques. ¡Ah! desisto de ella,

El comisario al marques. Señor, eso no basta; este asunto es de tal naturaleza... El ministerio público tiene interes en él.

El baron, con furia. ¡El ministerio público interesado! ¿Pues de que se trata?

El marques. ¡Va! de una frusleria: de una intriga de amor.

El comisario. ¡De una intriga de amor!

El marques al comisario ¡Eh! sí señor, de una intriga de galanteria (*al baron*) y nada mas: os lo aseguro.

El comisario al marques. Señor, hay declaracion falsa, efraccion, sevicia, seducion.

El baron, con la mayor furia. Eso no es posible. ¿Quien lo dice? ¿Quien se atreve á ultrajar de este modo el honor de mi hijo y de mi casa?

El marques á Foblas. ¡Como hace su papel! no podria uno creerlo... (*Al baron*) Vamos, señor, sosegaos, no se trata mas que de una cita de dos amantes. Vuestro hijo ha dormido con una de las criadas de casa, y para escaparse ha sacudido á uno de mis lacayos: ahí teneis todo el cuento.

El baron al comisario. Señor comisario, ya sabeis mi nombre y mi casa: si os parece me llevaré á mi hijo ofreciendo responder de él.

El marques. Sí, yo tambien respondo de él. (*á Foblas*) ¡Es preciso tener seso!

El comisario. Os obligais á presentarlo en persona en el lugar y al tiempo que se os mande?

El baron. ¡Ah! con que ha de ser en persona.

El marques. Sí, en persona, en persona, vámonos. (*Salen los tres juntos, y dirigiéndose a! baron*). ¡Como habeis hecho vuestro papel; ¡con que naturalidad! ¡con que verdad! podríais dar lecciones á los del oficio. (*A Foblas*) ¿No oisteis cuando exclamó: *quien se atreve á ultrajar de este modo el honor de mi hijo?*.... ¿De su hijo? A mí mismo, que sé lo que hay, me lo habria hecho creer.

Mientras hablaba el marques, mi padre le miraba de un modo que me habria divertido mucho, si no hubiera conocido sus prontitudes. Yo temia que á los estraños cumplimientos que le hacia el marques de Babia se irritase: pero por fortuna se contuvo: el coche nos esperaba en la puerta. Sin cumplimientos subió el primero. El marques queria detenerme.

El baron. ¿Quereis hablar de eso en mitad de la calle? Bueno, bueno.

Entonces me metí corriendo en el coche, mi padre se puso á mi lado: saludamos con mucha urbanidad al marques, pero le dejamos que se fuese un pie tras otro á su casa.

El baron. ¿Por que te empeñas en pasar las noches fuera de casa? No hay bastante dia? ¿No ves los riesgos á que te espone tu indocilidad?

Yo me disculpé como pude.

El baron. Estás destruyendo tu salud.

Foblas. ¡Ay! padre mio; si supierais cuan poco merezco esta reconvencion! si supierais

con cuanto juicio he estado toda la noche!

El baron. ¿Crees, hijo mio, que estás aun hablando al marques de Babia?

Foblas. No por cierto, no señor: pero os aseguro que al año podria pasar las trescientas sesenta y cinco noches lo mismo que esta sin que mi salud se resintiese y padeciese; y si gustais, os contaré por menor lo que me ha pasado.

El baron. No, amigo mio; eso es bueno para que lo cuentes al conde de Rosamber. Adelaida, el señor Duportal, tú y yo estamos convidados á comer mañana en casa del señor duque de Vano, á la entrada del *Foburgo San-Honorè*. Si el tiempo no se muda y hace buen dia, saldremos temprano. Los tres ireis á Tullerias á pasearos; yo subiré un instante al palacio, porque tengo que hablar al señor de *San-Luc*. Cuidado que no te olvides, y concurre temprano.

CAPÍTULO XXIX.

Terrible aventura en el jardin. de Tullerias

CUANDO llegué á mi casa ya estaba esperándome Justina en mi cuarto. La marquesa, que no podia sosegar desde que le dijeron que se habia preso un ladron encerrado en el cuarto de Justina, y que lo habian llevado á casa del comisario, estaba mas inquieta desde que supo que el marques habia ido allá. Habia en

cargado á su camarera, la cual no estaba menos asustada, pasar corriendo á mi casa, esperarme y suplicar que yo le contase todo el suceso, cuyas consecuencias podian ser muy serias. Justina se echó á llorar cuando supo que yo la habia sacrificado por salvar á su ama.

Justina. Conozco que no podia hacerse otra cosa, pero mi amo dirá que me despidan, y la señora, ya enfadada conmigo, aprovechará esta ocasion.

Foblas. No tengas cuidado, consuélate; yo te buscaré conveniencia, y en todo caso no te abandonaré.

Apenas se fué Justina mudé de vestido, me limpié, fuí corriendo á casa de Rosamber, para contar los graciosos acontecimientos de la noche anterior, y le dije:

Foblas. Si quereis ver á Adelaida ireis mañana por la mañana al jardin de Tullerias, en la calle de Primavera.

Rosamber. Allá iré á medio dia sin falta.

Despues de comer vino Derneval á verme, me dijo que el dia siguiente por la noche nos veriamos en el colegio, fuera el tiempo bueno ú malo.

Derneval. Mi querido Foblas, vamos á separarnos.

Foblas. ¿ Como es eso?

Derneval. Los asuntos que me tenian aquí, ya se han concluido: y todo está prevenido para la grande empresa que medito muchos meses ha. Mañana por la noche me llevo á Dorotea.

Foblas. ¡Ay, Derneval! ¿Y como haré para ver á Sofía despues que nos hayais abandonado?

Derneval. ¿No teneis abí vuestro cuarto?

Foblas. Sí, pero ¿la reja del jardin?

Derneval. Teneis razon; no me acordaba.

Foblas. Es posible que hayais de dejar desesperados á vuestro amigo, y á la amiga de vuestra amante?

Derneval. No señor, no: lo diré á Dorotea, y no partiremos sin dejaros antes una llave de la reja, y os aseguro que si es preciso me detendré un dia.

Derneval me dejó entregado á mis reflexiones que me agitaron cruelmente aquella tarde y la noche siguiente. »Se va (*decia yo*), y se lleva consigo lo que ama. Yo me quedo, ¡y tal vez no volveré á ver jamas á Sofía! ¿Sofía tendrá valor de abrir la reja? ¿Osará venir al jardin sola? Por otra parte ¿no hará el robo de Dorotea una terrible sensacion en el colegio? No se tomarán otras precauciones prudentes para que no suceda semejante cosa otra vez? No guardarán el jardin mejor que antes? ¡Ay, prima mia hermosa! No podré verte sino alguna vez por entre las zelosías de mi ventana. ¡Ay, Derneval! ¡Ay, Dorotea! nos abandonais! ¿Es esto lo que nos ofrecisteis?...» De este modo hacia yo reflexiones contra Derneval por su proyectado viaje, sin prever los grandes acaecimientos que se preparaban, y que bien pronto le desearia yo con mas ansia que él mismo.

Aquella noche hubo tambien niebla oscura

que se disipó al salir el sol. El baron se despertó mas temprano que lo regular y le pareció el tiempo frio y húmedo. Vacilaba sobre ir á buscar á su querida hija temiendo que se resfriase; y le dije que el sol se descubriría de modo que en todo el otoño no habria un dia mas hermoso que este. El señor Duportal, que llegó á eso de las diez, fué del mismo dictamen. Fuimos los tres al colegio. Salió mi hermana, y al cabo de poco tiempo nos apeamos en Tullerías. El baron mandó á los criados que nos esperasen junto al *punte levadizo*.

El baron. Me voy á subir á casa del señor San-Luc: paseaos.

Adelaida. ¿En la calle de la *Primavera*, padre mio?

El baron. Sí, al instante vuelvo.

Dimos varias vueltas; por fin llegó Rosamber. Bendijo la suerte que le habia deparado tan buen encuentro; hizo á Adelaida todos los cumplimientos que merecia, y durante un cuarto de hora se ocupó de tal suerte de la hermana que olvidó al hermano. Yo hacia mientras tanto mil esfuerzos para atraerme su atencion, pero todo era inútil. Impaciente de consultarle sobre las nuevas desgracias que amenazaban á mis amores, le cogí por el brazo, y le supliqué que me oyese un momento. En fin ya se dignó escucharme, y sin advertirlo doblamos el paso. Mi hermana que no podia andar á nuestro paso se quedó detras, acompañada solo del señor Duportal. No nos acordamos de detenernos hasta que llegamos al fin del paseo.

Cuando nos volvimos notamos que Adelaida estaba muy lejos en medio de tres hombres, y aceleramos el paso para juntarnos con ellos. Cuando nos acercamos, vimos que los recién llegados eran mi padre y el marques de Babia que hablaban acalorados.

Rosamber. ¡Ah! vamos ligeros porque allí hay alguna disputa.

El marques, al mismo tiempo que llegan Rosamber y Foblas, dice al baron: Y vos ¿por que os meteis en eso?

El baron. ¿Por que me meto yo en eso? ¿Conoceis á la que habeis insultado?

El marques. Si señor, sí: á la señorita Duportal.

El baron, fuera de sí. Esta no es la señora Duportal, es mi hija. El señor Duportal no tiene hijos.

El marques, con mucha viveza. ¡El señor Duportal no tiene hijos!

¿Pues quien es el que ha dormido con mi muger?

El baron. ¿Que me importa eso á mí?

El marques. A mí me importa; y sé que es la señorita Duportal, que es esta (*señalando á Adelaida*), y que está algo desmejorada por la razon que acabo de decir.

El baron, furioso. ¿Por la razon que acabais de decir? ¿Y os atreveis á repetirlo? ¡Va! poned á ese tronera (*señalando á Foblas*) el vestido de amazona, y volveréis á ver á la señorita Duportal que habeis visto otras veces.

El marques, mirando á Foblas y como

pasmado. ¿Y podría ser qué?....

Mientras tanto el señor Duportal y el conde de Rosamber atendían á Adelaida, que parecia próxima á llorar, y al baron cuyo furor no podian moderar las reflexiones que se le hacian.

El marques, mirando de hito en hito á Foblas. ¡Su padre!

El baron, dando una terrible mirada á su hijo. Estate quieto; calla: ¿sabes lo que han dicho á tu hermana? Cuando llegué, le estaban dando la enhorabuena de que hubiese parido antes de tiempo, y de que ya no se le conocia. ¿Ves? Disfrázate de muger, y pégasela á necios, pero no comprometas á tu hermana.

El marques, mira con la mayor atencion á Foblas. Cuanto mas le examino..... (le hace un gesto amenazador, y se vá al señor Duportal). Si no eres un cobarde, respóndeme (señalando á Adelaida). ¿Es esta tu hija? (señalando á Foblas). ¿Este jóven es el que he visto en tu casa vestido de amazona?

Duportal, con mucha sangre fria. ¿No sabeis que mi nacimiento á lo menos es igual al vuestro? Yo tengo la fortuna de conservar sobre vos una ventaja que es la de acordarme de las atenciones que se deben á los caballeros, aun cuando se convierten en enemigos nuestros. Y así jamas os tutearé. Por lo que hace á las preguntas que me habeis hecho, quisiera no tener necesidad de responder á ellas. .. Marques, esta señorita no es mi hi-

ja ; ese jóven es el que habeis visto en mi casa vestido de amazona.

El marques de Babia estuvo en un profundo silencio algun tiempo ; se vino despues á mí , me cogió por la mano y me la apretó mucho : de una ojeada le di á entender que le habia comprendido. Mi padre percibió estos signos de muerte , porque entendí que decia entre sí : « ¿ Es posible que jamas pueda reprimir mi primer impetu ? ¡ Cólera ciega ! ¡ Arrebato funesto ! ¡ Si me cuestas á un hijo !... »

El marques , en voz baja. Tú te has burlado indignamente de mí. Mañana á las cinco de la mañana te espero en la puerta *Mallot*. No tengo queja de tu padre , pero Duportal y Rosamber son tus cómplices , diles que llevaré conmigo dos de mis parientes para castigarlos. A Dios. Tú verás si se vengarme.

Dijo esto y marchó. Nos habia rodeado ya un tropel de gentes atraidas de nuestra disputa. Adelaida temblaba de modo que apenas podia tenerse en pie : fuimos con cuanta prisa permitia su estado de debilidad al puente levadizo donde nos esperaban los dos coches. El baron montó en el uno con mi hermana , y Rosamber nos llevó al señor Duportal y á mí en el suyo ; y para libertarnos del tropel de la gente que nos seguia mandamos á los cocheros correr y no ir á casa del baron sin haber dado antes una vuelta larga.

Duportal. ¿ Por qué os habeis separado de nosotros ? Apenas estabais á treinta pasos

cuando vino el marques de Babia, me ha llenado de cumplimientos y ha hecho mil preguntas á vuestra hermana, á las que ella no sabia contestar. Os aseguro que yo mismo apenas entendia lo que le decia; esperaba que llegaseis y me sacaseis del apuro en que me veia. El marques que mas de veinte veces me habia dado la enhorabuena de la vuelta de mi hija y de la buena salud que manifestaba gozar, se volvió á Adelaida, y le dijo: *Señora, en verdad que estais buena; os hallo poco mudada.* Entonces bajó la voz el marques, y como yo estaba inquieto apliqué el oido, entendí que le decia: *Eso es de admirar, pues si no he contado mal vos paristeis antes de tiempo.* Vuestra hermana dió un grito. Yo dije indignado al marques: *¿Parido antes de tiempo?* Caballero ¿cómo osais?... Por desgracia el baron estaba ya detras de nosotros; de repente se puso entre su hija y el marques, y con un tono furioso dijo á este: «¿Que quereis decir con eso de *parido antes de tiempo?*» Me dareis satisfaccion del insulto.

Lo demas ya lo sabeis, poco mas ó menos, pero esta escena (*Mirando á Foblas*) tendrá malas consecuencias sin duda.

Foblas. Si señor, no hay duda, las tendrá. Mañana á las cinco de la mañana el marques de Babia nos espera acompañado de dos parientes suyos á nosotros tres en la puerta *Mallot*.

Rosamber. ¡Ahora un desafio! ¡Aun sangre!

Duportal. Ved aquí, Foblas, ved aquí los frutos de una pasión ilícita; mañana se matarán seis hombres honrados por la marquesa de Babia. Mañana, salga como quiera el desafío, el señor conde y yo seremos castigados por haber tomado parte en vuestros desórdenes. Nosotros sufriremos las penas, porque como militar que soy lo he visto cien veces; es muy cruel no salvar su vida sino inmolando un enemigo á quien muchas veces se estima. El señor de Rosamber y yo vamos pronto á derramar la sangre de dos hombres que no conocemos, y que tal vez jamás nos han hecho mal ninguno....

Foblas. ¡Ay, señor Duportal! soy mas digno de compasión que vos; yo voy á pelearme con el marques á quien he hecho todo el mal posible....

Rosamber. Lo mas raro es que en esta disputa defienda yo vuestro partido. En esta contienda es muy singular batirme á vuestro favor, porque me habeis soplado la dama....

Duportal. Pero, señores, dejemos las reflexiones, si gustais, porque no hay que perder tiempo. Mañana á las seis de la mañana, si no estamos muertos, es preciso que salgamos de Francia. ¿Y será posible ¡oh franceses! que habiéndome dado la hospitalidad, yo no me separe sino despues de haber quebrantado la ley mas prudente de cuantas teneis?

Rosamber. ¿Y dónde hallaremos asilo?

Foblas, con viveza. En Alemania.

Duportal. Bien, iremos á Alemania, si quereis.

Rosamber. Sea enhorabuena, iremos á Alemania, si os parece.

Llegamos á casa. Adelaida y el baron subian por la escalera principal; el señor Duportal se fué á ellos creyendo que yo los seguia, pero me despedí de Rosamber.

Rosamber. ¿Cómo! ¿donde vais?

Foblas. A casa de Derneval.

Rosamber. Amigo mio: ocupaos del cuidado de lo que exigen las circunstancias en que nos hallamos, pensad en asegurar nuestra fuga.

Foblas. Pues que ¿no os veremos esta noche?

Rosamber. No lo puedo asegurar: tal vez no estaré aqui hasta las cuatro de la mañana.

Yo me retiré cuando el señor Duportal retrocedia buscándome.

CAPÍTULO XXX.

Robo de Sofía.

ENTRÉ tan desaforado en casa de Derneval, que me preguntó este:

Derneval. ¿Qué os ha sucedido?

Foblas. Amigo mio: mañana tengo un lance, de honor, y he de morir, ó Sofía sale conmigo de Francia. Es preciso que en la silla de posta en que vais á llevaros á Dorotea, vaya tambieu la señorita de Pontis.

Derneval se quedó sumamente sorprendido, y nos ocupamos lo restante del día en los preparativos de toda especie necesarios para tamaña empresa. Yo bien habria podido ir un instante aquella noche á mi casa, pero temí que el baron me estorbase despues salir. Un poco antes de media noche escondí mi espada bajo una capa muy ancha; Derneval hizo lo mismo. Salimos acompañados de tres criados de cuyo valor y fidelidad salió garante mi amigo. Apenas llegamos á las tapias del colegio, tiramos por cima de la pared un lio grande con todos los vestidos necesarios para vestir dos hombres, y cuando estuvo bien asegurada nuestra escala de cuerda, pusimos dos de nuestros hombres de centinela á cierta distancia, y enviamos al tercero á buscar la silla de posta para las cuatro en punto.

Bajamos al jardín; Derneval y Dorotea me dejaron con mi hermosa prima en la *calle cubierta*. Nos fuimos á sentar al pie del castaño de Indias, tan propicio á los amores. Miré á Sofia sin hablarle palabra, y le bañé las manos con mis lágrimas.

Sofia. ¿Qué significa ese silencio? ¿Qué llanto es ese?

Foblas. Estas lágrimas, Sofia mia, anuncian terribles desgracias. ¿No sabes que Dorotea se va?

Sofia. Sí, pero su partida se retarda un día por causa nuestra.

Foblas. No, Sofia mia, no; su viage no

se retarda, Derneval se la lleva esta noche misma.

Sofia. ¡Esta noche!

Foblas. Sí, no te podré ver en el locutorio, ni te podré volver á ver en el jardín; con que vamos á separarnos para siempre. Sofia mia, esta es la última noche que nos vemos y pasamos juntos.

Sofia, con sentimiento. ¡La última!

Foblas. Sí, la última. Dorotea se va, Dorotea te abandona, sacrifica todo el cariño que te tiene á Derneval. Derneval es mas dichoso que yo, mas feliz.

Sofia. ¡Ay, querido mio! ¡podeis desear una felicidad que me costaria la mia!

Foblas. Sofia, esta es la última noche que pasamos juntos.

Sofia. ¡Querido mio! pasémosla de modo que no nos pese mañana.

Foblas, ¡Mañana! mañana lloraremos separados uno de otro. Y mientras tanto Dorotea y Derneval estarán juntos en el camino de Alemania.

Sofia. ¿De Alemania?... ¿Se van á Alemania?... Pues bien está. Querido Foblas; nosotros no tardaremos á ir allá: la señora Munich me asegura que el *baron de Gorlitz* no tardará en venir á buscarme.

Foblas. El baron de Gorlitz llegará muy tarde.

Sofia. ¿Por qué muy tarde?

Foblas. Llegará muy tarde, querida mia.

Sofia. Hacedme favor de explicaros.

Foblas. La ida de Dorotea es la desgracia menor de nuestros amores, Sofía mia, otras mayores nos amenazan.

Sofía. Pero decídmelas.... ¿No me habeis dicho, Foblas mio, que cuando llegase el baron de Gorlitz os echariais á sus pies para pedirle su hija?

Foblas. Seria inútil que el baron de Gorlitz me la concediera, si mi padre no quiere consentir en este matrimonio.

Sofía. Pero vuestro padre lo aprobará luego que el mio....

Foblas. Sofía, no debo engañaros, mi padre me destina otra muger.

Sofía. ¡ Otra muger! y ¡ vos mismo me lo decis! ¡ ay, cruel! ya os entiendo... ¡ Me habeis sacrificado! ¡ me habeis sacrificado!

Foblas. No, Sofía mia, no, sosegaos. Os renuevo aquí mismo lo que os he jurado mil veces, jamas otra muger será mi esposa, si acaso no lo sois, no echeis la culpa á nadie mas que á vos misma.

Sofía. ¡ A mí!

Foblas. Sí, á vos misma. No habeis querido preparar las cosas de suerte que fuese necesario nuestro casamiento.

Sofía. No os entiendo.

Foblas. ¡ Ay! si no os hubierais resistido por espacio de tres meses á los deseos de vuestro amante....

Sofía. Mi querido Foblas, ¿ que me decis?

Foblas. Yo habria presentado mi Sofía al baron de Foblas y le habria dicho: « Le he

» dado palabra. Nuestro juramento está
 » escrito en el cielo, yo he seducido su lo-
 » ca juventud, solo le falta el titulo de es-
 » posa mia; y entonces...

Sofia. ¿ Quien? ¿ yo, Foblas?... ¿ Y yo ha-
 bia de haber comprado con mi deshonra?.....

Foblas. ¿ Con vuestra deshonra? ¡ Oh!
 con que ¿ no me amais? pues creéis que es una
 deshonra el pertenecerme. ¡ Cruel! ¿ que es-
 perais pues para premiar el amor mas tier-
 no? ¡ Vamos á estar separados! ¡ dentro de po-
 co os llevarán á un pais estrangero, lejos
 de vuestro amante que no tendrá consuelo!
Sofia mirad los males que nos amenazan;
 podeis evitarlos, y podeis uniros á mí con la-
 zos indisolubles y sagrados, dignaos, queri-
 da mia, dignaos.

Sofia. No, no, jamas consentiré en ello,
 jamas.

Fueron inútiles todos mis esfuerzos para
 triunfar de su virtud. Desesperado de una re-
 sistencia que no me dejaba ninguna espe-
 ranza, me entregué totalmente á mis penas.

Sofia. Vuestros sollozos me parten el co-
 razon: ¿ que exigis de mí?

Foblas. Yo no exigo nada.

Sofia. ¡ Que abatido estais, querido mio!
 (*Estrechándome la mano con las suyas*).

Foblas. Nunca, *Sofia* mia, he tenido pe-
 na mayor, ni pesadumbre mas grande, ni
 con mas razon. *Sofia*, el tiempo se pasa,
 amanecerá dentro de poco, y os lo repito:
 esta es la última noche que pasaremos jun-
 tos.

Sofia. ¡ Oh cielo ! ¡ en que tono me hablais !
 ¡ Qué triste desesperacion se manifiesta en toda su persona !... ¡ Oh , querido mio ! ¡ que sentimiento manifiestan vuestras lagrimas ! (*enjugándoselas con su propio pañuelo*).

Foblas. Son crueles... Anunciau la muerte.

Sofia. ¡ En que funesto delirio !

Foblas. querida mia, mi alma está devorada de los mas negros pesares, pero no creais que mi razon se haya alterado. Sofia, yo lloro ahora ; dentro de poco vos llorareis tambien ; dentro de poco una horrible noticia, estendida por todo el pueblo penetrará hasta dentro de esta casa, y os pesará ; pero será tarde para volver á tener vuestro amante.

Sofia. ¡ Cruel ! será posible que atenteis á vuestra vida.

Foblas. No ; no sera mi mano la que me dará ese golpe mortal.... Sofia si amais mi vida, yo la defenderé contra el marques de Babia !....

Sofia. ¡ Ay, Dios mio ! vos vais á un desafio !

Se desmayó ; hize todo lo que exigia su situacion ; pero luego que comenzó á volver en sí me aproveché de la ventaja que me daba mi situacion, con tal prontitud que al instante me aseguré la victoria.

¡ Ultimo momento del pudor vencido, primer triunfo del amor recompensado, momento de la posesion, momento supremo de la voluptuosidad ! el escritor mas elocuente ha consagrado vuestras delicias en una obra

inmortal (1); es necesario guardar silencio, ya que no sea posible explicarse tan bien como él lo ha hecho.

Dieron las cuatro y tocaron á maitines, cuando Derneval se vino por la *calle cubierta*. Me fuí á él y me dijo que acababa de llegar la silla de posta; que Dorotea tenía presicion de dejarle por una media hora, pero que al instante volveria al jardin, y que no tardaria mucho tiempo en mudarse el vestido. Le interrumpí para suplicarle que se apartase un poco: mi Sofia me pertenece ya, es preciso que la determine á partir.

Me volví á mi amante y le enseñé los vestidos de hombre que habia traído para ella; insté á que se los pusiese y se quitase los suyos.

Sofia. ; Como! ; para que es eso?

Foblas. Derneval y Dorotea parten para Alemania; ¿el corazon no te dice que nosotros partimos tambien?

Sofia. ; Yo! ; yo daré á mi padre esta gran pesadumbre?... ; Ah! ; no soy ya bastante culpable?

Foblas. Sofia, oidme.

Sofia. No, no quiero oiros, ; cruel! vos me habeis perdido; mi deshonor estaba dispuesta... (*Se arroja á los brazos de Foblas*). Foblas, actualmente lo podeis todo sobre vuestra esposa, pero tened compasion;

(1) Todo el mundo conocerá que se trata aqui de la Nueva Heloisa.

no abuseis de vuestros derechos. ¡No hagais pública su deshonra!

Foblas. ¡Oh, mi querida Sofia! quisiera no asustaros con cosas crueles; pero me obligais á recordaros que el marques....

Sofia. ¡Ah!

Foblas. No tengais miedo que perezca quien está unido á vos. Vuestro esposo vencerá; vuestro esposo... Desafiaria yo á toda la familia del marques... Pero vos no sabeis las leyes del reino, Sofia mia; si despues de vencer me quedo acá, estoy espuesto á perder la cabeza en un cadalso.

Sofia. ¡Ay, infeliz de mi! ¡donde estoy! ¡que he hecho!

Foblas. Sofia, es preciso partir. Iremos á Alemania. El baron de Gorlitz no podrá negaros á vuestro amante, y mi padre confirmará mi dicha... Mi querida Sofia, permitid que os vista vuestro esposo.

Dieron los tres cuartos antes que Sofia se hubiese acabado de disfrazar. Dorotea volvió á buscarnos. Derneval impaciente me representa que es preciso salir del pueblo antes que empiece la aurora, y que yo tengo que hacer á la puerta *Mallot*.

Sofia. ¡Como! pues que ¿no nos vamos juntos los cuatro?

Foblas. Querida mia el honor me llama; os dejo con Derneval. Derneval no adelantará mas que una posta, y me esperará en *Meaux*, dentro de dos horas os alcanzaré. (*Sofia le abraza*)

Sofia. Yo no me separo de vos: no me separo.

Derneval, pateando. La niebla nos favorece aun; pero el dia va á sorprendernos aquí.

Sofia. (Foblas se escapa de los brazos de Sofia). Foblas, si vos no vais, yo no parto.

Foblas. Está bien, Sofia, no os dejaré; pero vámonos cuanto antes de aquí.

Derneval habia previsto que á nuestras queridas costaria mucho trabajo subir por la escala de cuerda, y asi habia hecho traer dos escaleras pequeñas de madera, para que pudiesen pasar la pared. Dorotea, que habia ya mucho tiempo que estaba preparada á su robo, al instante se plantó en la calle; pero Sofia hubiera caido veinte veces si yo no la hubiera sostenido. Al llegar á la silla de posta, quiso verme montar el primero.

Foblas. Pero, Sofia mia, el honor me llama.

Sofia. ¡El honor! no os he sacrificado el mio! que ingrato sois! yo no os dejo, no vais al desafio: no quiero que vayais.

Me estaba diciendo esto cuando oigo las cinco. Nunca pudo haber una situacion mas cruel que la mia. Desesperado saqué mi espada para atravesármela por el cuerpo. Derneval me detuvo. Sofia temblando grita;

Sofia. Bien está, os obedezco; parto.

Mientras la colocan al lado de Dorotea, digo á Derneval.

Foblas. Son las cinco, si voy á pie he de llegar tarde, y estoy deshonorado. Voy á decir á uno de vuestros tres criados que

se apeé, que vaya cuanto antes á mi casa, por donde pasará para decir que le den el caballo que sin duda ninguna me habran dispuesto.

Sofia, saliéndose por la puertezuela del coche. ¡Ah! llévame á lo menos al campo de batalla.

Foblas. Mis queridos amigos, *Sofia* mia, dentro de dos horas estaré ya con vosotros.

Sofia. ¡Bárbaro! querido mio, caro esposo, ten cuidado, defiende mi vida.

Ví partir la silla de posta; y fuí corriendo á la calle de la Universidad.

CAPÍTULO XXXI.

Duelo y matrimonio.

JAZMIN estaba esperándome á la puerta de casa.

Jazmin. ¡Ah, señor! dese usted prisa. El señor baron á hecho buscar á usted por todas partes, y desesperado de que no os encontraban, mandó poner al caballo la silla, cogió su espada, y temo que haya ido al desafio por usted.

Foblas. ¡Ah, Dios mio!

Me voy á escape; *Jazmin* me seguía á galope.

Jazmin. Señor, ¿con que usted no monta el hermoso corredor?

Foblas. Vete con mil diablos.... Vuelve á casa, que al instante va á venir un hombre

á pedir un caballo, y dale el mio.

Apreté tanto al que yo montaba que á poco descubrí *la puerta Mallot*. Al momento distinguí al baron rodeado de muchos hombres. Por los ademanes conocí que desafiaba al marques. Me pareció que el señor Duportal, Rosamber y los dos parientes del marques se oponian á este combate. Al instante que me descubrieron se separaron.

Rosamber. «Yo estaba bien seguro que no haria falta.»

El baron. Caballerito, habeis venido bien tarde.

Foblas. ¡Ah! demasiado tarde, cierto; demasiado tarde, pues que ibais á esponer vuestra vida.

El marques. Si se hubiese tratado solo de representar el papel de una muger bonita, te habrias levantado mas temprano. Ven aquí, mugercilla cobarde y pérfida, tu muerte vengará mi afrenta pronto.

Nuestras espadas se cruzaron. La gran superioridad que yo habia adquirido en el arte de la esgrima, y la sangre fria que oponia al furor del marques, hacian preponderar á mi favor la inmensa ventaja que lleva el que ataca sin riesgo. Al ver á mi enemigo, me acordé de las ofensas que le habia hecho, y aunque yo fuera disculpable por algunos respetos, reconocia ser muy reprehensible por muchos otros. No me podia determinar á matar á un hombre cuyo amor propio habia yo ajado, y cuyo honor habia comprometido. Contento con parar sus golpes, le dejé que se

fatigase haciendo esfuerzos inútiles. Fiándome absolutamente de mi destreza, me lisonjéaba que al cabo de poco estaria fatigado, y que se creeria dichoso de salvar su vida dándose por vencido. Mis esperanzas fueron vanas. Mi padre, espectador de un combate tan terrible para él, estaba á diez pasos de distancia; yo podia ver sus ojos inquietos; él seguia los movimientos de nuestras espadas. Mas de dos veces creí que arrebatado de su impaciencia se arrojaba en la lid; al cabo de poco corrió hácia un árbol inmediato y abrazándole con fuerza se mantuvo agarrado á él. El marques de Babia no cesaba de provocar mi cólera con injurias y amenazas, y me apuraba con un vigor que me tenia admirado. Sin embargo, no me habia podido hacer perder una pulgada de terreno, y hasta entonces mi tranquila resistencia no habia hecho mas que aumentar su furor. De repente superando los arrebatos de su rabia me engañó con maña, paré el golpe algo tarde, la espada enemiga que aparté con poca fuerza resbaló á lo largo de mi pecho que inmediatamente se tiñó de sangre. Mi padre dió un grito de horror, y sacó su espada: pero al instante se detuvo y la rompió como indignado; despues levantando los ojos al cielo se puso de rodillas y exclamó:

El baron. ; Cielos! ; Cielos! ; Dios mio! Tened compasion de mí! Dios todo poderoso, conservadme á mi hijo;

No pude aguantar la desesperacion de mi padre que me partia el corazon. El marques

terriblemente apurado, tambien se defendió con mucho valor, pero no retardó mas que algunos cortos instantes el golpe fatal. Su caída debia dar fin á las ansias mortales del baron. Sin embargo ví caer á mi padre sobre la yerba, casi al mismo tiempo que á mi enemigo. Me figuré haber creído el baron que yo estaba herido gravemente; voy corriendo á él, le descubro mi pecho y le digo:

Foblas Tranquilizaos, no es mas que una rozadura.

Mi padre, sin hablar palabra, se levantó miró mi herida y le dió un beso. Quise darle un abrazo, me contuvo, y me señaló el campo de batalla.

Miré á mi alrededor, ví que uno de los parientes del marques estaba sin movimiento tendido en tierra, y que el otro se hacia curar la herida que tenia en un lado. Un cirujano curaba á Rosamber, á quien sostenian el señor Duportal y varios criados. Cuando estuve cerca del conde, me dijo este:

Rosamber. Hemos dado estocada por cornada. Mi contrario no me parece que está muy herido, de lo que estoy muy contento; pero siento que me ha hecho caer.

El baron no tardó en venir á donde nosotros estábamos, y oyó que el cirujano nos aseguraba que la herida del conde no era mortal, pero que no podia sin mucho riesgo esponerse á las fatigas de un camino largo.

El baron. Yo cuidaré de él. Huye.

Rosamber. Si, huye; vamos, Foblas, dame un abrazo y vete.

Mi padre me tuvo mucho tiempo abrazado.

El baron á Duportal. He aqui un desastre que destruye nuestros proyectos. Loucinski, servidle de padre hasta que yo pueda ir á buscaros. No quiero deteneros mas tiempo, idos. Ahí teneis caballos escelentes corredores que en menos de una hora os llevarán á *Bondy*; donde hallareis una silla de posta. He hecho apostar tiros hasta *Clayo*, y no tomareis caballos de posta hasta *Meaux*, andad con la mayor prisa posible hasta llegar á un parage seguro; no os detengais hasta *Luxemburgo*.

Partimos, hallamos en *Bondy* la silla de posta, el postillon de mi padre y mi fiel Jazmin. Los tiros apostados se suceden rápidamente hasta *Meaux*, donde *Derneval* debia tambien tomar los caballos de posta y esperarme por espacio de un cuarto de hora. Pregunté si habian pasado tres jóvenes con tres criados. Me dijeron que sí, como media hora antes. Hice la misma pregunta y me respondieron del mismo modo en los pueblos de *Saint-Jean-les-deux-Jumeaux*; *La-Fertè-sous-Jouarre*; y *Montreuil-aux-Lions*: *Derneval* iba siempre media hora mas adelante. Temia sin duda que le fueran siguiendo: se daba prisa y tenia razon. Pero ¿Cual seria la inquietud de *Sofia*?

Admirado el señor *Duportal* de tantas preguntas y de que no perdonaba dinero, dijo:

Duportal. ¿Cómo os interesais tanto en esas gentes?

Foblas. Estos son tres hermanos que hoy han tenido, como nosotros, un lance de honor; es preciso me junte con ellos. ¡Ah! suplico que corramos cuanto sea posible.

Duportal. Pero, amigo mio, si dejamos nuestra silla de posta, tal vez tendrémos que hacer despues todo el viage á caballo.

Foblas. No tengo miedo á la fatiga.

Duportal. Por lo que hace á mí, bien acostumbrado estoy á ella.

En *Vivray* dejamos nuestra silla de posta con Jazmin, y montamos á caballo. *Derneval* estaba bien servido, y asi no le alcanzamos hasta media legua antes de *Dormans*. *Soffia* da un grito de gozo al instante que me descubre, se arroja á la portezuela y me abraza.

Foblas. Querida esposa mia, prenda mia, modera tu ternura escesiva, porque si no esta misma te descubrirá: el señor *Duportal* me sigue, y cree que eres el hermano de *Derneval*.

En *Port-á-Binson* se apeó *Derneval*, saludó al señor *Duportal* y le dijo:

Derneval. Perdonad, señor, que mis hermanos no se apéen ni vengán á saludaros como yo lo hago. Importa mucho que no conozcan por donde hemos ido, si por casualidad alguno nos sigue por este camino: he tomado ciertas precauciones que no podreis menos de aprobar. A dos millas antes de *Epernay* dejaremos los caballos que nos habrán dado en la posta anterior; los enviaremos, y tomaremos otros mejores que nos dará un ami-

go mio á quien tengo avisado muchos dias ha y quien sin duda los tendrá dispuestos. Entonces tomaremos un camino de travesia que va á *Jalons*, haciendo un corto rodeo. Desde allí debe haber varios tiros que mandé apostar en todo el camino hasta *Santa-Menehulda*, donde volveremos á tomar la posta. Pero debo añadir que cuando tomé todas estas disposiciones no conté con vosotros. El hacer que se apeen los criados para que monteis vosotros seria disminuir demasiado nuestra escolta. Por fortuna mi silla de posta es grande, podreis entrar con nosotros en ella, yo iré de postillon y la guiaré.

El señor Duportal se hizo rogar, pero al fin aceptó.

Foblas, en voz baja á *Derneval*. Me voy á ver en un apuro.... Amigo mio, vuestros pretendidos hermanos son tan hermosos!.. Temo sobre todo su voz dulce y las tiernas distracciones de *Sofía*. El señor Duportal no puede tardar en conocerlo; prevenid á vuestros dos hermanos que duerman profundamente cuando el señor Duportal y yo entremos en la silla de posta. No hay mas remedio que este; una imprudencia es tan espuesta, que no podemos evitarla sino con una falta de urbanidad.

Todo se verificó como *Derneval* nos habia hecho esperar. Hallamos un tiro apostado á cierta distancia de *Epernay*. ¡Qué emocion sentí cuando me vi en la silla de posta frente á frente de mi *Sofía*. Ella fingia dormir, pero con mis rodillas apretaba yo las suyas,

que correspondian á esta dulce llamada; y algunos suspiros que se le escapaban, me manifestaban que aun velaba por su amante.

Duportal, como admirado. ¿Estos dos jóvenes son los hermanos de Derneval?

Foblas. Así dice.

El señor Duportal no preguntó nada mas; noté que no volvía mas á mirar á *Dorotea*, y que no quitó los ojos de *Sofia*; la cual mas tranquila cuando me tuvo á su lado, fingiendo dormirse se quedó dormida de veras. Media hora despues me dijo el señor Duportal:

Duportal. Me parece que estos dos señoritos no son hermanos de Derneval.

Foblas, con gran tranquilidad. Yo tambien pienso que no lo son.

Duportal. ; Como es eso! No me deciais....

Foblas. Si señor, por que él me lo habia dicho; pero yo no conozco á sus hermanos.

Duportal. Bien; yo pienso que hay enigma en esta aventura.

Foblas. A fé mia yo lo creo tambien.

Duportal. Foblas, estas son mugeres disfrazadas.

Foblas. Os aseguro á fé de hombre de bien que apostaria como vos á que lo son.

El señor Duportal calló, y durante un cuarto de hora estuvo mirando á mi *Sofia* con atencion cada vez mas notable. Al fin me señaló á *Dorotea*.

Duportal. Esta es bonita, pero aquella (*Me señalaba á mi hermosa prima, y sus*

ojos se animaban) lo es mucho mas. ¿No es cierto?

Foblas. ¡Oh! mucho mas, mucho mas.

Duportal. (*La voz del señor Duportal se altera*). Su cara es hechicera: ¿qué os parece? ¡Oh! sí.... hechicera.... esta cara.... (*dió un suspiro y no pudo concluir*).

El señor Duportal con los ojos siempre fijos en mi Sofia, se quedó como profundamente enagenado hasta el momento que llegamos á *Santa-Menehulda*.. Allí mientras el maestro de postas enganchaba los caballos, y procuraba persuadir á nuestros criados que sus rocines eran unos escelentes caballos, el señor Duportal se arrimó á Derneval, y con un tono como de distraido le preguntó:

Duportal. Las dos señoritas que duermen aun en la silla ¿son parientas vuestras?

Derneval, admirado como yo de tal prgunta que parecia cuando menos indiscreta. Ya que su disfraz no ha podido engañaros, es preciso deciros que la una es mi muger.... y la otra mi hermana (*mirando á Foblas*).

Duportal. ¿Vuestra hermana? ¿Cual de las dos?

Derneval. La de este lado (*señalando á Sofia*).

Duportal. Teneis una hermana muy interesante, su persona.... Os doy el parabien de tener tal hermana.

Mi sorpresa se aumentaba á cada palabra que decia el señor Duportal. No sé si lo notó, pero él me cogió á un lado y me dijo:

Duportal. ¡Admirad, Foblas, el poder prodigioso de una fuerte pasión que sobrevive al objeto amado! La amable hermana de Derneval me interesa ¡de un modo muy particular. ¿Y sabéis por qué? Porque mirándola me parece ver otra vez la esposa que lloro todos los días. Sí, mi querido Foblas; al verla dije entre mí: *¡He aquí Lodoiska!* lo he repetido aun cuando he examinado por menor y con mas atención todas sus facciones llenas de gracia y de belleza. Sí, amigo mio, tal os habria parecido la hija de Pulauski, cuando vestida de hombre huía con su padre y con su esposo de los rusos que le perseguían. Lodoiska era menos jóven, pero no menos hermosa: Lodoiska enteramente parece que vive en esta bella señorita.

Yo escuchaba al señor Duportal con una satisfaccion interior. Persuadido de que él procuraba engañarse á sí mismo sobre la naturaleza de sentimientos que tenia, no podia menos de compadecerme interiormente de un hombre sensible, á quien defendian mal su edad y su esperiencia contra los atractivos peligrosos de un amor naciente, y así me jactaba de mi fortuna, que sin duda me debia suscitar muchos rivales.

Sin embargo no esperaban á nadie mas que á nosotros; el dia se iba acabando, y corrimos toda la noche; el dia siguiente á las ocho de la mañana entramos en *Luxemburgo*, y nos apeamos en la posada primera que se presentó. Durante el corto desayuno que hicimos allí, el señor Duportal prodigó á mi

hermosa prima los cumplimientos mas lisonjeros. No conoció que necesitaba descansar hasta que nuestras amigas, fatigadas con un viage tan largo, manifestaron deseo de retirarse. Derneval habia arreglado ya con el dueño de la posada que nos dieran cuatro piezas, una para las dos señoras, las dos nuestras pegadas á la de estas, y una para el señor Duportal al fin del corredor.

Derneval cogió á Dorotea por la mano, y Louzinski mas pronto que yo dió la suya á Sofia; condujo á mi amante hasta el cuarto dispuesto para ella, y dió un suspiro al retirarse al suyo. Cuando nos figuramos que estaria dormido, Derneval y yo entramos en el cuarto de nuestras esposas. Dorotea acababa de acostarse. Sofia, que aun no se habia desnudado, estaba oyendo lo que Dorotea le decia para consolarla. Derneval me dijo bajo que me la llevase. Ven, Sofia mia, ven, dejemos á estos amantes juntitos, por que tienen como nosotros mil cosas que decirse. La cogí en brazos, y la lleve á mi cuarto. ¡Que carga tan ligera para un amante!

Sofia. Es bien cierto que el primer yerro arrastra siempre tras si otros muchos y mayores. Es cierto que si una jóven engañada de una loca esperanza da pasos peligrosos, puede acabar violando sus mas sagradas obligaciones. ¿Por que fuí al fatal locutorio con tanta frecuencia? Por que os he recibido en ese jardin aun mas fatal? ¡Ah! no amaba la virtud puesto que la he sacrificado á mi amante; ¡Ah! bien merezco mi oprobio, pues

me espuse con tanta ligereza!

Foblas. ¿Sofía, que dices? ¿que reflexiones horribles empozoñan tu felicidad?

Sofía. ¡Mi felicidad!... ¿Puedo á caso tenerla consumida de remordimientos?

Foblas. Sofía, esta noche misma, sea la que quiera la intencion del Señor Duportal, partiremos para *Gorlitz*, é iremos á echarnos á los pies de tu padre.

Sofía. ¡Ah! nunca, nunca me atreveré á presentarme delante de él.

Foblas. ¿Con que tú no me amas?

Sofía. ¡Yo no te amo! ¿Yo? ¡Foblas! ¡ah; querido mio! Sofía, emyilecida actualmente á sus propios ojos, dentro de poco deshonrada á los de toda su familia, tu Sofía podria suportar la vida si no le quedase su amor?.... ¡Querido amante! ¡amado esposo! ¿Mi arrepentimiento te ofende? mis remordimientos te agravian? Está bien: perdóname aquel y estos. ¡Ah! en este mismo momento en que gime mi conciencia alarmada ¡ah! lo conozco muy bien, mi razon preocupada, mi débil razon cede aun á mi pasion fatal!

Sofía se arrojó á mis brazos; la misma cama nos recibió á los dos. Era mas de medio dia cuando nos dormimos, y un ruido terrible nos despertó algunas horas despues.

Derneval gritando. No os dé cuidado; levantaré la tapa de los sesos al que se atreva á entrar aquí.

Al mismo tiempo me mandan que abra la puerta, y oigo con tanta sorpresa como espanto la voz de mi padre. Sofía temblando

se esconde bajo la sobrecama; me visto precipitadamente á medias y abro la puerta. El señor Duportal entra con el baron de Foblas.

El baron. ¿Con que habeis ejecutado vuestros indignos proyectos? Os habeis atrevido.....

En el mismo instante los que llamaban á la puerta de Derneval entran en mi cuarto y reconozco á madama Munich.

Madama Munich á un viejo que la sigue. Ahí está: ese es.

El desconocido me llama infame robador, y echa mano á la espada; cojo de pronto la mia, y esclamo:

Foblas. ¿Quien es este insolente extranjero?

El baron, deteniéndome. ¡Infeliz! Es un padre que llega á Paris á buscar á su hija el dia mismo que tu la llevas robada.

Foblas. ¡Como! sería el señor....

Gorlitz. Soy el baron de Gorlitz.

Al oír este nombre da un terrible grito Sofia, aparta la sobre cama, descorre las cortinas, levántase con ímpetu, alarga los brazos á su padre y cae desmayada.

Gorlitz, al ver á Sofia casi desnuda.

¿Conque ya está consumado el crimen?

El señor Duportal no puede apenas contener á mi padre que me llenaba de improperios.

Gorlitz, gritando. Defendeos... habeis deshonrado mi vejez: vil seductor, quiero vengarme ó morir.

Dirigió acia mí la punta de su espada, yo

arrojo á sus pies la mia, y le digo :

Foblas. Herid, no me defenderé contra el padre de Sofía ; pero tened compasion de vuestra hija, escuchadme, oid mi justificacion. Sofía se muere ; socorrámosla.

Gorlitz. ¿ Socorrerla ? ¡ Ojalá cayeran mil rayos sobre ella , y la castigáran ! Entonces corre hácia su hija con la espada levantada ; yo me precipito sobre él , y le cojo por el cuerpo.

Foblas. ¡ Bárbaro ! márame á mí ; pero guárdate de arrimarte á Sofía ; yo la defenderé aun contra su mismo padre... Caballero : dignaos oirme, vuestra hija es inocente, yo soy quien la he perdido, yo solo tengo culpa.

Mientras yo procuraba esforzarme á tranquilizar al baron de Gorlitz y mientras el señor Duportal trabajaba por calmar el furor de mi padre, madama Munich prodigaba inútilmente remedios á Sofía. Sin embargo despues de algun tiempo da un largo y profundo suspiro , entreabre los ojos , y viendo á los que la rodean , vuelve á desmayarse mucho mas que antes.

Entonces Derneval entra precipitadamente con tres hombres armados , y pregunta con fiereza :

Derneval. ¿ Con que derecho venís acá á perturbar el sosiego de los viajeros ?

El baron, en el mismo tono. ¿ Y quien os mete á vos en lo que no os corresponde ?

No sé lo que Derneval queria responder , porque tenia yo que atender á muchas cosas ;

pero le dije á voces;

Foblas. Amigo mio, sosegaos, este es el padre de Sofía, y este es el mio.

Derneval y sus criados se retiran, pero se quedan en el corredor.

No obstante el señor de Gorlitz se habia sentado, y en lugar de los arrebatos de furia, tenia ya una calma aparente. Guarda un espantoso silencio, contempla con ojos enjutos tan pronto á su hija, como á mi padre y á mí; yo le considero entregado á la mayor desesperacion, porque sé que las penas grandes son mudas y no tienen lágrimas.

Mi padre se arrima á él, y se esfuerza por consolarle. Yo voy volando á Sofía á quien procura volver en sí madama Munich. Derneval está junto á la cabecera y no parece menos conmovido, menos agitado, ni menos turbado que yo. En un minuto repetí cien veces el nombre de mi amante, y á mi voz abre un ojo moribundo.

Sofía. ¡ Ah! tú me has perdido.

Esta reconvencion bien merecida aumentó el horror de tan terrible momento.

Mi padre continúa diciendo al señor de Gorlitz lo que creia mas conveniente para calmar su pena. Este le interrumpe con esta cruel exclamacion: *¡ no es mi hija!* El señor Duportal auxiliado de mi padre le suplicaba diciendo:

Duportal. Pero, señor; á lo menos oid su disculpa. No es posible que vuestra hija sea del todo inocente, pero puede muy bien suceder que sea excusable. Con un exterior tan intere-

sante ¿quereis que se oculte un corazon corrompido? Escuchad su disculpa.

Gorlitz. Os repito, señores, que *no es mi hija.*

Duportal. ¡Ah! Eso es otra cosa...

Gorlitz. *No es mi hija:* su aya lo sabe. Madama Munich os dirá como yo habia adoptado esta niña para darle una parte de mis bienes. Cuando apenas tenia siete años, mis parientes colaterales, avaros y zelosos; intentaron envenenarla, y por eso dispuse que fuera educada en Francia.

Duportal, conmovido. ¿Con que no es vuestra hija? ¿Y conoceis sus padres?

Gorlitz. Sin duda que habria podido descubrirlos, pero no he practicado diligencia ninguna para ello. Mi omision es un crimen, de que el cielo no me permite coger el fruto.

Duportal, con mucha viveza. Señor...

Gorlitz, con enfado. Hacedme el favor de oír un momento.

Figuraos la inquietud mia durante tan estraña esplicacion. Sofía queria hablar; no puede por su debilidad, pero escucha bien, aunque con trabajo. Su rostro se cubre de una palidez mortal, y un sudor frio cae de su frente descolorida.

Gorlitz. Señores, he pasado mi vida en medio de los ejércitos. En 1771 servia en el ejército ruso que hacia la guerra á los polacos que se habian revelado.

Duportal. ¿A los polacos en 1771?

Gorlitz. Sí señor: pero me interrumpis á cada momento. Despues de una sangrienta ba-

talla en que alcanzamos una completa victoria, no pedí por mi parte de botín mas que una niña que seria con corta diferencia de dos años.

Duportal, corriendo hácia Sofia. ¡ Ah, mi querida Dorliska !

Gorlitz, deteniéndole. ¡ Dorliska ! ¿ Pues ese es el nombre que constaba de una miniatura que al pecho llevaba colgada ?

Duportal, sacando de pronto de su faltriquera. Señor, ved aqui otro igual... Oh, hija mia, ¡ oh, mi querida hija !

Gorlitz, deteniéndole aun. ¿ Vuestra hija ? Caballero, ¿ cuales son las armas de vuestra casa ?

Duportal, enseñándole el sello. Estas.

Gorlitz. Son las mismas que tiene grabadas bajo del sobaco.

Sofia dió un grito, se esfuerza, alarga los brazos al señor Duportal, Louzinski la abraza y llora.

Duportal. ¡ Ah, hija mia ! al fin te he encontrado, pero donde y en que estado ! ¿ Que amargo dolor azibara el momento mas feliz de mi vida ! ¿ Dorliska ! ¿ sabes quien era tu madre ? Muchos años estuvo inflamada de un amor legítimo y casto ; amante virtuosa : fué digna de ser esposa ; madre tierna, no cesó de llorar tu pérdida ; se acordó de tí hasta su último aliento. *Busca por todas partes á mi querida Dorliska,* fueron las últimas palabras que dijo Lodoiska espirando. Ha doce años que me ocupo de este cuidado que oprimia tanto mi corazon. Ha doce años que

miraba como mi mayor dicha la de volver á ver á mi querida hija, mi adorada hija. ¡ Ah! y ahora que la tengo en mis brazos, lloro por ella por mí.... ¡ Oh la mas cuerda de las esposas! ¡ la mas respetable de las madres! Lodoiska, tus manos fieles estan errantes al rededor de mí sin duda; ¡ que lástima tendrás á Dorliska seducida y en man e de quien la roba! ¡ cuanto te compadecerás de Louzinski que por un acaso el mas extraordinario ha venido á ser el cómplice del robo de su propia hija, y el testigo de su deshonra!

El señor Duportal se deja caer en una silla de brazos; su hija fuera de sí olvida que está casi desnuda, se precipita, salta de la cama, y se arroja á los pies de su padre. Madama Munich que estaba con cuidado, coge la cubierta de la cama, envuelve á Sofia, y esta esclama:

Sofia. ¡ Ah! sois mi padre; mi corazon me lo dice, y vuestra generosidad me lo prueba. Dignaos reconocer una hija indigna de vos.

Duportal, apartando á su hija vuelve la cara á otro lado. ¡ Hija cruel!

Sofia le coge por una mano, yo por la otra y me arrojo á los pies de Louzinski.

Foblas. ¡ Ah, señor! vuestra pena me mata. No soy feliz puesto que padeceis: mis faltas se agravan, pues cuestan lágrimas á mi amigo, al amigo de mi padre, al padre de Sofia. Louzinski, estais ultrajado; pero suplico que vuestra cólera sea solo contra quien tiene la culpa, contra el que merece la pena. Vuestra hija es inocente. ¡ Vuestra hija! ¡ si supierais en

que lazos ha caído! ¡cuanto tiempo resistió á la seducción! ¡cuanto he tenido que pelear para conseguir mi culpable victoria!... Louzinski, vuestra hija es inocente; lavad vuestra afrenta en mi propia sangre... ó mas bien, vos que tenéis un corazón sensible y tierno... vos que conocéis el poder de un amor vivo y mutuo.... vos que sabéis hasta que punto las pasiones pueden cegar á un joven fogoso, á una joven engañada... Louzinski, no seáis inexorable; compadeceos de nosotros, compadeceos de nuestra edad; escusadla; perdonadme. Con solo una palabra podeis reparar nuestros crímenes, y legitimar nuestras debilidades; conducidnos al pie de los altares, allí repetiré los juramentos que me unen á Sofía, allí volveréis á encontrar vuestra Dorliska.

Mi padre le suplicó lo mismo que yo. El señor Duportal parece que se enternece, sin embargo calla, y se conoce que medita su respuesta. Por último abraza á su hija, con un movimiento de la pasión, me mira sin cólera y muy sosegado pide que todos se retiren, que le dejen pasar lo restante de la noche con su hija.

En el día siguiente me casé con Dorliska.

CAPÍTULO XXXII.

*Tormenta inesperada dentro del puerto
mismo del mar de los amores.*

AL dia siguiente me casé con Dorliska. Feció su augusta ceremonia con un elocuente discurso que me pareció largo. En él nos recomendó el ministro las virtudes que por entonces no me parecian dificiles. Sofía me llamaba su *esposo*, mi boca repetia un juramento conforme á lo que sentia mi corazon, cuando resonó la bóveda sagrada con un grito lamentable y penetrante.

Todo el mundo se asusta sin saber el origen. Lejos de los espectadores admirados, se habia echado á las puertas del templo un jóven de quien no alcance á ver mas que el uniforme azul.

Algunos instantes antes le habian visto entrar precipitadamente, pasar empujando el tropel de gente y acercarse al altar con la mayor agitacion, sus miradas se han dirigido á Sofía, y con voz doliente ha dicho: ¡Ay! ella es. Y luego ha dado esos grandes gemidos que hon enternecido mi corazon. Inquieto y curioso voy á tirarme á él. Mi padre se opone y me detiene, pero mi generoso amigo, mi querido compañero de armas y de amor Derneval, mas libre y tal vez no menos sobresaltado que yo, va inmediatamente siguiendo los pasos á este desconocido.

Durante el tumulto momentaneo causado por tan estraño acaecimiento, Sofia me dijo al oido: *mi querido amigo, ten cuidado de mi.*

Queria yo responder y aun preguntarle, cuando el señor Duportal (1) distraido un instante con el alboroto general, vuelve luego en sí por el movimiento que ha visto á su hija, y viene á ocupar junto á esta el lugar que tal vez siente haber desamparado un momento. Le ví mirar con severidad á mi tímida esposa, que bajó los ojos y se puso descolorida. Una multitud de reflexiones crueles atormentaron mi espíritu en el corto espacio de tiempo que empleó el ministro para terminar la ceremonia.

Foblas. ¿Qué es eso, Derneval? ¿Cómo habeis vuelto tan presto? Vamos: ¿Conoceis á ese jóven? ¿Quien es? ¿Qué quiere? ¿que os ha dicho?

Derneval. Mi querido Foblas, las gentes le tenian prevenido ahí en el claustro un caballo sobre el cual montó y marchó con tanta ligereza que estaba ya al fin de la calle antes que yo llegase á la puerta del templo.

Foblas. ¿Con que no sabeis que ha hecho?

Derneval. Amigo mio, él corria á galope; yo estaba á pie; á todo riesgo yo me ha-

(1) Aunque sea inútil recordar al lector que *Duportal* y *Louzinski* son una misma persona, y que mi *Sofia* se llama tambien *Dorliska*, siempre será bueno prevenirle que continuaré usando uno y otro nombre indiferentemente.

bria metido en el coche que ha traído á la señora de Foblas, pero el indócil cochero no ha querido marchar.

Foblas. Derneval, no sabeis cuan inquieto estoy.... Es menester que me deis palabra de no iros hasta mañana.

Derneval. ¿Mañana? Y si hoy mismo nuestros perseguidores....

Foblas. Vuestro riesgo me parece solo posible; pero el mio es inevitable: Desde la escena terrible de ayer, desde que el conde de Gorlitz y madama Munich se fueron, Louzinski se apoderó de su hija de tal modo que no he vuelto á verla hasta hoy cuando hemos estado al pie del altar. Apenas me han permitido que le dijese una palabra, y parece haberle prohibido que respondiese de modo alguno; solo á los pies del Dios eterno ha podido renovarme sus promesas, y solo me han permitido jurar á mi muger que adoraria siempre á mi amante. Derneval, observad á Louzinski, notad su rostro abatido y melancólico, su modo de mirar como de quien observa y desconfia. ¿Veis acaso en él aquel aire de satisfaccion de un padre que ha dado á su hija el esposo que tanto ella deseaba? Decidme; ¿tiene por ventura el modo noblemente orgulloso de un hombre ofendido que perdona? ¿Ah querida Dorliska! ¡prima mia hermosa! ¡bella Sofia mia! ¡que impresion de profunda tristeza veo sobre ese aspecto celeste que deberia aumentar la idea de una suprema dicha ya legítima!... Yo veo en sus ojos oscurecidos las lágrimas que procura reprimir.

¿Quién puede alterar su felicidad? ¿Quién puede convertirle este día de alegría en día de tormento?... ¿Qué temor ó que pesar? ¿Ese jóven donde la conoce? ¿A qué venia? ¿qué horribles sospechas despedazan mi corazón? No; Sofía no puede hacerme traicion. Pero, ¿será ella víctima de alguna? *Ella es*, dijo el desconocido. *Ten cuidado de mí*, me dijo Sofía; mas ¿qué haré para defenderla? ¿Quiénes son sus enemigos? ¿A qué especie de riesgos debo estar preparado? Derneval, os pido por nuestra confraternidad que no me abandoneis en circunstancias tan críticas. Si os vais quedo perdido. Una oscuridad profunda oculta los designios de nuestros enemigos; una horrible incertidumbre inutiliza todas mis facultades. ¿Cómo he de precaver conjuraciones que ignoro? Y en la multitud de desgracias que temo ¿cómo he de adivinar lo que puede aniquilarme?

No entendí la respuesta de Derneval, porque Sofía siempre acompañada de su padre estaba ya en las puertas del templo.

Sofía. ¿No venis, querido mió?

Habia en su modo de mirar muestras de un dolor tan profundo.... habia en la inflexion dulce de su voz una alteracion tan notable que aumentaba mi mortal inquietud.

Llegamos al claustro. ¿Será por distraccion ó por falta de urbanidad que Louzinski, sin atender á Dorotea ni á mi padre, haga montar en el coche primero á su hija, y que él inmediatamente se siente á su lado? Mientras yo me hacia esta pregunta interiormente

te, Louzinski cierra la portezuela; y el cochero, que estaba ya prouto, da fuertes latigazos á los caballos. Mas de cincuenta pasos estaba ya el coche antes que ninguno de nosotros volviese del profundo pasmo que nos habia causado tan imprevista fuga. Yo soy el primero y corro como un rayo tras el coche. La gran pérdida que voy á tener y la esperanza de recobrar el inapreciable bien que me roban, aumentan á mi natural ligereza una fuerza extraordinaria; siento en mí un vigor mas que humano; bien pronto alcanzaré el coche; bien pronto arrebataré de las manos del robador á mi querida muger.... Pero ¡ah! habiendo vuelto de su pasmo mi padre y Derneval demasiado pronto por desgracia mia, su actividad ruidosa es mas funesta para mí que la inmovilidad en que los habia dejado. Ambos me siguen de lejos gritando con cuanto vigor pueden *detente*. Yo corro tan ligero que no puedo gritar. Pasan muchos soldados. Viéndome solo, silencioso y mas ligero que el viento, imaginan que soy yo á quien persiguen. De repente me cercan y me prenden: quiero esplicarme, y hablo frances á alemanes (1). Desconsolado de que quiero esplicarme y no me entienden, y de que pierdo en discursos vanos un tiempo tan precioso, procuro forzar la valla. ¿Pero que puede un hombre contra ocho? Mi resistencia no hizo mas que irritarlos, y

(1) Luxemburgo es una plaza fortísima. Entonces habia en ella de siete á ocho mil hombres de guarnicion de tropas del emperador.

me maltrataron. Esto no era sino golpes que apenas sentia: mas oía el ruido sordo que hacia el coche ya mucho mas distante, y cada vuelta que daba la rueda era una puñalada en mi corazon. Peleando como estaba por seguir, di una ojeada llena de dolor hacia el camino, y distinguí á lo lejos una nube de polvo que ya costaba mucho trabajo verla. Entonces, apoderándose de mí una mortal desesperacion, espira mi valor y se anochan mis fuerzas; entonces hubo en toda la máquina de los bárbaros que me han preso, á los pies de mi cuerpo la mas pronta y mas cruel revolucion.... Caigo sin conocimiento á los pies de mi padre y de mis amigos que al fin pudieron alcanzarme. Caigo.... ¡Ay, Sofía! mi alma te sigue.... ¡Desdichado Foblas! cuando volviste á tus sentidos, ¿donde estabas? En el lecho de dolor. El baron velaba en mi cabecera que bañaba con sus lágrimas. *Sofía* fué la palabra primera que dije cuando volví en mí.

Desprez, que hace de enfermero, y es de corta talla, y está detras del baron. Ved ahí como la tisana ha producido su efecto. La accion ha pasado ya; entra en el dia cuarto.

Foblas. ¡Cómo, señor! ¿no ha mas que tres dias que estoy aquí? ¡Cómo, padre mio! ¿no ha mas que tres dias que han arrancado de mi poder á Sofía?

El baron, sollozando. Sí, amigo mio, ha tres dias que tu padre desconsolado espera que tú le conozcas y le llames.

Foblas. ¡ Ah! perdonadme : os pido mil perdones.... Pero, no sabeis.... no podeis figuraros el enorme peso que oprime mi corazon.... y ¡ cuan abatido estoy con la carga de mi infortunio!....

El baron. Tal es, hijo mio, el efecto comun de las pasiones que ciegan á los jóvenes sin juicio, ellos han comenzado por afeminar tu corazon en el seno de los placeres; ahora te dejan sin fuerzas, y te abandonan en las manos de la adversidad para que resista sus golpes. No quiera Dios que hoy te reconvenga ni te reprenda por tus yerros: la desgracia te ha castigado todos con arta crueldad. Hijo mio, escucha mi voz doliente, aprovecha mis consuelos paternales. Oye á un amigo tierno que padece con tus males, á un padre sobresaltado que tiembla por tí. Tu Sotía te pertenece; nadie te puede privar de ella; Duportal llevándola al templo, ha perdido todos sus derechos sobre ella; nosotros la buscaremos, amigo mio, en cualquier parage donde sepamos que está; te prometo hacer lo posible para sacarla de su retiro, y restituirte tu muger; ánimo, amigo mio, abre tu corazon á la esperanza, compadécete de mi grande afliccion y vuélveme á mi hijo.

Desprez. Si, que continúe su tisana de la *Veronique* y le curaremos.

Foblas. ¡ Ah, padre mio! os deberé dos veces la vida.

Desprez. ¿ Y á mí? ¿ Creéis que no me debéis nada? ¿ Os parecen nada las bebidas que

os he dado desde este mañana?

Foblas. ¡Padre mio! ¿se sabe á lo menos lo que ha sucedido á Sofía?

El baron. ¡Querido! Derneval y Dorotea partieron anteayer y me han ofrecido hacer diligencias para saberlo.

Desprez. Señores, es preciso que esta conversacion se acabe. Curarémos á este jóven, porque ya está en su sano juicio; pero que no hable y que continúe su tisana. Mañana estará mejor, y podremos hacerle llevar á otra parte.

Este ignoranton, mientras bablaba así, fué á llenar una enorme taza, y muy satisfecho de su ciencia me suplicó con mucha dulzura que bebiera su breverage. De un amante jóven y vivo á quien le presentan un vaso de tisana cuando está clamando porque le han robado el objeto de su amor, no es de estreñar que sienta un movimiento de impaciencia, y que no sea muy urbano. Cogí de pronto la taza, y la espeté á mi Esculapio en su punteaguda cabeza. El espeso líquido, corriendo por su larga cara, inundó su flaca figura.

Desprez, friamente y limpiándose la peluca redonda con su casaquita corta. ¡Ay, ay! aun delira; pero, señor baron, no hay que inquietarse; continúe con tisanas el enfermo; dádsela vos mismo que, como sois su padre, no se atreverá tal vez á tirarla por los bigotes.

El mejor médico es aquel que conociendo nuestras pasiones sabe lisongearlas, cuando no puede curarlas. Las promesas del ba-

ron prepararon mi restablecimiento mucho mejor que cuantas tisanas me hubiese podido dar el hombrecito. Al dia siguiente ya estaba mejor, y me llevaron á otra parte como me habian anunciado la vispera. Fuimos al lugar de *Hollris*, á dos leguas de Luxemburgo, á una casa que habia comprado poco tiempo antes mi Esculapio. Habian aconsejado al baron que se retirase á ella, porque el sociogo de aquel parage, la delicia del campo y los trabajos de los labradores en aquella estacion me presentarian medios de distraerme y ocupaciones útiles; fuera de que allí podria sinriesgo respirar aire saludable y hacer moderado ejercicio en un gran jardin. Mi padre tambien se habia figurado que estariamos mas ocultos en una aldea desconocida, y á la prevencion, tal vez superabundante, de mudanza de lugar, habia juntado la precaucion, sin duda mas necesaria, de mudarnos el nombre. Le llamaban el *señor Belcurte*, y á mi el *señor Norval*. El ayuda de cámara del baron y mi fiel Jazmin eran todos nuestros criados. Mi padre habia enviado los demas á diversos parages con el encargo de buscar á Louzinski y de cuidar de que no nos molestasen.

Cuando llegamos á nuestro domicilio, el señor Belcurte anduvo viendo todas las piezas de la casa para destinarme la mas cómoda y tranquila. El señor Desprez (*asi se llamaba el médico*) nos hizo notar una habitacion entre patio y jardin, añadiendo que tenia en el piso principal tres piezas muy alegre; pero que el último propietario se habia

visto precisado á despreciarlas por causa de los duendes.

El baron, sonriéndose. Norval no teme á los espíritus: ahora tiene ya sus pistolas, y cuando se halle mejor tendrá su espada.

Me pusieron en posesion de una de las tres piezas. Jazmin se apoderó alegremente de una de las otras dos, y ofreció guardar de los duendes la tercera. El señor Belcurte se acomodó en un cuarto mas grande que caia á la calle.

Llegó la noche; los duendes no parecieron, y me dejaron enteramente entregado á mis reflexiones dolorosas. ¡ Oh, prima mia hermosa! ¡ oh mi bella muger! ¡ cuantas lágrimas derramé pensando en vos!

¿ Donde la habrá conducido su padre? ¿ Porque me la habrá robado? ¿ Que razon habrá llevado á tal extremo á Louzinski, naturalmente compasivo y dulce? ¿ A Louzinski cuyo corazon ha experimentado el imperio de una grande pasion á que se opusieron en vano? El esposo inconsolable de Lodoiska ¿ ha de ser un padre cruel? Un pronto himeneo ¿ no ha reparado mis yerros? ¿ Que mas podia exigir el honor de su casa involuntariamente comprometido? Por último ¿ no debe á estos mismos yerros la fortuna inesperada de hallar á su amada hija? ¡ Y osa robármela, ingrato! ¡ Y no teme inmolarla, bárbaro! Sí, inmolarla, sí, no hay duda; abatida con tan terrible golpe Dorliska, la desdichada Dorliska.. ¡ O sofia mia! si acaso ya no existes, tú te habrás acordado de mi en el último momento;

tú habrás llevado la justa esperanza de que no te sobreviviré mucho tiempo. Sí; no tardaré mucho en satisfacerla. Dentro de poco, lejos de un mundo zeloso; lejos de padres insensibles; libre del peso insostenible de los respetos humanos; libre del odioso yugo de crueles preocupaciones, yo iré, yo iré satisfecho y tranquilo á reunirme á mi esposa, dichosa ya entonces y consolada. Bien pronto nuestras almas unidas mas íntimamente en el seno de inalterable paz, en los eliseos prometidos á los amantes verdaderos, serán embriagadas con las delicias de un amor eterno.

Así en la calma de la noche se alimentaba mi dolor con las ideas mas propias para aumentarlo. El dia me daba algun descanso. Mi padre levantándose antes de amanecer, no se cansaba de repetirme sus promesas: me decia los medios que pensaba emplear para encontrar á mi muger; y no manifestando dudar de su buen suceso, impedía desesperarme. Por una de las disposiciones inalterables y benéficas estableció la naturaleza que la credulidad naciera del infortunio. Rara vez un infeliz pierde totalmente la esperanza, y cuanto mayores son sus males, tanto mas facilmente se le persuade que van á tener término.

Algunas veces agitado por una sospecha que nó me dejaba sosegar, pregunté á mi padre. ¿Qué pensaba de aquel jóven de quien me parecia oír aun el grito lamentable? El señor Belcurte no sabia que responderme

cuando le preguntaba: ¿como ha podido seguirnos á Luxemburgo este desconocido? ¿que objeto le ha traído allí? ¿en que tiempo ha conocido á Sofía? y ¿por qué nunca me habló de ella?

Algunas veces tambien recorriendo en mis memorias la multitud de acontecimientos de que se habia compuesto el año diez y seis de mi vida, tenia placer en acordarme de aquella interesante hermosura por quien el principio de mi carrera, sembrado de tantas flores, me habia sido tan dulce. ¡Pobre marquesa de Babia! ¿Que será de ella? ¡Tal vez estará encerrada! ¡Tal vez se habrá muerto! Lector equitativo, pongo por juez á vos mismo: decidme si yo podia sin ingratitud reusar algunas lágrimas á esta infeliz muger, que no tenia mas culpa que haberme querido demasiado.

Tampoco puedo menos de confesar que mi caro doctor, el señor Desprez, continuaba endarme saludables distracciones. Todas las mañanas me preguntaba si me habia inquietado algun duende ó alguna alma en pena, y todas las noches encargaba continuar con la excelente tisana de la *Veronière*; pero aunque le hacia muchas instancias para que me la diera él mismo, nunca pude conseguirlo. Yo me admiraba de que mi padre hubiera escogido tan ridiculo Esculapio, que no creia mas que en su tisana y en los duendes. El señor Belcurte me dijo que habiendo consultado al médico mas hábil de Luxemburgo sobre mi mal, habia prescrito los remedios necesarios y el régimen

conveniente; que el señor Desprez sabiendo que se habia determinado llevar el enfermo al campo luego que se le pudiese trasportar sin riesgo, habia venido al tercer dia ofreciendo su casa y su persona. El primer médico aprobando el lugar escogido para llevarme, porque lo conocia muy bien, no habia querido admitir la concurrencia humillante y peligrosa de un compañero moderno con quien no tenia relaciones. El señor de Belcurte para poner de acuerdo los ribales, aceptó del uno la casa, y del otro la asistencia.

El médico famoso de Luxemburgo era el que me asistia. El doctor desconocido de Hollris no tenia mas mérito que alquilarnos muy cara su casa. Yo era dueño de temer sus duendes, pero no tenia nada que temer de sus recetas.

Habian pasado mas de ocho dias, cuando recibimos noticias que nos alentaron. Duponte, uno de los criados, á quien mi padre habia mandado ir por el camino de Paris, escribió que saliendo de Luxemburgo habia sabido á la primera posta, que acababan de dar caballos á un hombre de edad, acompañado de una jóven que iba llorando. No dudando Duponte de que eran mi muger y mi suegro, los habia ido siguiendo hasta *Santa Menchulda*, en donde por desgracia se habia desconcertado un muslo cayendo del caballo; que este accidente le habia impelido comunicarnos con mas prontitud este importante aviso.

El señor Belcurte, muy diestro para saber aprovechar todo lo que podia lisongear mis es-

peranzas, no dejó de hacerme notar que desde este momento el objeto de nuestras indagaciones era mas fácil; porque estaba circunscrito al reino, ó mas bien al recinto de la capital. El señor Duportal, me añadió, ha conocido muy bien que podria sin gran riesgo volver á Paris donde no es casi conocido, y que aun dado que nosotros llegásemos á saber su residencia, no nos atreveriamos á ir á inquietarle. Pero yo le respondí fuera de mí: «¿Yo no me atreveré? Yo me atreveré á ello; y dentro de poco abrazaré á Sofia»

El mismo dia recibimos una carta de Rosamber, á quien, despues de nuestra mudanza de nombre y domicilio, habia comunicado el señor de Belcurte todo el pormenor de mi aventura. El conde, manteniéndose oculto en el parage que habia escogido, estaba mucho mejor de su herida; y contaba con que no tardaria mucho en venir á vernos y consolarme. Habia enviado al colegio por saber noticias de Adelaida, á quien nuestra ausencia tenia inquieta y muy triste. El marques no habia muerto. Rosamber no hablaba una palabra de la marquesa de Babia: el silencio mismo que observaba sobre una muger demasiado infeliz y amable, cuya suerte incierta debia escitar á lo menos mi curiosidad, me pareció extraño. No me causó menos admiracion que no me hubiera escrito al mismo tiempo que al señor Belcurte: pero reflexionando en esto con mayor madurez, adiviné que mi padre interceptaba tal vez las cartas por no verme ocupado en esa correspondencia.

Las noticias que recibimos no decían nada positivo para tranquilizarme; pero sí, á lo menos, algo con que sosegarme. Comenzó mi convalecencia: el doctorcillo disputó al amor y á la naturaleza el mérito de la pronta cura por atribuir todo el honor á la famosa tisana tan raramente bebida. Una cosa le hacia creer que alguna divinidad protectora velaba sobre nuestra suerte, y fué que los duendes no me habian atormentado aun desde que estábamos en las piezas del piso principal.

CAPÍTULO XXXIII.

Aventuras extraordinarias en la casa de campo.

EL señor Desprez me hablaba tan frecuentemente de los que volvian del otro mundo, que por último ya le supliqué que se sirviese decirme que era lo que daba motivo á esta chanza tan sostenida y eterna. Inmediatamente con un tono muy serio comenzó esta triste narracion.

Desprez. Habia en otro tiempo en el terreno en que estamos y en el lugar en que está este edificio, que por consiguiente no existia entonces, una pequeña casa de un colono que se llamaba *Lúcas*.

Foblas. Vuestra consecuencia, señor Desprez es de bulto.

Desprez *Lúcas* adoraba á su muger *Liseta*, y *Liseta* adoraba á su marido *Lúcas*. Si

Lúcas no hubiese amado nunca mas que á Liseta, puede ser que Liseta hubiese amado siempre á Lúcas.

Foblas. ¡Ay, Dios mio, señor Desprez! ¡cuantas Lisetas y cuantos Lúcas!

Desprez. Señor, puesto que cuento una historia, preciso es que nombre las personas.

Foblas. Teneis razon, doctor, pero aunque las nombraseis con menos frecuencia, no se perderia nada: continuad.

Desprez. Ya os he hecho comprender con mucha maña que Liseta y Lúcas estaban casados uno con otro. Ahora creo que debo suplicaros que noteis que para que un matrimonio sea feliz, es menester que los esposos vivan bien y contentos.

Foblas. Escelente advertencia, señor Desprez.

Desprez. Y para que los esposos vivan así, es preciso que tengan gustos de una misma especie, y humores de igual calidad.

Foblas. Bravo, doctor, bravísimo,

Desprez. Ya os he dicho que Lúcas no amaba sino á su muger, y una sola cosa.

Foblas. ¡Ah, señor Desprez, que bien contais las cosas!

Desprez. ¿No es cierto que no se me olvida nada?

Foblas. Y aun las repetis temiendo que los demas las olviden.

Desprez. Es que se necesita ser claro. Ahora bien: la otra cosa que Lúcas amaba tanto, y tal vez mas que á su muger, era el vino bueno del pais, á tres sueldos la media azum-

bre, de la medida de *San-Dionisio*; y el gusto diferente de este que tenia la muger era el del agua de fuente, porque no podia tolerar el del zumo de la parra.

Foblas. ¿Como es eso, doctor? Hablais por alegoría. ¿Que, sois tambien poeta?

Desprez. Señor, alguna vez. En el gusto de *Lúcas* habia el inconveniente de que el vino enardecia las fibras irritables de su estómago, y llevaba á las fibras ardientes de su cerebro abrasado los vapores acres, los cuales hacian que fuese grosero, malo y brutal, cuando habia bebido.

Foblas. Permitidme, doctor, que os diga que esta es una definicion digna del *Médico á pesar suyo.* (1).

Desprez. Vos me agraviais, señor: yo lo he llegado á ser á pesar de todo el mundo, arrastrado de mi talento médico.... Y en el gusto de *Liseta* habia otro inconveniente contrario; porque la abundancia de agua, anegando sus vísceras relajadas, desliendo demasiado sus alimentos mal cocidos, destruyendo en fin el tono de los resortes, perturbaba las digestiones, preparaba un mal quilo, causaba la desazon, la vigilia, los bostezos, el fastidio, y llevaba á los miembros debilitados de su pequeño cerebro este humor tenaz y mordaz que hace que las mugeres que solo beben agua sean en general habladoras, temosas é indóciles. Ya veis que habria sido necesario fundir gustos tan diferentes para componer un

(1) Comedia que tiene este título.

apetito bien ordenado y único para marido y muger. Habria sido menester que Liseta hubiese puesto un poco de vino en su agua, y que Lúcas echase buena porcion de agua en su vino, para que así los temperamentos del marido y de la muger hubiesen simpatizado por un justo medio, y sus humores se habrian hallado perfectamente acordes, por que....

Foblas, No os fatiguis, doctor, que lo demas ya lo acierto yo.

Desprez. Está pues probado que si las causas se hubiesen arreglado del modo que acabo de explicaros, no habria sucedido á estos desgraciados esposos la funesta catástrofe de que me queda que hablaros.

Foblas. Veamos la catástrofe, doctor.

Desprez. Señor, era en el año 1713, el viernes 15 de octubre, á las ocho y trece minutos de la noche.... Os advertiré de paso que el concurso de muchos números treces es fatal siempre.

Foblas. Yo hacia entre mi esta misma observacion, señor *Desprez*.

Desprez. Entonces estaban en la vendimia, por que aquel año tardaron en madurar las uvas. Lúcas, al salir de la cuba en que habia pisado las uvas, se engulló trece vasos enteramente llenos de vino nuevo. Cuando entró en su casa, ya no era un hombre, sino un diablo. Por desgracia su muger Liseta habia comido una tortilla de trece huevos con riñones y no habia bebido mas que agua. La digestion se habia hecho con trabajo. Li-

seta viendo á Lúcas algo calamocano, bostezó, hizo un gesto, y dijo una cosa desagradable. Lúcas respondió con un gesto amenazador y con una palabra del estilo gordo. Liseta entonces estando de mal humor, espetó trece platos en la cabeza de Lúcas. Lúcas en el primer movimiento sacudió trece garrotazos á Lizeta y la dejó tendida. Cuando la vió muerta conoció que la quería. Se tendió desconsolado sobre el cadáver, y le pidió perdón de haberla muerto. ¡Ah! exclamaba lastimosamente: esta es la primera vez que me sucede semejante cosa. Por último se levanta como quien ha reflexionado, se va derecho á su cuba con los brazos cruzados, y se zampa en ella suavemente empezando por la cabeza. Le sacaron á los trece segundos pero ya estaba muerto y anegado.

Foblas. ¡Ah doctor, y que historia tan bella y tan larga!

Desprez. Señor, yo no la invento; se sabe por tradicion del pais. Pero oid las consecuencias. La justicia indignada tomó conocimiento del hecho. Se apoderó del cuerpo de Lúcas, que por fortuna no tenia alma, y le hizo colgar por los pies. Arrasaron la casita de campo, y vendieron el terreno en almoneda pública. El que le compró se halló mal con lo adquirido, y no quiso habitar jamas esta parte del edificio, y he aqui la razon. Todos los años por vendimias, y algunas veces mas tarde, se experimenta una mudanza terrible. Apenas la noche viene, se pone pálido el cielo, la tierra tiembla, los elementos tienen con-

vulsiones, el cuerpo de habitacion baila sobre sus cimientos, el techo se conmueve, y las paredes parecen rojas de sangre ó de vino. En lo interior hay una zambra terrible. Se oye ruido de platos y de garrotazos, y podría pensarse que suenan gemidos de una muerta, y alaridos de un ahogado.

Foblas. ¡ Ah señor Desprez, que historia tan hermosa! Os suplico que no la conteis á nadie: reservadme su esclusiva propiedad. Quiero, cuando regrese á Paris, hacer con ella para la ópera cómica, una hermosa piececita, que será muy divertida. Cuidaré para complacer á todo el mundo, de intercalar en cada escena dos ó tres arietas en versos casi rimados; conservaré vuestra manera de contar la historia, señor Desprez; y mi modo de escribir no será peor. Si la obra es aplaudida, si comienzo con ella mi reputación, procuraré tratar dos ó tres asuntos de la misma naturaleza en cada año. Entonces los músicos, que siempre juzgan con perfeccion, andarán á puñadas por conseguir mis poemas. Los cómicos, que nunca se engañan, los propondrán por modelos; y cierto público que nunca es burlado, pedirá con entusiasmo que sea conocido y presentado el autor. En este siglo de cortos talentos y grandes sucesos, mis obras maestras se representarán cien veces, si es necesario. Por todas partes los necios gritarán que soy un hombre grande, y si no tengo contra mí mas que literatos, y los hombres de buen gusto, llegaré tal vez á ser académico.

Seguramente este proyecto era noble y

vasto; pero, como se verá en adelante, tuve tanto que hacer cuando vine á Paris que no pude ocuparme de su ejecucion.

¿La espantosa historia del crédulo doctor habia desconcertado un poco mi cerebro? Esto es lo que va á decidir la hermosa señora que me lee; quiero dejar algo que hacer á su penetrante sagacidad, y me limitaré á contar sencillamente lo que creí sentir y ver el dia siguiente por la mañana. Si sois ó habeis sido sensible sabeis, señora, que de todos los males, los peores, y los mas amargos son los del corazon; sabeis que el amor, si algunas veces nos da noches felices, nos hace pasar otras muy malas. Tal vez os habrá sucedido con demasiada frecuencia no poder dormir, porque una hermosa señora, sola entre dos sábanas, se recoge y reflexiona sobre varios objetos. En tal estado (siempre crítico) os acordareis sin duda, con mas amargura que de dia, de las pasadas que os ha hecho un ingrato, ó participareis con mas vivacidad de la impaciencia de un ausente. Y cuando desde media noche hasta las cuatro ó cinco de la mañana os han atormentado vuestras tiernas tribulaciones, la naturaleza que quiere que al dia siguiente tengais aun los ojos vivos y la tez frezca, la benéfica naturaleza os envia el sueño reparador. Entonces, hermosa señora, (no hay que ponerse colorada) es preciso confesar que quien os atormentaba en vuestras vigiliias, viene á ser el objeto hermoso de vuestros sueños. Ahora pues; he aquí precisamente lo que me sucedió. Di

reis que no hay en eso nada de maravilloso; convengo en ello; pero esperad. En un sueño, que poco mas ó menos duró dos horas vi casi continuamente á mi hermosa prima. La marquesa de Babia se presentó á la imaginacion cinco ó seis veces en los intervalos: y solamente una vez.... No me regañeis, hermosa señora.... una vez sola me pareció ver á esta graciosa criatura de que os he hablado en mi primer año: tambien ví á la ingrata Justina, de quien ya sabeis.... No podré deciros cual de las tres bellezas me besó; pero lo que puedo certificaros es que fui besado. Lo fui señora, y tan bien, que no lo podia ser mejor por todas tres juntas. Me desperté sobresaltado cuando ya llegaba el dia. Por mi fé, señora, os aseguro que sentí sobre mis labios abrasados su viva impresion de este beso fuerte (1). Mis cortinas de tela de color de naranja se movian con suave agitacion; en mi cuarto habia un ruidito suave.... Salto de mi cama, reconozco en tres brincos mi cuarto, que no es muy largo ni muy ancho... No hay nadie; todo está perfectamente cerrado, y muy quieto. ¡Con qué estoy loco! El amor y los que vienen del otro mundo me han trastornado el seso! ¿Señora, que os parece? ¡Oh! la que sea fea y vieja tendrá mis locuras por bien impertinentes, pero vos que sois jóven y bonita os reireis.

(1) Hace un cuarto de hora que busco el epíteto conveniente; ¡Oh Juan Jacobo! gracias, vos dijisteis
 aarc...

Cuando los señores Belcurte y Desprez entraron en mi cuarto, estaba yo aun tan afectado del beso recibido que les conté que una persona del otro mundo me habia besado. Mi padre se rió, y auguró inmediatamente mi entero restablecimiento. El doctor manifestó alegrarse, pero sin embargo me mandó algunos refrescos.

Los que no creen en duendes se admirarán de saber que al cabo de tres dias desperté como dos dias antes: tuve la misma sensacion, y oí el mismo ruido: hice en mi cuarto las mayores pesquisas, y no fueron menos inútiles que las anteriores: fué preciso deducir de todo que habia recobrado mi ardiente imaginacion al mismo tiempo que mis fuerzas.

¡Oh, Sofía mia! Ya me costaba mas impaciencia sufrir la incertidumbre de tu suerte y el tormento de tu ausencia, y deseaba con ardor acelerar mi vuelta á Paris. Desgraciadamente mi padre recibió malas noticias, pues se oponian á mis deseos dificultades insuperables. En la capital se hablaba mucho de mi aventura, y del desafio con que se habia terminado. De los dos parientes del marques, el que habia peleado con el señor Duportal habia muerto, y todos lo sentian: sus amigos, que eran muchos y muy poderosos, daban mil pasos contra nosotros, é instaban con mucha eficacia. Yo no podia presentarme en la capital sin esponerme á perder la cabeza en un cadalso. El señor Belcurte se horrorizaba de solo imaginar el riesgo mismo que yo cono-

cia; sin embargo yo no me habria detenido, si hubiera sido necesario despreciarle para encontrar á Sofia, pero antes de arrostrar el peligro debia saber á lo menos en que lugar gemia mi desdichada muger. Reducido yo mismo á no salir de casa, me fuí á pasear en el jardin mis penas y mi fastidio.

Una noche al tiempo de desnudarme encontré dentro del gorro de dormir un billetito muy bien plegado que decia en el sobrescrito: *Norval, separa luego á tu criado y lee*; dije á Jazmin que se fuese y leí lo siguiente:

«Si es verdad que el baroncito de Foblas
 «no teme á los que vienen del otro mundo,
 «quemará este billetito, y observará un profundo silencio sobre lo que le suceda esta
 «noche, sea lo que fuere.»—Vaya, dijo yo en voz bastante alta, *esta es alguna chanza del doctor*. Quemé el misterioso papel, apagué la luz, me acosté y dormí; pero no por mucho tiempo. Mi primer sueño, aunque profundo, no debia resistir á la impresion acostumbrada del beso tan vivo que abrasaba mis labios, y hacia palpitar mi corazón. Esta vez no me engañaba ningun sueño vano; no era una sombra fugitiva la que me besaba en mi misma cama, y á poco se halló en mis brazos un cuerpo bien vivo, cuyo voluptuoso contacto.... Pero poco á poco.... ¿Qué atolondrado soy! Iba á contar todo.... ¿Mas á quien? Nada menos que á una jóven señora que ya se perturba y se pone colorada.

Señora, vos tenéis la culpa.... Hace un cuar-

to de hora que estais indiscretamente hojeando ese librito! ¡Vaya! dádselo á ese señor abate, á quien también hace cosquillas, y suplicadle que os lea en voz baja el pasage que os asusta. Mientras tanto, hermosa dama, buscad en vuestro tocador alguna cosita necesaria regañad á vuestra doncella entre dientes por dos ó tres cosas inútiles, ensayad delante de vuestro espejito dos ó tres gestos graciosos, hablad bajito á vuestra querida perra, la *Rosita*; no manifesteis escuchar ni una sola palabra de lo que os leen, y sin embargo no perdais ni una sola sílaba.

Foblas. Vamos; ¿que es lo que haceis, señor abate?

El abate. Caballero, estoy buscando donde está eso.

Foblas. A la vuelta, en la página 33, lin. 16. *Cuyo voluptuoso contacto...*

El abate. ¡Ah! *En el voluptuoso contacto!* Estoy en él, caballero mio.

Foblas. Bien está: acabad la frase, señor abate; ¿no quereis? ni yo tampoco. Comenzad esta.

«Inmediatamente me sentí no cogido con fuerza, sino atraído suavemente por una graciosa manita... que yo besé...»

Foblas. «No os enfadeis por eso, señor abate.»

El abate. «Y habeis hecho muy mal, caballero: un esposo fiel, desconsolado, estando lejos de su esposa á quien adora, no debe besar la mano á nadie.»

Foblas. «¡Ah! ¡ah! ¿Y que quereis que

» hiciera con esa mano?

El abate. «Era menester apartarla de vos
» cuanto antes, saltar de la cama, llamar
» gente, y hacer que trajesen luces.

Foblas. «Y todo eso para desesperar, y
» comprometer á una muger? ¿Todo por el
» miedo de hacer á mi muger una infidelidad
» pasagera que jamas sabrá?»

El abate. «Caballero, la fidelidad con-
» yugal... »

Foblas. «Señor abate, la fidelidad con-
» yugal no tiene razon cuando impone leyes
» imposibles. No hay duda que habia resuel-
» to amar únicamente á Sofía; pero; ¿pue-
» do yo disponer de los acaecimientos? Y
» con tal que no sea yo el que los dispon-
» ga; ¿que hay que decirme? Enhorabue-
» na que no busque la ocasion; pase tam-
» bien que la evite cuando ella se presenta;
» pero ¿repelerla cuando apura? Vos que lo
» decis ¿lo habriais ejecutado.

El abate. No lo dudeis.

Foblas. «¿Que no lo dude? ¿De don-
» de sale este jóven abatido? ¿Es acaso recién
» venido del seminario? ¡Como!... ¡Hipocresía!
» y vos, señora, que os habeis encargado de su
» educacion ¿lo sufrireis? Verdaderamente no
» pensabais en ello. Se sabe que un abate
» no es ahora mas escrupuloso que un co-
» ronel; pero eso no basta, es menester tam-
» bien que no parezca menos desvergonzado
» que un page; ¡ola! señor rigorista de gabi-
» nete, no os figureis que creo en vuestras
» delicadezas afectadas. Si os hubierais halla-

»do donde yo, habriais hecho lo que yo;
 »mil atractivos seductores no se os habrian
 »ofrecido en vano, y habriais paseado, como
 »yo, vuestra mano curiosa sobre tantas be-
 »llezas; encantado del resultado de vuestras
 »investigaciones habriais dicho bonitamente
 »y bien bajo, porque vuestro criado no lo
 »escuchara desde la otra pieza: duende her-
 »moso, ¡que formas teneis tan bellas! ¡Y que
 »piel tan suave!

Foblas. ¡Oh! ¡Oh! ¡que bien leeis eso, señor abate! ¡que viveza! que calor! os aseguro á fe de hombre honrado que temeria calentaros demasiado, y asi no diré mas. Un hombre de mucho juicio me tiene advertido que en casos semejantes no debia contarse todo, que de todos modos se ganaba mucho en que la imaginacion del lector trabajase, especialmente cuando el lector fuese algun abate cortesano, ó una muger de calidad. Señora, volved á tomar el libro con desembarazo. Solamente me tomaré la libertad de procurar con la mayor decencia posible haceros entender que en esta bella lucha nocturna un convaleciente no debia ser vencedor. No debéis admiraros de saber que mi amable adversario tuvo al cabo de muy poco el honor de haberme derrotado. Si á lo menos este duende, menos taciturno, hubiese tenido la bondad de darme conversacion con familiaridad; pero se obstinó en no responder palabra; medio seguro de volverme á dormir, aunque yo, como tantos otros, gusto de hablar si no tengo nada que hacer.

Cuando abrí los ojos amanecía, y yo estaba solo en mi cuarto. Comensé las pesquisas, hechas ya inútilmente tantas veces. Mis dos puertas, y mis cuatro ventanas se hallaban perfectamente cerradas; en las paredes no había ninguna puerta falsa, en los suelos ninguna trampa; tampoco abertura en el techo. ¿Por donde pudo entrar en mi cuarto la dama duende? El doctor no tenía muger ni hija: en la casa solo vivían hombres. ¿De donde venía el espíritu tentador, cuyo sexo era conocido? ¿Liseta venía acá desde el otro mundo para vengarse del pobre Lucas? ¿Una aldeana en mis brazos!... Nada menos que eso: mas quería figurarme que era el *Titon* remozado de la tímida aurora, ó el moderno *Endimion* de alguna diosa humanizada. ¡Oh, Sofía mía! desde la eternidad tal vez estaba escrito que tu esposo predestinado no podría serte fiel ni aun tres semanas, pero á lo meuos el incienso que te pertenecía no debía quemarse sino á una divinidad.

Me pareció que merecía consultarse tal aventura con el conde de Rosamber, de quien, con grande admiracion mia, no había recibido noticia directa. Escribí una carta de tres grandes páginas: en las dos primeras trataba solo de mi Sofía; en la tercera conté la historia del hermoso duende.

La noche siguiente esperé á mi duendecito, pero no volvió hasta los ocho dias. Apurado del vivo deseo de conocer la nocturna belleza que me visitaba, le pregunté como se llamaba; porque bien fuese ninfa, ó bien

diosa, tenia nombre. Desde cuando me amaba; porque sin fatuidad podia lisongearme que le habia yo agradado. En que parage me habia encontrado; porque ella me trataba á lo menos como conocido. Estas preguntas y otras varias mas fáciles no le pudieron arrancar una respuesta. Entonces empleé los medios más decisivos de hacer charlar á una muger; pero el maligno demonio hembra; con una presencia de espíritu imperturbable, agotó mis recursos sin soltar siquiera una exclamacion. Yo me obstiné tanto mas cuanto semejante silencio parecia por las circunstancias una ingratitud: esta vez me porté bastante bien para merecer que me diesen las gracias; todos mis esfuerzos fueron inútiles. Vi con dolor que las mugeres del otro mundo, aunque agradecen muchísimo los buenos procederes, no tienen en las ocasiones interesantes el tierno pico, la jerga cariñosa de las mugeres de este.

Enemiga del dia delator, mi dama duende no esperó en mi cuarto que saliese la auro-ra. Cuando conocí que se disponia para marcharse, procuré detenerla; pero ella puso sobre mi boca el dedo índice de su mano derecha: sobre mi corazon la mano izquierda: sobre mi frente dos besos; y escapándose con un suspiro, se fué no sé por donde. Solo me pareció distinguir el chasquido de una pared que se abria, y el agudo chillido de un gozne rechinador. Al parecer oí mal, porque registré mis cuatro paredes cuando amaneció, y el papel de su colgadura, y le hallé perfectamente pe-

gado, sin rasgon ninguno, y mis puertas y ventanas perfectamente cerradas.

Aquella misma noche hallé en mi gorro de dormir un segundo billete. «Volveré la noche del domingo al lúnes, si el baroncito de Foblas me promete, á fe de caballero, que no hará ninguna tentativa para retenerme.» — ¡Ah! ya lo entiendo; el correo es mi gorro de dormir. Al dia siguiente mi dócil comisionado fué cargado con mi pequeño pliego que contenia la oferta deseada.

Llegó ese domingo, esperado tal vez con impaciencia: dentro de poco iba ya á rodearme de sus pérfidas sombras aquella noche tan notable en la historia de mi vida. Jazmin, que despues de comer se habia ido; vino al anocheecer. Apenas me vió á solas, me dijo que el conde de Rosamber habia llegado (noticia imprevista para mí); que se habia detenido en Luxemburgo, desde donde habia enviado secretamente un recado á Jazmin por grandes razones que me diria él mismo; que no podia venir á Holiris hasta una hora antes de media noche; que importaba mucho que nadie le viera entrar en la casa; por lo que me rogaba que yo mismo le abriese la puertecita del jardin á las once en punto.

Observé puntualmente sus instrucciones. El señor Belcurte se enfadó de que le dejase mas temprano que acostumbraba, y me lo dijo. El señor Desprez respondió con una chanza en que no hice tanto alto al principio como despues. Dijo á mi padre: *dejad ir al convaleciente, porque sin duda tiene*

algun trato con los duendes que no quiere confesar.

En vez de subir á mi cuarto me fuí al jardín muy poco á poco. Rosamber me esperaba en la puertecita.

Foblas. ¡Oh! buenas noches, amigo mio, ¿donde está mi Sofía? ¿Que se ha hecho la marquesa? ¿Teneis noticias de su padre? ¿Su marido vive aun? ¿Como está mi hermanita? ¿Que dicen del desafio? ¿Que decís de este desconocido? ¿Que os parece de este que viene del otro mundo? ¿Por que no me habeis escrito? ¿Como estais?

Rosamber. ¡Oh, querido Norval! aguardad por Dios un momento.... ¡Que vivacidad! ¡que impaciencia! os pareceis mucho á ese caballerito de Foblas de quien todos hablan en Paris. Ante todas cosas sentémonos en este banco, y permitidme que responda con algo mas de órden que habeis dado á vuestras preguntas. Mis vigilantes emisarios han visto al señor Duportal en Paris, seguirán sus pasos hasta que hayan descubierto donde está su hija, y nos darán al instante noticia de ello.

Foblas. ¡Oh, Sofía mia! ¿te volveré á ver?

Rosamber. Poco á poco, amigo mio, no me atosigueis. La marquesa de Babia al parecer está en una de sus tierras: no se la ve ni en la corte, ni en el pueblo.

Foblas. ¡Pobre marquesa!... ¡No la volveré á ver!

Rosamber. Puede ser, pero eso no os de

cuidado.... El marques, cuya herida no se cree mortal, está ansiando curarse para iros á buscar donde quiera que esteis, y asegura que conocerá á Foblas donde quiera que lo halle.

Foblas. ¿ No se sabe donde está ella?

Rosamber. Al parecer en alguna de sus posesiones, amigo mio.

Foblas. Si, la marquesa; ¿ pero Sofía?

Rosamber. ¡ Ah! es muy probable que sea en Paris.

Foblas. Amigo, ¿ creéis que el marques sea hombre de perdonarla?

Rosamber. ¡ Perdonar á la marquesa! Y ¿ de que? La aventura convengo que no es de las mas comunes; pero el motivo es ordinario. No hay en eso mas mal que haber sonado mucho. ¡ Oh! la marquesa es muger que le hará estar á la razon.

Foblas. Rosamber, decidme sin lisonja: ¿ creéis que se le puede obligar á que me la restituya?

Rosamber. ¿ Como es eso? ¿ Obligar al marques á que os restituya su muger?

Foblas. No, amigo mio; os hablo de la mia y de su padre.

Rosamber. Al señor Duportal no hay duda que le obligarán, es muy cierto.

Foblas. ¡ No la volveré á ver! ¡ no la volveré á ver!

Rosamber. Al contrario, si le han de forzar á que os la vuelva la vereis.

Foblas. ¡ Ay amigo mio! pienso en esta muger tan desdichada.

Rosamber. Amigo mio, siempre sois el mismo, el casamiento no os ha mudado... Pero permitidme que ahora os haga yo tambien algunas preguntas. Ante todas cosas me parece que estais enteramente restablecido.

Foblas. ¡Oh! la esperanza de ver dentro de poco á mi Sofía!

Rosamber. ¡Sí, sí, mi Sofía! y luego, *esta muger tan desdichada.*

Foblas. ¿La marquesa? Os aseguro que mi intencion no es de buscar semejante muger. Verdad es que alguna vez me quedo absorto pensando en ella, pero eso es que...

Rosamber. No hay duda, caballero, os comprendo: es que uno no es dueño de sus pasiones. A pesar suyo un jóven bien nacido se acuerda de los buenos procederés de una muger jóven y hermosa que ha formado su adolescencia.

Foblas. Rosamber, siempre estais de chacota. Decidme: por casualidad ¿habeis oido hablar de Justina?

Rosamber. ¿Como? ¿La doncella? ¿La tenéis tambien sobre vuestro corazon? ¡ah! bien veo que á esa la habeis formado vos. Pero me parece que me habeis dicho que *La Jeunesse...*

Foblas. Esta vez no tengo razon; no hablemos mas de eso.

Rosamber. No, no, vale mas que hablemos del alma del otro mundo, del duende.

Foblas. Sí, sí, ¿que os parece mi duende? ¿No es cosa singular esa muger que jamas dice una palabra, y siempre se porta perfecta-

mente? ¿No es cosa graciosa un diablito que entra en mi cuarto sin que yo sepa por donde?

Rosamber. Foblas, y ¿os visita todas las noches?

Foblas. No.

Rosamber. ¿No?

Foblas. Pero casualmente lo espero esta noche.

Rosamber. Bueno: así descubriremos este misterio: así averiguarémos que es ella.... Pero yo me ocupé en escribir en la posada y ahora tengo hambre.

Foblas. Pues esperaos un poco que voy á decir á Jazmin....

Rosamber. ¡Meter ruido en la casa! no hagais tal cosa, creo que mi silla de posta no se ha ido aun, y en ella debe haber algo, porque cuando voy de viage siempre llevo provisiones.

Se marchó, y de allí á poco volvió con media polla y una botella de vino.

Rosamber. He traído dos vasos porque cenareis conmigo....

Foblas. ¿Aquí?

Rosamber. Aquí, en el jardín: tenemos que hablar, y vuestro cuarto no es seguro. Además beberemos á la salud de Adelaida, de quien no me habeis hablado ni una palabra.

Foblas. ¡Ah, mi querida hermana! sin embargo la quiero mucho. ¿Cómo está?

Rosamber. Buena, muy buena, Cada vez mas hermosa. No he podido resistir al desco de ir á verla por última vez antes de salir de

Francia. ¡Qué muchacha tan amable! ¡qué hermosa era con la aflicción que manifestaba! ¡qué pena tenía de no ver á su padre, ni á su hermano, ni á su amiga querida! Foblas, bebamos á su salud, bebamos, amigo mio; yo bien sé que no es de gentes de buen tono; pero estamos en el campo y de viage.... Vámonos, tomad un bocado, yo no puedo cenar solo; ya lo sabeis.

Foblas. ¡Qué contento estoy de que esteis aquí!... Pero ¿por que hemos de estar en este jardín? ¿Por que este misterio?

Rosamber. Porque no habríamos podido hablar á solas. Porque el baron que ha interceptado nuestras cartas, me habria cogido al instante, y no me habria dejado, porque sin duda me habria suplicado que contase conforme á sus ideas las noticias que traigo.

Foblas. Teneis razon.

Rosamber. Y luego ese duende....

Foblas. ¿Creeis que no me dá que hacer?

Rosamber. A la salud de Sofia.

Foblas. Amigo, despues de un mes que no bebo vino, vais á ponerme alegre.

Rosamber. A la salud de Sofia.... no podeis menos de beber.

Foblas. Vamos allá, va por Sofia. ¡Oh, prima mia hermosa! ¡no será la primera vez que tú me has hecho perder el juicio! Rosamber, ¡qué fuerte es ese vino! se me sube á la cabeza. ¿Qué me decis de ese desconocido que durante la ceremonia?...

Rosamber. A fe mia que no sé qué de-

ciros. Hablemos de vuestra nueva amante, de esa belleza nocturna que os ama con tanta discrecion. Foblas, ¿Creeis que sea bonita.

Foblas. ¿Hermosa, amigo mio?

Rosamber. ¿Hermosa, una muger que huye de la luz?

Foblas. ¡Oh! estoy bien seguro de que es hermosa.

Rosamber. Vamos ; tambien está enamorado de ella.

Foblas. ¿Enamorado?... No por cierto.

Rosamber. Apuesto que es fea.

Foblas. Cien doblones á que es hermosa.

Rosamber. Van los cien doblones bajo palabra....

Foblas. Conde, está dicho.... Pero vamos, ¿cómo haré yo para verla? Y luego tendreis que pasar por lo que yo diga.

Rosamber. Si es preciso, lo haré con mucho gusto. ¿Pero creereis que yo tengo menos curiosidad que vos de saber?... Desde que me habeis escrito vuestra aventura estoy rabiando por acabarla. Caballero valiente, vuestro hermano de armas está con vos, permitiidle que os ayude.... Foblas, vamos á vuestro cuarto sin luz, y con mucho silencio. Os acostareis al instante sin hablar palabra; yo quedaré oculto en el corredorcito. Traigo aquí una linterna oscura que servirá cuando convenga, y si el duende no es adivino, veremos la figura que tiene. Caballero, otro brindis, que os habeis olvidado de cierta persona.

Foblas. ¡Ah! sí, de la hermosa marquesa.

Rosamber. Fiel esposo, bien sabia yo que no seria menester nombrárola. Vamos, dos deditos de vino por la marquesa.

Foblas. ¿Os burlais, amigo mio?... ¡hermosa hembra! llenad el vaso.

Ahora que á sangre fria me acuerdo de esta escena, confieso, amable lectora, que mi exclamacion fué *poco delicada*. Conozco que estareis justamente irritada; solo veo un medio de calmaros algo, y es implorar vuestra indulgencia para que perdoneis á un convaleciente á quien los brándis habian alegrado ya demasiado.

El último me remató, y comencé á delirar como fuera de mí. Todos los objetos me parecian moverse, duplicarse, y estar fuera de su lugar. Hablaba sin que me pudiesen entender, ó por mejor decir tartamudeaba. A pocos instantes, soñoliento y pesado, perdí mi alegría parlanchina; mi cuerpo se abatió; los ojos se me cerraban, y el invencible sueño se apoderaba de mí. Rosamber que lo notó, me suplicó que le condujese á mi cuarto, pero me repitió muchas veces la necesidad de no hacer ruido, y de observar mucho silencio. Encargó á Jazmin, que esperaba mis órdenes, retirarse del jardin sin luz y sin bulla. Llegamos, alumbrados solo con la linterna oscura que dejamos en el corredor. Como entraba yo á tientas sostenido de Rosamber, tropezamos con un camapé, y me tendió en el para desnudarme facilmente, segun me decia en voz baja. Obrando con la prudencia que exigia el caso, dejé hacer su oficio á mi nue-

vo ayuda de cámara, pero lo hacia tan lentamente y tan mal, que mientras yo esperaba que le diese la gana de acabar, me cogió una profunda modorra.

Señor abate volved á tomar el libro. Aunque no sea escesivamente chocante lo que me veo precisado á contaros, temo alarmar sin querer á vuestra inocente amiga, cuyo pudor es tan asustadizo.

Habiéndose abatido con una hora de sueño los humillos capitales del vino que me habian hecho perder el juicio, me desperté al ruido grande que hizo una carcajada de risa.

Rosamber.. ¡Al fin me vengué completamente! que me maten si no es ella.

Al mismo tiempo oí un gemido sordo, seguido de un gran suspiro. Estaba yo aun sobre el camapé, puesto de modo que por la abertura de una puerta entreabierta veía á lo último del corredor el débil resplandor de la linterna oscura. Al momento, movido del desasociado, tanto como por la curiosidad, voy al corredor, cojo la linterna, y entro con ella en la mano. Dirijo su luz sobre todos los objetos que me cercan, y veo.... ¡Ah! hoy mismo ¿como podré continuar sin llorar?... Veo en mi cama, de que se habia apoderado y en el lugar mio habia usurpado, á Rosamber, casi desnudo, teniendo estrechamente abrazada, en la situacion menos equívoca, á una muger. ¡Oh, marquesa de Babia! ¡que hermosa me parecisteis aunque estabais desmayada!

El conde al instante que creyó que no se

me habia escapado nada de la cruel pantomima, abandonó su víctima, cogió á prisa sus vestidos, y me dijo riéndose:

Rosamber. Adios, Foblas: os dejo con esta hermosa desconsolada, me parece que vais á daros una satisfaccion bien singular. Persuadidla, si podeis, de que no estabais de acuerdo conmigo. Adios; mi silla de posta me espera; vuelvo á Luxemburgo; mañana os escribiré.

El cruel discurso de Rosamber no me irritó menos que su horrible accion: en el primer impulso de mi furor fuí á coger mi espada porque me diera satisfaccion de su infame proceder, cuando la marquesa se levanta de repente, me coge del brazo y me contiene.

Rosamber tuvo todo el tiempo que quiso para marchar, la marquesa entonces cogió mi mano que llenó de besos, y la bañó con sus lágrimas.

La marquesa. ¡Qué peso se me ha quitado de encima! ¡qué consuelo he sentido al oír que no teniais parte en esta infamia!

La marquesa queria continuar, pero era tal su agitacion que no pudo. Estuvo sollozando mucho tiempo sin poder hablar una sola palabra; despues esforzándose dijo con mucho trabajo:

La marquesa. Foblas, si hubieseis sido capaz de entregarme á ese hombre indigno, si me hubieseis despreciado hasta semejante punto, este infortunio mayor que todos mis reveses, habria sido causa de mi muerte.

Amigo mío, conozco que es imposible vivir y no ser absolutamente inconsolable, puesto que en mi mayor envilecimiento puedo aun esperar que me estimeis, supuesto que en mi suma desdicha debo contar á lo menos con que tendreis lástima de mi.

Foblas. Si para mitigar vuestra pena basta sentirla como vos, mi querida mamá, mi amable amiga....

La marquesa. ¡Qué desgraciada soy!

Foblas. ¡Qué lástima os tengo!

La marquesa. ¡Cómo el pérfido, ayudado de una casualidad fatal, se ha burlado de mi vana precaucion! ¡Cómo un instante ha echado á bajo mis proyectos! ¡Cómo ha destruido mis esperanzas más fundadas!

A estas palabras la marquesa dejó caer su cabeza sobre mi almohada; sus brazos se extendieron y quedaron inmóviles; su vista se fijó; sus lágrimas se contuvieron. Insensible á los remedios que yo le daba, sorda á mis discursos consoladores, parecia en el recogimiento de la desesperacion, que se penetraba del horror de su situacion. Guardó durante un cuarto de hora este silencio espasmódico, y despues en un tono que me pareció de calma, dijo:

La marquesa. Sosegaos, amigo mío, sentaos junto á mí; no tengais miedo á nada; oidme con atencion; voy á descubrirme á vos enteramente, y cuando habré dicho los proyectos vanos que habia formado, y las resoluciones inalterables que acabo de tomar, conoceréis precisamente hasta que punto de-

beis tener lástima de mí, y hasta que punto debeis condenarme.

El marques de Babia acababa de hallaros en Tullerías. Entró en casa hecho una furia: delante de veinte personas me reconviene sobre los ultrages recientemente recibidos de mí, y me anuncia su próxima venganza. Pasada del cruel abandono en que me dejabais en un momento igualmente fatal á mi amor que á mi honor, me veo precisada á creer que un interes mas urgente, que un objeto mas querido, os tiene ocupado. Justina fué varias veces á vuestra casa; no estabais; entonces encargo á *Dumonte*, un criado mas antiguo y de quien tengo mas confianza, el mismo que hace aquí el papel de *Desprez* esperaos al rededor del colegio de la señora de Pontis, y averiguar cuanto hicieeis hasta el dia siguiente. *Dumonte* os vió entrar en el colegio: estuvo esperando que salieseis; os siguió al campo de batalla y en el camino hasta *Jalons*, donde os perdió. No volvió bastante pronto para ser el primero que me contase los dos robos hechos en el colegio, cuya noticia se habia ya esparcido por todo Paris.

Cuando *Dumonte* volvió, yo habia tomado ya mi resolucion, y tenia todo dispuesto. Junté mi oro, mis alhajas y algunas cédulas del banco; me vestí de uniforme azul, que vos no habiais visto nunca, y volé á *Jalons*. Mientras estaba preguntando al maestro de postas por vosotros, llega un hombre conocido que sin querer me hizo saber donde es-

tabais. Era Jazmin que venia con una silla de posta (*La que Duportal y yo habiamos dejado en Vivray para poder correr á caballo mas aprisa, y encontrar á Sofia.*) Le seguí á cierta distancia, y llegué como el á Luxemburgo veinte y cuatro horas despues que vosotros: me dijeron que se iba á celebrar un gran matrimonio de un jóven que habia robado una colegiala... Esto bastó; voy corriendo al templo; sin hacer caso de nada me precipito... Acababan de uniros; doy un grito sin poderlo remediar; y de repente llamando mis fuerzas, me escapo para que no me veais. Demasiado afortunada para poder huir, me hallé sin embargo sin saber á donde ir; á poco tiempo el amor, mucho mas fuerte que toda otro pasion, me vuelve á traer á Luxemburgo, y me dicta que á lo menos es necesario saber que será de vos. Si he de confesaros la verdad, Foblas, la alegria que tu ve cuando me dijeron que os habian robado mi rival, fué menor que el cuidado en que me puso el peligroso delirio en que me dijeron que habiais caido. Animada del doble deseo de cuidar de la vida de mi amante y de conservarle para mí, pero para mí sola, formé al instante mi plan.

Dumonte me acompañaba, recorrimos los alrededores de Luxemburgo, Bajo el nombre de *Desprez*, *Dumonte* alquiló esta casa. En la parte que destinaba para voz hice ejecutar con presteza las cosas necesarias para la verificacion de mi plan. La marquesa de Babia, determinada á sufrirlo todo con tal que

no os perdiere, fué á encerrarse en una guardilla miserable de la otra parte del edificio.

Vuestro padre os hizo conducir aquí, yo tuve el placer de estar alojada en la misma casa que mi amante, casi en el mismo cuarto, y de estar viendo como recobraba la vida; de ir algunas veces en el silencio de la noche á respirar su aliento y á sentir palpitar su corazón.... No hay duda que yo habria debido, para embriagarme con una dicha mayor, esperar su entera convalescencia; pero ¿cual era el medio de resistir continuamente al encanto de veros? ¿Cual era el medio de combatir los deseos siempre renacientes? ¡Ah! pero ¿de que os hablo?... Foblas! ya se acercaba el momento en que iban á cumplirse mis designios. En tres dias hubiera ya rasgado el velo mágico que me ocultaba: en tres dias me hubiera descubierto sin misterio. Os hubiera mostrado á la marquesa de Babia olvidada de su rango perdido por vos, y dedicada solamente á daros dias felices en cualquier retiro desconocido en que estuviereis. Si mi amante me hubiese querido escuchar, yo le preparaba una suerte digna de envidia... Si el ingrato me resistia... Caballero, yo estaba resuelta; me proponia robaros á pesar vuestro, y conducirnos á... ¿Que sé yo? Tal vez al fin del mundo. Sí; habria puesto los inmensos mares entre mi pérfido amante y mi rival preferida.

La marquesa tranquila en el principio, despues enternecida, luego exaltada, espresó esas últimas palabras con tal fuerza que yo

no pude menos de manifestar admiracion ; ella lo notó y prosiguió diciendo :

La marquesa. No tengais cuidado ; ya estais libre ; yo atada para siempre. Ya se pasó el tiempo de las pasiones tiernas.... Solo debo ya sufrir la mas impetuosa , la mas implacable de todas.... El amor huyó arrojado por el oprobio. ¿ Como ha de volver á vuestros brazos una muger despreciada , envilecida á sus propios ojos ? Conducida por la desgracia , escitada por la mas infame de las traiciones , la venganza , la horrible venganza , se apodera de mi corazon , roido ya de su ponzoñosa hiel.... Foblas , quiero dar por supuesto y he visto que estariais pronto á servir mi resentimiento ; pero Rosamber en este combate , cuyo éxito no seria dudoso , se podria gloriarse de su caída : su suerte misma ; sin que tuviese de que avergonzarse del modo de recibirla , seria débil reparo á la irreparable afrenta que acaba de hacerme... Caballero , á mí me toca su castigo , y os lo juro : conseguire completamente mi venganza.

La marquesa , con la cara encendida y los ojos furiosos , se espresaba con tal rabia que temi que un estado tan violento tuviese malas consecuencias. Mi desdichado cortejo vió que iba yo á interrumpirla , é inmediatamente prosiguió :

La marquesa. En vano intentareis hacerme variar mi resolucíon. Un cobarde ha procedido de suerte que ya es demasiado necesaria. No os admireis : no me asustan los riesgos... ¡ Ah ! ya no tengo nada que perder. El

pérfido acaba de colmar mi deshonra, y de arrancarme á mi amante. Foblas, lo vuelvo á decir: os prohibo tomar parte alguna en mi querella. Yo pretendo sostenerla por mí sola. Me desesperaria si otro me quitaba el placer de vengarme.... Se sabe lo que puede una muger ultrajada; se sabrá lo que puede una muger como yo. Sí, lo juro por mi amor ultrajado, por mi honor perdido: admirado preguntareis algun dia si nadie habria podido vengar á la marquesa de Babia mejor que ella misma.

Guardó por algunos instantes un profundo silencio. Osé darle un beso, y mis lágrimas se derramaron por su pecho que aun estaba descubierto: al instante acudió á cubrirse, pues sin duda no habia fijado su atencion, y con tono mas tranquilo, pero no con menos sentimiento, me dijo:

La marquesa. ¡Oh! sí, tenedme lástima: necesito que me consuelen; mañana me voy: mañana vamos á separarnos, y tal vez por largo tiempo: me vuelvo á Paris.

Foblas. ¡A Paris!

La marquesa. Sí, amigo mio; no salí de allí por miedo. No volé á Luxemburgo para ocultarme. ¡Ah! ¡que no haya podido, como lo deseaba, consagraros lo restante de mi vida! Voy á recobrar mis bienes y mi clase, ya que no puedo hacerlos el sacrificio de uno y otro... Vuelvo á Paris. No tengais cuidado ninguno sobre mi suerte. Cuando una muger que no carece absolutamente de ingenio, ni tampoco de atractivos; no se asusta, dejadle el cuidado de atraer al marido mas justamente irri-

tado. Para salir bien en esta delicada empresa me quedan dos medios: el mas fácil no es el mejor. Yo puedo limitarme, como tantas otras, á paliar lo que mi aventura tiene de humillante para el amor propio de un marido comprometido; confesar ingenuamente lo demas; y, sirviéndome del poder que la belleza conserva sobre aquel mismo á quien ella ofendió, solicitar un perdon que no se me negaria. Este partido siempre debe ser el último. Aunque algunas veces conviene tomarle por un momento, ofrece grandes inconvenientes para lo sucesivo. Por el sosiego mismo del marques de Babia no quiero que pueda jamas armarse contra mí de lo que yo mismo le haya confesado; ni que me pueda perseguir eternamente con zelos; sospechar diez intrigas cuando solo he tenido una pasion, y tal vez disputarme la legitimidad del único hijo que le he dado. Por otra parte ¿por que me he de humillar á pedir un perdon que puedo conseguir con altivez? No, no; mas quiero usar del ascendiente terrible que un carácter firme tiene siempre sobre un espíritu débil. No seré la primera que se ha visto en precision de contar mentiras inverosímiles, para negar con firmeza una infidelidad probada. Tal vez me será menos difícil que os podeis figurar hacer creer al marques de Babia que el caballero de Foblas fué siempre para mí la señorita Duportal: y si no se lo persuado, procuraré embrollarlo de modo que quede indeciso.

Sé muy bien que el público malicioso, lejos de equivocarse sobre las malas acciones,

está siempre dispuesto á suponer las que no hay, y que no se le engaña tan facilmente como á un marido crédulo. Sé muy bien que debo vivir persuadida de que tendré la humillante celebridad que acompaña siempre á las aventuras extraordinarias de amor. Nuestros petimetres poetastros compondrán coplas; nuestras viudas convertidas me harán aficos entre sus lenguas. Si me presento en las tertulias seré objeto de los cuchicheos afectados, de los sarcasmos y de las chanzas equívocas: tendré que sufrir los modales impertinentes de las mojigatas inexorables; los desdenes concertados de las damas que pretenden pasar plaza de únicas honradas, y los agasajos de las bellezas de mala reputacion que me tratarán como á hermana suya. Si me presento en los paseos y teatros la gente me cercará; un enjambre de jóvenes atolondrados me rodeará con un continuo zumbido diciendo entre dientes: *ahí está; ella es....* He bien, Foblas; este penoso papel, que muchas mugeres de mi clase han escogido por su gusto, lo haré por necesidad. Tal vez osada en mis modales, libre en mis discursos, estóicamente rodeada de mi ignominia como ellas, podré acostumbrarme á repeler la verguenza con el descaro, y el vituperio con la imprudencia. He aqui el exceso del envilecimiento, á que por grados me ha conducido una pasion, criminal, si se quiere, pero excusable por muchos respectos. ¡Ah! ya que para no ser nunca desdichada sea forzoso hacer siempre con la mayor severidad lo de obligacion, ¿por que nos imponen obligaciones

tan difíciles de cumplir? Una jóven que no se conoce á sí misma, cae á los quince años en los brazos de un hombre absolutamente desconocido; sus parientes le han dicho que el nacimiento, la clase y el oro constituyen la felicidad: «Tú no puedes menos de ser dichosa, » le dicen, porque sin dejar de ser noble, te » haces mas rica: tu marido no puede me- » nos de ser hombre de mérito, porque es » hombre de calidad.» La jóven esposa, desengañada luego, solo halla ridiculeces y vicios, donde le decian haber talentos agradables y calidades brillantes; el lujo que la rodea, los títulos que le decoran, ofrecen á su continuo fastidio distracciones insuficientes y pasajeras. Ya tal vez sus ojos han distinguido, y su corazón está inclinado al mortal amable que le falta para tener una vida feliz. Entonces, si el dueño imperioso pretende usar de los derechos del himeneo; si la somete á cosas que la costumbre y la necesidad hacen indiferentes, la desdichada víctima, puesta en los brazos del marido, acaricia interiormente la imágen del amante; gemirá de prostituir al que la profana un bien que otro merecería sin duda, y que sabría mucho mejor apreciarlo. Si el esposo inconstante no se contenta con dejarla, sin hacerle caso en mucho tiempo, sino que por fin viene á parar en abandonarla totalmente, será preciso que la esposa sufra los continuos rigores de un celibato prematuro, si no busca los placeres peligrosos de la union vivamente deseada. Contenida por su deber, pero arrastrada de su inclinacion,

atormentada de muchos temores, pero solicitada eficazmente por el amor, ¿se impondrá por mucho tiempo privaciones penosas sin ningun resentimiento? Supongamos que resista, ¿el acaso no le guarda como á mí, alguna seduccion irresistible, algun riesgo inevitable? ¡Desgraciada! En un instante perderá el fruto de muchos años de combates, y lo perderá sin remedio; porque despues del primer yerro, ¿que muger puede contenerse? ¡Ay! adorará, no lo dudeis, al que se lo hizo cometer. Sosegada con algunas precauciones que tomará inútilmente, descuidará las necesarias: sus peligros, haciéndose cada vez mas inminentes, no le asustarán. Comprometida por un acontecimiento imprevisto, inmolada tal vez por un amigo cobarde, perderá para siempre al objeto querido de su corazon, y se verá disfamada en público. He aquí, amigo mio, he aquí cual es la suerte de las mugeres en esta Francia, donde se pretende que reinan.

Asi me ví yo sacrificada: combatí largo tiempo: fui arrastrada cuando vos comparecisteis. Al dia siguiente de esa noche tan fatal y tan dulce, ¿quien me hubiera dicho que acababa de abrir á mis pies un abismo, en cuyo fondo me aguardaban la venganza, el oprobio, y la desesperacion?.... Amigo mio, me voy: ¿que será de vos? ¡Ay! ansiáis uniros á mi rival afortunada. ¡Ah! ¡ojalá os reunais á ella y le seais siempre fiel! ¡Ojalá que no sea desdichada como yo!... Me voy, Foblas, y os dejo, á lo menos por algun

tiempo, entregado á las sugerencias infames de Rosamber. Tened cuidado de no darle oídos, si mi memoria os es grata, si amais á Sofía: amigo mio, el conde os perderia; tomariais con su compañía el gusto de las ocupaciones fútiles, y de los placeres perniciosos: os enseñaria el arte detestable de seducir, de las negras perfidias, de las cobardes traiciones.... Tal vez as parecerá extraño el oír que os habla de moral la marquesa de Babia; pero esta es aun una de aquellas singularidades que vuestro feliz destino, y mi extraordinaria estrella os habian reservado. Os confieso, Foblas, que me causará el mayor sentimiento veros perder en el seno de la ociosidad corruptriz, y de los desórdenes que envilecen, los dones preciosos que la naturaleza os dió con prodigalidad, y que tuve la dicha de hacer que se manifestasen. ¡Ay, amigo mio! hombres muy comunes saben romper las bellezas que desean ceder. Cuando querais esto, se muy bien que superareis á todos, y sereis el ídolo de las mugeres; pero conviene aspirar á empresas mas dignas de un gran corazon. Un jóven como vos puede pretender todo, y abrazar todo. Las ciencias os convidan, las letras os llaman, la gloria os espera en nuestros ejércitos, entrad en la carrera, y corred á pasos agigantados; haced callar á vuestros enemigos, y llenad de admiracion á vuestros rivales. Vuestros primeros sucesos felices suavizarán mis penas; los elogios que merecereis escucharé yo figurándome que son míos; la estimacion que conse-

guiréis me volverá la mia; vuestras virtudes justificarán mis debilidades; vuestra gloria producirá mi rehabilitacion: llegará el dia en que podré decir en todas partes: sí, lo confieso, me deshonré; pero era por él!

La marquesa hizo pasar á mi alma el noble entusiasmo de que estaba poseida la suya; arrastrado de una fuerza superior fui á echarme á sus brazos, pero ella me contó,

A Dios, caballero, contad conmigo en todos tiempos. Nunca me acordaré sin enternecerme; y estaré agradecida de que si mi juventud, atormentada con tantos pesares crueles, disfruto de algunos dias buenos, los debo á vos. Pero no os equivoqueis en la naturaleza de mis sentimientos: tengo la fatal esperiencia de que de todos los reveses el mas funesto y el menos previsto es el que te ha desengañado mas, abatiéndome. No debeis esperar la dicha en un efecto ilegítimo. Caballero, la débil marquesa de Babia se acabó. Ahora veis á una muger capaz de cierta energía, únicamente ocupada del cuidado de asegurar su venganza, y de preparar vuestros adelantamientos. A Dios, Foblas, vuestra amiga os besa. Me dió un beso en la frente y se fué por la chimenea.

La señora. Señor, ¿cómo es eso? ¿por la chimenea?

Foblas. Sí señora, por la chimenea; por allí entraba en mi cuarto, en el fondo de la chimenea habia una plancha que caia, y descubria una especie de abertura bastante

ancha para que la marquesa pudiese pasar con libertad. Y que ¿os admira? Las gentes que no saben nada, no piensen atribuir esta ingeniosa invencion á mi cortejo: en este siglo fecundo en invenciones útiles, mucho tiempo antes que la marquesa de Babia lo hiciera, se abrió una chimenea para cierto amable duque por una belleza cautiva, cuyo nombre, que se ha echo célebre, no perecerá ya jamas.

El dia que sucedió á esta noche tan desgraciada me proporcionó noticias consolatorias; antes de medio dia recibí carta de Rosamber, que al pronto no quise leer; cuando me la entregaron en mi cuarto, solo estaba Desprez.

Foblas. Tomad, Dumonte, yo conozco esta letra; hacedme el gusto de llevar á la marquesa esta carta, y decidla que no quiero abrirla y que haga de ella lo que quiera.

Dumonte se fué, y volvió al cabo de un cuarto de hora.

Desprez. La señora marquesa os suplica de ir un momento á su cuarto.

Llegué sin advertirlo á un cuarto tercero, y me habria roto la cabeza contra el techo si no me hubiesen advertido que estaba en una guardilla; yo atendia solo á ver á la marquesa, su tristeza, su abatimiento y su palidez.

Foblas. ¿Cómo habeis pasado el resto de la noche?

La marquesa, presentándome un papel bañado de sus lágrimas. Como pasará desde ahora en adelante muchas otras. He aquí

la digna carta de mi cobarde perseguidor. Amigo mio, la he podido recorrer una vez, podré aun oirla. Leed, y sea en voz alta.

Foblas. ¿En alta voz?

La marquesa. Será de parte vuestra una condescendencia cruel, pero yo la exijo.

Foblas. Permitid....

La marquesa. Foblas, hacedme este último favor que os pido.

Foblas. No obstante....

La marquesa. Caballero yo lo quiero.

Foblas empieza á leer la carta. «Amigo Foblas: tened respeto á vuestro maestro. Ayer le habeis visto dar un gran golpe meditado mas hace de un mes. Leed y admiraos. En mi escondite supe que el dia de vuestro casamiento un desconocido fué al templo y se hizo digno de observacion: algun tiempo despues vos mismo me escribisteis que un duende discreto y familiar os hacia visitas interesadas; yo conozco bien á la emprendedora marquesa: conjeturé, sospeché, y me informé; á poco tiempo supe, pero me guardé muy bien de decirlo, que la marquesa de Babia habia desaparecido el dia mismo de vuestra fuga: entonces no dudé que ella estaba con vos sin que vos lo supierais. No se olvidan facilmente los agravios recibidos de una muger tan amable; habia diez meses que tenia sobre mi corazon su picante infidelidad.»

La marquesa. ¡Mi infidelidad!... Como si nunca.... ¡Bárbaro! ¡insolente! pero continuad, amigo mio, continuad.

Foblas. «Vi el medio de asegurarme una venganza tan completa y dulce como difícil; apresuré mi curacion y cogí la posta. Para preparar la galante catástrofe ha sido necesario poneros un poco alegre; amigo mio, me vi precisado á valerme de esta pequeña é inocente astucia, y no dudo me lo perdoneis.»

«Ahora estoy inquieto por saber que ha dicho y hecho despues de mi fuga. Apuesto que, diestra como siempre, habrá sabido abrazar el único partido conveniente; habrá manifestado un sentimiento que da compasion, una cólera que haga temer, un arrepentimiento que interese. Apuesto que vos, crédulo y compasivo como siempre, habreis tenido sinceramente la misma pena que vuestro cortejo ahora inocente y violado á traicion. Apuesto que ingrato no pensais en la nueva obligacion que acabais de contraer conmigo. No obstante me debeis la dicha de que así os arranco de los brazos de un cortejo que os sojuzgaba, para poneros entre los de una esposa á quien amais.»

«Foblas, por una disposicion de la suerte, la marquesa volvió á su primer dueño.»

La marquesa. ¡A su primer dueño! Eso es mentira.

Sigue la carta. «Un ladron diestro se habia introducido en mi casa.»

La marquesa. ¿En su casa? Es mentira.

La carta sigue. «Lo he sacado de ella con maña, ya que no haya podido por fuerza; y he vuelto á apoderarme de lo que

« me pertenece. Caballero, sed el único que
 « poseais vuestro bien. Sofia espera su liber-
 « tador. La señora de Foblas gime encerrada
 « en el convento de dominicas del arrabal de
 « San German de Paris. Vos acertareis sin du-
 « da la razon por que ayer no quise daros
 « esta noticia importante. Vamos, amigo mio,
 « disfrazaos, id á la capital, y cuando abra-
 « zeis á vuestra hermosa muger, acordaos de
 « decirle que debe al conde de Rosamber el
 « gusto de volveros á ver tan pronto. Soy
 « vuestro amigo etc. »

¡ Mi muger en el convento de dominicas de Paris! ¡ Ay, amiga mia! ved que fortuna tengo.

La marquesa, con un movimiento de passion que espresaba su amor y su desesperacion. ¡ Joven cruel! Precisamente vos habiais de ser quien me diera el último golpe.

Iba á echarme á sus pies, y á pedirle perdón de mi indiscrecion; pero habiéndosele pasado al instante su enfado, me preguntó:

La marquesa. ¿ Qué pensais? ¿ en que podré serviros?

Foblas. Volver á Paris.

La marquesa. Pero los peligros que correis.... Las pesadumbres que vuestra fuga debe causar al baron....

Foblas. Estaré solo quince dias; y las precauciones evitarán todos los riesgos.

La marquesa. ¿ Qué precauciones habeis de oponer á tanto peligro?

Foblas. Amiga mia, mi muger separada de mí estará tal vez muriendo, no conozco

ningun riesgo mayor para mí que aquel que amenaza á ella, mi primera obligacion es socorrerla.

La marquesa, suspirando. No me toca vituperar las imprudencias que la mas imperiosa de las pasiones hace cometer. Ojalá pueda yo, confidenta ya de vuestras temerarias empresas, no echar menos en secreto aquel tiempo tal vez feliz, en que me arriesgué á emprender otras semejantes. Id, mi querido Foblas, arrostrando mil peligros, á buscar á esa jóven Sofia, cuya belleza me ha costado tantas lágrimas. ¡Oh destino verdaderamente raro! para reuniros necesito tomar hoy tanto trabajo, como tuve pesadumbres en otro tiempo para separaros. No lo dudeis: mi amistad velará inquieta sobre el amor inconsiderado. Quiero evitaros en cuanto pueda los riesgos que os cercan, y prepararos los dias felices que os estan prometidos. De todas las precauciones, la primera y mas necesaria es la de vuestro disfraz. Yo buscaré uno cómodo que os convenga, y me encargo de todas las precauciones necesarias para vuestra partida. En cuanto á la mia estaba determinada la hora, pero la diferiré por causa vuestra. Idos, amigo mio, decid á Desprez que suba, y esperadme á media noche.

En efecto vino, y esta vez entró por la puerta. Primero me hizo quitar mi vestido, y de un paquete misteriosamente abierto, sacó un vestido negro grande del cual me vi vestido en un momento. Una batista seductora; dispuesta con arte, parecia encubrir el

tesoro de un pecho púdice y naciente. Sobre mi modesta frente, cubierta ya con una banda blanca, caía un velo blanco y claro, á través del cual mis tímidas miradas iban á buscar el de la officiosa amiga que me disfrázaba. ¡Como la vi ponerse colorada y perturbarse! ¡Con que pena, y con que gusto al mismo tiempo, noté ahogar un suspiro doloroso y tierno! Cuantas veces sus ojos anegados en lágrimas se bañaron para no encontrarse con los míos! ¡Cuantas veces su mano trémula se detuvo en algunas partes de mi vestido que jamas parecia estar bastante bien! Y yo, para quien esta hermosa mano no era bastante fria, yo que inclinado suavemente sobre mi amiga, gozaba secretamente de su emocion deliciosa, como me sentí arrebatado del vivo deseo de epagar mi ardor y sus penas en un último beso! ¡Oh Sofía mia! En ningun otro momento de mi vida fué mas necesario á mi virtud vacilante acordarse de tí. Debo confesar francamente, para sonrojo mio, que si hubiera yo estado persuadido íntimamente de que la marquesa, no menos débil que yo..... En fin no procuré desengañarme; y tú, hermosa muger mia, me debes agradecer en cierto modo no haber espuesto á tan terrible prueba el valor de la marquesa, ni la fidelidad de tu esposo.

Cuando la marquesa vió que ya no me faltaba nada para estar bien disfrazado, no pudo contener su llanto, y con voz débil me dijo:

La marquesa. A Dios; idos; entrad en

Francia; volad á Paris; dentro de dos horas os sigo; entraré dos horas despues que vos en la capital.... Foblas vamos á viajar casi juntos: una misma ciudad será nuestro domicilio; y sin embargo no volverémos á vernos. ¡Ah! por lo menos velaré sobre vos: precaveré los peligros ó los evitaré: mi ternura inquieta... Vos vereis ciertamente, vos vereis si soy amiga verdadera. Caballero, apeaos en la calle de *Greñelle San-Honoré* en la *Fonda del Emperador*: al momento se presentará en mi nombre alguno en quien podreis fiaros. Caballero, atended á lo que os digo: conducios por estos consejos; os suplico que no cometais ninguna imprudencia: no teneis mas que un medio de recompensar mis cuidados, y es el de no destruir su efecto con temeridades. ¡Que no pueda yo acompañaros por el camino, y participar de los riesgos que tal vez correreis! Tomad, amigo mio, vuestras pistolas, por lo que puede ocurrir. Este mueble (*La espada colgada á la cabecera de la cama*) no puede servir á una religiosa; permitidme apropiármela.

Iba yo á descolgarla y á presentársela; ella la cogió como fuera de sí, la desenvainó, y parecia que tenia gusto en ver el temple de la hoja; despues habiéndola envainado y cogídomme por la mano que me apretó con una fuerza de que no la creia capaz, me dijo con un tono muy vehemente:

La marquesa. Muchas gracias; yo me mostraré digna de este regalo.

Sin esperar á que la respondiese me acom-

pañó á la escalera que bajámos sin hablar palabra, atravesámos en silencio el jardin, cuya puertecita se abrió al instante que nos presentámos, y vi que una silla de posta me aguardaba. Quise dar gracias, pero muchos besos me cerraron la boca. La marquesa mas pronta que un rayo se arrancó de mis brazos, cerró la puerta, y oí el último *Adios*. Partí para irte á buscar, Sofía mia. Pero ¡cuantas desgracias, cuantos enemigos, y cuantas rivales deben aun retardar el momento de nuestra deseada reunion!

CAPÍTULO XXXIV.

Viage á Paris.

Cerca de las cinco de la mañana partí de Hollris: al amanecer llegué al territorio frances. El que viaja por un pais donde hizo cosas punibles, se figura que cuantos le miran le han reconocido y descubierto; cree que su inquietud está escrita en su frente, y que cuantos le ven la leen: ademas la curiosidad de mirar á una religiosa que viaja en posta era muy natural. Yo hacia esta reflexion cuando estaba cerca de *Longwy*, primera plaza fuerte de Francia, donde me pareció haber notado que me observaban. Habiéndome tranquilizado, me entregué á las dulzuras engañosas de un sueño; ¡ay! él fue por desgracia demasiado corto. A pocos pasos cercaron mi silla de posta; abrí los ojos al ruido que hicieron las

puertezuelas abiertas de repente. Antes que tuviese tiempo de ver lo que sucedia, se precipitaron en mi silla, me cojieron y me ataron: los alguaciles, teniendo mucho respeto ó descuido por alguna consideracion al sexo ó á mi habito, tal vez por figurarse no haber nada que temer de una religiosa (de la cual no creian que fuese armada) no me registraron; pero la tropa sacrílega osó violar mi santo hábito, poniéndome una capa militar, y no temió cubrir mi velo bendito con una tela grosera y profana. Su gefe se sentó caballerosamente á mi lado, y el postillon tuvo órden de marchar.

Foblas. ¿Donde me llevan?

El discreto satélite que velaba sobre mí, al parecer sordo y mudo, dió á entender que le importaban poco mis preguntas, y no se compadecia de mis quejas. La especie de servilleta con que aun estaba envuelta mi cabeza, solo me dejaba percibir una luz demasiado débil para distinguir los objetos. Oia ruido de caballos, é imaginaba con razon que venia caballería escoltándome para mayor seguridad. Otra vez, mientras la tropa se detuvo un instante, sin duda para mudar caballos, oi distintamente que alguno pronunciaba el nombre de *Derneval* y el mio. ¿Donde me llevaban?

El carruage iba siempre andando y nunca llegábamos al término; despues he calculado que anduvimos treinta y seis horas con corta diferencia. ¡Treinta y seis siglos no me parecerian mas largos! ¡Que inquietud tan cruel me agitaba! ¡á que reflexiones tan tristes es-

taba entregado me veia rodeado de jueces; oia pronunciar la terrible sentencia; veia el cadalso fatal... ; Que situacion!... ; Que bella ocasion de hacer buenos períodos!... Vosotros los que amais las colgaduras de luto, las pompas fúnebres, la soledad de los sepulcros: vosotros que gustais tanto de pintar, y que pintais tan bien los dolores de una agonía larga, los horrores de una muerte funesta, venid; venid, patético D'Arnaud, venid; aprovechaos del momento. Sentaos en mi silla, apoyad vuestro codo en mi escritorio, y tomad vuestra pluma. ; Bueno! Sus ojos se humedecen, su cara se prolonga, su pecho se entumece; saca su pañuelo de la faltriquera; comenzad, mi querido compañero, no tengais reparo; llorad mucho, y llorad mucho tiempo, gemid; gemid tambien; lamentaos, lamentaos bien; pero si los lectores impacientes se cansan de tantas *jeremiadas*, permitidme que vuelva yo á mi asunto, y que procure volveros á poner de buen humor un momento. Cada uno tiene su modo, y cada cual tiene su gusto.

Perdonad, hermosa dama; esta corta digresion era mas necesaria que podeis imaginar. Vuelvo á mi asunto. Escuchaba pronunciar la terrible sentencia; veia el fatal cadalso; no me estremecian estos riesgos por mi solo: no, padre mio; yo pensaba en esta carta que dejé sobre la mesa para vos, en lá que os ofrecia volver cuanto antes. ; Ah! puede ser que vuestro hijo jamas os abrace ya en su vida.

No sentia perder la vida por mi solo; no, jóven esposa mia, no; pensaba en tus atrac-

tivos que acababan de nacer; en nuestro himeneo tan corto; en nuestros dulces lazos rotos demasiado pronto. Suponiendo que mi deplorable muerte no arrastrase la tuya prematura, estaba por lo menos cierto que tu serias fiel á mi memoria, y que nadie podria jamas gloriarse de haber tenido por esposa la viuda de Foblas. ¡Oh, Sofía mia! me enternecia una jóven de quince años condenada á la tristeza de una viudez que podia durar medio siglo, y reducida á sentir tan largo tiempo la falta de unos placeres que pasaron tan rápidamente como dos noches.

Llegámos por fin: me apearon; me llevaron; y no podia discurrir á donde: el lienzo que cubria mi cabeza, y la oscuridad de la noche me impedian distinguir el parage en que yo estaba: aplico el oido á falta de ojos, y escucho con tanta curiosidad como inquietud. Oigo el estrépito de las puertas, el ruido de los cerrojos, el sonido de las rejas, y la marcha pronta de diversas personas que acuden de todas partes. El parage me pareció húmedo y frio; me sentaron en un banco de madera; y á bastante distancia escuchaba palabras que no me fué posible entender; llegaba solo á mis oidos aquel eco, especie de ruido sordo y prolongado que un lugar grande, ordinariamente inhabitado y solitario, produce con el murmullo de muchas voces á un tiempo.

Cierta persona se arrimó, y me dijo en tono muy dulce estas palabras consoladoras y terribles: «¡Dios mio! ¡Que será de vos! ¡Ah! ¿podré libertaros?»

Al instante inmediato oí el sonido de una campana fúnebre; me pareció que mucha gente junta entraba y me rodeaba. Sucedió de repente un profundo silencio que duró algun tiempo. Mi alma se sobresaltó; mi imaginacion sufrió cierto sentimiento que no habia experimentado hasta entonces.

La señora. Vamos, Foblas, sin fanfaronadas ni rodeos, lo que sentias era miedo. ¿A que viene no confesarlo paladinamente? Grandes filósofos, entre otros Puffendorf y Cumberland, aseguran ser el hombre naturalmente tímido: tu coronel, aunque no haga oficio de filósofo, y se haya obligado, como tú, á no espantarse de la muerte, te escusará sin duda, porque sabe muy bien que el hombre mas valiente no lo es todos los dias, y que un terror, aun cuando sea pánico, se perdona siempre á los héroes de la historia. Testigo Federico el grande, que huyó, segun dicen, en la primera batalla que dió; bien que no cito tal hecho para salir garante de su verdad, sino para justificarte.

Foblas. Enhorabuena, sea así: tuve miedo, lo confieso. Una voz gangosa rompió por último el espantoso silencio, y me mandó rezar un *Ave Maria*. ¡Un *Ave Maria*! hice que me repitiesen tres veces de seguida ese mandato; mi lengua entorpecida se reusaba otras tantas á obedecer; en mi suma turbacion no pude acordarme de una sílaba de la oracion que se me indicaba. Uno la entonó y me la hizo repetir palabra por palabra. Inmediatamente comenzó el corto interro-

gatorio, del cual he aquí la copia exacta.

Preg. ¿De donde venis?

Resp. ¿Que sé yo? Preguntadlo á los que me han traído.

Preg. ¿Que habeis hecho desde que salisteis de aquí?

Resp. ¿De aquí? Puede ser que jamas haya estado donde estoy.

Preg. ¿No habeis seducido á la señorita de Pontis?

Resp. ¿A la señorita de Pontis?... ¡Oh, Sofia!

Preg. Sí, Sofia de Pontis. ¿No la conocéis?

Resp. He oído hablar de ella. Si la hubiese conocido la hubiera adorado, y no seducido.

Preg. ¿Conoceis al caballero de Foblas?

Resp. He oído su nombre.

Preg. ¿Conoceis á Derneval?

Resp. No.

Este *no*, repetido muchas veces, circuló por toda la junta.

Rreg. ¿No os llamais *Dorotea*?

Resp. No.

Este *no* hizo aun mas impresion que el otro. La voz que me preguntaba continuó: *que se le quite la servilleta de la cabeza, y se levante el velo.*

Al instante se ejecutó lo mandado. ¡Que espectáculo se me presentó! Confieso que me dejó admirado: delante de un altar, en un banco circular que me rodeaba por todos lados, estaban sentadas mas de cincuenta... ¿Mis

ojos me engañan? No; esto no es sueño de mi imaginacion exaltada. Cuanto mas miro, tanto mas me aseguro que allí hay cincuenta religiosas que me examinan, y les oigo gritar en coro: *no es ella.*

La que parecia presidir la junta repitió este *no es ella. El asunto está embrollado,* continuó despues de un momento de reflexion: *es preciso escribir á nuestros superiores; mañana recibiremos la respuesta, y mientras tanto, que la pongan en el calabozo y que una de nuestras hermanas esté de centinela.*

Cuatro jóvenes profesas me cogieron y llevaron consigo. Yo tuve buen cuidado de no resistirme. Estaba ligado, y el carruage me pareció bastante suave. Todas estas mugeres me seguian, y tenia yo gusto en mirarlas. En el gran número de aquellas caras femeninas vi algunas muy respetables por sus formas y ancianidad. Habia de todos colores: blancas, grises, amarillas, verdes, mas ó menos oscuras; esta era comun, aquella singular, la otra ridícula; pero de reojo atisbé á algunas de nuevo cuño, tan bonitas... esta vista disipó las ideas funestas que poco antes habian atemorizado mi corazon; y aunque mi situacion era para dar cuidado, ya no me acordaba de semejante cosa. ¿Que quereis, señora mia? Soy así. En ninguna circunstancia de mi vida, por apurada que os la figureis, no he podido ver de cerca á muchas mugeres juntas sin tener largas distracciones.

Mientras tanto me paseaban á lo largo de

un soterraneo á la luz de algunas candelas y vi á lo último una capilla: me condujeron á un cuarto que solo tenia de calabozo el nombre, pues era celda en que habia cierta cama sobre la cual me dejaron. Encendieron un velon, y dieron á la hermana Ursula una silla las venerables; y al irse le dijeron que rezase á mi lado el oficio divino hasta el dia siguiente por la mañana.

¡Oh estrella mia! cuantas gracias tengo que darte! De cuantas caras bonitas habia notado entre las monjas, la de Ursula era la mas hermosa. ¡Que color! ¡que frescura! ¡que dulzura en su tímido modo de mirar! ¡que inocencia en su rostro ingenuo! Sin entrar en cuenta mi Sofía, no se hallan en el mundo muchas figuras de esta especie, y desde el dia que en los brazos de su dichoso amante la señorita de Pontis se convirtió en la mas hermosa de las señoras casadas, debió proclamarse á Ursula la mas bella de las doncellas.

Aunque preso no tuve mas inquietud que aquella que ya me hacian sentir los atractivos de esta belleza. Sin embargo de estar muy fatigado, ya no volví á tener necesidad de dormir. ¡Sí por cierto! ¡de dormir se trataba! Vamos, Foblas, vamos, compañero galan de Rosamber, discípulo dócil de la marquesa de Babia, aquí es donde debes manifestar que tú eres un discípulo digno de tales maestros. El triunfo te parecerá tal vez difícil; pero al fin la carrera está abierta, y mira cuan digno es de ti el premio que la suerte propone á la elocuencia. No es nada: una muchacha her-

mosa y la libertad. Si alguna vez la seducción fué perdonable será en este caso.

Prelado curioso, que solitario y al lado de la lumbre recorreis devotamente este pícaro libro mio, si sois tan tronera como su jóven autor, componed con que llenar las seis paginas siguientes; pero cuidado con la censura, que no permite imprimir todo lo que se quiere

Yo acababa de atar juntos los dos hermosos pies de Ursula, y de sujetar sus manos con las prisiones que ella habia quitado á las mias, y preparaba con repugnancia el pañuelo que debia tapar su boca.

Ursula. Esperaos un poco, aguardad un instante: quiero repetiros las últimas señas que os he dado, y que es preciso no olvidar. Con la débil luz de esta bujía entrareis en el soterraneo que acabamos de pasar los dos juntos. A pocos pasos de aquí, como os he hecho ver, volveréis á la izquierda, y al instante llegareis á esa trampa que nos ha costado tanto trabajo levantar; cerca de allí bajo el cobertizo del patio pequeño, tomareis la escalera del jardinero, y por fin con esta llave abrireis la reja del jardin que conoceis, y el cielo quiera conservaros y libraros de todo mal. ¡ Ah! se me olvidaba una precaucion necesaria; yo la olvidaba solamente por ser cosa mia. Para que parezca menos dudoso que han empleado la fuerza para sacaros de aquí,

tened cuidado de tirar en el suelo, cuando salgais de este calabozo, una de las pistolas que por fortuna os ha dejado la gente que os prendió. Idos, ángel mio, escapaos, porque ya es tarde. Adios, jóven divino, la abeja no tiene miel mas dulce que vuestras palabras; el fuego de vuestras miradas abrasa mi corazon, mi alma reposa en la vuestra. Cubridme la cara, y daos prisa en salir de aquí.

Me costó trabajo no desobedecerla, pero fué preciso decidirse á ello. Tapé su hermosa boca con un pañuelo, para que creyesen que habian tapado con él la cara de la pobre monja porque no se la oyese gritar. Luego en lugar de dar inútilmente gracias, dejé á mi libertadora casi tranquila sobre su suerte, cualesquiera que fuesen las resultas; bien que no dejaba de estar aun inquieto sobre la mia. Figuraos cual sería mi gozo cuando despues de haber atravesado felizmente el soterraneo, subido por la trampa, pasado el patiecito y abierto la reja, me hallé dentro del jardin que conoceis y que tambien hubierais sin duda reconocido, hermosa señora.

Señora. ¿Yo, señor? nada menos que eso.

Foblas. ¿Como que no? ¿Con que ha media hora que me leeis, y no me entendeis? ¿Como? ¿no habeis conocido que habian ido buscando á una colegiala que habian robado mas de un mes antes? que Foblas, disfrazado de un habito fatal, y entrando en Francia por el camino que Dorotea habia seguido para sa-

lir, habian juzgado ser ella? que la policia satisfecha de haber cogido á esta religiosa, muy recomendada por sus superiores y por sus padres, se apresuró á devolverla á su convento de Paris ¿que...

Señora. Ah, bien está: ahora caigo en cuenta: bueno; lo demas lo discurro.

Foblas. Enhorabuena; pero es preciso convenir en que no me debiais haber obligado á explicar estos pormenores soporíficos. Suplico rendidamente que pongais mas atencion, y que algunas veces me ayudeis con vuestra perspicacia. No sabeis cuan desagradable debe ser al que cuenta tales historias el verse precisado á decir todo con claridad.

Os diré sin embargo, hermosa señora, que en vos sola consiste entrar conmigo en ese jardin: venid, no os detendré en él mas que un instante. No tengais miedo á la escalera que llevo; es ligera y tengo maña. Ved aquí donde la pongo; esta parte de pared es la que con tanta frecuencia hemos escalado Dernel y yo juntos; detras está la callejuela por donde me propongo escaparme. Vamos un poco mas allá: ¿conoceis esa habitacion? Hacedle cortesía con la mano. Entremos en esa calle cubierta de árboles. ¿No se conmueve vuestro corazon? El mio palpita, y se me saltan las lágrimas. Vuelvo á ver el hermoso paseo en que suspiraba mi hermosa prima; ¡que sensacion me causa! una idea religiosa, un respeto santo, mezclado de enternecimiento! Estos lugares están llenos de su presencia y de los monumentos de nuestros amores. Aquí an-

daba pensativa el día que yo le cantaba mi romance: allí se desmayó; allá fué donde yo la llevé. En este banco que toco venia á sentarse las horas de recreo, para que nos pudiésemos ver por entre las zelosías de mi cuarto. Este es el parage en que la encontraba casi todas las noches; aquí con mutua franqueza, confundiamos nuestros suspiros y nuestro llanto... Mas allá... sí, ese es, ese mismo es... Le saludé con un grito de alegría y de gratitud; ¿no veis ese castaño de indias tan propicio? ¡Arbol consagrado por sus últimos combates y por mi triunfo! Señora, pronto, prosternaos. Voy á dar un beso á sus ramas tutelares; voy á grabar sobre su tronco protector el nombre de mi muger y el mio... ¡De mi muger! ¡Ah! ¡éramos amantes y viviamos juntos! ¡somos esposos, y gemimos separados! Adios, señora: voy volando ácia ella. ¡Dios mio! Va bien pronto á comenzar el día, y si me cogen aquí estoy perdido.

Corrí á mi escalera, por la que subí con trabajo á causa de la larga ropa con que quiso Ursula que me quedase cargado. No obstante ya estaba en el cabellete de la muralla cuando vi una patrulla de policía que paseaba la calle; bajé muy de prisa y muy apurado, pues no sabia por donde podria escaparme. No convenia pensar en la casa del señor *Fremonte*; allí era yo demasiado conocido. No sabia quien vivia en la casa contigua; pero fuese quien quisiera el dueño, no habia mansion mas peligrosa que la del colegio; por tanto me determiné á plantar mi escalera en

la pared medianera.

Para ejecutar con menos dificultad mi peligrosa incursion, pensé quitar mi vestido que impedia moverme, oigo un ruidito y me asusto; en vez de perder el tiempo en desnudarme, me encaramo lo mas ligero que pude, y plantándome sobre el caballete, levanto la escalera para ponerla en el otro lado. Teniéndola en el aire, me parece que veo una persona en la reja del jardin de que acabo de salir; mi susto crece, y heme aquí con un repon incómodo á caballo sobre una pared. Por fortuna un salto de diez pies no me asustaba, el tiempo apura; no hay que detenerse á deliberar, me precipito.

Al doble ruido de la escalera y de mi cuerpo, sale graciosamente vestida una muchacha que se hallaba escondida tras de unas matas; viene ácia mí: despues se detiene un poco, como si estuviera espantada y sorprendida; se tapa la cara con las dos manos antes que me hubiese arrimado bastante para ver sus facciones; me llevo á ella, la tranquilizo, y al mismo tiempo de pedirle que me socorra, le beso, una despues de otra, sus dos manos que quisiera yo apartar para ver la cara que me ocultaban; pues me figuré que no podia menos de ser hermosa.

Un hombre. ¿Una religiosa? El es, él es, no lo dudeis, pues se disfraza de este modo. ¡Ah, tunante! Yo os enseñaré á venir á rondar á mi moza.

Al volverme para ver donde salia la voz amenazadora, siento mis espaldas en un terri-

ble compromiso. Sin respetar mi hábito, me hacian aire con unos palos. Es cierto, mi coronel, que recibí algunos antes de tener tiempo ni siquiera de sacar la pistola de mi bolsillo; pero vais á decidir si mi honor, involuntariamente ultrajado, estuvo vengado por la satisfaccion que mis bruscos agresores fueron precisados á darme.

Eran tres. Cada uno de ellos suspendió sus golpes luego que retirándome algunos pasos les presenté el terrible instrumento de que acababa de armarme. El primero de mis enemigos que miré tenia de catorce á quince años. Me pareció uno de esos jóvencitos volantes de buena cara, y petimetres, que majestuosamente encumbrados en la cima amenazadora de un cabriolé colosal, hacen graciosos gestos á los que pasan y saludan á su amo, ó que con una voz dulce como de flauta gritan á los que atropellan diciendo: *á un ladito, señores*. No dí al segundo mas que una ojeada: era uno de los tunantes insolentes y cobardes que nosotros, las gentes distinguidas, pagamos para que jueguen á los naipes, ó para que duerman sobre cojones puestos boca abajo al lado de las estufas de nuestras anteaesales, para jurar, beber y burlarse de nosotros; para gastar en la taberna el dinero del *amo*; y para retozar en las guardillas con las criadas de la señora. El tercero mereció toda mi atencion; su vestido era sencillo, pero bien puesto, decente y bonito; manifestaba en su modo cierta nobleza y muchas gracias; su aire tenia un no sé qué de respetuo-

so en medio de estar asustado. Me pareció que sería el amo de los otros dos.

Foblas. Si os atreveis á dar un paso ó á hacer la menor señal, si los que os acompañan intentan hacer la menor resistencia, os mató. Hacedme el gusto de responderme. ¿Sois caballero?

Hombre. Si señor.

Foblas. ¿Como os llamais?

Hombre. El vizconde de Valbrun.

Foblas. Señor vizconde, no os diré como me llamo; sabreis solo que vos sois de quien tengo queja. Esta aventura, cuyo principio me ha sido tan desagradable, ¿concluirá bien para vos? Es verosímil que vos no me esperabais á mi; pero lo cierto es que me habeis ultrajado indignamente. Caballero, sin duda que no ignorais que el honor ofendido quiere sangre. Por desgracia mia la hora me apura, y no traigo mas que una pistola; sin embargo, si quereis, sin salir de aquí podreis darme satisfaccion. Pero lo primero que os pido es que despidaís á vuestro criado y á vuestro volante.

El señor de Valbrun les hizo una seña y se marcharon. De repente me voy al amo con el puño cerrado, y le digo:

Foblas. En esta mano hay algunas monedas: ¿son pares ó nones? Si acertais, os doy la pistola y tirareis á quema ropa; si no acertais os declaro, vizconde, que sois muerto. *Pares*, dijo. Abro la mano y él habia acertado..... ¡Adios, padre mio! ¡Adios, Sofia mia, para siempre!

Valbrun, al presentarle la pistola. No

señor, no. Volvereis á ver á vuestro padre y á Sofía. (*Dispara al aire, y se pone á los pies de Foblas*). Joven admirable, ¿quien sois? ¡Que nobleza! ¡Que intrepidez! No seria yo perdonable si os hubiese querido ultrajar voluntariamente. Creed que fué la casualidad quien me hizo culpable, y dignaos perdonarme. (*Foblas se esfuerza para levantarle*) No me levantaré hasta que esté bien seguro de vuestra intencion.

Foblas. Vizconde, ¡me pedis perdon cuando acabais de concederme la vida! Estad seguro que no conservo ningun resentimiento, y que tendré particular satisfaccion en ser vuestro amigo.

Valbrun. ¿A quien tengo la dicha de hablar?

Foblas. No lo puedo decir ahora; me daré á conocer en tiempo mas feliz: permitidme que me retire.

Valbrun. ¿A donde habeis de ir vestido de religiosa? Entrad en mi casa, os haré dar un vestido, eso es cosa de un momento.

En efecto era imposible salir en aquel traje, y acepté la oferta del vizconde.

No obstante la moza que habia sido causa de todo se habia quedado á cierta distancia, y no hablaba palabra. El vizconde de Valbrun la llamó, ella vino tapándose siempre la cara con las manos.

Valbrun, á Justina. ¡Que pudor! ¡Como interesa esto! Vos conoceis, amiga mia, que no me engaÑais con esas. Yo estaba resuelto á cederos, como se hace en las casas

de vuestro comercio, á caballeros que fuesen mis amigos, y habiamos convenido que vos no seriais de otro sin permiso mio, y sabeis ya que vuestro amo no pretende ser rival de vuestro peluquero. Pero supuesto que os gusta ese bello mozo, sea enhorabuena; que os pague él: desde esta noche nos separarémos, Justina.

Al oír este nombre, que sonó tan dulcemente á mi oído, interrumpí al señor de Valbrun.

Foblas. ¿Se llama Justina? Pues seria cosa bien particular.... Señor vizconde, ¿me permitis salir de una duda?

Valbrun. Con mucho gusto.

Me acerqué á la muchacha, le separé las manos demasiado discretas, y como habia ya bastante luz para distinguir bien las caras, reconocí esa carita graciosa, cuya picante memoria me habia mortificado algunas veces.

Foblas. ¡Ola! ¡De veras! ¡Eres tú, picarilla!

Justina. Si, señor de Foblas, yo soy.

Valbrun. ¡Señor de Foblas! ¡Ah! él es hermoso, noble, valiente y generoso. Creia que iba á morir, y nombraba á su Sofía. Cien veces debí reconocerle (*Viniéndose ácia Foblas, y cogiéndole la mano*). Valiente y gentil caballero, justificais de todos modos vuestra brillante reputacion: ya no estoy admirado de que por causa vuestra se haya hecho famosa una hermosa muger. Pero decidme: ¿como estais aquí? ¿Como despues del mucho ruido que hizo el famoso desafio te-

neis valor de presentaros en la capital? Es preciso que sea muy grande vuestro interes. Caballero, confiad en mí, y mirad al vizconde de Valbrun como uno de vuestros amigos mas afectos. Ante todas cosas, ¿donde vais?

Foblas. A la *Fonda del Emperador*, en la calle de *Grenelle-San-Honoré*.

Valbrun. ¿Cuarto mueblado y en el barrio mas concurrido de Paris? No hagais tal cosa. Sois allí muy conocido, no podreis dar veinte pasos sin que os prendan: ¿como habeis de salir de dia?

El vizconde tal vez tenia razon, pero yo no pensaba mas que acelerar el momento de ver á Sofia, por lo cual insistí.

Valbrun. Bien está; permitidme á lo menos que vaya á la descubierta, mientras os poneis un vestido. Justina, guiad al señor á mi tocador, abrid el guardarropa, y haced que tome cuanto necesite y quiera.

Habiéndose ido el vizconde, pregunté á Justina:

Foblas. ¿Que haces aquí?

Justina. Esta es la *casita* del señor Valbrun.

Foblas. Ya entiendo: sois en este templo de la voluptuosidad el ídolo á quien se inciensa; oh! bien, sois bastante bonita para eso...

Justina. Señor de Foblas, ¿me tratais ahora con esos cumplimientos?

Foblas. ¿Como ha mudado tanto tu fortuna en tan poco tiempo?

Justina. La aventura de la señora mar-

quesa me ha dado una cierta reputacion, que hace tres semanas habia mil empeños sobre quien podria conseguirme. De todos los pretendientes, el señor Valbrun me ha parecido el mas amable.

Foblas. El mas amable, y ¿ya le haces traiciones?

Justina. Ninguna, os lo aseguro; sino que es muy zeloso el señor vizconde.

Foblas. ¿Y el peluquero?

Justina. Vaya enhoramala. ¡Que horror! ¿Es posible creer que me ocupe de semejante mueble?

Foblas. ¿Como es eso, Justinita? ¿Tú tan altiva? ¿Pues qué diablos ibas á hacer tan temprano en ese jardin?

Justina. Pasearme y nada mas. En fin si al señor vizconde no agrada mi conducta, tanto peor para él. Por lo que á mi toca, yo tengo conveniencias de sobra.

Foblas. ¿Conveniencias de sobra? Bravísimo. ¿Y son en *casitas* como esta?

Justina. Vamos, señor, no habéis así, no es eso. Quiero ser ama; ¿quereis que toda mi vida esté sirviendo? Mas quiero ser ama de un señor que me asegure una suerte honrada, que....

Foblas. Eso es pensar con juicio, Justina. Pero con esas cuentas galanas, hareis traicion á nuestros amores; pérfida... ya me has olvidado enteramente; ingrata!

Justina, con cariño. No por cierto. Antes me alegro mucho de que hayais vuelto, y mucho mas de este encuentro. Señor Fo-

blas, podeis estar bien seguro que sereis amado siempre que lo intenteis, y con vos jamas me mostraré interesada.

Foblas. Vamos, Justinita, eso ya es un modo tierno de esplicarse, un modo noble de pensar; pero dime, querida, yo tengo aun alguna duda. Oyes: ¿y *La Jeunesse*?

Justina. Vaya, no hablemos de eso.

Foblas. Si por cierto; es menester hablar de ello, y que no mientas. Dime la verdad: ¿es cierto que se habia de casar contigo? ¿Has sacrificado con inhumanidad al que te pretendia?

Justina, riéndose. Si por cierto. Yo no me caso jamas con gente de alta clase.

Iba yo á responderle cuando entró el señor Valbrun.

Valbrun. Amigo, no penseis salir; la calle está muy guardada: he visto varias patrullas que pasean el barrio; he visto que por todos los alrededores andan circulando gentes de mala traza. Pasad aquí el dia, yo voy á buscar algunos amigos; á media noche os vendré á buscar bien acompañado, y si queis aceptar casa, tendreis en ella un asilo que no será violado. Vos, Justina, en mi ausencia obsequiareis al señor como si yo estuviera: os mando que trateis al señor como me tratariais á mí, y os perdono en atencion á esto vuestros paseos de la madrugada. Dejo para que os sirvan á mi volante y á *La Jeunesse*.

Foblas. ¡Ah! ¡ah! ¿El bribonazo que os acompañaba en el jardin es *La Jeunesse*?

Valbrun. Pues que ¿lo conoceis?

Foblas. Sí señor; él es quien sirvió al marques de Babia. Di, Justina, ¿es el mismo?

Valbrun. Sí... señor de Foblas... Un buen sujeto... excelente criado.

Foblas. ¿Tú le has acomodado en casa del señor vizconde?

Justina. Sí señor.

Foblas. Sí, muchacha, está bien, le has hecho un buen regalo.

Valbrun. Adios, señor de Foblas: voy á hacer cerrar bien todas las puertas, y no hay que abrir á nadie, sea quien se quiera.

Justina, estando ya sola con Foblas.
¿En qué pensais pasar la mañana?

Foblas. Yo almorzaria con mucho gusto, prenda mia, si no tuviese tanta gana de dormir. Dame una buena cama, y dispon que al despertarme esté pronta la comida.

Justina se pone descolorida, suspira, y casi se le saltan las lágrimas, y con sentimiento dice esto: ¿Con que estais enfadado conmigo?

Foblas. No, prenda mia, no estoy enfadado contigo; pero necesito mucho descansar.

Suspiró mas, me cogió por la mano, y me llevó á una alcoba cómoda, mas adornada y mas hermosa que el famoso gabinete de la marquesa de Babia. Yo suspiré tambien en aquel momento, pero fué de reminiscencia. Justina se quedó allí; parecia estar reflexionando, y me examinaba con aten-

cion. Le supliqué que se fuese; ella dió lugar á que se lo repitiese dos veces, y al fin me obedeció dándome una mirada que decia mas que muchas reconvenciones.

No habia mucho que me habia recogido cuando me entraron una jícara de chocolate. Agradecido á tal atencion del ama de la casa, me propuse darle gracias, cuando la vi entrar vestida de una gasa muy trasparente. Voluptuosa ya como una gran señora y no menos delicada en sus placeres refinados, la criaturita hizo cerrar los postigos de las ventanas de modo que no pudiera entrar la luz. Corrieron las cortinas de tafetan, pusieron luces delante de los espejos, y quemaron perfumes en vasos primorosos. Hacia todo eso sin dignarse responder á mis muchas preguntas, ni aun la mas leve palabra, pero cuando el volante se fué, me dijo:

Justina. Mi primera obligacion es obedecer al señor vizconde, y despues mi gran ansia es hacer las paces con el caballero huésped.

A estas palabras, mas pronta que un rayo se tiró á mí, y mas cariñosa que Zéfiro, en menos de un segundo me hizo olvidar al peluquero, á La Jeunesse y... No temas, hermosa muger mia, que al lado de un nombre tan despreciable ponga el tuyo digno de respeto.

Señor abate, me parece que ya os oigo murmurar; ¿creo bien? Os oigo espresar los muchos motivos que yo tenia para resistir; pero de los medios no decis palabra. A las cien

mil razones vuestras contesto con una: la emprendedora Justina me tenia en su cama. Si es verdad que sabeis no caer en tentaciones tan próximas y tan apuradas, decidme como.

¡Ah! tal vez habeis dejado escapar la ocasion como yo, despues de haber hecho mil esfuerzos para aprovecharla, pero todos inútiles. ¡Que injuria hice á tus gracias, hermosa Justina, cuando lo merecias menos que nunca! Por cierto no tuviste tú la culpa. ¡Te mostraste tan complaciente, sufrida y deseosa! ¡Como me hallaste débil, lánguido y desdichado! Para verse reducido á tal exceso de abatimiento que me avergonzaba entonces, y llenaba de dolor á Justina, era preciso haber corrido la posta como yo durante treinta y seis horas; haber sido traqueado por un mal carruaje; haber padecido mil inquietudes; haberse alimentado solo de caldo; era menester sobre todo haber aguantado durante toda la noche una conversacion muy activa con una bellísima monja.

¡Ah! dijo la pobre muchacha en tono que manifestaba su confusion y su sorpresa: *¡Ah, señor de Foblas! Yo no os conozco, no sois el mismo.* Me pareció que si esta tierna exclamacion, que se escapaba á la veracidad de Justina, era una crítica muy amarga de lo presente, ofrecia tambien en otro sentido el elogio, que debia agradecerse, del tiempo pasado; pero como me sentia incapaz de merecer ahora los elogios y de justificarme de

la reconvenccion, preferí el prudente partido de dormir sin observaciones preparatorias.

Justina me dejó reposar tranquilamente, al parecer bien convencida de que si se tomaba el trabajo de despertarme, no le serviría de nada. No obstante se mantuvo siempre allí, porque cuando desperté la sentí á mi lado; no la vi, porque las bujías se habian apagado; es verosimil que habia ya mucho tiempo que yo dormia. Me pareció ser hora de comer, porque sentia un hambre glotona; mi primera palabra manifestó mi principal deseo, yo así supliqué á Justina que me hiciese dar de comer. Se disponia á marcharse cuando sentí cierta inclinacion de reparar los agravios que le habia hecho, y aun me pareció que debia empezar por esto: le comuniqué la especie, y creí haberle agradado mas que mi peticion de comida. Aceptó con una vehemencia que no acostumbraba, lo que me hizo presumir que no debia perderse tiempo. Por diligente que anduvo no se dió bastante prisa; pareció destino mio que despues de haber faltado esencialmente á todo el bello sexo del rango de Justina en la persona de una de las mas bellas criaturas de su clase, me habia de ver precisado á dejar desconsolada mi compañera sin restablecer su reputacion y la mia ya comprometidas. En el momento mismo en que una chica tan diligente y digna de recompensa iba tal vez á recibir el premio del esmero de su cuidado generoso, hicieron tal ruido á la

puerta de la calle que me asustó; llamaron dando muchos porrazos. La Jeunesse vino corriendo á decir que mandaban que se abriese á la justicia.

Foblas. Ve, Justina, corre, no permitas que abran de pronto, dame tiempo para escaparme.

Justina. ¿Escaparos? ¿donde?

Foblas. No lo sé, pero que no abran.

Justina. Mirad: por el jardin... Os haré traer una escalera, idos por la pared de la derecha, y si nuestra vecina *la devota*, la señora *Desglines* está tentada de recibiros tan bien como yo, esforzaos á recompensarla mejor.

Foblas. Oyes, Justina...

Justina. ¿Que quereis?

Foblas. Procura dar noticias de mí á la marquesa: no sé lo que será de mí, pero no importa; dile de todos modos que estoy en Paris, que tú me has visto.

Mientras duraba ese corto diálogo me trajeron luz. Tomé al instante la pieza mas importante del vestido masculino, pieza que la decencia prohíbe nombrar, y que yo dejo á vuestro discurso, hermosa señora, para que lo adivineis, y que si gustais la nombraré, *vestido necesario* (1). Cuando hacia por cubrirme con él, oigo redoblar los porrazos y me parece que echan abajo las puertas.

(1) Esto es, *los calzones*, en frances *culottes*, palabra de mal tono en Paris, especialmente desde los tiempos de la revolucion.

CAPÍTULO XXXV.

Aventuras con una beata y unos magnetizantes.

No tuve tiempo de ponerme el vestido que Justina me habia hecho preparar; solo tomé la espada del señor Valbrun, y marché volando con ella por la escalera, y me precipité al patio, y corro hasta lo último del jardin.

La Jeunesse me sigue con una escalera, la planto y subo. Al ver mucha gente que entra con luces en el cuarto del vizconde, conozco que no se debe perder tiempo. Sin considerar el terreno, que tampoco podia reconocer por ser la noche muy oscura, me arrojo al otro lado de la pared. ¡Oh, Sofía mia! ¿Se concluirá esto con la contusion que acabo de recibir en una pierna?

Conozco que ando sobre arena fina; creo que á lo menos son las diez de la noche: estoy rodeado de negras tinieblas y eu un jardin que no conozco. La camisa, único vestido que llevo, no me resguardaba del zéfiro fresco que soplabá con violencia; estoy atormentado de mil cuidados, y muero de frio.

Con todo, ¿por que me he de acobardar? En Paris, ni en ninguna otra parte, no hay lance tan peligroso que un osado no pueda vencer con dinero, y mucho mas un hombre de familia distinguida, con la espa-

da en la mano y el bolsillo lleno de oro. Anda, Foblas, anda; ve y examina un poco esa casa que divisas á distancia bien corta del estanque en que te ha faltado muy poco para caer.

Me avanzo contando los pasos, sin hacer ruido, llego, y con mucho cuidado voy tentando. ¿Me han oído? No lo concibo; pero al fin me abren la puerta, y como no veo luz entro con satisfaccion.

Batilde, en voz baja. ¿Sois vos, caballero?

Al instante disfracé mi voz suavizándola mucho, y con un tono tan misterioso como el suyo, respondí:

Foblas. Sí, yo soy.

A tientas alarga su mano y tropieza con el puño de mi espada.

Batilde. ¿Traeis la espada en la mano?

Foblas. Sí.

Batilde. ¿Que? ¿Os han perseguido?

Foblas. Sí.

Batilde. ¿Os han visto pasar por la brecha?

Foblas. Sí.

Batilde. No lo digais á mi ama, porque le daría miedo.

Foblas. ¿Donde está?

Batilde. ¿Quien? ¿Mi ama?

Foblas. Sí.

Batilde Bien lo sabeis; en su cama. Podéis pasar toda la noche juntitos, porque mi amo ha ido á Versailles á socorrer á una señora principal en su parto, y no vendrá hasta mañana.

Foblas. Bueno. Llevadme donde está vuestra ama.

Batilde. ¿No teneis ya bien cogido el tino?

Foblas. Sí, pero tengo miedo; la cabeza se me va, guiadme... Vaya, llevadme por la mano.

Apenas hubimos dado cuatro pasos cuando abrió una puerta mas interior y dijo.

Batilde. Señora, él es.

Madama Desglins, dirigiendo la palabra á *Foblas.* ¿Que tarde vienes esta noche, mi querido *Florvac*?

Foblas. No ha sido posible venir antes.

Madama Desglins. ¿No te han dejado venir?

Foblas. Pues...

Madama Desglins. ¿Donde estás?

Foblas. Ya voy.

Madama Desglins. ¿En que te detienes?

Foblas. Me desnudo.

Ahora bien, ó bella dama lectora de mis borradores, ya sabeis que yo no tenia necesidad de desnudarme; bien lo sabeis, pues os he dicho que llevaba en mi mano izquierda mi único vestido; pero tambien comprendeis que debia yo andar con mucha precaucion y muy despacio en un cuarto nuevo para mí, donde por fortuna no habia ni lumbre ni luz. En fin, habiendo llegado al pie de la cama, dejo con mucho tiento en tierra el vestido necesario y mi espada; despues levantándome una coleha, cuya fina y propicia pluma me dió calor, caigo en los brazos de una desco-

nocida, que comienza dándome un beso el mas tierno imaginable.

Madama Desglines. ¡Oh que frio estás!

Foblas. Hiela mucho.

Madama Desglines. Caballerito mio...

Foblas. Dulcé amiga mia...

Madama Desglines. El rigor de la estacion no te privará de venir. ¿Es así?

Foblas. Seguramente que no.

Madama Desglines. Siempre que *Desglines* no duerma en casa.

Foblas. Sí.

Madama Desglines. Batilde te lo avisará como hoy.

Foblas. Bien.

Madama Desglines. ¿No está bien pensado el poner esa candileja encendida en su ventana?

Foblas. Sí.

Madama Desglines. Y el trozo de pared que hice derribar, ¿que tal?

Foblas. Bravo: si yo he pasado por la brecha.

Madama Desglines. Y tú pasarás mas de una vez, porque nuestros vecinos los *magnetizadores* no lo harán levantar en todo el invierno.

Foblas. Sin duda.

Madama Desglines. ¿No estás contento de haber venido á vivir en su casa?

Foblas. Contentísimo.

Madama Desglines. ¿Sabes, mi querido *Florvac*, que mi marido ha ido....

Foblas. A ¿Versalles? Sí.

Madama Desglines. Podemos pasar jun-

tos toda la noche.

Foblas. Mejor.

Madama Desglines. Ya estaba yo bien cierta de que gustaría eso á mi caballerito.

Foblas. ¡Oh, amiga mia!

Madama Desglines. ¿Me amas siempre, Florvac?

Foblas. Tiernamente.

Madama Desglines. Te confieso, ángel mio, que he tenido pesadumbre hoy despues de comer.

Foblas. ¿Por que?

Madama Desglines. Porque no has venido á buscarme al sermon.

Foblas. No he podido.

Madama Desglines. Pero esta mañana yo estaba muy contenta. ¿Y tú?

Foblas. Muchísimo.

Madama Desglines. La misa no te parecia larga; que no?

Foblas. ¡Oh! no ciertamente.

Madama Desglines. ¿Que gusto tenia de mirarte!

Foblas. ¿Y yo?

Madama Desglines. ¿Que bien has hecho de poner tu silla junto á la mia!

Foblas. Pues, ya se ve...

Madama Desglines. Pero has hecho mal de hablarme.

Foblas. ¿Por que?

Madama Desglines. Todas las señoras que me conocen y me estiman ¿que habrán dicho al verme hablar á un oficial jóven?

Foblas. Ya entiendo; ya, bien.

Madama Desglines. Mira, querido mio, no vengas á buscarme jamas á la iglesia.

Foblas. ¿Por que?

Madama Desglines. Porque, á la verdad, eso no es bueno.

Foblas. ¿Que reparos!

Madama Desglines. No, no; porque seguramente mi conciencia me remuerde.

Foblas. Ya lo entiendo; bien está.

Madama Desglines. Sí, porque ya ves... Eso de ir á enamorar en la casa del Señor...

Foblas. Es cierto que...

Madama Desglines. ¡Oh! preferir al criador su criatura...

Foblas. Ciertamente.

Madama Desglines. Y ademas preferirle un militar...

Foblas. ¿Que es eso?

Madama Desglines. Si á lo menos fuese un clérigo... al fin seria un ministro del Señor.

Foblas. Pero ¿es posible que?...

Madama Desglines. A propósito de clérigo, ángel mio, ¿has cumplido mi encargo?

Foblas. ¿Cual?

Madama Desglines. ¿Lo has olvidado?

Foblas. Pero ¿que es?

Madama Desglines. ¿No sabes que me incomoda comer de vigilia?

Foblas. Ya lo sé.

Madama Desglines. Ya no te acuerdas, Florvac, que te habia dicho que fueses á consultar...

Foblas. ¡Ah! sí, con el médico.

Madama Desglines. Nada menos que eso; con un cura.

Foblas. Sí, sí; ya me acuerdo.

Madama Desglines. Con un cura, para pedirle permiso de comer carne.

Foblas. ¡Ah! ya me acuerdo; pensé que me hablabas de otro asunto; te lo concede, te lo concede.

Madama Desglines. ¿A mí?

Foblas. ¿Pues á quien?

Madama Desglines. ¿Tú me has nombrado á mí?

Foblas. No; á una parienta mia.

Madama Desglines. ¡Ah! bien hecho.... Con eso puedo, corazon mio, comer de carne viérnes y sábado.

Foblas. Sí; pues ya se ve, y tener tranquila tu conciencia.

Madama Desglines. ¡Ah! ¡cuanto me acomoda! Te doy muchas gracias.

El beso que me dió la devota entonces, me pareció el mas vivo de todos; habia recibido ya otros muchos cuando estaba con el cuidado de seguir una conversacion dificil; yo habia hecho lo posible para contestar casi siempre con monosílabos á las muchas preguntas de la desconocida engañada. Sus gracias, aunque siempre cubiertas con un modesto pañuelo, me acaloraban mas eficazmente que un *edredon* (1); y habiendose reanimado mi sangre, volví á sentir aquellas disposiciones que poco antes habrian servido á Justina,

(1) Plumita muy fina para colchas.

si gentes enemigas de su dicha no hubiesen venido pícaramente á interrumpirnos. Ensayé manifestar mi reconocimiento á esta beldad *albergadora* que obsequiaba tan completamente á los que iban á su casa. Pero ¿quien de nosotros en mi lugar lo habria creído? Se me opuso la mas fuerte resistencia, la mas irascible...

Madama Desglines. Estaos quieto, Florvac, estaos quieto. Ya sabeis lo que tenemos pactado... ¿no es así?... No... no... no lo permitiré... No quiero, no quiero.

Quedé sorprendido del extraño capricho de esta muger incomprensible, que aun en los rigores del invierno hacia escalar las paredes á su amante para que venga pacíficamente á dormir á su cama. Me arrimo á su lado sin hablar palabra, voy á dormir, y al instante oí que sollozaba.

Foblas. ¿Que tienes!

Madama Desglines. Lo que tengo, ingrato, es que no me amas, pues olvidas lo pactado... Te quedas ahí sin movimiento... Ya no deseas mis abrazos si no son como los de esas mugeres vulgares, impúdicas y criminales.

Me habló otras mil cosas cuyo sentido no podia penetrar; pero por último se explicó tan claramente con sus gestos y su voz, que me hizo saber lo que tal vez vosotros, señores míos, os pasmareis si os lo digo.... Mis deseos habian sido repelidos al primer envite, porque los habia manifestado de un modo indecente; porque habia querido le-

vantar con una mano profana el único velo con que los púdicos atractivos de esta beldad siempre modesta debían quedar cubiertos. Era menester no separar ni descomponer el finísimo pañuelo artísticamente abierto; era menester, señores, abrazar y besar con toda la decencia posible la mas viva, pero tambien la mas casta de todas las mugeres.

Vosotras á quienes la naturaleza solo ha favorecido á medias; vos, señora, que teneis una cabeza la mejor del mundo sobre un cuerpo que no sale del órden comun, no os burleis de mi jansenista: si vosotras hubierais empleado con prudencia el medio de que aquella se servia, tal vez vuestro esposo no os hubiera abandonado tan pronto, tal vez vuestros amantes os habrían sido fieles mucho mas tiempo.

Confieso sin embargo que una muger no debe pensar en valerse de tal medio sino cuando le faltan todos los otros: confieso tambien que, por lo que á mí toca, no lo quiero. En vano la devota, con una voz entrecortada, tartamudeaba entre mis brazos estas palabras inusitadas, bien que muy espresivas: *¡Divinos trasportes! ¡Bienaventuranza de los escogidos! ¡Gozos del paraíso!* Yo no participaba mas que á medias de esos trasportes, de esas bienaventuranzas, de esos goces tan alabados.

Poco curioso de buscar otra vez una media felicidad, vuelvo á tomar al lado de la señora *Desglines* un puesto que casi estaba pesaroso de haber dejado, y solo pienso en la

mentira que necesitaria componer para que sin luz ni llamar á su camarera me diera ella misma alguna cosa con que calmar un apetito devorador que me acomete. Pero podia muy bien haber escusado tal discurso; estaba decidido que fuese yo á cenar á otra parte.

Madama Desglines. Yo siento ruido: ¿que es eso?... ¿Como? Es la voz... No puede ser... con todo... ¡Dios mio!... Si es la voz del caballero... de mi amante... ¿Como ha sido esto?... Un desconocido... ¡Ah! ¡que horror! ¡Soy perdida!

Al primer ruido que oí, á las primeras palabras que dijo ella salté de la cama. Mientras fluctua dudosa yo me planto mis calzones, no en el brazo izquierdo como antes, sino en su verdadero lugar. Tomo la espada, me voy á tientas, empujo una puerta entreabierta; y si calculo bien debo estar en la primera pieza en que me recibió la camarera que estaba de centinela. Confirma mi conjetura el sentir no lejos de mí á un hombre que afuera está tiritando de frio; que se impacienta; y que con voz sumisa, pero que se distingue muy bien, dice muchas veces: *Batilde, vamos, abre, abre.*

Mientras tanto la señora *Desglines* se resuelve á lo que ha de hacer, sale de su alcoba, se viene ácia la pieza en que yo estoy, y, con una voz casi que no se oye, llama al que ha creído su amante. En vez de responderle me detengo, y por el ruido que hace al andar, me parece que sin tocarme acaba de pasar por junto á mí.

Madama Desglines. Quien quiera que seais, escuchadme: no me perdais; huid sin que el caballero os vea; huid, y os perdono si me guardais el secreto.

Tal era mi deseo: yo pensaba salirme al instante que la puerta estuviese abierta, pero la desgraciada devota llegó demasiado tarde. Despues de dar la señora Desglines dos vueltas á la llave, en el momento mismo en que el señor Florvac empujaba una de las dos hojas de la puerta, Batilde, que aun no se habia acostado, oido el ruido, acude inmediatamente con la luz... ¡Que espectáculo para cada uno de nosotros!

La escena es en una especie de corredor. En el fondo de mi izquierda está la malvenida camarera; fija los ojos espantados, primero sobre uno; despues sobre otro; veo á mi frente, junto á la puerta que sale al jardin, un oficial jóven é inmóvil de admiracion; en medio la señora Desglines consternada que cae sobre una silla y se cubre la cara. Sin embargo no lo hizo tan pronto que yo no pudiese distinguir sus facciones; como yo siempre me ocupo del objeto que mas me interesa, y soy siempre incapaz de disimular la impresion que me hace ver una muger jóven, exclamé:

Foblas. ¡Caramba! ¡que bonita!

Florvac. ¡Pérfida! ¡Escrupulosa! ¡Devota! ¡No os basta uno?

Quiero hablar, quiero disculpar á la señora Desglines; pero el jóven, tal vez demasiado vivo, no me oyó, tira su espada, y tiro yo la mia. Conozco á los primeros botes que

Florvac no es para luchar conmigo; al instante le obligo á dar unos pasos atras; el jardin se vuelve teatro del combate. Como mi objeto es ganar terreno para estar seguro de poderme retirar con prontitud, no ceso de avanzar contra mi contrario, quien sorprendido de verse atacado tan vigorosamente va siempre reculando. Llegamos á la entrada de una calle de árboles que me parece ancha, rompo de repente y escapo. Mi adversario, tan valiente como poco temible, me persigue; la oscuridad no me deja correr mucho, me alcanza pronto. Me vuelvo, los aceros se cruzan de nuevo; el del enemigo manejado por un puño débil salta diez pasos; las dos mugeres corren, cogen y detienen al vencido; el vencedor se mete por detras de unos bojes y huye.

Sigo lo largo de la pared buscando la brecha de que me acuerdo haber hablado la señora Desglines, la encuentro, me encaramo por ella, y héteme aquí dentro de la cerca de los *magnetizadores*.

Ya que se trata de que os intereseis, lectoras compasivas, no debo callar una circunstancia que aumentó entonces el riesgo de mi posicion. ¿Os acordais de aquel vientecillo de que me quejaba no hace un cuarto de hora? Pues ahora sopla mas, y para mayor desgracia las espesas nubes que se quieren disolver despiden copos abundantes de nieve sobre mi camisa demasiado fina para lances tales. Compadeceos, bellas damas, compadeceos de un jóven á quien solo se puede tachar del excesivo amor que os tiene; y consi-

derad en qué tiempo, y con qué vestido se ve precisado á dar de jardin en jardin el mas penoso paseo.

Este duró mas tiempo que yo hubiera querido, porque me vi al fin de la cerca de los *magnetizadores* detenido por una reja que la cerraba. Tomo al instante mi resolucion, empujo con fuerza mi espada, y de tajo y de revés me puse á dar golpes á las barras de la reja para romperla si era posible.

A la bulla que hacia empezó á ladrar un mastin. ¡Oh buen perro, salvador mio! Sin tus enormes fauses en que resonaba un perfecto bajo, cuyos ecos circunvecinos multiplicaban los formidables acentos, tal vez me habria quedado á pesar de mi espada en mi prision hasta el amanecer, y Dios sabe lo que habrian hecho de mí entonces, suponiendo que me hubiesen encontrado aun vivo. Acudió un hombre y me abrió la reja.

Hombre. ¡Aun otro! ¡Que traza! ¡Que vestido para el invierno! ¡y la espada en la mano! Sin duda sale á matar moscas en el mes de noviembre. ¡Que manía tienen todos de querer dormir de pie! Como si nuestros abuelos, que tenían cien veces mas ideas que nosotros, no hubiesen inventado las camas para dormir en ellas! Id, señor *preidambulo*, subid al dormitorio, y dejad descansar, á lo menos por la noche, á un pobre portero á quien perseguís todo el corto dia de Dios. Os lo pido por favor, señor *sosambulo*, id á dormir, acostaos con los demas... Por allí no... por aquí...

No sabia si debía responder, cuando una muger furiosa vino ácia nosotros. Cogió á mi conductor y, llevándole consigo, dijo.

Madama Lista. Ven acá; bien se conoce de donde eres. ¿Temes que no halle la escalera si no le alumbras? ¡Que tonterías! ¡que de cosas!... ¡que no haya uno de esos perros de *cornambulos*, que nos haga el favor de romperse la cabeza!

La muger tenia razon. Sin romperme la cabeza hallé la escalera y busqué el dormitorio. Impaciente de encontrar algun rincón solitario y cómodo donde pudiese secarme y calentarme, anduve escudriñándolo todo hasta el cuarto segundo, donde en una inmensa sala, bien alumbrada con faroles, por una puerta entreabierta vi muchas camas en fila, pero no por de pronto ninguna vacía. Sin embargo despues descubrí una: eran tantas las urgentes razones que me obligaban á ocuparla que me escurrí por la puerta y me fui á ella. Me quité cuanto antes pude mi *vestido necesario*, todo mojado; como contenia mi tesoro, tomé la precausion de sacarlo y ponerlo bajo de mi almohada, y al lado mi espada. Despues quité muy ligero mi camisa, y la tendí sobre una silla. Estaba el lienso bien impregnado de la nieve derretida. Procuré secar con una punta de la sábana mi cuerpo ya casi hecho una sopa y desnudito. Me tendí á la larga sobre dos éticos colchones, mas contento que cuando me metí en la suntuosa cama del vizconde de Valbrun; tan cierto es el proverbio de que «*El placer viene del dolor.*»

Sin embargo, pasado el momento de lo mas vivo del dolor, la turba de dolorcillos no deja de acometer, y las mas veces el placer se destruye al instante. Cuando un calor progresivo hubo ya reanimado mi sangre; cuando ya pude remover sin trabajo mis miembros casi entorpecidos, las inquietudes del espíritu sucedieron á la fatiga del cuerpo. Consideré con estremecimiento la multitud de riesgos en que estaba metido; perseguido de fuera, y amenazado de otros peligros acá dentro ¿que será de mí? No ignoraba yo á qué casa me habia conducido mi destino, ni qué gentes tan extraordinarias la ocupaban; pero ¿como he de quedar en ella? ¿Como haré para salir? Y sobre todo ¿como he de satisfacer el fortísimo apetito que ha podido ser olvidado durante los grandes apuros, pero que ha vuelto ya de nuevo para clamar continuamente? ¡Ay de mí! Despues de las fatigas de un largo viaje y de una corta noche, solo he tomado en todo el dia una jícara de chocolate... ¡Oh, Sofía mia! no hay duda que debo llorar tu desgracia: tú gimes separada del objeto de tu ternura; pero á lo menos conoces la prision en que te consumes; á lo menos mientras me esperas, no careces de víveres ni de vestido. Mucho mas digno de lástima es tu esposo. ¿Como se ha de conservar para tí si no come? ¿Como te ha de ir á buscar sin camisa, sin vestido y sin zapatos?

A tan tristes y desconsoladoras reflexiones estaba yo entregado, cuando entran de repente muchas personas; se arriman á mi cama y

la cercan. ¿Que podré hacer en tal peligro? Pues que no habia medio de huir cerré los ojos, é hice como que dormia profundamente; pero en verdad yo estaba bien lejos de gozar la dulzura del sueño. Figuraos qué miedo debí pasar cuando, para examinarme mejor, me pusieron una luz delante de los ojos. Figuraos mi sorpresa cuando á mis dos lados vi á cuatro ó cinco observadores hacer este diálogo:

Primer hombre. No le conozco.

Segundo hombre. Ni yo.

Tercer hombre. Ni yo.

Madama Lista. Ni yo... pero esperaos... sí por cierto, sí... yo... sé que es un recién venido.

Primer hombre. ¿De esta noche?

Madama Lista. Sí.

Primer hombre. Tanto mejor.

Madama Lista. No parece mal.

Segundo hombre. No por cierto.

Tercer hombre. Bien está, se halla un poco fatigado, muy bien.

Segundo hombre. ¡Ah! eso no es extraño.

Primer hombre. ¿Lo habeis puesto en el baño?

Madama Lista. Sí señor...

Primer hombre. Eso es, baño y dieta.

Segundo hombre. No hay duda, no hay duda.

Tercer hombre. Su sueño ¿es bien natural?

Primer hombre. No hay mas que preguntárselo.

Segundo hombre. Sí, sí, bueno va, y ¿querra decirlo?

Tercer hombre. Probemos.

Primer hombre. Bien, preguntadle.

Madama Lista. Querido, ¿dormis bien? No responde.

Primer hombre. Preguntadle otra cosa, madama.

Madama Lista. Jóven, ¿por que habeis venido acá?... Vamos, no dirá palabra.

Primer hombre. Pues señora, está bien: hagámosle la operacion.

Segundo hombre. Eso es lo que á mí me parece que conviene.

Tercer hombre. Y á mí.

Madama Lista. Y á mí tambien.

A esto de *operacion* se me erizaron los pelos, me entró un sudor frio cuando sentí que levantaban mi cubierta de la cama.

Madama Lista. ¡Ay, Dios mio! (*Soltando la cubierta de la cama*) si está desnudo.

Todos repitieron: *está desnudo.*

Primer hombre. Mirad ahí en esa silla su camisa.

Segundo hombre. Está toda mojada.

Tercer hombre. Como si la hubieran metido en agua.

Madama Lista. Sí por cierto.

Primer hombre. Tanto mejor; es señal que ha transpirado.

Segundo hombre. Es que ha transpirado.

Tercer hombre. Es que ha transpirado.

Madama Lista. ¡Oh! ¿pero oleis?

Primer hombre. Sí, un olor muy fuerte.

Segundo hombre. Sí.

Tercer hombre. Sí.

Segundo hombre. ¡Ah! Ved aquí una transpiracion prodigiosa.

Primer hombre. No es escesiva... Yo he visto...

Tercer hombre. ¿Otras mas admirables?...

Primer hombre. Sí.

Segundo hombre. Yo tambien; la antigua medicina no produciria iguales á esta.

Primer hombre. Seguramente no... pero lo que me tiene admirado es... Oled, señores, oled.

Segundo hombre. ¿No es un humor acre?

Tercer hombre. Muy acre.

Madama Lista. Fétido.

Primer hombre. Efecto de una crisis.

Segundo hombre. Crisis muy feliz.

Tercer hombre. Si no hubiera sido por nosotros, tendria una fiebre inflamatoria.

Primer hombre. Pútrida.

Segundo hombre. O una aplopejía.

Tercer hombre. O una catalepsia.

Segundo hombre. O una parálisis de pecho.

Tercer hombre. O una esciática en la cabeza.

Madama Lista. Y habria tenido mucho peligro.

Primer hombre. Hubiera muerto.

Segundo hombre. ¡Oh! sí, habria muerto.

Tercer hombre. Es claro.

Por espacio de un minuto largo, durante el

cual comenzaba yo á tranquilizarme, todos á una repetían que me habria muerto.

Uno interrumpió el fúnebre coro para decir.

Primer hombre. A vos, señora, se debe el honor de haberle curado.

Madama Lista. Lo creo.

Primer hombre. Ya que va tan bien ¿por que no repetís el remedio?

Madama Lista. Con mucho gusto, pero mandad que le den una camisa.

La trajeron, me la encajaron, y me colocaron al momento en la cama de modo que mis dos pies colgados fuera de la cama descansaron en el primer palo de una silla en que me pareció entonces haberse sentado la muger á quien acababan de suplicar *se pusiese en relacion* conmigo (*término técnico*). Ella lo hizo al instante, apretó mis dos piernas con los dos muslos suyos; pasó con suavidad su mano sobre varias partes de mí cuerpo, y frotó de un modo muy gracioso sus dedos pulgares con los míos. Demasiado prudente para manifestar cuanto me gustaba esta *operacion* de nueva especie, fingí que dormía.

Segundo hombre. ¿Que sueño tan tenaz!

Tercer hombre. Cierto, parece un letargo.

Primer hombre. Tanto mejor; así producirá con mas seguridad sus efectos el *sonambulismo*.

Tercer hombre. Veamos ahora si habla.

Segundo hombre. Señora ¿gustais de preguntarle?

Madama Lista. Jóven, ¿el magnetismo os hace algun efecto?

No respondí palabra, pero la pregunta casi me pareció impertinente. Lector que me conoces y me honras con tal cual afecto, creo que me harás la justicia de convenir en que despues de una noche en el convento, y de una sesion en la cama de madama Desglines, mi pequeña desgracia con Justina no prueba nada; ademas te he dicho, y tú me crees, porque á cada instante te doy pruebas de mi suma franqueza, que yo estaba ya preparado á dar la satisfaccion mas completa á esta niña injuriada si no lo hubieran estorbado: y por esto juzgarás cuánto debieron picarme las dudas injuriosas que han recaido contra mí. ¿Preguntarme ahora si el magnetismo me hacia operacion?... á mi cuya imaginacion se inflama como la pólvora?... cuya sangre se enciende como la yesca?... Hembra astuta que me hacias esta interpelacion maligna, bien conocias tú que el magnetismo me hacia operacion. Bien seguro es que de reojo notabas el signo menos equívoco de que me hacia efecto; pues de repente dejaste los tocamientos cosquillosos, y dijiste de un modo triunfante á los que estaban á tu alrededor.

Madama Lista. Señores, dentro de ocho dias este jóven estará radicalmente curado, lo aseguro. Aun hay mas, dentro de un cuarto de hora vendré á preguntarle; será *sonámbulo*, y me responderá.

Luego que se alejaron de mi cama un poco los médicos abrí los ojos para ver á la jóven dama que al momento mismo de separarse me pareció haberme apretado algo la

mano. Su voz no me fué desconocida, pero no pude acordarme donde habian llegado á mis oidos sus dulces acentos. Por desgracia estaba ya de espaldas esta muger cuando yo la miraba; pero me pareció haber visto en otra parte su hermoso talle que ya me tenia encantado.

La seguí siempre con los ojos, hasta que vinieron á decirle que la señora *Robina* queria verla. Respondió que la hicieran subir, y despues dijo á los que estaban con ella:

Madama Lista. Señores, la señora *Robina* es una buena muger; estoy creida que es ella la que nos ha enviado esta noche esa hermosa pavita con criadillas de tierra, con que nos regalarémos mañana.

¡Una pavita con criadillas de tierra! ¡Ay de mí! Oír hablar de esto cuando con muchísimo gusto habria yo tomado un zoquete de pan seco!

Madama Lista. Buenas noches, señora *Robina*.

Robina. Para serviros, señora *Lista*.

Madama Lista. Vos venis á ver á vuestra querida hija *Robinita*?

Robina. Si señora.

Madama Lista. Pues, pasemos á este gabinete donde ahora duerme.

El gabinete estaba frente de mi cama; dejaron abierta la puerta, escuché y oí lo que sigue.

Madama Lista. *Robinita*, ¿dormis?

Robinita, en voz baja y con misterio. Si.

Madama Lista. Pero sin embargo hablais.

Robinita. Porque soy *sonámbula*.

Madama Lista. ¿Quién os ha iniciado?

Robinita. La profetisa *Lista*, y el doctor *Dabo*.

Madama Lista. ¿Que mal teneis?

Robinita. Hidropesía.

Madama Lista. ¿Y cual es el remedio?

Robinita. Un marido.

Robina. ¿Un marido para hidropesía!

Madama Lista. ¡Sí señora, un marido; la *sonámbula* tiene razon.

Robinita. Un marido antes de quince años, porque si permanezco soltera mas tiempo estoy perdida. Un marido que sea capaz de serlo, porque conozco algunos que no tienen mas que nombre de tales; que no sea de esos celibatos viejos, flacos, secos, desdentados, sin carnes, desmembrados, feos, gargagientos, enfermos, regañadores, tontos y cojos.

Robina. ¡Cojo! ¡ay de mí! El buen señor *Rifar* que la pretende, cojea un poco.

Primer hombre. Callad, señora *Robina*: mientras habla la *sonámbula* es preciso escuchar sin hablar palabra.

Robinita. Vaya fuera esa especie de gentes: no tienen mas mérito que tomar una soltera sin dote: hacen temblar á la pobre doncella desde que habian de casar con ella.

Robina. Sin embargo es preciso confesar que...

Madama Lista. Callad, señora.

Robinita. A mí me curará un mozo á lo mas de veinte años, de cabello castaño, piel blanca, ojos negros, boca encarnada, barba

azul, cara redonda, gordo, de seis pies y siete pulgadas de altura, bien hecho, sano, despierto y alegre.

Robina. He aquí el retrato del hijo de nuestro vecino el señor Tubufo, un pobre diablo. ¡Ah! hija mia, ¡que no tenga yo caudal para casarte!

Entonces de repente despues de muchos *chiton, chiton*, muy prolongados, hubo un profundo silencio.

Madama Lista. Silencio; el Dios del magnetismo me agita, me abrasa, me inspira. Leo en lo pasado, en lo presente y en lo porvenir. Silencio. En lo pasado veo que la señora Robina nos ha enviado esta noche una pabita con criadillas de tierra.

Robina. Es verdad.

Segundo hombre. Callad, señora.

Madama Lista. Veo que ha quince dias que quiso casar á su hija con el viejo Rifar, enfermo, regañoso y cojo.

Robina. Sin embargo es hombre muy amable.

Segundo hombre. Callad, señora Robina.

Madama Lista. Veo que Robinita conoce al jóven Tubufo, de seis pies, siete pulgadas, bien hecho, sano, despierto y alegre.

Robina. Sí, pero tan pobre... tan pobre...

Segundo hombre. Callad, señora Robina.

Madama Lista. Veo en lo presente que la señora Robina ha escondido en el fondo de un cajon de su armario grande quinientos doblones de... á...

Robina. ¡Oh! ¡Dios mio!

Madama Lista. Quinientos doblones de...á..

Robina. No digais mas.

Madama Lista. Quinientos doblones de á ocho, en cartuchos.

Robina. ¡ Ah! ¿ Por que lo habeis dicho?

Segundo hombre. Pero callad, señora Robina.

Madama Lista. En lo porvenir veo que si la señora Robina no dispone dentro de quince dias de los ocho cartuchos...

Robina. ¿ Ocho cartuchos?

Segundo hombre. Callad, señora Robina.

Madama Lista. De ocho cartuchos á lo menos para casar á su hija con el hijo del vecino Tubufo... Veo... El porvenir me espanta... ¡ Ah! ¡ pobres Robina y Robinita! ¡ desdichadas, que lástima os tengo!... Abrirán el armario de la madre; el corazon de la hija se abrirá por si mismo: quitarán el dinero de la madre; habrán quitado el honor á la hija; la madre morirá de pesadumbre de que la hayan robado; la hija desesperada buscará un pais extraño para parir un chico.

Robina, atemorizada. ¡ Ah! ¡ yo la casaré! Yo la casaré la semana próxima. Sí, la semana que viene se casará con ese pícaro de Tubufo.

La señora Robina se fué con esta determinacion, y uno de los doctores la acompañó con mucha cortesía.

Apenas creía yo lo que acabo de escribir, aunque yo mismo lo habia oido. ¿ Era un sueño impostor quien me presentaba estas ideas, ó era que no habia un adarme de juicio en mi cerebro enteramente vacío? ¿ De que escena

acababa yo de ser testigo por casualidad? Por una parte ; que mezcla de descaro, de extravagancia, y de charlatanismo! Por otra ; ;cuanta ignorancia, cuanta imbecilidad! ;Ay hombres! ;Cuanta verdad es que solo sois unos niños grandes! ;Cuanta verdad es que un jugador de cubiletes... Meditaba sobre esta eterna verdad en uno de aquellos momentos cortos y raros en que parecia que la prudencia queria acompañarme ; pero no hallando esta virtud donde tomar alojamiento en mi cabeza loca, huyó prontamente de mí, y como su precipitada fuga no me da lugar á concluir la reflexion sólida y profunda, no puedo concluir ahora la frase filosófica, epigramática y moral.

Se verá que mis ideas tomaron un rumbo totalmente diverso ; me hice reconvenciones poco delicadas, pero naturales en aquellas circunstancias : un hombre hambriento no es riguroso casuista. Yo me reprendia interiormente diciendo : caballero, ; por que no habeis tomado parte en las escenas que habeis presenciado para sacar algun partido de ellas? ; Por que no habeis respondido cuando os preguntaban? Con toda vuestra sagacidad no habeis sabido adivinar nada : despues con toda vuestra bella prudencia os portais como un poltron. Por cierto que merecias la pena de escaparte del furor de los elementos conjurados para venir á este miserable esqueleto de cama á morirte de miedo y de hambre. Bien merecias que el yerro fuese irreparable. Vamos Foblas, vamos ; no es aun desesperado el caso ; vamos, amigo, con alma y con valor, aun

puedes salir bien con un poco de maña y un mucho de audacia. Se trata de adquirir una buena comida que bien se necesita, y tal vez de pasar una noche muy agradable.

Confieso que la servicial profetisa me ayudó maravillosamente á la ejecucion de tan laudable proyecto. Estoy seguro que la señora Robina no habia llegado al pie de la escalera, cuando la señora Lista dijo á los doctores que volviesen á mi cama. Al acercarse cerré prontamente los ojos como la primera vez. Al instante acude la profetisa, manda que todos callen, y esforzando la voz, pronunció el oráculo espantoso.

Lista. ;Que fuerza superior me transporta sobre las nubes! Vuelo por la inmensidad de los cielos, mi vista examina el universo, mi vasta ciencia recorre los siglos pasados, el momento que pasa y la eternidad. Veo en lo pasado que el jóven echado en esta cama es un libertino de clase distinguida: que no contento con tener á un mismo tiempo una soltera bonita, ha osado aun en un encuentro casual soplar una ninfa muy amable al señor baron, su honradísimo padre. Veo en lo presente que este jóven mal eriado se llama de *Blasfo...* Veo en lo porvenir que no estará mucho tiempo enfermo, y que ahora mismo va á responder y á *sonambulizar*.

A mi verdadero nombre que pronunció la profetisa, disfrazándole con solo la trasposicion de la primera sílaba de que se compone; á la historia de mis amores que me hacia en compendio, y sobre todo á la historie-

ta secreta que me recordó con astucia, vine á caer en que era... Bella dama, ¿sabeis quien? No. Pues bien está; no quiero decírolo aun. Se me antoja que antes oigais las respuestas que dé á las preguntas que me hizo la señora Lista.

Lista. Hermoso jóven, ¿dormis?

Foblas. Sí, pero hablo porque soy so-námbulo.

Lista. ¿Quien os ha iniciado?

Foblas. La mas amable de las mugeres, la de quien tengo la mano, la profetisa.

Lista. ¿Que enfermedad es la vuestra?

Foblas. Esta mañana era aniquilamiento y disgusto infinito; esta tarde al contrario hay plétora y hambre devoradora.

Lista. ¿Que se ha de hacer á esto?

Foblas. Dárme cuanto antes sea posible una botella de vino de Perpignan y un pedazo de pavita con criadillas de tierra.

Lista. ¡Ah! ¡Ah!

Foblas. Y eso en el cuarto de la profetisa que me hará favor de que la vea yo á solas.

Lista. ¡Ah! ¡Ah!

Foblas. Yo le revelaré ciertas cosas relativas á la propagacion del *magnetismo*.

Lista. ¡Ah! ¡Ah!

¡O Vénus! ¡Vénus! tu quisiste para diversion del bello sexo y de mi larga juventud que se viesen en Foblas, á la edad de diez y siete años, la reunion de muchas calidades ordinariamente incompatibles. Con la bonita figura de una muchacha, tú me has dotado del vigor de un hombre; tú me has

dado gentileza y vivacidad; talento á la medida, elocuencia del momento, destreza que hace nacer la ocasion, paciencia que la espía, la audacia que arrostra los peligros, y otras mil gracias diversas, de que uno mas necio se ensobrevecería mucho mas, y tal vez usaría menos. Tú sabes cómo mi conducta te ha probado siempre mi gratitud, cuánto he apreciado tu culto, cuánto sobre tus altares adorados he prodigado los sacrificios. No obstante, si me has conservado para trabajos mas que humanos, si teniendo placer en multiplicar los obstáculos de mi camino y las tentaciones, quieres que desde el convento del arrabal de San-Marcelo, hasta el convento del arrabal de San-German sea detenido de casa en casa, y sin cesar me vea obligado á escoger entre una infidelidad pasagera y una eterna separacion ¡oh Diosa! te declaro que estoy pronto, que nada me detiene, que nada me espanta, y que aun cuando me hubiese de costar la vida, tentaré de ir hasta ver á Sofía...! Mas, ó Vénus! sed justa tanto como sois hermosa, proporcionad los medios á las dificultades, ved el sumo trabajo de vuestro favorito, vos no le habeis dotado aun de tanto como á veces era necesario. Vénus, vos lo sabeis: aquí no se trata de las gracias perecederas de vuestro afeminado cazador (1), ni de los esfuerzos conyugales de vuestro cojo herrero (2): el que ha de hacer mi carrera,

(1) Adónis.

(2) Vulcano.

necesita la fuerza prodigiosa de vuestro inmortal amante (1), ó los talentos fabulosos del esposo de las cincuenta hermanas (2).

Pero no es esto lo que Foblas os pide, oh divinidad bienhechora. ¿Sois acaso reina solamente de los placeres? ¿No sois tambien madre del Amor? Dos esposos cuando aun son amantes, ¿pueden acaso no pareceros dignos de vuestra proteccion? Desde lo alto del empireo, contemplad sin zelos á una mortal tan hermosa como vos; ella suspira, os implora y me espera. Honrad con una mirada favorable á su caballero; ayudadme, precaved mis peligros, alejad mis enemigos, conducidme hasta el asilo deseado, dignaos reunirme á la mas querida mitad de mi mismo. Entonces se quemará, bajo vuestros auspicios, un incienso deleitable y puro: entonces se os hará en accion de gracias un delicioso sacrificio, igualmente digno del ministro y de la víctima que del idolo.

Mientras hacia esta poética invocacion, acabó la profetisa su visita del dormitorio: baja en el momento á su cuarto, envíame á buscar; es inútil decir que me pongo el *vestido necesario*, y que dejo mi espada.

Madama Lista. ¡Ah! buenas noches, mi amable *antenado*.

Foblas. ¡Ah! muy buenas noches, mi bella *madrastra*.

Madama Lista. Foblas, dime qué aventura...

(1) Marte.

(2) Hércules.

Foblas. Cuéntame *Coralia*, ¿que metamorfosis?...

Coralia. Señor, estoy casada.

Foblas. Señora, estoy casado.

Coralia. Pero este acontecimiento me hace temblar por el honor del señor Lista.

Foblas. Pero, ¡oh *Sofía*! temo mucho caer en la ocasion!

Coralia. ¿Oyes, mi hermoso jóven? francamente, llegas á tiempo; porque un esposo es una cosa bien triste, y yo necesito un cortejo.

Foblas. Oyes, *Coralia*, yo te vuelvo á encontrar muy á propósito, porque hallar una buena moza jamas disgusta, y ademas necesito asilo, vestido y cena.

La señora Lista me hizo dar una bata, y mandó que me sirviesen la cena. Me trajeron la botella tan necesaria, y el ave tan deseada. Bebí con el ansia de un músico el mas sobrio que, despues de tres horas de reloj tocando sin descansar en una buena casa, no ha encontrado momento de refrescar. Comí con la constante ansia de un flaco autor que, admitido todos los lúnes á la mesa de un librero gordo, come allí periódicamente por el resto de la semana. Mientras empleaba el tiempo de la manera mas útil, *Coralia* me contaba en resúmen su historia.

Coralia. Algunos dias despues de la cómica catástrofe que me quitó al padre y al hijo en un mismo tiempo, traen á mi casa un grave doctor. El señor Lista me corteja, se enamora de veras y me ofrece su mano, que

no pude reusar porque es rico. Me casé con él...

Foblas. ¿Tu te has casado?

Coralia. Sí, me casé con él, en la iglesia. Y aun te diré otra cosa mas estraña, y es que tres meses ha que le soy fiel, pero comenzaba ya esto á incomodarme. ¡Oh! lo confieso, no me han hecho para ser solamente reducida al calendario de los viejos.

Foblas. Señora, entonces no creo haber llegado á vuestra casa tan á propósito como me haceis favor de persuadiros.

Coralia. ¡Bueno está eso! ¿Quieres andar en cumplimientos? No seas tan modesto... Para volver al señor Lista, me casé con él. ¡Me trajo á esta casa, que hallé llena de enfermos imaginarios, y de pretendidos doctores. Mi marido, que cada dia se hace mas rico con el *magnetismo*, me enseñó la *famosa doctrina*, que verdaderamente practico muy bien porque me divierte. Tú sabes, amigo mio, que soy naturalmente risueña, y que siempre me he divertido á costa de los que he atrapado. Por otra parte, me educaron para cómica, y el *sonambulismo* es casi una comedia pública. Por mi fe, dejando á parte el casamiento, mi nueva profesion no me desagrada. Coralía no baila, pero *magnetiza*: profetiza en vez de declamar: tú ves que siempre tengo que hacer un papel, y que para la sustancia no he hecho mas que mudar de teatro.

Foblas. Muy bien, Coralía; pero ahora que ya he cenado hablemos seriamente. Tú

no querrás que me vaya al dormitorio....

Coralia. No por cierto.

Foblas. ¿Consientes en pasar la noche conmigo á pesar del himeneo?

Coralia. ¡A pesar del himeneo! Di por causa de él; tú tienes talento, y aun tengo que decirte que un marido y un amante que paga, son una misma cosa: he leído, no sé donde, que siempre se tiene aficion al primer oficio. Yo, Foblas, no he olvidado el mio: sé por otra parte que ha mucho tiempo que las mugeres houradas hacen lo mismo; te aseguro que ninguna se habrá metido con mas gusto que yo en tales diversiones, ni por un mejor mozo que tú.

Me besó *Coralia*, correspondí, siguió luego la conversacion interrumpida por un momento.

Foblas. ¿Donde está tu marido?

Coralia. En *Beauvais*, por asuntos domésticos.

Foblas. ¿La camarera no dirá nada?

Coralia. ¡Ah! tienes razon, soy una tonta: es menester ponerla en el paso.

Al decir esto llamó con la campanilla, la camarera vino y su ama le dijo:

Coralia. Toma cuarenta pesetas que te regalo; pero cuidado con decir á mi marido que el señor ha dormido conmigo, porque diré que mientes, te sacaré los ojos y te despediré: anda, ve.

Despues de haber pronunciado con el tono mas magestuoso esta arenga, verdaderamente heróica, la señora *Lista* se metió en

su cama donde bien pronto me recibió.

¡ Ah! fué inutilmente: el magnetismo siempre engañador no cumplió lo ofrecido, y al parecer Vénus no me habia entendido. En vano apuró Coralia para que llegára el momento feliz de que habia concebido esperanzas en el dormitorio, todos los recursos de su antiguo oficio y de su nuevo arte: lo mismo que Justina, concluyó con dirigirme desesperada esta reconvencion amarga para mi corazon: *¡ Ah, caballero Foblas, no sois el mismo!* A fe mia no lo habria profetizado.

Y como yo no tenia muchas ansias por entrar en los largos pormenores necesarios para disculparme, hice con la señora Lista lo que habia hecho con la señorita Valbrun: me dormí sin responder ni siquiera una palabra.

Tú, censor escrupuloso, que tachas esta historia de no contener lecciones provechosas, observa cuán sublime y profunda es la moralidad que se saca del fondo mismo del asunto; admira con cuanta justicia, y por qué inevitable fatalidad las dos rivales de Sofía mas indignas, se han hallado una despues de otra y del mismo modo castigadas precisamente por donde ambas habian pecado.

Con todo, como la principal obligacion del historiador es ser veraz, aunque esta obra debiese parecer algo menos moral, no echemos á la famosa doctrina la culpa de lo que no la tiene. Digamos, en honor de la ciencia, que la profetisa debió principalmente al auxilio del magnetismo haber obtenido de su

enfermo la primera prueba de convalecencia. Pero añadamos tambien, ya que se trata de ser rigurosamente exacto, que el doctor, reusando comprometer su arte, no se atrevió á iniciarme segunda vez.

Ya eran casi las ocho de la mañana cuando la señora Lista me hizo encajar un vestido negro ancho que acababa de sacar del guardaropa de su marido. Antes de resolver el partido que debia tomar, era preciso advertir al señor Valbrun el asilo que mi buena fortuna me habia deparado. La comision era delicada; Coralia tuvo la bondad de encargarse de ella; pero no habia cinco minutos que se habia ido cuando la vi volver. Entró precipitadamente, empujó la puerta, eché el cerrojo, y como asustada me dijo: que estando para salir habia oido en la calle los gritos de un tropel de hombres. Que el uno de ellos cogiendo el llamador de la puerta cochera habia dicho: «Esta religiosa no puede estar lejos de aquí, es menester registrar todas estas casas de la vecindad. Vos ireis á buscar al comisario Gancho; tú Grifon, ponte en medio de la calle en centinela, y estos señores entrarán aquí conmigo; no necesitamos permiso porque esta es casa pública.» Coralia al darme esta mala noticia me habia llevado hasta una escalera secreta.

Coralia. Caballero mio, no puedes salir por el patio, porque los dependientes de policia han entrado ya por él.

Foblas. ¿Han entrado ya, Coralia?

Coralia. Sí, amigo mio. Al mismo tiempo que el cabo de ronda daba sus órdenes, ha llamado á mi puerta; el portero ha tirado del cordon, les abrió y solo he tenido el tiempo preciso para venir á darte aviso del peligro en que estás.

Foblas. ¿Por donde podré escaparme?

Coralia. Por ahí, sube por esa escalera hasta encaramarte en el tejado, pero te pido tengas cuidado de no hacerte mal.

Foblas. No tengas miedo.

CAPÍTULO XXXVI.

Obras de Misericordia.

Al instante me precipito á la escalera; subo, llego á las guardillas, salgo por una ventana, saltó á un tejado, y voy andando con aquella precaucion tímida que inspira la altura y desigualdad del terreno. Ya habia algunos minutos que pasaba de precipicio en precipicio, cuando descubrí en uno de los jardines á que alcanzaba mi vista, un hombre que habiéndome atisbado, alarmaba la gente. Me aceleré á recogerme al fondo de un cobertizo cuya entrada estaba cerrada con una mala puerta que tenia papeles en vez de cristales. Allí echado sobre un poco de paja, gemia un jóven que con voz muy débil me dijo:

Tristio. ¿A que venis aquí? ¿Que quereis? Siempre víctima de los hombres, habré presumido en vano poder ocultar á lo me-

nos mis últimos tormentos á su insultante compasion. Respóndeme, indiscreto estrangero, respóndeme, ¿por que vienes á multiplicar con tu presencia el horror de mi última hora?

Foblas. ¡Infeliz! ¿que me decis? Estoy muy distante de querer aumentar vuestras penas; ¡ah! ¡ojalá que pueda yo aliviarlas! ¿podré yo daros algun consuelo?

Tristio. No lo quiero, dejadme: bastante dicha tengo si puedo morir sin testigos.

Foblas. Me estremeceis; ¿estais devorado de algun mal tan vergonzoso que no podais confiarlo á nadie?

Tristio. Sí, de un mal vergonzoso, cruel, insoportable; pero mil veces menos que lo seria la confesion humillante que quereis arrancarme. Dejadme.

Mientras hablaba, un niño que yo no habia visto y estaba echado á su lado se despertó, me alargó los brazos y gritó diciendole:

Niño. Tengo hambre.

Foblas. ¿Por que no le dais de comer?

Tristio, con sentimiento y con un tono que partia el corazon. ¿Por que? ¿por que?

Niño. Tengo hambre.

Foblas. ¡Ah, pobres infelices! porque la miseria...

Tristio. ¡La miseria! ¡la miseria! es cierto que todo lo puede manchar, hasta la virtud misma. ¿Acaso tengo yo la culpa de que ha-

biendo nacido en otra clase, la mas indigente haya visto mi infamia atormentada de mis necesidades, y condenada á todas las privaciones? ¿Es culpa mia si haciendo inútiles esfuerzos para doblegar la ingrata fortuna, me sujeté á trabajos mal pagados, porque eran muy penosos, y emprendí proyectos que han quedado sin fruto porque los seguia con honradez y sin intriga; y me espuse á muchos riesgos porque todo resultaba inútil. Y cuando he llegado despues á elevarme hasta la abogacia, con lo que creí haberme abierto una carrera útil y gloriosa, ¿es culpa mia no haber encontrado mas que compañeros interesados en perjudicar al talento que creian reconocer en mí; no haber hallado mas que procuradores incapaces de apreciar un mérito cuyas alabanzas no escuchaban; no haber tenido amigos que se hallasen en estado de poderme prestar diez onzas para comprar *una causa celebre*? ¿Es culpa mia tomar una compañera de mi desgracia, cuando he sentido el aguijon del apetito sensual, placer de los ricos, necesidad de la gente pobre? ¿Me vituperarán porque dócil á la voz de la naturaleza, y no practicando aquel arte destructor con que nuestras hermosas damas faltan al primero de sus deberes, mi honrada muger me ha dado este niño que aumenta nuestra miseria? ¿Me acusarán de haber gastado demasiado en la enfermedad de mi muger, que ha muerto sin que asistiese ningun médico? ¿Ah! si mi vida durante su miserable curso estuvo atormentada de mil accidentes

imprevistos, agitada con un sinnúmero de pesadumbres, condenada á tormentos de toda clase; ¿quien osará decir que yo tengo la culpa? Con todo he sido el objeto de la irrisión; me han ridiculizado; me han prodigado las humillaciones; he tenido que aguantar las amenazas y devorar las afrentas; me han llenado de maldiciones y de oprobio: por fin todos han huido de mí; nadie quiere acercarse, como si temieran contaminarse; como si llevára yo impresa en la frente mi pública reprobación. ¡Dios mio! ¿por que me habeis probado de tantos modos? Poderoso Dios que leéis en los corazones, vos sabeis si mi conducta justifica el desprecio que han hecho de mí los hombres, vos sabeis si yo he hecho cuanto he podido para que mi pobreza fuese respetable á lo menos.

Foblas. ¿Como! ¿nadie os ha socorrido?

Tristio. Solo una vez, apurado de la estrema miseria, determinado por el riesgo que corria este niño, me hice la violencia de implorar la caridad de un hombre que se decia mi protector: ¿si supieseis con qué tono se lastimaba de mí, el cruel; con que barbarie levantó la voz y me tiró su limosna delante de todos sus criados!... Sin duda he merecido que me tratasen así, pues he sufrido que alguno tuviese valor de protegerme. He ido á buscar la beneficencia en el palacio del rico donde no se halla jamas otra cosa que limosna. He manchado con una bajeza mi vida irrepreensible hasta entonces.... Tú que me escuchas, si la naturaleza te ha dotado de alma

fuerte, si tú has conservado la altivez de carácter que da y justifica la conciencia de una vida pura, tú conoces que no podía, por urgente que fuese mi necesidad, recibir sin ignominia un socorro ofrecido de este modo; tú conoces que de todas mis afrentas la mas insoportable debia ser la última; y que no tenia yo mas recurso que la muerte... No, generoso desconocido, no, guarda tu oro, ya no es tiempo para mí... Volví de allí desesperado... treinta y seis horas ha que mi niño no ha comido mas que tres patatas... No, generoso desconocido, no; yo os pido que guardéis vuestro dinero; ya no es tiempo... Pero confieso que vuestro sentimiento me consuela, vuestro llanto me entenece... ¡O hijo mio! si te estan reservados como á mí los mas penosos trabajos... si como yo, has de estar continuamente luchando, ya con el oprobio, ya con el hambre, no hay duda, valdria mas que te llevase arrastrado tras de mí al sepulcro; pero el cielo te envia un libertador. ¡Oh hijo mio! estoy mas sosegado; te entrego á tu padre adoptivo; veo que es sensible y benéfico... señor, velad sobre este niño, y dejadme morir.

Foblas. ¿Por que morirse? ¿Que ciego delirio precipita vuestra juventud al sepulcro? Irritado por el resentimiento de la injuria que os hizo un hombre desapiadado, ¿se abriria vuestro corazon á la vanidad vituperable y pequeña, que reusa todo socorro extraño, que desecha con desden y con orgullo al que le presenta una mano desconocida? ¿sospechareis acaso que trato de insultar interiormente las penas que me

hacen derramar tantas lágrimas?

Tristio. No. Vuestro modo de hablar manifiesta que tomáis el mas tierno interes, y vuestra persona misma le muestra tambien; creo que hay en la tierra un hombre capaz de los sentimientos de humanidad.

Foblas. Pues bien: vivid para la sociedad; la injusticia que os ha hecho no la priva del derecho de reclamar vuestros talentos, cuyo ejercicio le puede ser útil; vivid para vuestro hijo, á quien vuestra prematura muerte entregaria sin defensa á los golpes de la suerte que os ultrajó por demasiado tiempo; vivid para mí... Sí, vuestro hijo será el mio; si, le volveré á ver, pero os quiero ver á los dos.... Amigo mio, no os obstineis en vuestra funesta resolucion... No dejeis de admitir lo que os ofrezco... Escuchadme. Ha un año y mas que metido en un mundo nuevo para mí, distraido continuamente con los placeres de una vida disipadísima, he descuidado las obligaciones que ninguna cosa debia impedirme cumplir. Os confieso que únicamente ocupado de mí, he olvidado absolutamente á los hermanos míos en quienes debí haber pensado todos los dias. Y ;cuantas familias honradas arruinadas actualmente sin recursos, se habrian podido sostener con parte del dinero prodigado en mis vanas diversiones! ;Cuantos infelices habrán perecido que yo habria podido salvar de su desesperacion! Amigo mio, dignaos ayudarme á reparar este yerro que yo no me perdonaré jamas. No pretendo ofreceros un débil socorro que no os sacaria de los horrores de vuestra

deplorable situacion sino por un cortísimo momento; en este bolsillo hay cien onzas de oro, tomad prestadas la mitad.

Tristio. ¡La mitad!

Foblas. Sí, la mitad, yo os lo pido. Con esas cincuenta onzas acudiréis á vuestras necesidades mas urgentes, podreis perfeccionar vuestros conocimientos, tendreis tiempo para daros á conocer, y en fin de adquirir algun nombre. Estas cincuenta onzas sean el principio de vuestra fortuna. Vamos, amigo mio, cuando esteis acomodado, ireis tambien á buscar algun desdichado á quien consolar, y la vez primera que un infeliz os habrá debido la vida, habreis satisfecho lo que me debeis.

Tristio. ¡Oh beneficencia! ¡oh generosidad!

Foblas. Vamos, amigo mio, tomad ese dinero, ánimo, dadme un abrazo y consolaos. Mirad: sé muy bien que la miseria no avergüenza mas que cuando es el fruto de la mala conducta; y casi siempre el beneficio que da honor al que lo hace, es el elogio de quien lo recibe.

Tristio. ¡Oh mi ángel libertador!... La providencia... Sí, Dios... Dios mismo es el que os envió para salvarnos... Sí, todos los dias me postraré al pie de los altares á dar gracias al Eterno: iré, y pediré al cielo que os colme de bendiciones.

Su voz estaba interrumpida con el llanto, el niño pasaba su manita cariñosa por mi cara bañada de lágrimas de su padre. ¡Oh dichoso momento! ¡como podré espresar tus delicias!

Tristio, con la voz algo animada ya.

Señor, dignaos decirme á quien debo la vida.

Foblas. No puedo.

Tristio. Me negariais la... Señor, tomad vuestro dinero.

Foblas. Pero...

Tristio. ¿Quereis que no sepa á quien debo estar reconocido? Caballero, no acepto vuestro dinero.

Foblas. Antes de hacer eso atended las razones.

Tristio. Señor, no lo acepto.

Foblas. Pues bien está; voy á daros pruebas de que tengo en vos una confianza sin límites; me llaman el baroncito de Foblas.

Tristio. ¡El baroncito de Foblas! ¡*Donde se anida tan gran virtud!* (1)

Foblas. ¿Como es eso?

Tristio. ¡Oh mi bienhechor! perdonadme: os pido mil perdones; en verdad que os agravo bien involuntariamente.

Foblas. Mis primeras aventuras han hecho ruido en la capital, y vos me condenais desde luego; tal vez juzgais sin oirme demasiado pronto y demasiado severo; amigo mio, disculpad las locuras de la juventud; compadeceos de las pasiones de la adolescencia; y para juzgarme esperad algun tiempo (2) porque no me conoceis.

Tristio. Perdonad vos una exclamacion tan indiscreta. ¡Ah! os conozco, y os debo

(1) Se sabe que este dicho de *Moliere* ha pasado á proverbio.

(2) Aviso al lector.

todo mi aprecio. Estoy seguro de que os enmendareis; un corazón excelente no puede andar distraído mucho tiempo.

Me cogió la mano, y me besó mil veces. Al abrazarle le dije:

Foblas. ¿Como os llamais?

Tristio. Tristio.

Foblas. Tristio, me gusta mucho vuestra noble franqueza: ¿quisierais hacerme gusto de ser mi amigo?

Tristio. ¿Que pregunta!

Foblas. Os vendré á ver en tiempo mas feliz.

Tristio. ¿Como?

Foblas. Es preciso que me esconda; no sé lo que será de mí, porque me andan buscando.

Tristio. ¿Os persiguen! Ojalá se cansen en vano vuestros enemigos! Ojalá su rabia se desvanezca! Pero ¿por que llevais ese vestido? Tal vez os habrán visto con él. ¿Por que no os poneis otro?

Foblas. ¿Y cual?

Tristio. Tomad ese vestido viejo negro que hay en ese rincon. Es mi vestido de abogado, único mueble que debí siempre conservar. Esta mañana contaba con ir á venderlo, pero las fuerzas me faltaron para llegar á la escalera. Y luego ¿que me habrían dado por él? ¿Está ya tan malo!... Pero tomadle, porque con él os podeis disfrazar perfectamente; esconded debajo vuestro vestido, y encima dejad vuestro pelo suelto que aun tiene bastantes polvos.

Mientras me ocupaba en disfrazarme de

nuevo, me tomé la libertad de hacer varias preguntas á Tristio, á las que respondió con mucho gusto.

Foblas. ¿Luego sois abogado, Tristio?

Tristio. ¡ Ah! sí señor...

Foblas. Siempre he creído que esta profesión era no menos lucrativa que honrada.

Tristio. ¡ Ah señor! ¡ Que oficio! Precisar á un pobre diablo á que os pague adelantado para que no se le obligue á comparecer! ¡ Alargar los pedimentos por medio de los procuradores á medio real la cara! ¡ Mentir todas las mañanas por cinco pesetas al tiempo que se da cuenta de los pedimentos! Ah, señor, ¡ que oficio! ¡ que oficio!

Foblas. No obstante hay tantos negocios en los tribunales, que todos deben tener que hacer.

Tristio. Así parece; pero primero el famoso colegio se compone de trescientos á cuatrocientos miembros, mas ansiosos de dinero que de fama. He visto á algunos de mis compañeros llenos de procesos y de crédito buscar los negocios y despreciando la gloria que en aquel mismo dia podian adquirir, hacer borradores de pedimentos, despachar precipitadamente consultas, responder de repente á cuantos se les presentaban con intento de entablar alguna accion é ir á hablar á todos los tribunales; y con esta actividad homicida chupar la sangre de cincuenta clientes, y devorar la sustancia de cincuenta compañeros hambrientos! ¡ Ah, señor, que oficio!

Foblas. Vamos, amigo, procurad daros á conocer, y...

Tristio. ¿Y como? ¿Si supierais cuantas pesadumbres me darán! ¿Con cuantos inconvenientes fatigarán mi paciencia! ¿Con que destreza llenarán mis principios de dificultades insuperables!

Foblas. Tristio, tal vez os espera mejor fortuna. Pensad en los oradores célebres, los cuales tuvieron como vos muchísimas dificultades que superar.

Tristio. ¿Que decis! Todo retrae á un ingenio que empieza: la sublimidad de los grandes modelos desespera; pero mucho mas los buenos sucesos que se ven y no se pueden concebir de ciertos hombres tan pequeños, tan pequeños!... ¿Os figurais que hay solo en la literatura reputaciones usurpadas, y no merecidas? En el foro, como en todas las carreras, el mérito tímido se avergüenza y se oculta, mientras la osada medianía se presenta, solicita, maniobra, se alaba á sí misma, alcanza y brilla con un esplendor que no siempre es efímero. Ante ayer, lleno de rabia de ver esto, me volví á mi guardilla para morir de hambre: mientras tanto mi compañero *el Embrollador*, embriagado de su buena suerte, moria de indigestion en su magnífico palacio. ¡Ah, señor, señor! ¿que oficio! ¿que oficio!

Foblas. ¿No hay ninguno entre vosotros que merezca la reputacion de que goza?

Tristio. Se pueden citar varios, cuyos apreciables talentos honran verdaderamente el foro. ¿Quiera la suerte que el foro los honre siempre! ¿Que nunca los odios secretos, di-

manados de rivalidades y de baja envidia, enemiga de todos los que sobresalen, no les derribeu por los pies para conseguir su ruina, y oscurecer su gloria! ¡Ah, señor, que oficio! ¡que oficio! Lo conozco demasiado. ¡Oh! ¿quien quisiera ejercerle si de cuando en cuando no se presentase la ocasion de defender á algun desgraciado con riesgo de que le *borren á uno de la lista?*

Foblas. Mi querido Tristio, las desdichas os tienen de mal humor.

Tristio, casi sonriéndose. Es verdad que un hombre muriendo de hambre de tres meses no mira las cosas por el mejor lado. Caballero, al instante habeis estado aviado... No puedo bajar á la calle... No habeis hecho nada por mí si no os tomais la molestia de enviarme algo que comer.

Foblas. Amigo mio, voy corriendo á hacerlo.

Mientras me hablaba me componia la ropa de modo que no se notase tanto su vejez; ambos lados estaban rasgados por abajo, y tuve cuidado de arremangarlos con igualdad, y como si tuviese miedo de mancharme por un lado; encajé uno de los lados por la abertura, y metí el otro bajo del brazo. Una larga y ancha corbata dejaba mi pecho descubierto, hice un gran lazo, y lo sujeté con alfileres... Por lo que hace á la espalda los pliegues ocultaban los agujeros, y así todo iba perfectamente. No parecia un abogadito, sino un procurador síndico... Adios, Tristio. Si os preguntan...

Tristio. Antes me matarán que esponeros al menor riesgo. ¿Pero tardaré á veros?

Foblas. No lo sé.

Tristio. ¡Oh! ¡yo os buscaré, yo me informaré! Pero os pido, señor Foblas, que no olvideis al que os lo debe todo.

Foblas. No olvidaré á mi amigo Tristio.

Tristio. ¡Adios, mi bienhechor, ángel libertador, adios!

Cuando estaba yo á lo último del corredor, el niño esforzaba su vocecita y me dijo:

Niño. Adios, papá mio.

¡Su papá! ¡Y el padre me llama su ángel libertador! ¡Y yo saco de las garras de la muerte á dos víctimas! ¡Y mis ojos aun estan húmedos de las lágrimas mas dulces que he derramado en mi vida! ¡Y mi corazon está lleno de una satisfaccion deliciosa! ¡Oh que placer inefable se tiene cuando se hace una buena accion! ¡Oh felicidad suprema de que no tenia mas que una idea débil! Pero ¿que es esto mas que dar dinero á un hombre de confianza para que lo distribuya?... Es menester ir por sí mismo... ¡Oh, Sofía mia! algun dia subiremos juntos á las guardillas, penetraremos en los rincones de los pobres. Allí sabremos descubrir la miseria que se oculta, anticiparnos á sus penosas confesiones, proporcionar el remedio á sus necesidades, y calmar los dolores con los consuelos. ¡Allí, bella muger mia, veinte infelices sustentados con tus beneficios, te rendirán un homenage conforme á tu corazon! ¡Cuanto mas hermosa

me parecerás, cuando te habré visto enterne-
certe de sus aflicciones secretas! ; cuando ven-
drás llena de satisfaccion con sus bendicio-
nes! No me verán á mí; tú sola, tú te pre-
sentarás. Tu mano sola es la que podrán be-
sar; ; á tí sola te podrán llamar su ángel li-
bertador! Tú tienes cara celestial, cada una
de tus facciones manifiesta un alma divina.
; Oh, Sofía mia! ; tú mantendrás á los padres
de familia, los huérfanos, las viudas pobres,
las hijas abandonadas, las viudas, las solte-
ras!... Foblas, lejos de vos una horrible idea...
Respetad la belleza desgraciada que habeis
socorrido, ó renunciad á todo sentimiento de
honor, y quedad para siempre condenado á
la execracion de los hombres.

CAPÍTULO XXXVII.

Prision y libertad de Foblas.

Me fui reflexionando de este modo hasta la
puerta de la calle, donde los peligros que
me cercaban fijaron mis ideas sobre otros ob-
jetos diferentes. Apenas habia salido cuando
ya muchos hombres me seguian. Uno de ellos
me asustó con su manera de mirar que pa-
recia reconocerme de pies á cabeza. Despues
con un modo ya irresoluto, ya decidido, vol-
viendo á dirigir sobre mi pálida figura sus ojos
vizcos, y mirando tambien á las malas fachas
de sus compañeros me parecia que los consul-
taba varias veces, y que otras tantas les de-

cia tambien: *el es*. Yo ví el momento en que iban á cogermé; y persuadido de que no podia salir del riesgo sino con audacia, me volví de pronto con mucha gravedad: habiéndome servido á propósito mi memoria, repetí en voz alta el nombre que me habia dicho la señora Lista, y grité *Grifon*. El feo señor que me tenia inquieto era precisamente *Grifon*.

Grifon. ¿Que se os ofrece?

Foblas. ¡Como! pues que ¿no me conoces?

Grifon. Yo no sé aun...

Foblas. ¿Y vosotros, señores?

Un corchete. Menos que él: no sabemos nada.

Entonces tomé noblemente un aire de señor, revisté toda la tropa, miré al gefe de pies á cabeza, y por último dejé caer de mi boca estas palabras.

Foblas. ¿Como, buenas gentes, no conocéis al hijo del comisario *Gotor*?

A este respetado nombre habriais visto á todos los pillos, llenos de respeto, quitarse al instante sus gorras de lana ó sus sombreros de un modo muy gracioso, cogerse el tupé, echar con mucha destreza sus pies derechos atras, y hacer de este modo, pidiendo mil perdones, la reverencia de estilo. Con un gesto que les hice con la cabeza les manifesté que estaba satisfecho, y dirigiéndome á *Grifon*, dije:

Foblas. Vamos, buen hombre, ¿hay algo de nuevo?

Grifon. Aun no hay nada, pero hay apariencia de que habrá luego. Creo haber atisbado á la buena muchacha sobre el tejado; preciso será que baje. Se ha vestido de monja, pero eso no le hace: yo aseguro que no se la pegará á Grifon.

Foblas. ¡Ah! Y si se va por el cabo de la calle.

Grifon. ¡Ah! ¿Ya la espía Fierabras con los pillos?

Foblas. ¿Y por este lado?

Grifon. Lo mismo: está dando vueltas con los hurones el *Hállalo-todo*.

Foblas. ¡Con los hurones! Tomad, muchachos, id á echar un trago. A ti, Grifon, te encargo que vayas al instante á llevar un pan, un pedazo de asado, y una botella de vino á un señor Tristio que vive ahí (*enseñándole la casa*)... en esta misma acera, en un cuarto quinto. Con lo que te quede de las seis pesetas volverás á la taberna á beber con tus camaradas.

Todas estas gentes se deshacian en cumplimientos mas groseros que enérgicos; sus gestos me parecieron tan feos como ridículos, y su alegría me entristecía, porque de veras era tan grosera como ellos. Cuando ya se habian ido me decia yo á mí mismo: por un lado *Fierabras* y los *pillos*, por otro el *Hállalo-todo* y los *hurones*; ¿osaré ir?... ¿Me espondré á segundo exámen?... tengo miedo... esta pretendida religiosa á quien ellos persiguen se ha vestido, segundo ellos dicen, de hombre... Si pudiera disfrazarme de mu-

ger? No sé, pero *Fierabras* y *Hállalo-todo* me asustan... ¡Ah! ¡ah! ¿Quién es esa muchacha que desde una ventana del cuarto segundo llama con mucho modo á los que pasan?... Vamos allá, puede ser que con dinero... Vamos allá; verémos; si no hay otro arbitrio siempre me queda la libertad de ir al fin de la calle á presentar á los *hurones* el hijo del comisario... Vamos, subamos... es mala tertulia, Foblas; pero quien no se arriesga no pasa la mar.

De un brinco entré en casa de la pobre muchacha que habia dejado la puerta entrea-bierta. Vió mi vestido, y se figuró que era algun demonio que se la iba á llevar. Dió tal grito que pudieron oirle todos sus parroquianos de aquellos alrededores. Yo que no me proponia coger la multitud de amantes de esta moderna Aspasia, me di para sosegarla mucha prisa á quitarme el malhadado traje. Su miedo mortal se disipó luego que oyó que le protestaba que no era el señor comisario. La cosa cambió bien pronto cuando me vió sacar del bolsillo una media onza; entonces brilló sobre su rostro, enteramente sereno, una dulce esperanza. Por un movimiento maquinal su brazo izquierdo se levantó en alto y descansó... ¡Que no sea yo *Tristan-Shandy*, hermosa señora, para deciros á que altura, á que línea y en que situacion! Por lo que hace á la mano derecha, lo he notado bien; como que acababa de salir de la caja de tabaco, tenia poquísimo que andar para llegar al lugar de su destino; con todo no

pudo concluir su curso; se detuvo y se fijó en la altura de la barba. Allí me pesó algo de haber notado que habiéndose separado los dedos el gran polvo de tabaco, que antes estaba muy apretado entre el pulgar y el índice, acababa de escaparse. Un económico zéfiro, que no quería que todo el género se perdiese, sopló algunas partículas sobre mi membrana pituitaria, y, como nunca tomo ese maldito polvo, estornudé. Sin embargo la amable muchacha con la boca aun medio abierta, la frente siempre radiante, los ojos invariablemente fijos sobre el brillante metal, no me dirigió ni una sola palabra de cortesía; pero en su modo compasivo y al mismo tiempo gracioso, tuve lugar, sin que me quedase duda, de observar que se moría de ganas de decirme: *Dios os bendiga.*

Foblas. Esta media onza es para vos, querida.

Paca. Muchas gracias.

Corre como un rayo á cerrar su puerta, luego su ventana, en la que tiene una cosa apolillada que alguno menos delicado llamaría tal vez *cortina*; despues á su alcoba, y....

Foblas. Venid, venid, muchacha, demasiado complaciente y demasiado viva, si me hubieseis escuchado hasta el fin os habriais ahorrado inútiles demostraciones que deben costar tanto á vuestro amor propio como á vuestro pudor... Verdaderamente, hija mia, has interpretado mal mis intenciones. Por la media onza que te doy te pido únicameu-

te que me des un vestido de muger, y que me ayudes á vestir.

Paca. Con mucho gusto.

Foblas. Eso es muy bueno: tú quieres todo lo que uno quiere.

Paca. ¡Toma! como que es menester hacer bien su oficio.

Foblas. ¿Que es lo que me das ahí? Un zagalejo que quiere ser blanco, lleno de lodo de arriba abajo.

Paca. Es que llovía cuando he venido de casa de Nicolas.

Foblas. ¿Y este jubon todo rasgado?

Paca. Lo puse así el lunes pasado, peleándome con un pasante de procurador que no queria pagarme.

Foblas. ¿Y este pañuelo todo puerco?

Paca. Un fraile me lo ha puesto así.

Foblas. ¿Y esta cofia de bañarse, toda tostada?

Paca. Mi cortejo me la echó en la lumbré, furioso de zelos el otro dia.

Foblas. Vamos, vamos, muchacha, toma esos andrajos que no los quiero. Tómalos y dame tus mejores trapos, que te los pagaré lo que tú me digas; la media onza es solo para que no digas nada.

Paca. ¡Si os hubierais explicado! A fe de muger honrada, Paca os dará lo que tiene mas brillante; tomad el vestido de Pantheon.

Foblas. ¡Diablo! ¡este vestido es elegante! es un soberbio trage de baile.

Paca. ¡Yo lo creo! Era de una señora; una hermosa marquesa lo llevaba, lo dió á

su doncella, y esta me lo vendió.

Foblas. Es un vestido hermoso; conozco á quien tenia uno... ¡Es muy hermoso!

Paca. Tan hermoso que no me atrevo á ponérmelo. Además es demasiado largo para mí; os le cederé por lo que me costó, que fué cien pesetas; además os daré sin aumento de precio este gran sombrero negro con su penacho, y las pruebas de mi cariño, si que-reis, porque sois muy buen mozo.

Foblas. Acepto el vestido y el sombrero: por lo demás muchas gracias.

Me faltaba una camisa. Paca tuvo mucho trabajo en poderme dar una medianamente buena; le costó gran violencia no herir mi tímido pudor al ponérmela. El vestido que me puso despues parecia que lo habian hecho para mí.

Paca. ¡Que bien os cae este vestido!

Foblas. Perfectamente... Y cuanto mas le miro... Oyes, dime: ¿quien te lo ha vendido?

Paca. Una sirvienta de la señora...

Foblas. ¿Sabes como se llama?

Paca. Justina.

Foblas. ¡Justina! ¿Justina es quien te ha vendido este vestido de baile?

Paca. Si señor, ¿conoceis á Justina?

Foblas. ¿No dices que pertenecia á una marquesa?

Paca. Sí, ¿conoceis á la marquesa?

Foblas. No, este vestido... En efecto.... Seguramente es él. Es el mismo.

Paca. ¿Conoceis el vestido?

Foblas. No: ¿quien me habia de decir,

un año ha que otra vez me disfrazaría con él; y esto en un parage... Lo que es el mundo... ¡Como se enredan las cosas!...

Paca. ¿Que estais diciendo entre dientes?

Foblas. Me acuerdo que entonces lo entregué á Justina para que lo devolviese á la marquesa, pero la tunanta lo creyó de buena presa. ¡Como se descubre todo!

Paca. Hablad alto, corazon mio.

Foblas. He aquí este vestido que sin duda en otro tiempo hizo su papel entre los mas elegantes: este vestido que se presentó con honor en nuestras tertulias mas brillantes... hele aquí...

Paca. ¿Que decis?

Foblas. ¡En que parage le hallo! ¿y poseido por quien?

Paca. ¿Que mandais?

Foblas. ¡Que ignominia ha manchado los dias de su gloria que tan presto se eclipsó!

Paca. Levantad la voz, mono mio, de modo que os entienda.

Foblas. ¡Estraña vicisitud de las cosas humanas!

Paca. ¡Ah! está bien; pero ¿á que viene eso?

Vosotras, hermosas señoras, que dormis tranquilas en la confianza del respeto que se tiene á vuestras virtudes, y en la seguridad que os inspira la discreta fidelidad de vuestros criados, ¿osareis acaso, despues de un ejemplo semejante, sostener con firmeza que nada de lo que os pertenece se verá prostituido?

Paca. No os entiendo una palabra ¿Por que hablais tan bajo?

Foblas. Hermoso vestido que me prestó mi hermoso cortejo; bello vestido con que me engalané una vez, y que ella hermosteó muchas, ¿podré volverte parte de tu esplendor pasado?

Paca. No he podido entender mas que al último *mi esplendor pasado.*

Foblas. ¿Que cosas tan dulces me recuerdas!

Paca. ¡Ola!

Foblas. ¿Que placeres me haces recordar!

Paca. ¿Yo?

Foblas. Permitid que un beso... un solo beso...

Paca. ¿Y por que no muchos? Eso es lo que quiero, porque sois el hombre mas hermoso que he visto jamas (*Besa á Foblas al tiempo que éste iba á besar el vestido.*)

Foblas. Muger amable, este vestido está aun todo lleno de tí.

Paca. ¡Vaya! me hace cumplimientos.

Foblas. Sí, este jubon ha conservado la huella de tus...

Paca. ¡Toma! yo tengo tambien...

Foblas. Mi imaginacion se exalta, mi sangre me hierbe.

Paca. ¡Como! un beso solo te pone en ese estado?

Foblas. Un fuego devorador me consume.

Paca. Cuidado con eso.

Foblas. Así dicen que se abrasaba el va-

liente Hércules luego que se puso el fatal vestido de Deyánira.

Paca. Todo eso, mono mio, será muy bueno, aunque yo no lo entiendo. Pero lo mismo es...

Foblas. ¿Que me quereis? ¿Que haceis?... ¡Eh! no, no, dejadme, no quiero... Toma, Paquita, las cien pesetas que te debo. Hazme favor de ir á buscar un fiacre y de hacerle venir; tu me acompañarás hasta la puerta de Luxemburgo. Cuando te deje allí te daré algo por el viage, pero sobre todo despáchate, y guárdate de hablar una palabra á persona ninguna.

Paca. Os prometo que no lo diré á nadie, porque os amo, porque sois generoso, y porque teneis talento, pues me hablais como un libro todo lleno de bellas cosas que no comprendo.

Foblas. Anda, ve, Paquita, ve pronto. No habia cinco minutos que se habia ido cuando oigo torcer la llave y abrir la puerta. Figuraos cuanto me quedaria sorprendido y asustado cuando veo entrar á un desconocido que, como si estuviera en su casa, me dijo: *buenos dias*, sin mirarme siquiera á la cara, y tira su sombrero y su baston sobre la cama. Noté que sus piernas vacilando le hacian andar de traves, que daba frecuentemente vueltas, que se agarraba de los muebles, y que tropezaba en las paredes. La boca se le abria con fuerza, su lengua apenas articulaba y hablaba entre dientes; tomó una silla y se sentó á mi lado; luego levantándose se hizo

á si mismo, despues de algunos juramentos preparatorios, esta juiciosa observacion: *me engañé*; luego añadió:

Nicolas. «Paca, yo apuesto que has estado impaciente viendo que no volvía esta «noche antes del amanecer. Te has puesto «rabiosa de esto como es justo. ¡Ah! es que «había tanta gente en esa fonda de Inglaterra... Un gentío... Y gentes de pro... Mira tu, «estaba el pastelero, nuestro vecino... Y después el mayordomo de ese señor... Ese otro... «ese otro de esas gentecillas de acá... En «fin no ha habido ni una quimera siquiera. «¡Mira tú!... Excepto uno que ha muerto á «otro, pero no hubo más... Al cabo de un «cuarto de hora ya no se volvió á hablar «de él... ¡Ah! es un gusto estar en una buena tertulia: es un gusto en la fonda de Inglaterra... Hay personas que se arruinan en «esta fonda... Con un gusto... Especialmente cuando uno gana... Yo he ganado... Volviendo... No es que haya bebido mucho al «volver... Pero el vino no valía nada... Todos esos taberneros son unos pícaros. Y lo «peor, es (ya que es preciso decirlo todo) «que el vino no vale nada este año... Y yo «estoy un poco alegre... ¿Que te parece, Paca?... Ya ves... Cuando uno está cargadito, «se cae...

A estas palabras se levantó para venir derecho á mí; pero sin querer cogió por la izquierda, se echó contra la vidriera y quebró algunos cristales... Después de muchas vueltas llegó hasta donde yo estaba, y durante

algunos segundos me miró, pegado á mí, de un modo que me habria divertido mucho si no hubiera estado tan inquieto.

Nicolas. «Soy yo... tú eres... mira bien «tu cuarto y tu vestido guapo... pero yo es-
«toy peneque... ¡oh! sí, yo estoy peneque...
«tú tienes los ojos negros, y yo los veo azu-
«les... tú eres rubia, y me pareces more-
«na... tú eres pequeña y te hallo tan gran-
«de... Oh, yo estoy dentro; es claro... pero
«aunque no sea; quiero persuadirte que eres
«bonita, y que soy tu cortejo.»

Se acercó á mí; yo me retiré; me siguió, le hice ademan de amenazarle, me dió un puñetazo, le volví dos, se agarró á mi penacho, yo le agarré por el pelo; al caer me llevó tras sí. El caballero de Foblas, tendido en el suelo, fué rodando por el polvo con el vil amante de una moza pública. Lo que por poco habria decidido á favor de mi contrario la desigualdad de este indigno combate, era que el vestido no era cómodo para andar á puñadas. Sin embargo no habria podido balancear por mucho tiempo, porque en esta manera de esgrimir habia esta diferencia totalmente á favor mio, que sin hablar ni una sola palabra, antes de sacudir paraba el golpe, pero el vil juraba como un cochero, no cuidaba de evitar los golpes, y solo procuraba darme y no soltarme; se puede conocer que el mas habla-lor no era el menos maltratado; pero antes de conseguir desprenderme de él, acudieron los vecinos á la bulla. Contentos de hallar este motivo de poderse librar de su odioso in-

quilino, comenzaron por llenarnos de imprecaciones y de golpes, despues nos separaron, nos hicieron bajar, y nos entregaron á la guardia que uno de ellos habia ido á buscar.

Dos soldados pusieron la trabilla á mi compañero, y otros dos me dieron la mano, el pueblo me silvó, y los niños corrían tras mí; pasé triunfante por medio de los *hurones*, que no esperaban con ese pomposo vestido ni con tau honrado séquito á su pretendida religiosa disfrazada de hombre. Pero ¡cuantas calles anduvimos á pie! ¡cuanto lodo cogido en el camino manchó el bello vestido, al que habia esperado poder volver el antiguo esplendor! ¡cuantos dichos groseros oí en el camino! ¡con que brutalidad me arrastraban mis inciviles conductores! ¡Ah, pobres mozas! ¡Dios os libre de la guardia de Paris!

¡Dios os libre tambien del comisario! ¡Un juez de paz echarlas de magistrado! ¡Hacer como que condenaba, sin oír!... Un pesado cabo contó el hecho que no sabia; sus soldados atestiguaron lo que no habian visto; muchos testigos dijeron á voces que yo era una muger pública y que sacudia á mis amigos: el pasante espedito, comprendiendo poco y escribiéndolo todo, cerró el proceso verbal antes que ni siquiera se hubiese dignado informarse de si teníamos alguna razon de defensa; y el tribunal despótico del orgulloso vecino pronunció esta providencia sin apelacion: *el hombre á la cárcel de la Fuerza, y la muger á la de San Martin.*

¡ *A San Martin!* ¿ Con que es cierto que me llevaron allá? Luego es cierto que el mas precoz de todos los adolescentes, el que muchas veces en ciertos casos se habia manifestado tan superior á los hombres hechos, el que con sus triunfos en los galanteos tenia divertida, entretenida y admirada la capital, por último el baroncito de Foblas, proclamado moza en un juicio público, se vió encerrado en la casa de la *Pequeña Galera* para esperar allí el dia en que el gefe de policia la mandase trasladar á la casa de la *Gran Galera* con otras cien muchachas prostitutas.

Y ¿ por que me he dejado llevar á esta horrible cárcel? ¿ Porque? Porque decir mi sexo ante el comisario hubiera producido una multitud de preguntas que para responder á ellas me habria visto en mil apuros. En todo caso ¿ este remedio no me quedaba siempre? y ¿ no debia lisonjearme de que otros igualmente fáciles me evitarian aquel riesgo? Con maña y con oro yo forzaré las puertas de la *cárcel de San Martin* mas facilmente que las de *la Bastilla*... Pero no debia descuidarme, porque la pérdida de un instante podia costarme caro. En el arrabal de San Marcelo, que por segunda vez era el teatro de mi gloria y de mis infortunios, por mil accidentes podian descubrir el rastro que el caballero de Foblas acababa de dejar al paso. Vamos, ligero, llamemos algunos amigos que vengan á socorrernos... ¡ Amigos! En Paris no tengo mas que conocidos... Rosamber me ha jugado una mala pasada... ¡ Rosamber! y luego está lejos.

Derneval lo está mas... La señora marquesa tal vez no habrá llegado aun... Por otra parte ¿como le he de avisar que estoy aquí, sin comprometerla? Pero mi amiga, mi amante, mi muger... Ella es; ¡oh! sí, ella es á quien debo avisar... No; Duportal está ahí, y sin duda no se duerme; puede interceptar las cartas, y volverme á hacer otro robo... No, no quiero adoptar un medio que me esponga á privarme de mi Sofia... Falta el vizconde de Valbrun... No es cosa de enviar á su *casita*, y no sé donde vive; el comisario se informará; escribamos al vizconde.

Lo que os digo en treinta lineas, hermosa señora, os lo podria estender como otro cualquiera en treinta páginas, pues fué todo el resultado de dos horas de reflexion; pero porque yo me haya fastidiado ¿he de fastidiar tambien á los demas? No ignoro que el uso de los literatos, ó de los libreros, que con frecuencia son una misma cosa, es emplear mucho papel con la única mira de multiplicar hojas, pero este cálculo puramente mercantil no es para un hombre de mi clase. *¿Un noble literato calcularia como un plebeyo de talento? Eso no tendria ejemplar (1).*

Pero volvamos á San Martin. Habia cerca ya de dos horas que reflexionaba en mi situacion tan dificil de que iba á informar al vizconde cuando llamaron á Paca. Asustado me costó mucho trabajo ir por el primer cor-

(1) Se sospecha que en todo este trozo hay algo de ironia. *Nota del editor.*

redor. Allí encontré á una petimetra, que habiéndome dado dos ó tres ojeadas con desden, me mandó muy secamente que la siguiera. Las puertas de la cárcel se abrieron; mi alta-nera protectora montó con mucha gravedad en su coche, y con un gesto de cabeza me hizo saber que ya podia tomar mi asiento en la delantera. Obedecí, partimos, y entonces dirigiéndome á la desconocida le dije:

Foblas. Muchas gracias.

La baronesa. No teneis de que dármelas: es verdad que os he sacado de este bello sitio, donde no me parece que estabais mal puesta, á mi juicio, pero os aseguro que no ha sido por haceros favor directamente.

Foblas. Con todo eso, señora...

La baronesa. Madamita, os suplico que me creais.

Foblas. ¿Por que reusariais el justo homenage?...

La baronesa. ¡Dios mio! ¡que cumplimientos! No me gustan. No hablemos mas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual decia entre mí, ¿quien será esta incivil libertadora mia, que me hace un bien tan grande y que me trata tan mal? ¿En que vendrá esto á parar?

La hermosa señora que me habia mandado callar, al cabo de poco tiempo me ordenó que hablase.

La baronesa. ¿Sabeis leer?

Foblas. Un poco.

La baronesa. ¿Y escribir?

Foblas. Lo mismo.

La baronesa. ¿Peináis?

Foblas. ¿A las mugeres?

La baronesa. ¿Pues? se supone.

Foblas. Así, así, señora; y ¿esto es todo lo que?...

La baronesa. Basta, señorita; ¿os olvidáis de que no os corresponde preguntarme á mí?

Al instante paró el coche delante de una hermosa casa; la desconocida me hizo entrar en un aposento magnífico donde hallé al señor de Valbrun.

Valbrun, abrazando á Foblas. Buenos días, mi querido Foblas, ¿no estais contento del zelo con que os ha servido la señora baronesa de Fonrosa?

La baronesa, riéndose. ¡Ah! ¿como he mortificado á mi querido Foblas? Preguntadle si no he comenzado ya la venganza de mi sexo. Vamos, gentil caballero, no hay que estar enfadado conmigo, no debéis mirarme mas que como una mágica protectora que acaba de sacaros de entre las uñas de los encantadores; y para manifestar que lo agradeceis venid á besarme la mano con mucho respeto.

Obedecí á la baronesa, y le di muchas gracias. Despues, dirigiéndome al vizconde, dije:

Foblas. Señor de Valbrun, vámonos.

Valbrun. ¿A donde?

Foblas. A ver á Sofía.

Valbrun. Pues que, ¿Sofía está en Paris?

Foblas. En este mismo arrabal, en el

convento de dominicas.

Valbrun. Mejor; pero esperaos un momento, porque tengo que deciros lo que he hecho, y es preciso que tomemos las medidas necesarias para lo que queda que hacer.

Foblas. ¿Vos debeis, señor vizconde? Yo debía empezar por daros gracias y aseguraros de mi gratitud.

Valbrun. Empeñaos ahora en probármela.

Foblas. No dudeis que estoy muy reconocido.

Valbrun. Pues bien, hacedme favor de escucharme.

Foblas. Con mucho gusto, pero vámonos.

Valbrun. ¡Que petulancia! Hacedme gusto de oír.

Foblas. Mi Sofia...

Valbrun. Ahora hablaremos de ella. Caballero, ayer á media noche volví á mi casa, como os habia ofrecido. Justina, que me contó lo que habia sucedido, me metió en mucho cuidado sobre lo que os podria haber acaecido. No sabiendo qué ocurriese, y deseando poder socorreros en cualquier caso, tomé el partido de quedarme con Justina. Esta muchacha, que me parece que os quiere mucho, se asoma continuamente á la ventana de la calle. Le pareció que os habia visto dos veces aquella mañana con diferentes vestidos. Dos horas ha, me dijo, que la guardia os llevaba, y me añadió que os habia conocido mucho mejor, porque traiais un vestido que certísimamente habia sido en otro

tiempo de la marquesa de Babia. Inmediatamente se introdujo entre el tropel de los que os acompañaban un fiel emisario, á quien se le habia encargado que volviese cuanto antes le fuese posible á decir en que habiais parado. Volvió, me informó, y tuve el gusto de saber, aunque con admiracion, que por un juicio *tenebroso* se habia condenado á Pacca á la pena de que fuese puesta en la cárcel de San Martin. Al momento fui volando á casa de la señora baronesa de Fonrosa.

La baronesa. Por mi parte no podia menos de tomar mucho interes en la suerte de un jóven como vos. He ido al instante á reclamaros á la policia, y ya sabeis el pronto uso que he hecho del mandamiento de libertad.

Foblas. Señora, os repito las gracias, y aseguro de mi reconocimiento.

Valbrun. Señor de Foblas, hacedme favor de escucharme hasta el fin. Mientras la señora baronesa iba á la policia, volví al arabal de San Marcelo para saber noticias; no se trata ya de Dorotea, solo se habla del caballero de Foblas.

Foblas. ¡Como! ¿yo?...

Valbrun. Pues que ¿os admira eso? La declaracion de sor Ursula que, segun dice, ha sido maltratada por los que robaron á la religiosa, no probaba nada contra vos, pero lo que ha descubierto todo es la queja de un tal Florvac, que dice que le atacó dentro de la cerca de los *magnetizadores* un jóven que huia en camisa con una espada en la mano; la resistencia que ha hecho

á los agentes de policia la señora Lista, que dejó echar abajo la puerta de su cuarto por no abrirla, y por último la declaracion que ha hecho precisada la verdadera Paca, quien al volver á su zahurda ha sido preguntada sobre el *hecho y sus circunstancias*. El concurso de tantos acontecimientos extraordinarios os ha descubierto. Las aventuras mas admirables se han atribuido al jóven mas admirable. No pasarán tal vez dos horas sin que vayan á buscaros en San Martin para llevaros á la Bastilla. A esta señora la incomodarán, pero ella tiene amistad con el ministro. Es necesario que no os encuentren; lo demas no me da cuidado. Los amigos del conde de Gangas, á quien mató uno de vuestros compañeros de duelo, solicitan con mucha eficacia su venganza; pero tengo tambien amigos, disfruto de algun valimiento, y podremos entorpecer este asunto. Mientras tanto...

Foblas. Mientras tanto quiero ver á mi Sofía aunque me pierda.

Valbrun. Os perdereis sin duda ninguna.

Foblas. ¡Sin verla!

Valbrun. Si os atreveis á dar un paso fuera de casa, os prenden. Estad persuadido de que todos los medios de vigilar, de qué puede disponer la policia, están hoy en actividad. Os pido el favor de esperar algunos dias.

Foblas. ¡Algunos dias! Los dias se me hacen siglos.

Valbrun. ¿Serían mas cortos para vos en una cárcel de estado donde perderiais la esperanza de volver á ver á vuestro cortejo?

Foblas. Es mi muger, señor vizconde.

La baronesa. Si es cierto lo que cuentan de ella, os doy la enhorabuena.

Foblas. Muy cierto; sería menester buscar mucho para encontrar otra que mereciera ser adorada como ella.

La baronesa. Lo creo.

Foblas. Una que fuese mas digna de la ternura y del respeto de su esposo.

Valbrun. Caballero, permitidme...

Foblas. Una que...

Valbrun. Perdonad: el tiempo vuela, es preciso tomar una determinacion. Permitidme que no os esponga.

Foblas. ¡Ay! ¿con que yo no la veré hoy?

Valbrun. Pensad en que ahora todo se puede componer, pero si os prenden no me atrevo á responder de nada. Vos estais reflexionando. ¿Y que?...

Foblas. Señor vizconde, vos veis que estoy lleno de reconocimiento; en tiempo mas feliz no tendré menos, y podré manifestarlo mejor; para daros desde hoy pruebas de él, quiero someterme á lo que me aconsejéis. Señor de Valbrun, determinad que debo hacer; os obedeceré.

Valbrun. Caballero mio, actualmente no puedo gozar el gusto de teneros en mi casa, porque vendrán seguramente á buscaros.

La baronesa. ¿Por que no se ha de quedar aquí?

Valbrun. Porque no estaria seguro.

La baronesa. ¿Lo creéis?

Valbrun. Yo lo pregunto á vos misma: ¿que os parece?

La baronesa. No me parece que...

Valbrun. ¿Como quereis que despues del paso que acabais de hacer?...

La baronesa. ¡Oh! pero vizconde...

Valbrun, un poco enfadado. Yo me admiro de oir que vos... Por último si os parece que este caballero se quede en casa sea enhorabuena; yo me opongo solo por interes del señor, pues ya sabeis que no soy zeloso.

La baronesa. Me gusta, sin embargo, ese tonillo de enfadado con que respondeis en muestra de que me teneis mas afecto que querrias manifestar. Señores, es tarde; empecemos por hacer peinar y vestir á esta pobre Paca, cuyas galas están en muy mal estado; despues irémos al comedor, donde no nos detendrémos mucho, y durante la comida pensarémos cada uno de los tres por sí mismo en los medios de salvar á este amable caballero, amigo de todas las mugeres, y amante de la suya.

Al primer campanillazo vino una doncella, me peinó y le dijeron que se marchase. La baronesa, ayudada del vizconde de Valbrun, no se separó de nosotros, me hizo favor de ponerme uno de sus trages mas bonitos, al que fué preciso sacrificar el hermoso *vestido de baile*, perdido para siempre. Cuando yo estuve vestido, la señora Fonrosa me presentó su mano, la cogió el vizconde

mas pronto que yo, y fuimos á sentarnos en la mesa. La baronesa, que no habia vuelto de su estado de reflexion mas que para fijar los ojos en mí de cuando en cuando, rompió el silencio con una risotada.

Valbrun. ¿De que viene tan de repente la risa?

La baronesa, levantándose. Os lo diré cuando estemos en la sala.

Me dió pena esta salida tan repentina, porque con el vivo apetito que aun me quedaba conocia que hubiera continuado comiendo bien todavía.

La baronesa. Me ocurre para este jóven una colocacion que le conviene de todos modos con efecto.

Valbrun. ¿Una colocacion?

La baronesa. Sí, una colocacion. Siendo, como es, un *factotum* hembra, servirá de dama de sociedad, secretaria y lectora de la condesa de Liñoles.

Valbrun. ¿De la condesita?

La baronesa. Sí.

Valbrun. ¿Una dama de sociedad para la condesita! Se reirá todo el mundo.

La baronesa. ¿Que importa, si ella la quiere? Y la que yo la envio es tan buena como la mejor; así me lo parece.

Valbrun. Pero el conde de Liñoles...

La baronesa. El conde de Liñoles es muy mal sujeto, á quien hace tiempo que tengo buenas ganas de mortificar. Una de mis intimas amigas le reconvinó de los agravios... Sí, de aquellos agravios que una muger no per-

dona jamas. Señora Duportal (*Volviendo á Foblas*), os recomiendo á la condesita: es jóven y bella, un poco atolondrada, vivísima, altiva en extremo, y tambien caprichosa. Tiene unos caprichos que me gustan mucho: frecuentemente le ocurre querer hacer la mogigata durante un cuarto de hora; entonces haciendo el papel de la doncella mas sencilla, afecta ignorancia profunda, y no admite ni aun las chanzas mas regulares; pero al momento siguiente la oireis los dichos mas picantes con aire de indiferencia. Sus estravagancias la perderán si no las remedia. Huye de todo el mundo á pesar de su juventud: nadie la encuentra en ninguna parte, y pocas gentes tienen la dicha de verla en su casa. Estoy bien persuadida de que á su pícaro marido no disgusta este retiro; pero él no lo exige, porque ella manda. Señor Foblas, os encargo que forméis á esa niña, pues es un tesoro que se necesita preparar para la sociedad.

Foblas. ¡Ah! mi Sofía, señora baronesa, mi Sofía...

La baronesa. Sí, sí, vuestra Sofía, picarillo, no menos afortunado que peligroso; si la fama pública no me ha engañado sobre vuestro carácter y vuestro talento, Sofía puesto que está ausente no salvará á la condesa. No os diré mas que dos palabras por lo que hace á su marido: es un hombre gordo, mal hecho por lo alto, y cuya cara abultada tuvo tal vez en otro tiempo buenas formas, pero sin viveza. Se asegura que muchas muge-

res han intentado agradarle, pero no se cita ni una á quien él haya tenido amor. Ha dedicado á las musas su vida. Es uno de tantos poetastros de calidad que hormiguean en París; de esos nobles literatos que se creen llegar al templo de la Memoria, por cuartetos impresos en los papeles públicos. Será loco por vos si os tomáis el trabajo de declamar contra la filosofía moderna, y de adivinar los enigmas que llaman *charadas*.

Valbrun. Es un retrato de mano maestra, pero por las facciones conozco el pincel de una muger agraviada.

La baronesa. Vizconde, no he dicho que yo misma tuviese motivos para quejarme de él.

Valbrun. Pues yo lo juraría; pero ¿que se os da de todo eso?

Interrumpí á los dos para decirles:

Foblas. En vez de ser muger en casa de la condesa, ¿no podría serlo en otra parte? ¿Sería imposible que con este vestido me introdujera en el convento de Sofia?

Valbrun. Hoy sería muy espuesto, y despues ¿como permanecer allí?

La baronesa. Esperad, porque me intereso en su jóven muger. Caballero, me habeis sugerido una idea cuyo buen suceso es infalible. Mañana, sí, mañana mismo iré yo al convento de Sofia, y preguntaré si hay un cuarto....

Foblas. Para una viuda jóven que vos, señora baronesa, os encargareis de llevar pasado mañana.

La baronesa. Despues de mañana no, pero al fin de la semana.

Foblas. ¡ Oh, mi Sofía !

La baronesa. No brinqueis de ese modo que vais á despeinaros. Admiro tanto como apruebo la estratajema ; nunca se figurarán las monjas que ocurriese á un marido...

Valbrun. Señora, podrémos irnos, porque ya es de noche ; pero ¿ creéis que la señora de Liñoles recibirá esta noche á esta señorita por dama de sociedad ?

La baronesa. Sí señor, eso es cosa mia.

Valbrun. ¿ Y el conde de Liñoles no se opondrá ciertamente á este capricho de su muger ?

La baronesa. Sabeis muy bien que el conde no tiene voluntad cuando la señora manda. Sabeis que cuando la condesa pronuncia el fatal *yo quiero*, es preciso que quiera el conde. Vamos, caballero, os llamareis la señorita *Brumonte*.

Bajamos ; cuando entramos en el coche, vi que ponian un cofre en la trasera.

La baronesa. Ahí va vuestra ropa.

Foblas. Señor vizconde, os suplico que vayais á verme mañana á casa de la condesa de Liñoles.

Valbrun. No dejaré de ir al anochecer para deciros lo que haya hecho la señora baronesa de Fonrosa.

Foblas, al oido al vizconde. Creo que la marquesa de Babia esté ya de vuelta en su casa... ¿ No podria Justina darle noticias de mí y traérmelas de ella ?

Valbrun. Está bien; se lo encargaré. Me parece que aun os interesa la marquesa de Babia.

Foblas. Del modo que vos lo entendeis no, á fe de hombre de honor; pero estoy con mucha impaciencia de saber como ha sido recibida por el marques.

Valbrun. Yo lo dispondré de modo que mañana lo sepais.

El vizconde de Valbrun, aunque pretendia no ser zeloso, no se separó de nosotros hasta que llegamos á la puerta de la casa del conde Liñoles.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA DE LOS CAPITULOS

DEL TOMO SEGUNDO.

Capítulo XXII. <i>Declaracion importante de Sofia</i>	1
Cap. XXIII. <i>Prision y libertad de Foblas</i>	7
Cap. XXIV. <i>Aventura estravagante</i>	27
Cap. XXV. <i>Entrada peligrosa en un colegio</i>	35
Cap. XXVI. <i>Reconciliacion</i>	53
Cap. XXVII. <i>Reincidencia</i>	65
Cap. XXVIII. <i>Cadena de aventuras desagradables</i>	74
Cap. XXIX. <i>Terrible aventura en el jardin de Tullerias</i>	114
Cap. XXX. <i>Robo de Sofia</i>	125
Cap. XXXI. <i>Duelo y matrimonio</i>	152
Cap. XXXII. <i>Tormenta inesperada dentro del puerto mismo del mar de los amores</i>	151
Cap. XXXIII. <i>Aventuras extraordinarias en la casa de campo</i>	165
Cap. XXXIV. <i>Viage a Paris</i>	209
Cap. XXXV. <i>Aventuras con una beata y unos magnetizantes</i>	254
Cap. XXXVI. <i>Obras de misericordia</i>	268
Cap. XXXVII. <i>Prision y libertad de Foblas</i>	281



14.00

2 tons
29 pounds

- AN
- LVI
- SXIX







